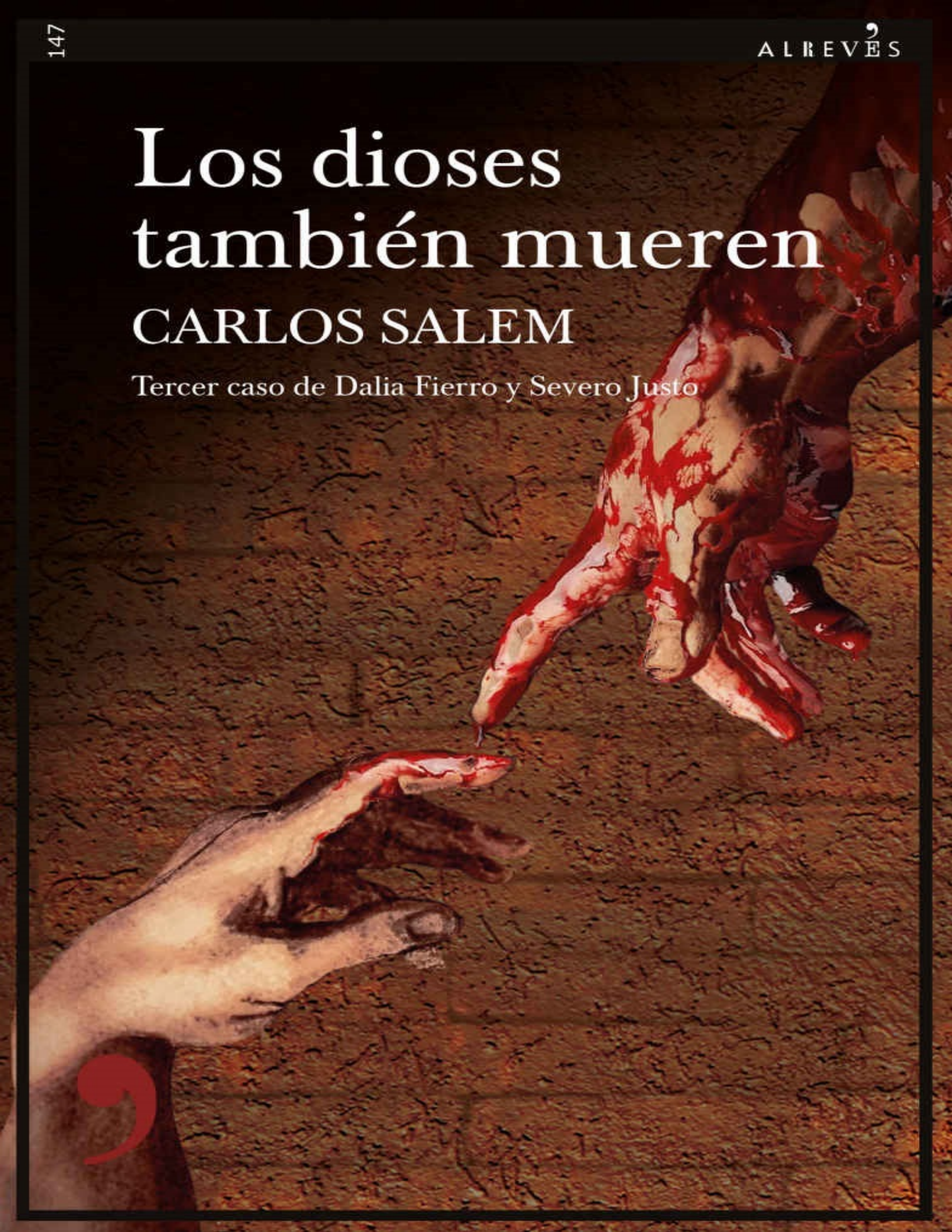


Los dioses también mueren

CARLOS SALEM

Tercer caso de Dalia Fierro y Severo Justo



El brazo de un veinteañero desaparecido hace cuarenta años es hallado en Madrid. Lleva un anillo de oro con el símbolo de Zeus. Es la primera pieza de un puzle humano disperso por toda Europa que la Brigada de los Apóstoles deberá resolver frente a la oposición de poderosos sectores empeñados en que no se esclarezca un misterio que tiene su origen en los años de la Transición española.

Al mismo tiempo, el policía y exsacerdote Severo Justo volverá a la sierra extremeña de su infancia para intentar probar (sin demasiada fe) que su padre, al que odia desde niño, no es responsable del asesinato de un novio de juventud de su madre al que él se parece demasiado...

Los dioses también mueren prepara el camino para la cuarta y última novela de este ciclo: *Los pecados de los Apóstoles*, en la que el viaje iniciado con *Los que merece morir* y *Madrid nos mata* llegará a su fin.

Y quizás no sea un final feliz.

Los dioses también mueren

,

Los dioses también mueren

CARLOS SALEM

Tercer caso de Dalia Fierro, Severo Justo y
la Brigada de los Apóstoles

ALREVÉS
BARCELONA-2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

2023, Carlos Salem
de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S. L.

*Para Lázaro Salem,
por todo lo que no llegamos a decirnos*

*Al otro lado del mundo, un certificado médico dictamina
que el baile de mi viejo se acabó.*

*Los certificados no tienen ni puta idea,
los certificados son todo lo contrario de un poema.*

Dicen que murió mi padre.

Yo solo sé que estuvo vivo

Te quiero, viejo.

Te quise siempre, como eras.

Te lo dije poco.

Porque vos sabías que yo sabía que sabías.

Y en ese juego de palabras me perdí un montón de abrazos.

*Aprendí a no extrañarte para que esta distancia
de medio mundo no me hiciera daño
cuando este momento llegara.*

*Ahora tengo que aprender a extrañarte
cada uno de los días que me queden.*

*Nunca te dediqué un libro en particular,
porque te los dedicaba todos.*

*Me hice escritor para cumplir tu sueño,
en lugar de ayudarte a cumplirlo.*

Ahora no puedo dejar de serlo.

No puedo ordenar a mis palabras que dejen de llorar.

Soy tu sombra.

*Antes de irte, dejaste el sol encendido,
para volverme nítido.*

*Y aquí sigo, mirando al sol a los ojos,
como si fuera ese Dios en el que creías,
esperando una explicación
que no podría darme aunque existiera.*

*Te llamabas Lázaro,
por eso cada vez que te morías volvías a nacer.*

*A lo mejor esta vez alguien escribió mal tu nombre,
ignorando que las palabras son la vida.*

Me quedo acá, más vivo que nunca.

Más vivo.

Más solo.

Chau, viejo.

Nos vemos

*como siempre
en los espejos.*

«Lázaro»,
de *Solamente muero los domingos*.
2018, Ed Mueve tu lengua

Yo no creería más que en un dios que supiese bailar.

FRIEDRICH NIETZSCHE

I

Los Dioses han existido siempre y nunca han nacido.

CICERÓN

Jennifer mon amour

Fortunato Sortes lleva toda la vida convencido de que le aguarda un destino acorde a su nombre de pila, aunque esa misma vida, durante casi sesenta años, le haya demostrado lo contrario. También cree con firmeza en la voluble sabiduría del refranero, a pesar de que la única vez que el azar de la lotería premió con veinte millones de las antiguas pesetas el número al que venía jugando durante tres décadas, él perdió el décimo de un modo inexplicable. En cuanto al amor, la misma suerte o su ausencia: solo una mujer quiso compartir su vida, con más tedio que pasión. Pero la silenciosa Juana Marta se marchó, sin dar explicaciones, por las mismas fechas en que Fortunato perdió el décimo premiado. Durante tres años, le envió una postal desde Río de Janeiro por su cumpleaños. Luego, nada.

Y, sin embargo, Fortunato sigue convencido de que la fortuna lo espera cualquier madrugada.

—Incluso en la basura se encuentran diamantes —repite en el bar del barrio a quienes se dejen invitar a cambio de soportar su charla—. Y sé lo que digo: soy el mejor basurero de Madrid. Cuando aparezca un tesoro en algún contenedor, Fortunato Sortes estará allí.

Si no es el mejor, es el más viejo. Aunque periódicamente le ofrezcan la jubilación anticipada, Fortunato resiste. Tampoco ha aceptado ascensos o puestos de oficina: él quiere la calle, el rincón de Madrid donde el Destino hará honor a su nombre de bautismo. Y como elige los recorridos que otros detestan, sus jefes lo dejan hacer, con tal de no tenerlo cerca. Porque, si hemos de ser sinceros, Fortunato tampoco resulta muy agradable a la vista.

De modo que no tuvo que insistir para que le confiaran, un año más, la coordinación del operativo de limpieza tras las fiestas de San Isidro, o lo que es lo mismo: recoger las toneladas de basura que los jóvenes visitantes (y los no tan jóvenes) siembran por unas praderas que en realidad son lomas tenues, breve pulmón verde cerca del centro y sus arterias de cemento.

—Llevo recogidos sesenta y tres condones y una moneda de diez centavos, don Fortu —se queja uno de los aprendices que todavía lo respeta un poco—. Me da a mí que hoy tampoco encuentra usted su tesoro.

Sortes responde con un gruñido y se interna entre los arbustos.

Ya bastante se ríen de mí como para contarles que hoy no busco fortuna, se dice y se ruboriza.

Porque desde hace un año que espera esta fecha como se espera la lluvia ante un cielo despejado: con la convicción de que tarde o temprano lloverá. Fortunato no busca hoy el tesoro que la vida le debe.

Busca el amor.

Fue hace un año. Y en este mismo lugar. Idénticas también las huellas de los pocos días de diversión al aire libre. Fortunato había decidido que era el sitio ideal para que algún treintañero ricachón con veleidades populares perdiera *un reloj de futbolista, de esos de cien mil euros como poco*, o alguna heredera disfrazada de poligonera —*que se visten todas igual, en realidad debería decir que se desvisten, por lo poco que llevan*, piensa que pensó hace un año Sortes—

extraviara en la refriega de un amor fugaz una pulsera de diamantes o joya de valor equivalente.

Por eso mandó a sus ayudantes a recoger las zonas más despejadas y se reservó para sí los vericuetos entre los arbustos, más complejos de limpiar, pero también más promisorios como depósito de tesoros por hallar.

Y, buscando, halló a Jennifer.

En realidad, a la mitad de Jennifer.

La mitad inferior.

Sus piernas delgadas sobresalían entre un arbusto y un árbol. Ante esa visión inesperada, Fortunato experimentó dos sensaciones que creía perdidas para siempre: el amor y la erección.

Tiró de las piernas de Jennifer (ya antes de hacerlo había decidido llamarla así) y su felicidad se dividió por dos al comprobar que solo habían dejado la mitad inferior del delgado maniquí. La erección lo abandonó a medias, pero el amor se le duplicó, lo mismo que la ira hacia el desalmado que había cometido la injusta mutilación. Tras rescatar la mitad de abajo de Jennifer e imaginar la parte que faltaba, se preguntó dónde estaría. Y obtuvo la respuesta en forma de sello azul desteñido impreso sobre la rabadilla de su amada: «Chun-Li Modas» y una dirección del cercano barrio de Lavapiés.

Estoico, soportó las bromas indecentes de sus ayudantes, cuando decidió llevarse a casa a Jennifer, argumentando que algún gamberro la habría robado de la tienda y al devolverla recibiría una succulenta recompensa del preocupado Chun-Li.

Mentía. Pero ellos no lo sabían. Fortunato no tenía la menor intención de devolver la parte de abajo de Jennifer al tendero chino. Lo que quería era comprarle la mitad superior, tenerla completa.

Al día siguiente, ante Chun-Li Modas, su corazón se detuvo al verla en el escaparate. Delgada y evidentemente asiática en las facciones, la parte de arriba de Jennifer sugería una perfecta armonía con la de abajo, que dormía en la cama de Fortunato tras haberla higienizado a conciencia. Vestía una chaqueta de imitación Chanel (a fuerza de llevarse a casa ejemplares del *Hola!* que encuentra en la basura de las peluquerías, Sortes es casi un experto en moda), en tono rosa pastel, y debajo una imposible camiseta blanca con la palabra «COÑ» a la vista tras las solapas.

Lo atendió un chino joven con el pelo teñido de tres colores, que apenas le prestó atención cuando indagó por el precio del maniquí.

—No se vende.

—¿Y la mitad de abajo? —indagó Fortu.

—Mi abuelo me hizo tirarla ayer. El tacaño renueva maniquí cada dos años. El que viene compra maniquí nuevo y tira lo que queda de este.

En vano ofertó Sortes una suma más que razonable. El joven dijo que si cambiaba las tradiciones de la tienda, el carca de su abuelo era capaz de cortarle el *yīnjīng*. El decano de los basureros estuvo a punto de preguntarle qué era el *yīnjīng*, pero optó por hacer un acuerdo con el muchacho: doscientos euros a cambio de garantizar que en un año, cuando llegara el momento, dejaría la parte superior en el mismo lugar que la inferior.

El chino tricolor aceptó sonriendo y, tras recibir los billetes, le dio la mano asegurando que el señor era todo un *báichī*.

—Un caballero —tradujo a petición de Fortunato.

Y ha contado cada madrugada hasta llegar a esta, la señalada para la reunificación de Jennifer.

De allí su desencanto al no encontrarla donde esperaba, las órdenes furiosas a los

subordinados para alejarlos, la búsqueda frenética, la pérdida de las gafas y no detenerse a recuperarlas para seguir recorriendo casi a ciegas la zona, mientras maldice la falta de seriedad del chino para cumplir un pacto de *báichīs o como se diga*, el fuerte sacudón de la esperanza al divisar achinando los ojos a la luz opaca del amanecer la forma de un brazo asomando detrás de un matorral; su Jennifer ha acudido a la cita y *yo pensando mal del pobre muchacho chino que ha cumplido, ha cumplido y ya nadie, mi amor, nadie nos va a separar*, tropezar con una bolsa de plástico, caer y ver desde abajo la mancha nívea del brazo, levantarse con juvenil entusiasmo, tomar la mano y tirar de ella pensando a la vez que pesa muy poco y que imaginaba más delgado el brazo y detrás no viene nada, solo el brazo de una Jennifer más fría de lo que esperaba, casi gélida la piel, rotundos los músculos de un brazo que no es, definitivamente, el de un maniquí flaco y chino, sino el de un hombre joven y helado.

Un brazo cortado a la altura del hombro.

Un brazo de verdad.

Antes de desmayarse, Fortunato Sortes toma dos decisiones.

La primera es conformarse con solo media Jennifer.

La segunda es *cambiarme el jodido nombre de una puta vez*.

2

Por nada

La mujer pequeña y dulce realiza un esfuerzo que sabe será el último, logra asomar desde el fondo de su propio esqueleto, y después de semanas recupera esa felicidad oronda tan suya que siempre empezó en la sonrisa. Mira a sus dos hombres, uno a cada lado de la cama, de pie, tan diferentes pero igualados en la seriedad y el miedo que tratan de disimular con gestos que se deshacen a mitad de camino.

A su derecha, el hombre-roca, el viejo-montaña, marido de pocas palabras y casi todas mordidas, rumiando durante décadas el resentimiento consigo mismo por no haber podido ofrecerle el mundo que quería para ella, pero ella solo quería una sonrisa de vez en cuando.

Se va a quedar tan solo, tan desvalido, el viejo enorme que hasta a la gravedad desafía impidiendo que su espalda se doble, esa tozuda gallardía sin pulir de la que tanto presumía ante sí misma, «Mi hombre se rompe pero no se dobla», le dijo más de una vez, y él la miraba como si no entendiera o como la mira ahora, como si no la mereciera, como si nunca lo hubiera merecido, y ella sabe que sí, que a su manera, a su brusca manera, la ha querido como no quiso a nadie en la vida.

A su izquierda, el hijo también es alto pero delgado y esbelto, con ese cuerpo que hacía que incluso las pobres ropas de domingo que pudo procurarle en la infancia lo hicieran parecer un principito; esa misma elegancia natural que cuando decidió ir al seminario y tomar los hábitos hacía suspirar a las muchachas por la forma en que lucía la sotana; y después, cuando se enamoró y dejó los hábitos y se hizo policía, había que verlo con el uniforme de gala: «Si parece un modelo» decían las vecinas en las distintas eras de su hijo Severo Justo.

Y el padre refunfuñaba por lo bajo sobre la dudosa virilidad de los modelos y ella le decía «Tienes celos de tu hijo», y él se enfada y se iba al bar.

El hijo le da casi más pena que el padre, porque el viejo-roca siempre parece estar solo y solo con ella le sobra el resto del mundo; con nadie más ha desarrollado más que un intercambio de palabras, incluso hace años, cuando volvieron al pueblo de la infancia y juventud comunes, casi ni hablarse con los amigos de niñez, apenas las relaciones comerciales en algunos de esos negocios sin sentido en los que se le fue la vida y en los que ponía tanto empeño y ternura que ella misma sintió envidia, hasta que comprendió que él necesitaba darle algo especial, aunque fuera la especialidad de sus fracasos.

El viejo está acostumbrado a perder *porque lleva toda la vida perdiendo y eso enseña*, se dice y sonríe con más dulzura, tanta que parece que el hombre de piedra se va a desmoronar pero resiste, *va a resistir, lleva toda la vida resistiendo*.

El hijo, en cambio, no ha aprendido a perder aunque lo haya perdido casi todo. Quizás porque en, cada camino que tomó, logró ser el mejor sin vanidad ni pretensiones: el más prometedor en el seminario y un futuro deslumbrante cuando se ordenó, el más enamorado de su mujer cuando la conoció trabajando codo a codo en un barrio empobrecido de Madrid y dejó los hábitos para

dedicarse a ella y fue el mejor marido, y luego, a qué dudar, el mejor padre para la pequeña Lucía; por su necesidad de orden entró en la Policía y fue el mejor de los policías. Y cuando un conductor imprudente u homicida mató a su mujer y a su hija, *mi nuera y mi nieta, si es cierto que hay algo al otro lado, muy pronto voy a verlos*, su hijo Severo alcanzó a la perfección siendo quizás el mejor viudo de la historia.

Y ahora, más de veinte años después, cuando parece haber superado todo aquello o por lo menos lo simula de una manera convincente, cuando tiene otra mujer que lo ama, *ahora va y se le muere la madre*, se dice. Y un poco se alegra, porque detrás de esta aparente normalidad en la vida de su hijo, en la felicidad serena que parece vivir con Lorna, detrás de todo eso, la pequeña mujer que ha visto tanto y ha dicho tan poco intuye que hay dos muertes prometidas en el futuro de su hijo: la del responsable de aquel atropello y la suya propia.

No sabe cómo lo sabe, pero sabe que es cierto y se alegra de no estar por aquí para comprobarlo.

A uno y otro lado, ambos hombres sonríen con la inseguridad de quien no tiene costumbre.

Y ella siente una profunda ternura que la baña por dentro, por este mes largo en el que ambos se han turnado para cuidarla desde que la trajeron del hospital porque no había mucho más que hacer, por cómo han fingido que ahora se llevan bien y que incluso dicen jugar alguna partida de naipes mientras ella duerme, *mis pobres hombrecitos que creen que me engañan, sé bien que Severo ni siquiera ha dormido en el cuarto que él le preparó, el cuarto que fue el suyo en la niñez*, se habrá ido al hotel cada noche por no dormir bajo el mismo techo que el viejo al que odia y no sabe muy bien por qué.

Y él, su hombre, derrochando la poca calidez de la que es capaz, fingiendo los dos una cordialidad que nunca existió entre ambos, solo para que ella se vaya en paz y regalarle una mentira de lo que pudo ser pero no fue ni será.

La gratitud la marea; ella, que nunca pidió nada, no podía haber pedido más que eso, aunque no fuera cierto, y se lo han dado.

Toma una mano a cada uno, los mira alternativamente y dice:

—Gracias.

Es imposible saber lo que piensa el viejo, porque nadie sabe lo que piensa una piedra, incluso cuando a la piedra se le descuelga una lágrima.

En cuanto a Severo Justo, piensa en su cobardía por no haberla rescatado hace años de este viejo reseco y llevársela a Madrid, por no haber venido más veces a verla, aunque eso supusiera tener que soportar a la montaña.

Ahora que no queda tiempo, Justo comprende que ha sido tan egoísta como su padre: solo ha pensado en él y muy poco en ella.

—Gracias —murmura otra vez la pequeña mujer, en un suspiro cortito y terminal.

Las manos van a seguir reteniendo cierta tibieza por un rato más, pero ya solo es un residuo, él último rescoldo de ella.

La mujer, la madre, se han apagado.

El viejo mira al hijo sin rencor por primera vez en años y repite:

—Gracias.

Severo piensa en el padre, en la madre, en sí mismo y murmura:

—Por nada.

3

Un rubio pijo y manco

El comisario Francisco Bermúdez congela la sonrisa en el preciso instante en que comprueba que esta vez no ha sido el primero en llegar al bar donde se da cita —oficiosamente— la cúpula de la llamada Brigada de los Apóstoles. Al mismo tiempo se interroga, porque últimamente le da por interrogarse por casi todo y con mucha menos compasión que la que utiliza para los detenidos, por qué le molesta perder ese insignificante privilegio y qué significa para él (acaso una pueril victoria para sentirse momentáneamente por encima de sus compañeros, *que son todos unos cerebritos sobrecualificados y yo solo un policía de calle, un madero a la antigua, el último de los ostiócratas, como dicen de mí en los pasillos, pero dicen bajito porque de frente todavía no se atreven*).

O quizás llegar el primero sea su forma de reclamar ese lugar de mano derecha del jefe Severo Justo, *segundo de abordó solo en los papeles y porque soy el oficial de mayor graduación en este grupo de locos, pero todos sabemos que aquí no hay segundo sino otra primera, aunque Dalia Fierro se esfuerce por mantener las formas y salvarme la dignidad*.

De pronto recuerda que su padre, hombre de mil oficios y casi ninguno, llegaba siempre tarde a todos lados, detenido entre un trabajo irregular o algún delito de poca importancia, quizás por eso Francisco Bermúdez llega temprano a todas partes, *quizás por eso me hice policía*.

Deberá reflexionar mucho sobre todo eso más tarde, encerrado en el baño de su casa mientras finge leer el *Marca*, quizás su esposa sospecha que mira pornografía en el teléfono, cuando en realidad lleva meses leyendo de modo clandestino libros de filosofía, psicología, antropología y *toda clase de «gías» que en lugar de aclararme y darme más respuestas me generan preguntas nuevas*.

Acaso la persona más cualificada para despejar las dudas de Bermúdez sería la que ha llegado antes que él al bar, la pequeña doctora Dalia Fierro, con más doctorados en su haber que dedos en la mano, un cociente intelectual que casi rompe los registros y esa mirada de niña mala que intenta ser buena y no le sale.

Pero Paco Bermúdez no va a preguntarle nada, *confío en ella, pero como se le escape un comentario ya me veo a todos los de la Brigada burlándose de mí, ¿y cómo van a respetarme los chorizos en la calle si se enteran de que Bermúdez lee libros a escondidas?*

En todos sus años de policía ha visto demasiadas personas enganchadas a la droga y siempre se le antojó absurda la compulsión del adicto, la debilidad extrema hacia el objeto de su adicción. Ahora que lee todo el tiempo y en secreto, los comprende un poco más. Pero tampoco le preguntará por eso a Dalia Fierro, que ya lo ha visto y lo saluda con un gesto de sonrisa incompleta.

La costumbre del viejo sabueso puede más que los hábitos apresurados del lector nuevo. Dalia lleva la misma ropa que anoche, unas horas antes, cuando se separaron para organizar el trabajo del día siguiente.

Pero Paco evita la broma garrula (*¿quién fue el afortunado o la afortunada?*) con la que a veces intenta defender una imagen de sí mismo que ya no le alcanza.

Porque el gesto de Dalia no es el de alguien que ha dormido o no dormido en cama ajena, sus ojeras se parecen a la de otros trasnoches, pero en lugar de fatigadas sonrisas gemelas para acunar los ojos, ahora parecen bolsas para guardar lágrimas.

Demasiadas veces ha visto esa expresión el comisario, en este oficio que genera más divorciados que héroes, y mientras lo piensa mete disimuladamente una mano izquierda en el bolsillo y se pellizca el testículo correspondiente, *es una superposición absurda, pero nunca se sabe*, se disculpa con su yo científico recién nacido y exigente, porque si su Ana lo dejara, Paco estaría perdido por completo y más ahora, que últimamente parecen haber recuperado una pasión que nunca se fue del todo.

Con un gesto detiene al camarero que ya le está preparando su café, justo antes de que eche el generoso chorro de brandy, porque hoy su carajillo no estará perfumado.

—¿Hace cuánto? —le pregunta sin dejar de mirarla mientras se sienta.

—¿Hace cuánto qué, Paco?

—Hace cuánto que duermes en tu consulta.

Ella intenta una penúltima broma.

—Desde que Woody Allen cayó en desgracia, los pacientes ya no quieren tumbarse en el diván italiano y carísimo que compré. Y algún uso hay que darle.

—Por lo menos tenía algo de gracia, el Allen —se sorprende admitiendo Paco—. Aunque su reducción psicoanalítica de todos los aspectos de las relaciones afectivas resulta un poco forzada y sus pelis han envejecido mal...

Se arrepiente antes de terminar de hablar.

Dalia ha levantado los ojos y lo mira con más cariño que burla:

—No te hacía yo tan ducho en esas cosas, la verdad, comisario...

—Es... ¡Algo que leí en el *Marca*! Y ahora en serio: tu matrimonio se ha acabado y eso lo sabemos todos. Todos salvo tu mujer, me parece. No te pega nada escapar de las decisiones, doctora Fierro.

—Yo... —Dalia se debate entre contarle o no lo que la atormenta desde hace más de un mes y que es más que la convicción de que su matrimonio con Sonia ha llegado al final—. En cuanto resolvamos este nuevo caso, se lo digo.

Se da cuenta de que ha adoptado la expresión de una niña pequeña que promete algo que no sabe si podrá cumplir y detuvo el dedo centímetros antes de besar los labios en cruz.

—En fin: sé que harás lo mejor, pero te conviene hacerlo pronto, por tu propio bien y porque te necesitamos más que nunca ahora que Justo...

—Ha dicho que vuelve esta tarde y que comencemos nosotros con las investigaciones —se apresura ella a cambiar de tema—. Así que aquí estoy para apoyarte como asesora en la interrogación del único testigo, al que, me temo, no le sacaremos demasiado.

—Sí, una simple asesora psicológica. No me jodas, doctora, que los dos sabemos que tú llevas la batuta y me encanta que así sea.

No tiene fuerzas ni para discutir, solo para avanzar en algo que por un momento la aleje de su dilema.

Activa la tableta, busca y le pasa el dispositivo a Bermúdez.

—Veo que ya tienes el atestado. Eso se llama eficacia, doctora.

—Eso se llama Frontela. Si no fuera porque está liado con la chica nueva, Beatriz Gutiérrez, y

los he pillado más de una vez haciendo manitas en el despacho, sospecharía que nuestro inspector es en realidad un cibernético.

Pero Bermúdez no la escucha mientras recorre rápidamente con el dedo las páginas que pasan por la pantalla.

—¡Un brazo! ¿Y dónde está el resto del cuerpo? Esto parece de coña, Dalia. ¿Por qué siempre tienen que tocarnos a nosotros los casos más raros, joder?

—Si eso te parece raro, espera a escuchar lo que falta. Pese al rápido deterioro, Caronte ha podido sacar varias conclusiones que lo tienen totalmente asombrado y ya sabes que casi nunca se equivoca...

Bermúdez siente un ligero escalofrío al oír el nombre del extraño forense. Pese al cariño que le ha ido cogiendo en este tiempo a Caronte García, aún le provoca cierta inquietud la naturalidad con que se comunica con los muertos, y si él está desconcertado, entonces les espera un caso muy difícil.

—¿Y?

—Que el brazo solitario y cortado a la altura del hombro pertenece a un varón de unos veinte años. Aproximadamente de un metro ochenta de estatura, piel blanca y probablemente rubio...

—Entonces, tenemos el caso solucionado: nos vamos por el barrio de Salamanca y al primer pijo joven y manco que encontremos le preguntamos quién le cortó el brazo —intenta bromear Bermúdez.

—No será tan fácil, comisario. Según Caronte, el brazo estaba pegado al cuerpo de un veinteañero... que hoy debería tener más de sesenta años.

Con un gesto, Bermúdez llama al camarero, que se acerca con la botella de brandy que comienza a echar en el café.

Siempre a punto de llover

Afuera, el cielo decidió respetar la alegría proverbial de la difunta y, aunque amaneció negro de tormenta, muestra ahora apenas el medio luto de un gris oscuro y cargado de nubes.

La iglesia está repleta y los que no pudieron entrar se asoman para no perder detalle. Tiene algo de verbena solemne y multitudinaria.

Es como si cada pueblo de la Sierra de Gata se hubiera exprimido de habitantes para estar presente en el funeral de la mujer pequeña que nunca se dio importancia y al parecer fue importante para todos.

Severo Justo y su padre reciben condolencias similares pero de tono diferente. Al gigante de piedra le hablan con distancia apenada, como a esos perros que pueden morderte sin saber o sin querer del todo. Al policía le empiezan a hablar de su madre entre lágrimas que se vuelven sonrisas al recordar alguna ocurrencia o algunas de las gestas que el hijo le desconocía. De pronto la imagina como una abeja laboriosa y sonriente, cuyo panal era toda la sierra, más obrera que reina, organizando aquí un club de lectura, allí un grupo de apoyo para mujeres abandonadas o maltratadas, a veces incluso cruzando a Portugal, porque al parecer decía que el dolor no tiene fronteras y el amor tampoco.

Justo quiere llorar como un niño, como el niño de cincuenta y tres años que es ahora, por haberse perdido todo eso de su madre, por no haberle preguntado nunca qué soñaba, o si alguna vez pensó cómo era matar a alguien o suicidarse.

Pero su madre no tendría esos dilemas.

Su madre ha vivido y ha muerto.

Era una mujer de cosas claras, práctica y soñadora al mismo tiempo.

Espía de reajo al viejo y le ve los ojos grises y lluviosos, pero sabe que no llorará, casi desea otra vez ser niño y que su padre lllore para sentir que es su padre y no el mal marido que le supuso a su madre desde siempre.

El viejo también lo mira y entonces comprende que tiene los ojos igual de cargados que él y, como él, tampoco lloverá. Dos hombres capaces de ahogarse por dentro para no ceder por fuera. Siempre a punto de llover.

Avanza la misa, pero Severo no escucha más que silencios.

Alguien le pide que pronuncie una oración, recordando su pasado como sacerdote, y hasta el joven cura del pueblo lo anima con un gesto de la cabeza de arriba abajo, que Justo contradice y completa de izquierda a derecha, una cruz en el aire dibujada entre ambos.

No se siente capaz ahora de hablar de Dios.

Severo Justo ahora no es ni exsacerdote, ni el policía más famoso de España y quizás de Europa. Ahora es un niño que perdió a la madre y está enfadado con todo y con todos y, sobre todo, consigo mismo.

Toca llevar la caja y el padre y el hijo se sitúan uno a cada lado, agarrando su asa

correspondiente, más separados que nunca por ella, que en vano intentó mantenerlos unidos.

No vuelven a mirarse durante el resto de la ceremonia y las condolencias. El viejo amaga un par de veces con acercarse al hijo, o quizás son tropiezos inconclusos, porque no han parado de beber.

El hijo espera impasible y vacío.

El cura y algunos familiares de la mujer permanecen sin saber qué decir hasta que comprenden que están de más y se marchan con un saludo a medias.

Ambos siguen mirando hacia el lugar por el que ella ha desaparecido.

El hijo quiere decir un millón de cosas y no dice ninguna, porque todas tendrían filo y ahora se siente romo. Un huérfano envejecido.

—No se ofenda, pero me gustaría dejar todo pagado —le dice al padre, con más seriedad que respeto.

—Mi dinero también vale, aunque tenga menos. Pero a ella le hubiera gustado que fuera así. Hazlo.

Siguen mirando la nada que no consigue borrar el recuerdo.

—Era tan pequeña..., y ahora que se ha ido, el mundo se me va a hacer demasiado grande —murmura el viejo.

Justo quiere gritarle que eso debió decírselo en vida, pero recuerda que él tampoco lo hizo.

—Adiós, padre —dice, y comienza a alejarse.

—Adiós, hijo —contesta el viejo.

Y ambos saben que se despiden para siempre.

5

Cuatro rosas negras

El despacho de Caronte García ha cambiado desde que Libitina Molina llegó como su ayudante y terminó entablando con él una extraña relación que nadie quiere calificar y que a sus compañeros lo mismo les provoca ternura que repelús. Es un cambio sutil y rotundo, ya que la morgue de Caronte siempre fue un ejemplo de aséptica pulcritud, en el que las piezas de su instrumental relucían como joyas y cada superficie, blanca o acerada, alcanzaba su máximo esplendor.

Pero hasta hace unos meses nadie hubiera esperado hallar, en el escritorio del forense de la Brigada, un pequeño florero con cuatro rosas frescas cada día.

Rosas negras, obviamente.

La última vez que Bermúdez preguntó que por qué cuatro y no otro número, antes de que Dalia le aplicara un preciso puntapié en el tobillo, ambos médicos reprimieron una sonrisa cómplice y sus mejillas se tiñeron de un leve rosa pálido, lo que para ellos equivalía a un incómodo sonrojo.

La bella forense, de piel casi transparente de tan pálida, mira embobada a un Caronte García al que, durante años, quienes lo rodeaban creyeron jorobado y ahora camina recto como una vara en su pequeña estatura que parece mayor.

Bermúdez mira de reojo la mesa de metal limpia y brillante y detiene su imaginación para no preguntarse qué harán estos dos cuando no hay nadie cerca. Ignora que Dalia piensa lo mismo y una de las muchas voces de su cabeza ensaya una travesura que la distraiga de la pena: *pues esto no lo hemos probado, Dalia. Ahora que seremos solteras otra vez, habría que aprovechar... No, joder, con Caronte, claro, pero sería muy fácil robarle la llave...*

Celebra y detesta que esa voz en particular sea la única que se mantiene firme dentro de ella, intentando bromas, cinismos y escapes que la alejen de decisiones temibles.

La espanta con una mano y atiende la explicación del forense.

—... y ha estado congelado a bajísimas temperaturas, pero por la velocidad del deterioro calculo que lo habrán dejado donde fue hallado pocos minutos antes. A falta de los resultados del análisis con Carbono 14, que ya hemos encargado, diría que estuvo congelado durante más o menos cuarenta años.

El comisario ve sobre la bandeja el colgajo deshecho, la piel arrugada, el líquido que rodea el brazo, y frunce el ceño.

—Pues no parece que tuviera ni veinte, ni sesenta, sino por lo menos ciento veinte años, Caronte.

El forense estira la mano buscando el móvil, pero Libitina ya se lo alcanza. Busca algo en la pantalla y se lo muestra al comisario:

—Esta foto la sacó uno de los operarios del servicio de limpieza apenas lo encontraron.

La imagen tiene una nitidez envidiable y, en efecto, parece el brazo de un joven atlético de poco más de veinte años.

Bermúdez la amplía con dos dedos e inspecciona toda la fotografía.

—Pues sí que se ha desmejorado en poco tiempo... —dice Dalia.

—Cuando tengas la confirmación del Carbono 14, avísanos, por favor, Caronte.

—No se preocupe, comisario Bermúdez —promete el forense, mirando a Libitina—. No iremos hasta no tener la información, aunque tengamos que pasar aquí toda la noche.

—¡Déjate de formalismos, y llámame Paco! —El comisario se despide apresurado y Dalia lo sigue con una sonrisa que dura el tiempo necesario para darse cuenta de que ella también se ha sonrojado.

Fortunato Sortes es un hombre desconsolado. *Parece un niño al que acaban de decirle que no existen los Reyes Magos*, piensa Dalia.

Bermúdez no piensa: revisa una alta pila de expedientes que ha solicitado antes del interrogatorio.

—Vaya regalito que nos traes, Fortunato... ¿Estás seguro de que no había visto antes ese brazo?

Dalia abre la boca para protestar ante lo absurdo del interrogatorio, pero conoce lo suficiente a Bermúdez como para saber que algo se trae entre manos.

—¿Cómo lo voy a conocer, comisario? —lloriquea el basurero.

—Lo digo porque aquí, en la declaración de tus compañeros, un tal Fermín Agustí asegura que corriste hacia el brazo gritando: «¡Jennifer, Jennifer, Jennifer!».

Fortunato baja la cara y emite un susurro...

—Habrá escuchado mal, creo que lo que grité fue: «¡Venir a ver, venir a ver, venir a ver!».

—Puede ser. Además, el dueño de este brazo no tendría mucha pinta de Jennifer..., aunque vete a saber, ¿no?

—No sé nada, comisario. Si no necesita nada más...

Comienza a levantarse de la silla.

Bermúdez sonrío, lo imita y le tiende la mano.

Sortes responde.

Pero el policía no lo suelta. Tampoco aprieta demasiado.

Pero no lo suelta.

Fortunato alza los ojos e intenta sostenerle la mirada, pero no puede.

Se sienta como alguien que se ha rendido antes de presentar batalla.

Paco hace lo mismo y Dalia asiste fascinada al pequeño teatro que ha montado el policía y no logra adivinar *adónde quiere ir a parar el cabrón*.

Bermúdez extiende el otro brazo sobre la mesa y deja la mano abierta a mitad de camino entre el basurero y él.

Sortes murmura:

—Yo solo quería usarlo para comprar la mitad de Jennifer...

—Por mí como si te compras una Jennifer entera, sea eso lo que sea, Fortunato...

La mano sigue abierta.

El basurero emite un pequeño gemido, rebusca en su bolsillo y pone algo sobre la palma del comisario.

Es un anillo de sello grueso y pesado. De oro. En el frontal resalta en relieve la figura de un águila montada sobre un rayo.

Paco suelta la mano cautiva.

—Te puedes ir, Fortunato. En el atestado no figurará que intentaste quedarte el anillo...

—¡Gracias, comisario! Pero ¿cómo supo que...?

—Eres más conocido de lo que crees, Fortu. En cuanto vi que llevas más de treinta años reclamando recompensas por cualquier chorrada que encuentras aquí y allá... Y ahora que das con algo tan gordo como el brazo de un muerto, ni siquiera preguntaste si había algún dinerillo. Pero tampoco tengo mucho mérito —se justifica hacia Dalia—: en la primera foto que sacaron del brazo de tu Jennifer...

—¡No es mi Jennifer! —salta Sortes.

—Vale, como se llame. El brazo todavía se mantenía lozano y tenía la marca reciente de un anillo que alguien acababa de quitarle. Este anillo, Fortunato.

El veterano basurero se marcha entre aliviado y triste.

Dalia aplaude lentamente y sin ironía:

—No pierdes el toque de la calle, Paco.

—Pero solo sirve para pillar a pequeños timadores de poca monta, como este pobre desgraciado. No será de ninguna utilidad para identificar este anillo que llevaba puesto el joven viejo congelado...

—Pero sé de una abuela y un nieto que seguro tienen alguna idea al respecto —propone la doctora Fierro.

Y sus voces, mente adentro, le dan la razón.

6

La penúltima coraza

Lorna Durán cuelga el teléfono y se dice a sí misma que ese pensamiento señala, una vez más, que ya ha cruzado la frontera de los treinta y cinco años. Lleva al menos veinte usando teléfonos móviles y hace diez que no tiene uno fijo, *esto no se cuelga, boba, se... como coño se diga*.

—Se apaga —dice en voz alta sin querer, y se le escapan cuatro pares de lágrimas.

La voz de Severo Justo todavía resuena en su cabeza, igual de pausada y razonable que siempre, pero hueca, como si se hubiera quedado vacío de algo.

Lorna tiene una decisión que tomar, pero todo en ella grita que no es el momento. Que ese policía serio y amable, del que solo ella conoce las carcajadas y el deseo juguetón, el hombre más influyente de España si quisiera, pero no, Severo Justo, su pareja, se ha quedado huérfano con más de cincuenta años y otra vez es un niño perdido.

Lorna se ducha y al enjabonarse revive sus caricias.

Acostumbrada a procesar información como la excelente periodista que es, sabe que la sensación de novedad que tiene desde hace un año cada vez que él toca su piel responde a una decisión propia, viene de dentro hacia fuera y poco tiene que ver con la ilusión de sentirse nueva, porque todo lo que aprendió en la cama y en la vida con respecto a las sensaciones y los sentimientos, tanto lo bueno como lo malo, hacen que lo que tiene ahora valga mucho más.

—Lo malo de tener algo importante es que sabes que puedes perderlo —murmura mientras se seca y se viste lentamente.

Este ha sido un mes raro. Se había acostumbrado a despertar cada mañana pegada a Severo o con él abrazada a ella como si fuera un tablón en alta mar.

De un modo tácito, desde la primera noche que durmieron juntos, *que fue la cuarta porque las tres primeras no dormimos ni un segundo, la cuarta tampoco demasiado*, permanecen desnudos y pegados, haga frío o calor; de algún modo sabe que esa tradición no estipulada se mantendrá para siempre, *dure lo que dure un siempre*.

Para él es una forma de quitarse la penúltima coraza que Lorna ha creído última, pero las personas como Severo Justo siempre conservan una fina armadura, una cota de malla para recordarles el deber.

Pero, al mismo tiempo, esa absoluta y mutua desnudez nocturna le permite seguir libre cuando la sangre en ebullición del sexo comienza a amainar y Severo no pierde la sonrisa ilusionada de niño frente al escaparate de una juguetería (*otro anacronismo, Lornita, los niños de hoy babeaban ante los catálogos de internet*), que se alterna con una mirada de lobo hambriento de ella y *por eso dormimos tan poco*.

Lorna Durán ya está vestida, y debería sonreír porque Severo vuelve a casa, así lo dijo: «Esta noche duermo en casa», aunque sea la casa de ella, que es la de los dos desde hace poco.

Eso debería despejar en ella la ligera pesadumbre que la ronda, porque durante todo este tiempo de vigilia junto al lecho de su madre, él no la invitó a compartirla, aunque, desde el

primer momento, entre Antonia y Lorna surgió una corriente de cariño y confianza, consolidada luego en largas conversaciones por teléfono, sin que el marido de la mujer ni su hijo lo supieran, «porque ellos creen que saben, que son duros y fuertes, mi niña, pero siguen siendo niños que creen en fantasmas», le dijo una vez hace tan poco, cuando seguía guardando el secreto de su enfermedad para no preocupar a nadie y para que no le impidieran, entre médicos y familiares, revolotear por toda la Sierra de Gata, encendiendo hogueras e ilusiones.

No sabe si le duele más no haber podido despedirse de esa amiga mayor y al mismo tiempo tan vital, o que Severo la haya mantenido amablemente alejada, recibiendo sus visitas de fin de semana con cordialidad, pero sin la verdadera alegría de tener a su compañera elegida para cruzar este puente.

Abre el ordenador y comienza a escribir la carta.

La borra y se alegra de haber abandonado hace años el uso del bolígrafo, porque si la hubiera escrito a mano sería definitiva.

Ahora puede esperar un poco más antes de tomar la decisión, ahora puede jugar por unos días o unas horas a que no pasa nada y celebrar el regreso de ese hombre al que tiene desde hace más de un año pero nunca le perteneció del todo.

Antes de salir rumbo a la redacción, Lorna baja del altillo del armario la maleta vacía.

La abre por completo sobre la cama y se le antoja la boca de una bestia mitológica que puede tragarse de un bocado su felicidad.

De su bolso saca el sobre, lo mete en la maleta, la cierra y la vuelve a dejar en el armario, pero no en el altillo sino abajo, detrás de los abrigos.

A mano.

Por si toca usarla pronto.

7

El puzle

Cuando Dolores Frontela trabaja con su nieto, se advierte que existe entre ellos una telepatía que quizás es patrimonio familiar. No necesitan gestos ni miradas, ni siquiera palabras, para que uno sepa qué debe hacer el otro en esos gigantescos ordenadores que murmuran todo el tiempo y que son el apoyo tecnológico de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales.

Debe de ser cosa de la sangre, piensa el comisario Bermúdez, pero se corrige de inmediato, porque, con solo una semana en la vida del nieto, la subinspectora Beatriz Rodríguez también participa ya de ese ritual de silencio y lenguajes silentes.

Y la octogenaria *hacker*, célebre en ese mundillo oscuro con el mote de *@grafuwolf*, aunque solo la Brigada conozca su verdadera identidad, se frota las manos. Le cuesta disimular lo encantada que está con la muchacha que cuando se abstrae un nanosegundo de sus tareas es para mirarle al nieto como si fuera el último helado del desierto.

—Listo el pollo y pelada la gallina, señores —declara—. Y hablando de gallina, tengo que volver a los fogones, que de aquí no os vais sin comer un buen guiso, que estáis todos escuchimizados.

Y marcha hacia la cocina.

Los demás se demoran en ese cuarto secreto de la casa de la anciana, a quien su hija solo visita para tratar en vano de arrastrarla a misa, hipnotizados por el brillo de esos poderosos ordenadores, cuya existencia es desconocida hasta para la Brigada Central de Investigación Tecnológica de la Policía.

Es el reino de Dolores, quien con sus ayudantes ha logrado tejer, dentro de la red de internet, una propia red y tan tupida que casi ningún dato puede colarse en su trama.

El grito de la anciana, entre autoritario y cariñoso, los pone en marcha, y con la misma muda sincronía con que tecleaban, el nieto y Gutiérrez ponen la mesa como si ejecutaran una pieza de ballet. Bermúdez se sorprende con un vaso de vino tinto que acaba de aparecer en su mano y ve que Dalia sostiene otro idéntico.

Brindan con timidez.

Todo en este nuevo caso los desconcierta.

Ella se acerca al comisario y le pregunta, señalando con la cabeza en dirección al cuarto secreto:

—¿Crees que funcionará?

Un capón cariñoso pero enérgico la sorprende por detrás.

Dolores.

—¡Claro que va a funcionar, coño! Que lo he preparado yo. La foto del anillo ya circula por toda la red y también por la Deep Web. No se trata de que lo vean millones de personas, sino quienes puedan saber algo: compradores y vendedores de joyas robadas, joyeros de los serios si es que hay alguno, frikis y estudiosos de universidades... —Los mira uno por uno, desafiante—.

¿Qué os apostáis a que antes de veinticuatro horas aparece alguien que conoce ese anillo?

Nadie acepta la apuesta.

—Así me gusta. Y ahora a comer, pero hay que guardar una buena ración para Justo, que llegará a comisaría sobre las cinco de la tarde y, conociéndolo, ni se tomará el día libre ni pasará antes por casa.

A ninguno de los presentes se le ocurre preguntar cómo lo sabe.

Lo sabe y punto. Es Dolores.

Y son las cinco y está a punto de empezar la reunión en la sala principal de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales.

A simple vista, podría parecer una reunión rutinaria y casi aburrida.

Desde luego, no lo es, ninguna lo ha sido desde que hace más de un año se creó este cuerpo especial, con una independencia casi inadmisibile y gran promoción en medios, para poder culparla de un fracaso anunciado y cortar a tiempo una de las cabezas de la hidra del poder, la más débil.

Pero la Brigada resolvió aquel primer caso envenenado y varios más, y ya son muchos los jóvenes policías —y algunos no tan jóvenes— que se suman, fascinados por el aura de leyenda que rodea a la Brigada de los Apóstoles. Así que la sala se les suele quedar pequeña, porque una de las consignas de Severo Justo es ofrecer un trato casi horizontal a todos esos nuevos miembros que han decidido jugarse a corto plazo el futuro de sus carreras solo para participar de esto.

Pero la de ahora es una reunión mínima e improvisada, casi una comitiva para recibir al jefe huérfano con la prudencia y la distancia que se corresponden con su educada forma de llevar los asuntos.

Si se pudiera hablar de un núcleo duro de la Brigada de los Apóstoles, se diría que está en la sala casi al completo.

Solo falta Pablo Acuña, alias *el Súper*, quien con su habilidad para las relaciones públicas se ocupa de recorrer las capitales europeas asistiendo a los distintos simposios que solicitan la presencia de los Apóstoles, al tiempo que tiende una doble red de colaboradores locales, ahora que muchos de sus casos los llevan fuera de las fronteras de España.

Los demás miran indecisos a un Severo Justo que parece el de siempre, salvo para el ojo experto de Dalia Fierro, que percibe finísimas grietas dentro de él.

Es como si nadie supiera qué hacer, pero Bermúdez se olvida por un momento de tanto libro de psicología como últimamente ha devorado y deja que lo guíe su antigua y arrolladora humanidad.

Se lanza hacia su jefe y lo estruja con un abrazo de oso al que el otro se abandona sin rigidez, porque sabe de la sinceridad del gesto del comisario.

Paco lo mira a los ojos y no dice nada, porque está todo dicho.

Cuando se aparta, Severo da un paso adelante sin pensarlo, en dirección a Dolores, y la octogenaria *hacker* suelta una blanda retahíla de palabras; más que palabras, sonidos reconfortantes. Por un momento parece lo que es: una abuela, y el policía, lo que nunca ha sido: un nieto cariñoso y desconsolado que se recupera de inmediato, le da las gracias y busca con la mirada a Dalia Fierro.

Ella está inmóvil.

Ninguna de todas las voces de su cabeza le dice qué hacer, sorprendidas por el dolor solidario hacia su amigo y jefe, y por una mezcla de sentimientos difícil de explicar. Solo la voz de Ráfaga, la asesina en potencia que habita en su cabeza, murmura muy desde lejos que *si alguien le hace daño a Severo no vivirá para contarlo*.

Lo normal sería que las otras voces de Dalia, las que responden a sus distintos doctorados y carreras, le hicieran notar a la violenta que la muerte de la madre del policía ha obedecido a causas naturales y, por lo tanto, no hay enemigo abatible. Pero las remotas voces callan, quizás murmuran muy al fondo de Dalia, que avanza y le extiende la mano, luego murmura un insulto y le da otro abrazo a su amigo de tantos años, su jefe desde hace poco, el hombre al que pudo amar y ninguno de los dos se atrevió.

Desde lejos, Frontela lo mira con esos ojos grandes y admirados de siempre, que equivalen a todos los abrazos posibles, y Justo le responde con un gesto parecido.

Y Caronte parece compungido, como si su familiaridad con la muerte le hiciera sentirse cómplice de la pérdida del policía.

Flota un silencio espeso que nadie acierta a romper, hasta que Dolores dice:

—Si vamos a seguir con la escena de velatorio, saco el aguardiente de mi escritorio y nos dedicamos a beber. Pero si queremos trabajar, mejor pongámonos ya en marcha, que Mingo me espera en casa, hoy es martes y los martes toca sexo...

—Hoy es lunes —corrige Justo con esa tendencia a la exactitud tan suya, y se da cuenta de que ha caído en la trampa.

—¡Los lunes también toca! —se ríe la anciana—. Que seremos viejos pero llevamos media vida teniéndonos ganas y hay que ponerse al día.

La risa relaja la tensión, y la compasiva solidaridad por el jefe sigue ahí pero en segundo plano. Severo siempre se ha defendido del dolor trabajando, así que se ponen manos a la obra.

Mientras recibe los informes, Dalia lo observa ya con ojo profesional.

Es el mismo y, sin embargo, es otro, el dolor de la pérdida materna sigue allí, pero al mismo tiempo es como si pareciera más ligero por dentro, *como si ya tuviera una atadura menos a esta vida*, advierte Ráfaga, y Dalia no la manda callar.

—¿Tú qué opinas, Dolores? —pregunta el policía.

—Creo que mañana a más tardar tendremos un centenar de testimonios de posibles informantes que dirán reconocer el anillo. De ellos, noventa y ocho serán falsos, gente que busca fama o se aburre.

—¿Y los otros dos?

—Con suerte, uno será de quien dejó la ofrenda del brazo y el anillo para que tiremos de la madeja. El asesino, vamos. Y el restante, con mucha, mucha suerte, será de alguien que reconoció el anillo y quizás al dueño del brazo.

—Y sin suerte habrá que esperar hasta la próxima vez —murmura Justo.

—¿Qué próxima vez? —preguntan Bermúdez, Dalia y Frontela.

Desde el fondo de su dolor y esas maneras sobrias y cautelosas que ya le conocen, asoma el Severo Justo que por algo es el policía más condecorado de España, un investigador que no se deja llevar por corazonadas pero que suele tener una visión completa del caso y sus implicaciones.

Cuando los mira así y habla con el tono con el que está a punto de hablar, para Bermúdez es imposible no compararlo con un Sherlock Holmes extremeño, Dolores piensa siempre que sería más bien un padre Brown *pero en buenorro*, y Dalia tiene ganas de darle un puñetazo o un beso,

lo que ocurre primero:

—Es evidente que esta es solo la primera parte de un mensaje que nos envían, a nosotros o a alguien que no conocemos todavía. La propia puesta en escena parece tan sencilla como haber arrojado entre unos arbustos un brazo amputado, pero como bien ha explicado Caronte, habrá demandado mucha planificación para que el miembro no se deteriorase antes de ser hallado y puesto en nuestras manos. Todo muy elaborado. Y no debemos olvidar el carácter ritual que se intuye en todo esto.

Mira a Dalia, que asiente mientras se insulta mentalmente por no haber detectado el patrón del caso.

Justo mira al frente, como si no estuviera allí, pero queda de él lo suficiente como para asegurar:

—Habrá más mensajes, no tengo ninguna duda al respecto.

—¿Más? —se inquieta Bermúdez.

—En efecto, Paco: más partes de un puzle humano que tiene una historia que contar. Y es una historia muy vieja, por lo que parece.

8

Operación Ella Fitzgerald

Interior recorre su despacho y los tres antedespachos que forman un laberinto protector en torno al suyo, aunque en realidad a quien protegen es al funcionario poco informado que se atreviera a desobedecer sus órdenes: cuando él declara que no debe ser molestado, eso incluye a todo su entorno, desde el secretario de Estado hasta el último becario.

Está solo.

La nube de ayudantes y ayudantes de ayudantes que lo suele rodear aguardará en la cafetería —aunque ya es casi de noche y deberían irse a casa— por si acaso el ministro cambia súbitamente de idea, algo que Interior hace con frecuencia.

Vuelve al despacho, acciona tres cerrojos visibles y otros tantos invisibles, abre un panel y activa dos inhibidores de señales de móviles y de microfonía probablemente oculta, como la que él mismo ordena —sin ordenar nunca por escrito— instalar en ciertos despachos de políticos rivales y afines.

Sin saber por qué, se arregla la corbata frente al espejo y dice en voz alta:

—Impecable, Interior.

Se odia durante tres segundos, como hace cada vez que piensa en sí mismo de la forma en que lo nombra el presidente, el viejo chiste de comienzos de legislatura: mencionar a los ministros por su cartera, argumentando que le duraban tan poco que no llegaba a aprenderse los nombres y apellidos.

El suyo lo sabe y lo conoce de sobra, por algo Interior es el único superviviente del primer gabinete. Pero el presidente lo sigue llamando Interior, quizás para recordarle que todo poder es pasajero.

Suspira, abre las tres cerraduras del cajón de su escritorio, saca el teléfono de apariencia antigua pero que contiene una modernísima maquinaria a prueba de cualquier escucha indeseada y marca el único número con el que conecta esa línea segura.

Al otro lado responde la voz sonriente del presidente y el ministro se pregunta cómo puede sonreír una voz, hasta que recuerda a ciertas cantantes de jazz capaces de hacer que una sílaba sonara como anticipo de carcajada y la siguiente como preludio de lágrima.

—Ella Fitzgerald, por ejemplo —piensa en voz alta, y se arrepiente.

La sonrisa desaparece de la voz del presidente del otro lado de la línea:

—¿Ella Fitzgerald? Es que ahora también usamos contraseñas como en la Guerra Fría, Interior? ¿Qué coño tiene que ver una cantante muerta el siglo pasado con eso tan importante que me querías comentar?

—Nada, señor presidente. —Piensa rápido, improvisa—: Es solo el nombre en clave de la operación que me encargaste... Ya sabes, la operación secreta.

No hay rastros de sonrisa en la voz del presidente, que vocaliza como si alguien pudiera tomar nota de sus palabras:

—Que conste que yo no te he encargado ninguna operación fuera de la legalidad vigente y del orden democrático al que...

—Tranquilo, presidente, ya sabes que esta línea es absolutamente segura. Incluso si tú o yo quisiéramos grabar la conversación, solamente se registraría un zumbido agudo...

—¿Y para qué iba a querer yo grabar una conversación contigo? —El presidente disimula el alivio, porque acaba de recordar el informe que le encargó a un aspirante al puesto de Interior, en el que se ratificaba la inviolabilidad de esa línea.

Ensaya otra sonrisa frente al espejo y se ve canoso, no coinciden los años que siente con los que aparenta y se dice que *es el mal de los grandes estadistas*, la responsabilidad hace envejecer antes de tiempo a los hombres trascendentales, *coño, si le pasó al mismo Obama y eso que a los negros la edad les afecta menos*, piensa antes de censurarse el pensamiento, porque es políticamente incorrecto y, aunque sus correligionarios no lean todavía la mente, prefiere no pensar, que ya tiene costumbre.

—En fin, cuéntame de qué va... Fitzgerald...

—¿Quién?

—¡La operación contra Severo Justo, joder!

—Ah, sí, perdona, presidente. En todo caso, tengo dos buenas noticias: la primera es que he podido comprobar, sin lugar a dudas, que Justo no tiene ninguna intención de presentarse a las elecciones, ni como candidato a presidente, ni como diputado, ni siquiera como alcalde de su pueblo de Extremadura. Se dedicará a vivir su romance con la periodista y seguir coleccionando éxitos que nos permiten sacar pecho ante la prensa...

—Ya, ya. Pero cualquier día puede cambiar de idea y sigue estando por encima de mí en las encuestas de popularidad...

—Por poco tiempo, presidente —dice Interior en tono enigmático, y disfruta de la impaciencia previsible del otro.

—¿Y eso, por qué? Mira que no es la primera vez que me prometes quitarlo de en medio y luego el tipo sale reforzado...

—Esta vez es diferente, presidente. Trajimos a Severo Justo para que asumiera un fracaso previsible, pero, de un modo inexplicable, él y su brigada de idiotas han cosechado un éxito tras otro...

—Eso ya lo sé. —El presidente se mira en el espejo y se pregunta por qué a Severo Justo le quedan bien las canas, casi lo rejuvenecen, y a él las suyas le inquietan como un anticipo de algo o del final de algo.

—El error ha sido que buscábamos un golpe inmediato y definitivo, un fracaso sonoro o un traspies que nos permitiera fulminarlos. Ahora estoy trabajando con mucha más pausa y recopilando información sobre Justo y cada uno de los miembros de su Brigada. Cuando llegue el momento, tendremos lo necesario para hacerlos caer en desgracia.

—Suenas de maravilla... Pero ¿cómo consigues...?

—Presidente, no sé si conviene que te explique los detalles, algunos no son del todo legales...

—Nada, nada. Confío plenamente en ti —se apresura el otro—. Ve contándome, pero solo lo que yo deba saber. Adiós, adiós.

Interior saborea la efímera victoria del miedo presidencial y suspira con alivio porque no haya seguido preguntando.

Hubiera sido incómodo tener que admitir que ignora cuál es el plan infalible para hacer caer a Severo Justo y sus apóstoles, y que también ignora cómo se han obtenido esos informes

minuciosos que le llegan por vía anónima, y que, puestos a ignorar, ignora incluso quién está haciendo el trabajo sucio por él.

De lo que está seguro es de que, esta vez, Severo Justo y su brigada de dementes van a caer y ya no podrán levantarse.

Guarda el teléfono secreto y, del mismo cajón, saca la pila de informes.

Siente un leve escalofrío al ver esos papeles, que aparecen sin saber cómo sobre su escritorio.

Así ocurrió desde el primer sobre y su contenido, una escueta nota en la que alguien sin identificar le aseguraba que le daría la información necesaria para hundir a Severo Justo y los suyos.

En vano Interior interrogó hasta al último empleado del ministerio.

No pudo saber de qué forma ese sobre superó la densa barrera que lo separa del mundo exterior.

Lo mismo pasó con el primer informe, que llegó una semana más tarde, y con los demás, que llegan cada dos o tres días, sumando datos que él desconocía sobre Justo y su grupo.

Algunos son breves y actualizan información anticuada.

Otros indican posibles zonas oscuras a investigar en cada uno.

Y en todos se repite la misma advertencia, que inquieta al ministro mucho más que una comparecencia en el Congreso:

No olvide nuestro acuerdo: yo le proporciono la información, pero no haga nada con ella, ni investigue por su cuenta. Cuando todo esté listo, solo deberá sentarse a contemplar cómo se desmorona la Brigada de los Apóstoles y apuntarse el tanto con su jefe. Pero no haga nada más. No le conviene.

El tono de la frase, siempre la misma, le provoca escalofríos.

Sea quien sea su corresponsal, lo trata como si él fuera su subordinado y no uno de los hombres más poderosos de España.

Pero no se siente como tal cada vez que descubre un nuevo sobre sobre su escritorio. Ni mucho menos.

Para no pensar en eso, elige uno de los expedientes y comienza a leer.

9

El perro negro

Severo Justo lleva toda la vida soñando con la muerte. Esto es algo que no sabe nadie. Al menos nadie que siga vivo.

Alicia, su mujer, lo sabía, quizás porque como buena leona pequeña y fiera le velaba el sueño para que ningún borrón de pesadilla le durase demasiado al despertar.

Severo nunca supo cuándo Alicia supo.

Determinar el momento preciso de un descubrimiento puede ser importante, o solo una fecha al margen, pero cada día que amanece siente que ha perdido otro trocito de Alicia y teme que un día no le quede nada de ella ni de la niña, que era el calco de la madre pero con la salvaje pulsión escondida de papá, que en ella afloraba como si fuera una forma más de respirar.

No puede saber cuándo Alicia supo que él soñaba con la muerte desde siempre. Pero sí cuándo le hizo la pregunta.

Fue en una madrugada de domingo, una semana antes del último domingo de ella y de la niña, y Alicia actuó como siempre, haciendo que lo importante apenas importara y el dolor doliera menos.

Lo despertó con caricias cuando al sol todavía le faltaban un par de horas para comparecer y lo recibió con esa pasión que aprenden los amantes con hijos durmiendo en la misma casa: silenciada por fuera y aullando de felicidad por dentro.

Justo, siempre tan meticuloso en sus informes policiales, se ha preguntado cientos de veces si aquel sexo enamorado de domingo por la madrugada había sido de verdad más largo, más intenso, más mordisco y beso, o tan inigualable como todos los anteriores y él lo recordaba especial porque fue el último, y porque, cuando recuperaron poco a poco el aliento, Alicia abrió las ventanas, encendió dos cigarrillos y se asomaron a fumar, pegados de tan juntos, el vapor de los cuerpos mezclado con el humo, los músculos cediendo y recordando el placer, las manos que seguían recorriéndose despacio, como temiendo perderse aunque se tuvieran siempre tan a mano, y la mirada de ella, mirada bisturí, mirada bálsamo, mirada brasa y mirada de lluvia como la del día en que se conocieron; esa mirada a la que él no podría mentirle, aunque Severo Justo nunca mentía en ese tiempo; la mirada de Alicia después del placer recíproco, mientras jugaba con su pequeño dedo índice con el pelo ya entonces demasiado largo del policía, que mantenía casi fuera del reglamento porque le encantaba a su mujer y que aún lo lleva así después de veinte años; la mirada, el dedo y la voz de Alicia preguntándole en un susurro, que más que pregunta era una sentencia:

—¿A quién quieres matar en sueños, amor?

Ahora, esta noche en que ha vuelto a soñar con matar, aunque han pasado veinte años y a su lado duerme desnuda Lorna y es a la vez lo más parecido y lo más diferente a dormir con Alicia que se pueda imaginar, Severo evoca aquel penúltimo domingo con nitidez de despedida y cómo le respondió sin vacilar:

—A mi padre. Sueño que mato a mi padre.

Alicia no se escandalizó, probablemente ya lo sabía, *siempre lo supiste todo antes que yo*, ni trató de convencerlo de lo aberrante que resultaba su confesión, y muchísimo menos le preguntó por sus motivos.

Solo apagó los cigarrillos en el cenicero siempre dispuesto en el alfeizar, cerró la ventana y lo empujó con ternura hasta tumbarlo en la cama, escaló por su cuerpo, le plantó un suave beso en la boca y le dijo:

—Mi pobre niño solemne y triste.

Subió hasta sentarse con la espalda apoyada en la pared, trajo la cabeza del hombre hasta su regazo desnudo y lo acunó hasta que volvió a dormirse.

Y él se dejó llevar, respirando el olor del sexo de ella como si fuera un regreso a los orígenes, y ni siquiera el sacerdote retirado que a veces montaba guardia en su conciencia le recriminó por ese pensamiento, solo se dejó llevar por él y durmió sin pesadillas y sin soñar que mataba a su padre.

Pero hoy, durante esta vigilia memoriosa, es Severo quien cuida el sueño inquieto de Lorna después del sexo, que fue como otra forma de nacer. Se siente culpable al pensar en el sexo de Alicia con Lorna durmiendo desnuda a su lado, como han dormido desde la primera noche que compartieron juntos, *pero nunca he buscado que Lorna sea Alicia, y si yo pudiera seguir vivo, la querría igual o más, pero nunca de la misma manera*, se dice, y sabe que es cierto.

Desde que comenzó su relación con Lorna, Alicia se fue retirando al fondo de sus sueños, como si lo cuidara en la distancia, de la misma manera que en vida lo cuidaba dormido.

Y piensa en todo lo que no le dijo aquella vez, el penúltimo domingo, el porqué de ese odio hacia su padre, la rabia homicida y recóndita que circulaba por sus venas cuando era un niño que miraba hacia arriba al gigante de piedra y lo suponía responsable de toda la maldad del mundo.

Así lo sigue sintiendo y lo sintió durante la larga agonía de la madre, a pesar de que la roca de la que el viejo está hecho muestra demasiadas grietas, *y todo el tiempo supe que hubiera bastado con estirar la mano, darle un abrazo y consolarlo porque estaba a punto de perder lo único bueno que tuvo en su vida. No lo hice ni lo haré. Sería quitarle lo que le queda, esa soberbia de pobre y la fuerza brutal de quien nunca aprendió a pedir perdón.*

En los sueños de niño de Severo, él crecía y se hacía más grande y rocoso que el padre, un verdadero titán que encerraba en su puño al hombre oloroso a vino y fracaso, murmuraba «Adiós papá», cerraba la mano y lo convertía en polvo.

Después, cuando descubrió que su cuerpo crecía pero no tendría la misma naturaleza montañosa, sus sueños de matar cambiaron de método.

Puede que nunca fuera más fuerte, pero siempre sería más rápido y ágil. Dormido, analizaba los puntos vulnerables del gigante y luego, las pocas veces que se cruzaba con él despierto, le parecía ver en su cuerpo las distintas «X» brillantes que marcaban los lugares por donde le entraría la muerte.

En cuanto al hombre, parecía que le leyera los silencios y lo miraba siempre de una forma ambigua, como si esperase del niño una respuesta o un desafío. Cuando volvía borracho y frustrado por sus fracasos, parecía a punto de decir algo tremendo, pero se alejaba mascullando insultos toscos.

Si estaba sobrio, intentaba burlarse de un muchacho que solo lo miraba sin hablar y eso le hacía hervir la sangre y marcharse al bar, para volver mucho después más borracho y furioso.

Esta noche de primavera calurosa, Severo Justo de pronto tiene frío y Lorna también se

estremece un poco, de modo que la abraza por la espalda y sus pieles se tocan y esa calidez de la que ya no podría prescindir le da el valor para seguir recordando aquella noche, una de cualquiera de esas noches en las que el viejo vino borracho y más enfadado, porque a medida que el chico crecía y parecía demasiado alto para su edad, al acercarse el momento en que dejaría de ser un niño y comenzaría a ser un hombre, se enfurecía más el padre y nunca supo por qué.

El caso es que comenzó a soltar una catarata de insultos y el muchacho solo lo miraba con esos ojos claros que siempre le molestaron, y entonces la madre dijo «Basta, Eusebio» y la rabia del gigante giró hacia ella lentamente, con un resentimiento que el chico nunca le había visto, y avanzó hacia la mujer y Severo gritó no recuerda qué o cómo se grita para llamar la atención de una bestia y que no ataque a otra persona, y el padre fue hacia él y la mirada entrenada del muchacho buscó algo, no para defenderse sino para matarlo, y su mirada trazó un triángulo entre los ojos enrojecidos del padre, el cuchillo de cocina sobre la mesa, tan a mano, ideal para entrar en el costado, y el tercer vértice en los ojos de la madre, que supo lo que él iba a hacer y sin palabras le rogó que no porque eso no se lo podría perdonar, y cuando llegó la mano pesada y grande del hombre, Severo esquivó ese golpe y todos los que siguieron, con el cuchillo empuñado en la mano izquierda y sabiendo por dónde podría herirlo en cada movimiento, pero no podía dejar de ver esos ojos de la madre y se limitó a seguir eludiendo zarpazos hasta que el viejo cayó borracho y juntos lo arrastraron hasta la cama y al volver él limpió el cuchillo como si estuviera sucio de la sangre que debía haber tenido, lo secó meticulosamente y lo guardó en el cajón.

Al girar la cabeza, volvió a ver los ojos de la madre que seguían teniendo miedo de no poder perdonarlo aunque quisiera, la compasión infinita, nunca supo si por el padre y por el hijo o por ella misma, y una bondad tan sobrenatural que los siguió viendo mientras dormía, y las noches siguientes a esos días en los que el viejo trataba de evitarlo y él de no estar en su paso, y sus ojos fueron convirtiéndose en sus sueños en otros ojos que ocupaban todo el cielo y una noche fueron los ojos de Dios que le encomendaron dedicar la vida al sacerdocio.

Ya entonces dudó de que la revelación no fuera en realidad un salvavidas que su subconsciente le lanzaba para que no acabara matando al padre, y también la ocasión de creer en un padre más grande y mejor, más justo y menos violento.

Nadie, salvo Alicia mucho después, supo que Justo tomó los hábitos para no matar a su padre.

Tampoco que durante mucho tiempo siguió soñando con matarlo.

Y hace más de veinte años, la mañana del último domingo, una semana después de su confesión y el sexo sanador con Alicia que no pudo repetirse por su manía de no aprovechar las ventajas de su cargo como oficial de brillante carrera en la Policía y por eso aceptó esa guardia de fin de semana, aunque podría haberla cambiado con cualquiera y haber estado con ellas cuando iban a esa iglesia del barrio en lugar de buscar la pomposidad de una catedral; y si hubiera estado con ellas, quizás habría visto venir el Mercedes a toda velocidad y con la posibilidad de esquivarlas, pero buscándolas, atropellándolas, matándolas y huyendo delante de docenas de testigos bien pagados que luego no recordaron nada que pudiera conducir a identificar al conductor homicida.

Desde esa noche, Justo soñó que mataba al hombre sin rostro y lo siguió soñando la mitad de las veces que dormía. La otra mitad soñaba que abrazaba a Alicia o jugaba con la niña, que una había crecido y la otra se había hecho una mujer más madura pero igual de deseable y fiera, y que salían un domingo para comer algo o quizás rumbo a la iglesia y, al cruzar por el paso de peatones con el semáforo en verde, un Mercedes a toda velocidad los atropellaba y los mataba a

los tres.

Ni siquiera Dalia Fierro, que además de amiga ha sido su terapeuta durante muchos años, sabe de estos sueños.

Lorna suspira dormida mientras se restriega contra su cuerpo y emite una especie de sonido agradecido. Él respira su piel, el aroma de ella después del sexo y el sueño, el leve sudor que distinguiría entre miles y que lo hace dormir en paz o casi.

Porque hace poco más de un año conoció la identidad del asesino de su mujer y su hija. Un privilegiado acostumbrado a salirse siempre con la suya y también, según ha podido averiguar, un asesino del volante con más de media docena de víctimas, que sigue libre porque el dinero es un excelente salvoconducto, y que sabe que Severo Justo lo está buscando, porque saltándose sus principios, el policía ha encargado a Dolores que rastree por todo el mundo la pista de alguien que sigue usando el coche para matar y el dinero para salirse con la suya.

Un hombre con nombre y apellido, aunque seguramente usará otros supuestos.

Javier Avellaneda.

Gracias a él, Severo Justo ya no sueña con matar a su padre.

Cuando lo encuentre, porque que va a encontrarlo, romperá todos sus códigos y le dará muerte.

Luego, en un acto de coherencia y también para castigar a Dios, Severo Justo va a suicidarse.

Esa certeza le proporciona una calma extraña.

Se abraza más todavía a Lorna, que, dormida, sonrío.

Mientras se adormila, en la memoria de Justo suena una de aquellas rancheras mexicanas que su madre le cantaba a modo de nanas. Una que hablaba de un perro negro que vengaba a su dueño matando al hombre que lo hizo matar.

Lo curioso es que, en la voz de Antonia, hasta esas estrofas atroces sonaban a canción de amor.

Informe BDA: Dalia Fierro

Informe BDA (Este informe amplía y completa el anterior sobre el mismo sujeto).

Dalia Fierro Pallat. 49 años.

Formación: Posee cuatro doctorados y doces másteres (ver listado adjunto) en disciplina relacionadas con la salud mental y el comportamiento humano. Especializada en Psiquiatría Forense. Ha colaborado con la Policía en diferentes etapas de su vida profesional, que alterna con una exitosa carrera. Durante años fue la terapeuta del actual Presidente de Gobierno, aunque dejaron el tratamiento cuando él fue proclamado candidato.

Habla al menos diez idiomas. Aunque no lo menciona y ha logrado que no figure en sus expedientes oficiales, tiene un Coeficiente Intelectual (IQ) superior a 230. Recuérdese que el IQ promedio de la población es de 100 puntos y solo un 0,5% supera los 130. A modo de ejemplo: el IQ de Albert Einstein era de 160 puntos. Nota: un IQ alto, o altísimo como en este caso, no implica una inteligencia emocional equivalente.

Finanzas: Hija única de una acaudalada familia madrileña, heredó la fortuna familiar, que ha invertido con prudencia. Podría vivir sin trabajar hasta el fin de sus días, pero necesita estar ocupada constantemente. Posee en propiedad el piso en el que tiene su consulta en la calle Serrano, otro piso amplio y completamente reformado a menos de 200 metros, actualmente en alquiler, y el caserón familiar en la selecta zona de El Soto, en el Norte de Madrid, que es su domicilio habitual.

Salud: Ninguna enfermedad a destacar. Operada de apendicitis a los dieciséis años. Se confiesa no fumadora, pero ocasionalmente se la ha visto fumar. Estado físico admirable, no solo para su edad: su resistencia y agilidad son comparables a las de una deportista veinte años menor. Es cinturón negro de kárate y aikido y no posee graduación alguna en otras cinco artes marciales que practica, pero en las que está claro que posee conocimientos previos más destacables que algunos de sus maestros. Nota: se indagará por qué oculta esta preparación superior en la lucha cuerpo a cuerpo, que la convierte en alguien capaz de matar con sus manos.

En el aspecto psicológico, su carácter es irascible y tiende a las explosiones de ira que logra controlar en base a una fuerte disciplina. Nota: a diferencia de sus colegas de profesión, que siguen terapias con otros profesionales, Dalia

Fierro lleva años sin hacerlo. La última vez fue hace quince años, con un colega con el que mantuvo una efímera relación sexoafectiva y con quien no sigue en contacto en la actualidad. En notas privadas de ese terapeuta se menciona que Fierro le había confesado tener «varias voces que hablan a la vez dentro de su cabeza, pero solo una la asusta».

Cargo nominal en la BDA: Asesora y *profiler*.

Cargo real: Segunda al mando y mano derecha de Severo Justo, quien le consulta casi todas las decisiones y a menudo toma la iniciativa, siempre cubierta por la condición de policía del comisario Bermúdez, que en la práctica es casi su ayudante y el número 3 de la BDA.

Conoce a Severo Justo desde hace veinte años, cuando lo asistió como psicóloga adscrita a la Policía, para superar la muerte de su mujer y su hija en un accidente. Lo trató durante cinco años y forjaron una sólida amistad. No consta si fueron amantes, pero en la actualidad son confidentes y colegas.

Orientación: Bisexual, bastante promiscua hasta hace un año. Ningún escándalo sexual explotable. La mayoría de sus amantes de ambos sexos son más jóvenes que ella, pero todos mayores de edad. En el pasado reciente, lo hacía para no forjar relaciones sentimentales duraderas. Ahora lo hace de modo esporádico y para escapar de la mediocridad matrimonial.

Estado civil: Casada desde hace siete meses con Olga Márquez, de 39 años, que pasó dieciocho años en coma a raíz de una brutal agresión física sin responsable identificado, aunque todo indica que fue su novio, Yago Suárez, celoso de la terapeuta de Olga (Dalia Fierro) con quien esta mantenía una relación íntima clandestina.

Suárez huyó del país y nunca se le pudo imputar la agresión.

Durante esos años, Fierro cuidó de Olga y de su madre, llegando a dotar el chalé de El Soto con el instrumental y el personal médico necesario para monitorizar día y noche el estado de la paciente.

Olga «despertó» hace trece meses y experimentó una rápida recuperación. Retomó los estudios de Ciencias de la Información.

La relación está en crisis por la infidelidad de Olga con un compañero de facultad, aunque no pueden descartarse otros motivos.

Nota de interés: Hace mes y medio, en una urbanización del Sur de Madrid (ver mapa, croquis y anexo) fue asesinado el ciudadano portugués Joao Mendes, de 43 años, que en realidad era Yago Suárez, que había cambiado de identidad para volver a España. Las cámaras de vigilancia cercanas a la urbanización muestran que a esa hora el coche de Fierro estaba en la zona.

Recomendación: No iniciar ninguna investigación oficial.

Aún no es el momento.

Interior guarda el informe junto a los demás. Le encantaría rebelarse, poner a su gente a trabajar sobre esos indicios, para incriminar a Dalia Fierro, tan cercana a Justo. Si logran

inculparla, sería el principio del fin de la Brigada.

Pero no se atreve.

Aunque le irrite profundamente el tono altanero con que le escribe su informante misterioso, lo cierto es que está consiguiendo, en solo unas semanas, mucho más que el selecto grupo de sus hombres, que llevan un año buscando trapos sucios en la BDA.

Y si llega con tanta facilidad hasta mi despacho, a saber qué sabrá de mí, piensa y se estremece.

No.

No se rebelará contra el hombre, *o la mujer, no seas machista, que luego te critican en el partido,* que está detrás de todo esto.

Al contrario, intentará ganarse su confianza.

Quién sabe, igual hasta tiene información jugosa sobre el presidente...

El secretario, que entra tras golpear con suavidad la puerta del despacho y esperar la autorización ministerial, se sobresalta al verlo tan sonriente.

Y más aún cuando lo llama afectuosamente por su nombre de pila y le pide «por favor» que haga pasar a su primera visita de la mañana. ¡Incluso le ha dado las gracias al salir!

El secretario camina sobre la gruesa alfombra como si fuera un depósito de arenas movedizas.

El ministro del Interior solo sonríe de ese modo cuando está pensando en hacer rodar cabezas.

11

Millones de moscas

Caronte García es, a la vez, feliz y desdichado. A veces bromea consigo mismo (él, que no bromeaba nunca) y se dice que la suya es una felicidad cuántica.

Está a solas en su morgue a primera hora de la mañana.

Se ha inventado una excusa banal para alejar a Libitina Molina, aunque lo único que lo hace más feliz que tenerla a su lado en la cama es practicar juntos una autopsia.

Pero Caronte necesita estar solo durante un rato.

Tiene algo que comprobar.

Revisa otra vez los informes, analiza las fotos del brazo amputado, las que sacó el operario de recogida de basuras casi de madrugada, las que hizo luego él mismo y también las más recientes, con el miembro nuevamente congelado pero ya convertido en un pellejo.

Estudia también las fotos del anillo y sus propias notas.

Hay algo que no encaja y no sabe lo que es.

Lo he perdido, se dice.

Ya no está. La rareza máxima en un hombre que era raro a simple vista, la mayor cualidad posible para un forense *y la peor para un tipo que compita por el puesto de sirviente del doctor Frankenstein*, se dice.

Su capacidad de hablar con los muertos, como solía definirla, al principio con ingenuidad y luego con secreta malicia para disfrutar brevemente de la inquietud que causaba en los demás.

Era su poder y lo ha perdido.

Camina hasta una de las cámaras, manipula la apertura, tira hacia fuera y la superficie metálica se desliza, mostrando dentro un cuerpo.

Sin necesidad de consultar ningún informe, se repite mentalmente la edad, el nombre y el oficio del difunto, y, por supuesto, la causa de su muerte.

Podría recitar de memoria los detalles de la autopsia, pero se distrae al ver la fina costura del cuerpo que ha realizado Libitina y suspira, *es que todo lo hace bien*.

Desde la llegada de la doctora Molina, su vida ha cambiado para mejor. En lo profesional, cuenta con una brillante forense mucho más eficaz y certera que cualquiera de sus ayudantes anteriores. En lo personal, nunca se había sentido tan pleno, casi guapo y deseado.

Se sonroja un poco al descubrir que ha estado pensando en voz alta.

—Pero si has estado enamorado me comprenderás —le dice al muerto.

El muerto no responde.

Ya no me hablan. En realidad nunca me hablaron en el sentido estricto de la palabra, pero sus cuerpos me contaban cosas, sus heridas eran declaraciones y sus cicatrices, telegramas. Hasta los rictus y las arrugas de sus caras me hablaban de sonrisas y de llantos, de sus temores secretos y también de sus vicios.

En resumen, todo lo que un buen forense debe ver, pero Caronte lo veía más, casi oía lo que

tenían que contar, y eso hizo que fuera envidiado, incómodo y respetado. De alguna manera, Caronte García, el bicho raro, tenía un don acorde a sus habilidades y su aspecto.

—Ahora, en cambio —le cuenta al muerto—, me siento un forense más, aunque nadie lo haya notado todavía. Pero yo sí. Y pronto lo harán los demás. Libitina, por lo menos. Además de muy lista, es guapa, ¿has visto lo guapa que es? ¿A que te preguntas qué hace una muchacha como ella con un adefesio como yo...? A Libitina no le gusta que hable así de mí mismo, pero es lo que soy. ¿Y sabes por qué se enamoró de mí?, ¿por qué estaba enamorada de mí incluso antes de conocerme?

El muerto no responde, pero Caronte juraría que escucha con atención:

—¡Por mis logros como forense, los que obtuve cuando vosotros me hablabais! ¿Y qué pasará cuando se dé cuenta de que mi don se evaporó? ¡No, no lo digas, por favor! Antes de ella habría podido seguir con mi minúscula vida de siempre. Ahora... Ahora no sé lo que haría si se va.

Por primera vez en semanas, siente un cosquilleo, como si el muerto impávido estuviera a punto de hablarle. Un rumor recorre el cerebro de Caronte a un volumen tan bajo que no lo puede descifrar.

—¡Gracias, amigo! —le dice al muerto—. ¡Tienes razón; soy el mismo, solo debo concentrarme!

Corre hacia su mesa y en lugar de mirar los papeles y fotos intenta escucharlos.

Hay algo, una frase que rueda por su mente y se acerca.

Ya casi puede distinguirla.

Ya casi.

Entonces siente un contacto leve en su cuello.

Demasiado cálido para ser un muerto.

—No soportaba un minuto más sin verte —se disculpa la voz que no es de ultratumba, aunque para alguien que no fuera Caronte García sonaría lúgubre.

La sangre del forense se redistribuye al compás del tam-tam enloquecido de su corazón, y apaga el eco de la frase que se acercaba.

García se gira y mira a Libitina a los ojos.

¿A quién le importa lo que digan los muertos cuando me siento tan vivo?, se pregunta, y conoce la respuesta.

En la plataforma que olvidó cerrar, el muerto parece a punto de decir algo que nadie escuchará.

Lorna Durán realiza otro giro en el último momento y despista a un motorista que, entorpecido por el fotógrafo que viaja detrás de él como paquete, no logra reaccionar a tiempo y tiene que seguir de largo.

La periodista bosteza.

Ha dormido poco por buenos y malos motivos.

Entre los buenos, el reencuentro con Justo anoche, en esa cama que ya es mutua. Volver a dormir desnudos y no con ese pijama casi monacal que se puso estas noches sin él, como si reservara su desnudez para completarla con la desnudez del hombre. También recuerda la forma de abrazarla y la hilera de palabras dulces aunque sin sentido con la que la fue acunando hasta que finalmente el sueño la venció.

Hoy madrugó mucho más de lo habitual con el pretexto de un trabajo urgente, pero en realidad

quería salir de casa mientras él seguía durmiendo, para que no le notara la mentira en los ojos, acaso para postergar la explicación que tendrá que ocurrir esta noche y que tiene y no tiene que ver con la maleta vacía y el sobre dentro de ella.

Salir casi al alba le ha permitido distraer a esos compañeros de profesión a los que se niega a considerar tales, que acampan como buitres ante su edificio.

Además de cabrones, son muy torpes, se dice, porque ninguno fue capaz ni siquiera de averiguar la existencia de una segunda entrada al garaje por la calle lateral, de modo que anoche, cuando entró con Justo, le ahorró la lluvia de flashes y las preguntas histéricas de quienes se dicen miembros de la prensa del corazón, y *lo que menos tienen es eso*.

Así que esta mañana temprano, cuando decidió salir por la puerta principal en busca de su coche ostensiblemente aparcado en la acera de enfrente, esquivando los micrófonos que le ponían en la cara, en realidad estaba atrayendo con moscas a los moscones para que las siguieran y regalarle a Justo unas horas más de inocencia en la que reposar su pérdida.

Pero Lorna ya no puede retrasar más su llegada al estudio y sabe que allí también estarán acechándola los más veteranos, los que ni trasnochan ni se arriesgan en persecuciones cuando saben a qué hora tendrá que acudir a su trabajo.

En cuanto toma el desvío que conduce al edificio de la televisión en la que trabaja, Lorna Durán repasa todos los recursos aprendidos en yoga para apaciguar la ira que la inunda.

Y rescata el recuerdo de sus cinco años, y sabe que no es una de esas anécdotas que te cuentan de ti y luego repites toda la vida.

Aún recuerda la gran caja rectangular que contenía una absurda cocina a su medida que algún familiar iluso decidió regalarle por Reyes, el esmero con el que dibujó en uno de los costados un rectángulo con las esquinas redondeadas, el furtivo cuidado para robar las tijeras de su madre y recortar ese hueco, y cómo, en plena hora de la comida, se apareció con la caja en la cabeza y, desde esa improvisada pantalla de televisión, ofreció a su familia un completo informativo de todo lo que había ocurrido esa mañana en el colegio.

Para Lorna, ya desde que era Lornita, el periodismo era un oficio poco menos que sagrado.

Por eso, dentro de ella se mezcla la rabia del acoso al que van a someter a Severo, con la vergüenza de que sean miembros o supuestos miembros de su oficio quienes lo hagan.

En los años que lleva ejerciendo, no han sido pocos los compañeros y compañeras que se refugiaron en otras tareas televisivas, porque el periodismo es un oficio de continuidad inestable. Y aunque ha intentado mantener el afecto por quienes han acudido a la prensa del corazón y sus subproductos, porque al fin y al cabo hay que pagar el alquiler y quién no tiene niños o deudas, lo cierto es que ha terminado por tomar distancia al ver que esa misma gente abrazaba un sistema que era todo lo contrario a lo que antes defendían, amparados siempre por la más vieja excusa del mundo: si tanta gente quiere ese contenido, no puede ser malo.

Como hace tiempo que ya no tiene contacto alguno con nadie de ese mundo, se repite mentalmente la respuesta de aquella vieja pintada en los muros de vete a saber qué ciudad que había en una foto en blanco y negro en el despacho de su primer jefe de redacción: «Coma mierda, millones de moscas no pueden equivocarse».

Detiene el coche para que los muros que rodean el edificio la oculten de la vista de los que ya están esperando.

Yo tenía que haberlo previsto, se dice, *en España, cuando se crea un ídolo, lo siguiente es tratar de echarlo abajo. Y aunque Severo siga siendo el hombre más popular del país según las encuestas, tarde o temprano iban a comenzar a acechar su vida privada, y más aún si está en*

pareja con una periodista conocida. Fui una idiota al creer que esta tregua que nos dieron era una muestra de respeto a su trabajo como policía y a mi carrera periodística. Ja. Solo estaban esperando el momento de inventar el escándalo, aprovechar estas semanas en que no se nos ha visto juntos para especular con una ruptura, inventarme a mí un supuesto romance con mi profesor de yoga sin ni siquiera molestarse en averiguar que Óscar es gay desde que nació, o trucar viejas fotos de Severo conversando con Dalia en una cafetería para inventar también otra supuesta infidelidad.

Lorna vuelve a respirar profundo y trata de dejar la mente en blanco.

No debe estallar, porque cualquier cosa que haga perjudicará a Justo, y *es demasiado frágil para luchar con estos monstruos, él cree que con la verdad basta, y no sé cómo podrá luchar con toda esta mentira que le van a lanzar encima.*

Al mismo tiempo, le irrita profundamente la falta de profesionalidad *aunque sea para escarbar en la basura ajena*, hubiera sido tan fácil averiguar que él estaba de permiso para acompañar a su madre agonizante y por eso no se los veía juntos como antes... De haberlo sabido, habrían invadido el pueblito de la Sierra de Gata, para acosarlo con preguntas capciosas, sin respetar la pérdida de un hombre al que todos dicen querer, pero al que muchos querrían ver caer, porque su sola rectitud señala la corrupción ajena.

Lorna no descarta incluso que este súbito interés por la vida privada de ambos no esté incentivado desde el Ministerio del Interior, para el que Severo y su Brigada representan a la vez causa de orgullo y un ejemplo que no pueden permitir.

Ya más tranquila, Lorna piensa, durante los treinta segundos que le quedan antes de poner en marcha el coche y enfrentarse con los buitres, en la maleta vacía y en el sobre que contiene.

Y eso sí que la entristece.

Y lo último que quiere ahora es que esos fotógrafos y cámaras puedan ver lágrimas en sus ojos.

De modo que se quita las gafas de sol, pone en marcha el coche y, mientras se acerca, va pensando cómo patearía las cabezas de cada uno de esos que dicen llamarse periodistas y *en realidad solo son fabricantes de más moscas que se alimentarán de mentiras de mierda.*

Cuando cruza la puerta, Lorna Durán sonríe y las cámaras la captan.

Fuera del edificio, el coche nada llamativo que vino todo el camino delante de ella y al que no detectó, atenta a los que venían detrás, se pone en marcha y se aleja.

12

Anendektos

—Te has saltado el semáforo en rojo, Paco —comenta Severo, y no es un reproche, y si fuera un reproche ya se había diluido, porque vuelve a estar perdido en alguna parte de su mente, quizás pensando en el caso, quizás despidiéndose todavía de la madre.

El comisario Bermúdez tiene la tentación de inventar alguna excusa, pero a Justo no se le miente ni siquiera cuando está distraído. Así que calla y aminora un poco la marcha.

Por el retrovisor intercambia miradas con Dalia Fierro y en ambas hay alivio y también preocupación. Porque es raro que Severo no se haya dado cuenta, y es bueno que no se dé cuenta todavía de ese acoso de la prensa del que les previno Lorna, al que la someten sus propio compañeros y que caería sobre Justo en cuanto volviera a pisar Madrid.

Cómo cambian las cosas y a qué velocidad, piensa el comisario. Y piensa también en qué poco le costó conseguir la complicidad de compañeros de fuera de la Brigada para entorpecer la persecución de los coches de la prensa de manera aparentemente casual, incluso llegando a desviar el tráfico en una calle después de su paso.

Cuando comenzaron, el resto de policías los miraba de lejos, como si estuvieran apestados. Ahora están orgullosos de esta rareza que es la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, y orgullosos de que uno de los suyos, un policía de toda la vida como Paco Bermúdez, ocupe un puesto tan relevante.

Pero hay algo más profundo y Paco lo sabe.

La Brigada sigue siendo una anomalía dentro de un sistema que premia a quien sigue el paso marcado y posterga a quien no lo hace.

Los caprichos del ministro de turno establecen quién sube y quién baja en un escalafón que no tiene en cuenta que muchos de esos hombres y mujeres se juegan la vida por una ciudadanía que los ve como guardianes de su propiedad o como represores, según la idea política de cada uno.

Desde que existe la Brigada hay otra manera de ver a la Policía.

En todo caso, la estratagema no va a durar mucho tiempo, *me conformo con que sea el suficiente para que Lorna me explique lo que ocurre*, piensa Paco mientras el coche se detiene en la garita de acceso a la universidad privada.

El guardia los reconoce y, aunque tendrá claras instrucciones de ser estricto en cuanto al acceso de personas ajenas al centro, está dispuesto a recibir una reprimenda con tal de presumir en el barrio de que ha conocido a Severo Justo y dos de sus Apóstoles.

Paco menciona la facultad y a la persona que buscan. El vigilante les informa con lujo de detalles y se muerde las ganas de pedirles una selfi. Cuando el coche ingresa, piensa que con un poco de suerte se la puedan hacer al salir.

Aparcan en la zona reservada a visitantes y caminan hacia el edificio por senderos rodeados de un césped corto y tan parejo que parece artificial.

Apenas se cruzan con estudiantes en el camino y todos van o vienen de algún sitio. Ninguno

recostado contra uno de los árboles que también parecen hechos a medida. Ninguna parejita mintiéndose amor a cambio de sexo en los pocos recovecos del edificio que no alcanzan las cámaras de vigilancia, *veinticinco en poco más de doscientos metros*, ha contado Bermúdez, *más las que estarán ocultas, que son las importantes*.

—Por favor, que no se entere Dolores de lo que voy a decir —pide Dalia—, pero me temo que por una vez el vudú de internet le ha fallado. Ha recibido cientos de mensajes de supuestos expertos en arte antiguo y en joyería que parecen tener algo que decir sobre el anillo..., ¿y de todos los posibles selecciona el departamento de Historia de una facultad de Ciencias Económicas de una universidad pija? No tiene sentido.

—Si quieres, te doy el teléfono y se lo comentas a ella —dice Severo Justo con una brizna de humor que los otros celebran, hasta que comprenden que no hablaba en broma—. Dolores y sus chicos han analizado todas y cada una de las respuestas que ha tenido la publicación en redes de la foto del anillo. Y no han elegido ninguna.

—No entiendo, entonces, por qué estamos aquí.

—Porque, aunque intentaron encubrir el origen con bastante pericia, según ella, aquí está la IP de una de las visitas más repetidas a la publicación, sin que hicieran comentario alguno ni enviaran un mensaje privado.

Señala con la mano la entrada:

—En el departamento de Historia de esta universidad privada y muy, muy cara, hay alguien a quien le interesa demasiado ese anillo.

Apenas tienen que esperar tras identificarse en recepción y son guiados por pasillos teñidos de luz indirecta, *ni un grafiti en las paredes, ni un papel en el suelo*, piensa Paco mientras compara esa universidad de élite con las públicas que él ha podido permitirse para sus hijas. Dalia, que en sus tiempos estudió en un sitio similar a este, piensa que no han cambiado demasiado ni la ropa, ni los modos, ni la eficiente pereza en la vida de los estudiantes que saben que tienen el futuro asegurado.

Severo Justo no piensa en nada, o eso parece.

Cuando desembocan en el despacho del profesor Homero Gansés, los tres piensan lo mismo: que no tiene el aspecto que uno esperaría en la madriguera de un reputado catedrático de Historia con una larguísima lista de publicaciones y premios que Dolores rescató de su red mientras se dirigían aquí.

La estancia, más bien estrecha, no está atestada de libros, y su mesa, en lugar de ser de un mueble añoso de vetusta madera, reluce como el acero bueno del que está hecha.

No hay pilas y pilas de antiguos documentos acumulados, en realidad nada sobresale de esas paredes de un color tenue, salvo unos pequeños grabados en cada una de ellas.

Homero Gansés, en cambio, sí parece lo que es: un hombre que, a fuerza de estudiar la historia del mundo, se ha quedado frenado en algún punto de la propia y lo mismo podría tener cincuenta años algo descuidados que setenta y tantos sin sufrir.

También su manera distraída de saludar a los inesperados visitantes encaja en el molde del sabio disperso.

Su voz es suave, habla como si no quisiera despertar alguno de todos esos personajes muertos a los que dedicó su vida.

—Es un honor tenerlos aquí, señora y señores —declara—. Incluso yo, que vivo bastante retraído, estoy al tanto de los éxitos obtenidos por la Brigada de los Apóstoles, y estoy a su disposición..., aunque no sé en qué podría ayudarlos.

Pero Severo Justo permanece en otra parte y Dalia, en estos casos, ha aprendido a mantenerse al margen, para analizar a los interlocutores sin que ellos se percaten y para frenar las impulsivas incursiones de Ráfaga.

De modo que es Bermúdez quien toma la iniciativa:

—Yo creo que sí puede ayudarnos, profesor Gansés.

—Usted dirá.

El comisario Bermúdez saca la foto del anillo y la pone delante de los ojos del profesor, que no se inmuta.

—No hay libros —murmura Severo Justo en un tono apenas audible.

—¿Qué dices, jefe? —se extraña Paco.

Justo vuelve a la realidad y se disculpa con una mirada formal dirigida al catedrático.

—Usted perdone.

El hombre pequeño y delgado sonríe.

—Nada que perdonar, señor Justo. Le ha ocurrido a usted lo que a la mayoría de la gente. Todo el mundo espera ver montañas de libros viejos por todas partes, ¿a que sí?

—Es cierto. —Bermúdez mirando las paredes como si fuera la primera vez que las ve.

—No hay libros, pero hay libros —dice Severo Justo—. Sus dedos, profesor.

Todos los ojos bajan hacia las manos pulcras y las yemas apenas manchadas con restos de tinta.

Gansés sonríe como un niño pillado haciendo una travesura.

—Me perdonarán ustedes esta frivolidad que pongo en práctica cada vez que alguien entra por primera vez en mi despacho. Es más fuerte que yo. Y, por cierto, su poder de observación es notable, Severo Justo...

Presiona un botón bajo la mesa y, en silencio total, los paneles de la pared a su izquierda se pliegan y dejan ver un despacho mucho más grande, lleno de estanterías de madera antigua y de libros, ahora sí, amarillentos y viejos.

En el centro del cuarto oculto, *una mesa de madera como debe ser*, se dice Paco, *tan antigua que no me extrañaría que Cervantes se haya comido sobre ella unas lentejas mientras escribía El Quijote*.

—Parte de esta frivolidad tiene que ver con la política de la universidad, empeñada en parecer más moderna que ninguna —se excusa el historiador—, y otra parte la asumo como un placer imperdonable para un historiador. ¿Me guardará usted el secreto, señor Justo?

—No creo que constituya ningún delito, profesor.

A Dalia le da la impresión de que entre el catedrático y Severo se ha establecido un diálogo similar al que tiene Dolores con sus pichones, *es como si entre cada frase faltara algún trozo que se han dicho por telepatía*.

Mira a Paco, que también está intrigado.

Gansés se percata y explica:

—Vuestro jefe ha hecho gala de las virtudes policiales que tanto le alaban en los medios de comunicación. No tanto por descubrir mi verdadero despacho oculto como por haber detectado mi vicio oculto, uno que no debería permitirse alguien como yo.

Levanta la mano izquierda y les muestra los dedos con las tenues manchas, más acusadas en las yemas del índice y el pulgar, pero también presentes en las demás.

—Cuando uno tiene acceso a libros tan antiguos como los que hay en este despacho, lo primero que hace para inspeccionarlos es ponerse unos finos guantes para no dañar el original ni

gastarlo con el roce de las manos. Pero a fuerza de estudiar la historia, a veces me siento parte de ella y, aunque cuesta creerlo, si toco esos libros mientras los leo, es como si al hacerlo percibiera no solo lo que han dejado escrito los cronistas de otro tiempo, sino incluso lo que han callado.

Mientras habla, se ha levantado y con un gesto los invita a entrar al verdadero despacho, que huele a libro viejo y a tiempo frenado.

—Nadie se enterará por nosotros, profesor Gansés —asegura Justo, y a Dalia le extraña la nula resistencia con la que ha ignorado esta falta a un reglamento.

Le extraña y la alarma. Aunque no sabe bien por qué.

—¿Y qué nos puede decir del anillo? —quiere saber Bermúdez.

—Bueno, está claro que esos símbolos son algunos de los atributos con los que solía representarse en la antigüedad al dios Zeus...

—... Además del toro, la corona, el roble o cetro —se impacienta el comisario—. No se ofenda, profesor, pero no hemos venido aquí para que nos cuente lo que sabe cualquier alumno de instituto...

Sus compañeros lo miran extrañados.

—Lo que quiere saber el comisario Bermúdez —dice Justo con extrema suavidad— es por qué, tras la publicación ayer por la tarde de la foto de este anillo, esa misma publicación fue consultada tantas veces desde una IP que coincide con la de su despacho. Y como veo que se dispone a mentirme, le rogaría que no lo haga, profesor. Puedo entender una pequeña falta por amor a los libros, pero no que traten de engañarme cuando llevo adelante una investigación.

Gansés se da por vencido y vuelve hacia su mesa con paso inseguro.

—Les ruego que me perdonen por segunda vez. Es cierto que consulté muchas veces esa publicación cuando uno de mis alumnos me la mostró. Como usted comprenderá, esto es un exilio dorado para mí, porque aunque cuento con numerosos medios, en una universidad como esta la historia es casi un elemento decorativo y los pocos estudiantes interesados en ella pasan y se pierden en una selva de empresas y consejos de administración. Por eso, cuando algunos muestran especial interés, les dedico más tiempo, porque justifica el haber cambiado mi pasión por la investigación por un sueldo mejor y una vida tranquila. Aunque cueste creerlo, hubo un tiempo en el que yo era considerado un historiador con mucho futuro y un investigador brillante. Pero ya sabe que en este país, la investigación y la invención, más que premiarse, son castigadas con escasez de fondos, por no hablar de las pugnas internas en las cátedras, la conveniencia de ser dóciles y, sobre todo, obsecuentes con los rectores de turno... Por eso me cansé y terminé trabajando aquí, donde me pagan muy bien, tengo acceso a muchísima documentación y casi nadie recuerda que existo.

—Vale, vale —dice Paco—. ¿Y el anillo?

—El anillo... Lamento si mis consultas los han distraído de alguna pesquisa, pero obviamente hubo una confusión.

—¿Una confusión con qué?

Gansés parece a punto de hablar, sacude la pequeña cabeza de pájaro y dice más para sí mismo que para los otros:

—Es que el anillo no puede ser ese anillo. ¡Es *anendektos*!

—¿Es qué?

—«Imposible» en griego —traduce automáticamente Dalia mientras detiene su mente, porque cada vez que los nervios la invaden comienza a traducir la misma palabra en una treintena de idiomas y no es el momento de dispersarse.

—¿Por qué es imposible, profesor?

La voz de Justo es tierna, a la vez que inapelable.

Posa una mano sobre el hombro del viejo profesor, que ahora sí parece viejo, y lo alienta a hablar al tiempo que le recuerda que no tiene otra opción.

—¡Porque la persona que portaba ese anillo desapareció hace más de cuarenta años, señor Justo!

—Mucha gente desaparece y luego acaba apareciendo —dice Paco Bermúdez, comenzando uno de sus engaños.

—En este caso me temo que no, comisario. Zeus Olabides fue sepultado por una avalancha de nieve en uno de los glaciares del Mont Blanc, hace más de cuarenta años, y su cuerpo jamás fue encontrado.

13

Los dos errores

El profesor Gansés da un breve trago a su copa de licor de hierbas. El comisario Bermúdez se felicita por haber propuesto trasladar la conversación pendiente fuera de las paredes académicas o de las oficiales y siempre deprimentes dependencias de Jefatura.

Con el olfato de quien ha vivido patrullando las calles más años de los que recuerda, localizó a simple vista un bar que no anunciaba nada especial por fuera, pero por dentro cumplía con los requisitos necesarios de discreción, espacio y buen ambiente.

—¿Usted cree que los nombres condicionan el futuro de una persona, señor Justo? —En cuanto termina de hacer la pregunta, el profesor Gansés se percata de su obviedad, pero ya es tarde.

—Dígamelo usted, profesor, que se dedica a investigar Historia Antigua y se llama Homero...

Justo parece estar de vuelta, pero un poco cambiado. Sin perder sus maneras amables, una ironía nueva asoma en sus palabras y en sus ojos.

Una pequeña luz roja se enciende en alguna parte de la mente de Dalia Fierro, pero ella decide que habrá tiempo para identificarla.

No quiere perder detalle de esta conversación.

La risa del profesor Gansés le es ajena, como si alguien se la hubiera cambiado al nacer para jugarle una mala pasada. Una risa áspera y ronca, opuesta a la leve y acaso aguda que cualquiera esperaría de él.

—Me lo merezco, señor Justo, me lo merezco. —Suspira—. Pero cuando le cuente, comprenderá el motivo de mi pregunta absurda. A Zeus Olabides le pusieron nombre de Dios y fue lo más parecido a un dios que he conocido en mi vida. No solo por su belleza casi sobrenatural, ni por su carácter con clara tendencia al despotismo. Creo que lo que le daba un aura de divinidad, además de su nombre, era la magnificencia con que lo hacía todo, incluso siendo apenas un adolescente, que fue cuando yo lo conocí.

El profesor toma otro traguito de su copa y el color le florece en las mejillas.

—Creo que lo que procede es comenzar por contarles lo que fui averiguando con tiempo y paciencia sobre el origen de ese extraordinario joven. —Entorna los ojos—. Algunos rasgos de este retrato son firmes y contrastados. Otros provienen de cotilleos y rumores de alta sociedad. Y unos pocos son solo un ejercicio de especulación por mi parte.

Bermúdez le hace un gesto al camarero para que le traiga también una copa y deje la botella, *porque esto va para largo*.

Y se lamenta, porque tenía planeado invitar a su mujer a cenar fuera, lo hacen a menudo ahora que una de las niñas, *que ya no son tan niñas*, estudia en Barcelona y la otra, aunque siga en Madrid, casi no para por casa.

Paco se siente un poco culpable, pero más que el famoso «síndrome del nido vacío» del que hablan los libros, para él y para Ana, que las chicas hagan su propia vida ha supuesto el

comienzo de un nuevo noviazgo.

—Ustedes me perdonarán por abusar de su tiempo —grazna el profesor—, pero para comenzar a contar esta historia tengo que retroceder por lo menos hasta 1936.

Adiós cena romántica, se dice Bermúdez.

—Es que para comprender a Zeus hay que conocer la vida de su padre. Juan Olabides era hijo de una familia andaluza acaudalada que abrazó tempranamente la causa republicana, y nunca se sabrá si por llevar la contraria, como gustan de hacer los hijos, por una tempranísima convicción política o por un olfato del que siempre hizo gala para saber quién ganaría una carrera, un negocio o una guerra, Juan se pasó al bando franquista nada más comenzar la contienda. Tenía dieciséis años, pero era alto y fornido. Mintió que había cumplido los veinte y le quisieron creer. Al parecer, su desempeño fue más que notable y la convicción demostrada en favor de la causa franquista rozó lo ejemplar. Ya saben que no hay nadie más apasionado que un converso, porque es quien tiene que demostrar que lo es.

Hace una pausa para tomar aire y besar su copa antes de seguir:

—Mientras tanto, su familia cayó en desgracia y la mayoría de sus parientes, incluido su padre, terminaron en la cárcel. Los detractores que luego le surgieron a escondidas y agazapados llegaron a decir que el propio Juan los había denunciado, pero sinceramente no lo creo. Tampoco tenía en aquel tiempo el poder suficiente, aunque fue entonces cuando comenzó a tejer su entramado de relaciones. La clave era no llamar demasiado la atención pero estar allí donde era oportuno para proporcionar lo necesario. Pronto se convirtió en lo que actualmente llamaríamos un «conseguidor», pero sin los ribetes de ordinariez que se asocian a ese cargo en la actualidad. Hasta donde pude indagar, el joven no proporcionaba prostitutas ni efebos a sus jefes. Para eso sobraban voluntarios. Pero él hizo que sus superiores comprendieran que cuando necesitaban algo realmente difícil de conseguir, aquel muchacho alto y serio, valeroso en la batalla y nada fanfarrón de sus logros, era la persona adecuada. Desde hacer llegar una carta a la querida de un coronel atravesando las líneas enemigas, hasta obtener medicinas para la curación de una hija o hijo de un comandante, aunque solo se consiguieran del lado republicano o fuera del país. Para todo lo que era verdaderamente importante, Olabides tenía una solución. Básicamente, su método consistía en hacer tres favores a una persona y no pedir ninguno. Así tejó una red de gente más o menos importante que le debía algo más valioso que el dinero. A veces, pedía a esos mismos superiores algo tan insignificante como un cambio de destino, que ellos favorecían para perder de vista a ese chico al que le debían tanto, aun sabiendo que le seguirían debiendo.

Un sonido electrónico y molesto cortó su discurso.

El profesor apagó la alarma en su teléfono y sacó el pastillero:

—A vosotros os falta mucho, pero llega una edad en la que uno tiene más pastillas que tomar a diario que amores por recordar.

Paco brinda por eso, mientras calcula que *el viejo no se acostará muy tarde, así que igual nos ofrece la versión breve y me da tiempo a reservar en el restaurante que está frente al teatro donde ponen la obra de Ibsen que quiero ver con Ana, pero necesito que parezca idea suya.*

Gansés toma una de las cápsulas y la apura con un sorbo de agua.

Retoma su discurso donde lo dejó.

—Durante buena parte de su vida, Juan supo evitar la vanidad que llevó a la perdición a muchos jóvenes como él. Más de uno de sus jefes quiso quedar a mano ofreciéndole un ascenso meteórico que él declinaba agradecido y explicando que desde un puesto tan visible no podría estar disponible para sus protectores. Como no figura casi en los libros de historia, lo que sé

sobre Juan tuve que aprenderlo entrevistando a supervivientes, estudiando historiales de oficiales a cuyo mando estuvo, uniendo datos y sacando conclusiones. Lo que es seguro es que ganó bastante dinero, pero hizo ganar muchísimo más a la gente adecuada. Al terminar la guerra y con casi veinte años, aunque en su expediente figuraban veinticuatro, Juan poseía una pequeña fortuna y un envidiable entramado de relaciones. Nuevamente le ofrecieron cargos destacados dentro de la organización del Movimiento y nuevamente declinó aceptarlos con el argumento de que entonces no tendría la libertad de movimiento necesaria para ayudar a sus amigos. ¿Notan que ya no hablaba de protectores? Decía «amigos» con respeto, pero de igual a igual. Mantuvo lo que hoy se llama «un perfil bajo», se estableció en Madrid en una casa no muy grande y comenzó a hacer negocios para sí mismo y para muchos flamantes jerarcas del régimen.

El profesor tose y da otro trago de pájaro a su copa.

Hay que ver cómo se enrollan los viejos, piensa Bermúdez. Tienen que ir casi hasta el Pleistoceno para explicar algo que pasó hace unos días, se dice, y recuerda que esa misma queja la expresan sus hijas cuando él intenta contar alguna anécdota de su juventud.

—Durante los próximos diez años —continúa Gansés—, siguió creciendo en la sombra. Hasta hay quien asegura que el propio general Franco lo convocaba con frecuencia de madrugada y en secreto para consultarle inversiones y políticas económicas de futuro. Los pocos escritos que se conservan de un libro que tuvo el buen tino de no publicar, lo revelan como un precursor del Desarrollismo que tardaría todavía bastante en llegar. En resumen, que la vida de Juan marchaba como él decidió que lo hiciera.

—Hasta que algo cambió —murmura Dalia.

—Así es, doctora Fierro. Mis estudios de la historia revelan que hasta los hombres y mujeres más minuciosos en la planificación de su vida cometen por lo menos dos errores que a menudo alcanzan para alterar todos esos planes. El primer error de Juan ocurrió poco después de la muerte de su padre. Hacia el final de la guerra consiguió que lo liberaran y limpiaran de su expediente el pasado republicano. Le consiguió una casa modesta pero digna en Huelva, de donde procedía la familia, e hizo que no le faltara nada. Poco después, el hijo recuperó las tierras de la familia, que habían sido expropiadas, rehabilitó el caserón y volvió a poblar las cuadras. Pero el viejo Olabides jamás quiso vivir allí y siguió en su pequeña casita hasta que murió, a comienzos de los años cincuenta.

Adiós a la cena, calcula Paco. Aunque el viejo tiene la cara roja de tanto licor de hierbas, no estará acostumbrado, así que igual deja el resto de la historia para mañana...

—Y fue entonces cuando Juan cambió —dice Justo.

—Y no sabe de qué modo. Él, que nunca había necesitado figurar, se empeñó en recuperar para su apellido un dudoso título nobiliario perdido en el tiempo. Sus jerarcas amigos intentaron contentarlo ofreciéndole un título de nuevo cuño, por sus servicios al Glorioso Movimiento, pero Juan se negó.

—Quería un título antiguo, que incluyera a su padre.

—Así es, Justo. Y como tardaba en conseguirlo, Juan decidió abandonar las sombras y se convirtió en todo un *playboy*. Adquirió un palacete en el barrio de Salamanca e hizo crecer el cortijo de Huelva, aunque pasaba la mayor parte del tiempo brillando en París, en la Costa Azul, o en las lujosas fiestas de la aristocracia romana. Y cada vez que volvía a España ofrecía en su casa de Madrid unas recepciones memorables, a las que acudía la flor y nata de los nuevos ricos del régimen y también de los ricos de siempre.

—Es decir, que no cayó en desgracia por llamar la atención.

—Al contrario, comisario. A la España de entonces le venía bien dar esa imagen de prosperidad mundana. Pero fue por entonces, en una de esas largas estancias europeas, cuando a finales de los cincuenta Juan cometió el segundo error...

—Se enamoró —dice Dalia sin pensarlo, y los tres la miran.

—¡Exacto, doctora Fierro! —celebra el profesor, y se toca la sien—. El hombre que todo lo calculaba aquí, no supo qué hacer cuando empezaron a pasarle cosas aquí.

Palpa su propio corazón y esperan a que siga hablando.

Pero el viejo profesor, ahora pálido, sigue dando golpecitos del lado izquierdo de su pecho.

—¡Le está dando un ataque! —grita Dalia mientras se abalanza para reanimar al viejo—. ¡Llama a una ambulancia, Justo, que se nos va!

Pero es Paco Bermúdez quien llama, mientras ella tiende al profesor en el suelo y le pide algo al camarero, que asiente sin cesar.

Severo Justo, a dos pasos, tiene el cuerpo paralizado y no comprende por qué murmura, sin parar:

—Notemuerasnotemuerasnotemuerasnotemuerasnotemueras.

Con los dedos cruzados

Severo Justo pasea nerviosamente por el pasillo del hospital y solo ahora observa, como si acabara de brotar en su mano, la carpeta de color marrón que el profesor tenía en la cafetería antes de desmoronarse. No recuerda en qué momento se hizo con ella, y hasta sospecha que condujo hasta aquí sin soltarla.

Se pregunta por qué le aflige tanto el estado de salud de un hombre al que acaba de conocer, y al que probablemente haya salvado la vida la celeridad de Dalia y Paco para actuar, mientras él por dentro no hacía más que repetir *notemuerasnotemuerasnotemueras*, que es lo mismo que piensa ahora cuando ve a su amiga salir de una zona de médicos de acceso restringido incluso para él, pero en la que ella se coló con facilidad pasmosa.

Ahora ve cómo le da un beso en la mejilla al médico alto y guapo, con ese aspecto de no sudar jamás que tienen los médicos cuando son jóvenes y tú estás en un hospital esperando su veredicto o el veredicto para un ser querido.

Pero Gansés no es un ser querido, se dice Justo mientras cruza los dedos detrás de su espalda para conjurar la mala noticia que puede traer Dalia, el mismo gesto que hacía de pequeño cuando estaba con su madre y oían los pesados pasos del padre acercarse y con esa cábala infantil intentaba cambiar el mal humor por una sonrisa y el olor a vino barato por una frase amable para ella.

Entonces comprende: si su madre ha muerto, cualquier persona mayor puede morir en cualquier momento y Severo Justo no quiere más ancianos muertos en su vida, ni siquiera, y se sorprende al pensarlo por primera vez, *ni siquiera mi padre*.

—¿Te sientes bien? —Dalia lo mira con preocupación—. Estás muy pálido y errático, Justo. ¿Hace cuánto que no comes?

Y él, que no sabe qué responder porque no recuerda, se gira para que ella no pueda advertir los dedos cruzados en su espalda, pero los mantiene así por si acaso, sabe que anoche Lorna había preparado una cena ligera que él fingió probar apenas con el pretexto de que había comido por el camino y no era cierto. Pudo más el otro apetito, el hambre que se les despierta y hace que empiece a sobrarles la ropa en cuanto están en casa solos.

Y esta mañana cuando despertó, ella no estaba y le había dejado dibujado un corazón con su carmín en la almohada y otro sobre el pecho de Severo, en el lugar que debería ocupar su corazón. Bebió un café solo y largo y de alguna manera se duchó evitando borrar el corazón que Lorna le había prestado.

Pensar en eso le arranca algo parecido a una sonrisa, que lo entibia por dentro, pues recuerda que esta noche, cuando vuelva a casa, Lorna estará para ser su hogar.

—Estoy bien, Dalia. No te preocupes. —Cruza con más fuerza los dedos detrás de su espalda y le pregunta—: ¿Cómo está el profesor?

—Fuera de peligro, porque tuvo la suerte de que estuviera con nosotros. Ten en cuenta que,

según sus hábitos, a esa hora hubiera estado solo y no habría contado el cuento, o eso es lo que piensa Roberto...

—Menos mal —dice Severo mientras descruza los dedos—. ¿Quién es Roberto?

Dalia desvía la mirada un segundo.

—El doctor Roberto Menéndez es un viejo amigo...

—No parece tan viejo. No creo que tenga más de treinta y dos o treinta y tres años...

—No lo sé. No les pido el carné antes de follármelos —mastica Dalia con una voz que parece que no fuera la suya y en realidad no lo es.

Justo se arrepiente.

—Perdona. Tienes razón; he comido muy poco y dormido menos y estoy más idiota que de costumbre.

Ella se aplaca y cierra la fisura por la que Ráfaga asomó, quizás para reivindicar el predominio que tiene sobre las otras voces, repentinamente mudas en su cabeza.

—Perdona tú. Tampoco tenía por qué contestarte así, Severo. Pero sí, conozco al doctor y fue una suerte que estuviera de guardia. Me temo que, de lo contrario, nuestro profesor ahora estaría camino de los dominios de Caronte García.

—¿Por qué?

Dalia saca el pastillero del profesor y lo sacude con suavidad.

—Lo sospeché desde el principio, no presentaba los síntomas de un ataque cardíaco, por eso hice que el camarero preparase un emético, un vomitivo casero para que expulsara todo. Y Roberto lo ha confirmado extraoficialmente. Así que no tengo la menor duda de que cuando Caronte haga analizar estas pastillas confirmará lo que ya sabía: el profesor Gansés ha sido envenenado. Alguien trató de matarlo para que no pudiera hablar con nosotros, Severo.

La de ahora sí parece una reunión plenaria de la Brigada de los Apóstoles y Dalia se pregunta cómo se las ha ingeniado Bermúdez para reunir a tanta gente en tan poco tiempo. Eso es una tarea que habitualmente realiza Pablo, *el Súper*, burócrata eficaz para todo lo que tenga que ver con asuntos organizativos. Claro que, como se han vuelto inseparables en el último año, lo más probable es que a cada uno se le haya pegado algo de las habilidades del otro.

Bermúdez también piensa en Pablo y se preocupa, no sabe por qué, pero se preocupa. Lo llama al móvil, lo avisa de la reunión inminente y lo deja conectado para que escuche y participe.

La sala de reuniones está abarrotada de jóvenes policías y también algunos veteranos dispuestos a lo que sea por participar en las misiones de la Brigada.

Una habitación rectangular amplia pero hoy insuficiente. En cada uno de los extremos, luce una gran pantalla plana con sus correspondientes cámaras para facilitar las intervenciones por videoconferencia de los distintos enlaces con capitales europeas y también para que Dolores pueda asistir a las reuniones sin desplazarse de su casa cuando está inmersa en una búsqueda informática o preparando unos garbanzos de antología.

Quienes no han podido entrar permanecen atentos desde la puerta.

Está claro que la Brigada comienza a necesitar una sede más amplia.

Las miradas están pendientes de Severo Justo y la psiquiatra se sorprende del cambio radical que ha experimentado su amigo en solo unos minutos.

Ya no quedan vestigios del hombre abstraído y hasta asustadizo que vio en el hospital. Ahora es el mismo policía eficiente y mesurado de siempre, pero hay algo de cortante en cada una de

sus instrucciones, una determinación que solo le han conocido cuando un caso muy importante los tenía acorralados.

—Paco, sé que habrás destinado a tus mejores hombres para proteger al profesor, pero quiero que refuerces la guardia, que una parte sea evidente, con fines disuasorios, y la otra esté camuflada. Dalia, ¿crees que tu amigo el doctor Roberto Menéndez nos podrá facilitar un contacto directo con la dirección del hospital para infiltrar a agentes femeninos y masculinos vestidos de enfermeros? ¡Ah, y que también nos reserve la habitación frente a la del profesor, para que uno de nuestros hombres disfrazado de paciente y una agente como si fuera su mujer monten guardia con disimulo por si hay que intervenir de urgencia.

—¿Crees que intentarán algo tan atrevido? Cualquiera imaginará que, después del envenenamiento, el paciente va a estar vigilado...

—Lo sé, pero no quiero correr el riesgo. Y quien intentó matar al profesor parece dispuesto a cualquier cosa para impedir que hable con nosotros.

Mira hacia el frente, a la imagen de la octogenaria *hacker* en la pantalla.

—Dolores, necesito conocer vida y obra de todas las personas relacionadas con el profesor Gansés, tanto dentro como fuera de la universidad. Quien cambió las pastillas tiene que ser alguien que conoce sus costumbres y sus horarios. Además, debió estar lo suficientemente cerca como para poder reemplazarlas sin llamar la atención.

—Ya estoy en eso, jefe. En eso y en muchas cosas más que ya te contaré —dice la anciana con aire misterioso.

Severo está a punto de preguntar, pero cambia de idea y busca con la mirada a Paco Bermúdez.

—¿Está Pablo conectado?

Desde el altavoz del teléfono se escucha la voz del Súper:

—Aquí estoy, Severo. Sigo en Bruselas, pero si quieres...

—No, no. En este momento nos sirves mucho más fuera de España. Quiero que aproveches tus contactos para averiguar todo lo que puedas sobre Juan Olabides, un empresario y *playboy* español de finales de los cincuenta, bastante afín al franquismo. Dolores te enviará todos los datos. Muchos de los registros de esa época no estarán digitalizados, así que tendrás que contactar con diplomáticos retirados, aristócratas nostálgicos y quizás viejos cronistas de sociedad. Si tienes que viajar a cualquier parte de Europa, hazlo de inmediato, que te cubriremos las espaldas. Gracias, Pablo.

Una sensación de vértigo inunda la sala.

No es que el jefe haya hablado con prisas ni de manera imperativa, pero parece como si su mente funcionara mucho más rápido que sus palabras, buscando ideas, pistas y caminos a seguir.

—Dalia, necesitaría que a partir de la información que obtenga Dolores sobre el tal Zeus, el hijo de Juan, comiences a esbozar un perfil psicológico. ¿Frontela?

—Aquí, señor Justo. —El nieto de Dolores está al fondo de la sala, junto a su inseparable Beatriz Gutiérrez.

—Supongo que ya habrás empezado a hacerlo, pero necesito que recabes toda la información periodística relacionada con Zeus Olabides y su supuesta muerte en los Alpes franceses. Reúne esos datos junto con los que obtenga tu abuela y me los haces llegar directamente, con copia a Dalia, Bermúdez y Caronte, por favor.

Busca en el bolsillo y saca una hoja escrita a mano con su pulcra letra.

—Paco, aquí tienes una lista con el resto de tareas. Confío en ti para que las distribuyas de la

mejor manera posible. Y, por supuesto, si ves que se me ha pasado algo por alto, o se te ocurre otro procedimiento más práctico, tienes carta blanca. Y que alguien me avise en cuanto el profesor Gansés esté en disposición de hablar con nosotros. A la hora que sea.

La reunión ha terminado y la mayoría sale de la sala ajustando horarios y tareas, intercambiando ideas.

Dalia se acerca a Justo y le habla casi al oído.

—Me encanta verte en forma otra vez, pero no entiendo a qué viene tanta emergencia. De momento, solo tenemos el brazo de un muerto de hace más de cuarenta años, y en cuanto al profesor no podemos descartar que el envenenamiento tuviera que ver con celos académicos. No sabes lo tóxicos que pueden ser esos ambientes...

Severo la mira.

—Me temo que detrás de esto hay algo más grande y antiguo. Alguien intenta desafiarnos a jugar una partida de ajedrez, y cuando se canse de usar como piezas trozos de muertos viejos, quizás comience a hacernos llegar muertos nuevos.

El razonamiento es impecable, pero antes de que Dalia pueda decir nada, suena el teléfono de Justo.

Mira la pantalla.

Duda.

Hace el ademán de apagar el aparato, pero cambia de idea, busca la salida y, antes de cruzar la puerta, atiende.

Caronte se acerca, escoltado por Libitina.

—Doctora Fierro, yo...

—Llámame Dalia, Caronte. Somos compañeros. Dime.

—Todavía no tengo los resultados del análisis, pero me he permitido realizar uno con la ayuda de la doctora Molina. Por supuesto que no puedo competir con los métodos que utilizarán en los grandes laboratorios, pero podría asegurar que la sustancia que contenían las cápsulas era un viejo veneno casero.

—¿Cómo de viejo, Caronte?

—Tan viejo que ni siquiera había constancia real de que existiera. Solo algunas referencias en antiguos textos. Es un veneno que se utilizaba en el antiguo Egipto, y según algunas fuentes, el responsable de la muerte de unos cuantos faraones.

Abre la boca, pero no sabe qué decir y, además, en ese momento vuelve a entrar Severo Justo.

Y no es el mismo que salió.

Hay algo de robótico en sus movimientos, y en su mirada se mezclan tantas emociones que ni siquiera el entrenado ojo de Dalia logra separarlas.

Con un gesto la llama a ella y a Paco hasta el pasillo.

—Sé que es irregular, pero necesito que os hagáis cargo de la investigación y del dispositivo de protección por lo menos durante un par de días. Yo estaré permanentemente disponible al teléfono. Pero tengo que marcharme. Pasaré por casa para buscar algo de ropa. Pero tengo que volver cuanto antes al pueblo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Dalia, temiendo lo peor, porque si ser solo medio huérfano ha provocado tal fragilidad en su amigo, la muerte del padre tan cerca de la de la madre podría hacer que se derrumbara del todo.

—Nada. Asuntos familiares.

Nunca habían visto a Severo Justo contestar con evasivas.

Paco Bermúdez estalla y olvida el respeto reverencial que le tiene:

—No me jodas, jefe. Dinos qué ha ocurrido.

Y el comisario general Severo Justo, para muchos el hombre más querido de España, para otros el problema del mal ejemplo que supone un buen ejemplo, para ellos su amigo y jefe, parece hablar desde un pasado remoto, como si fuera un niño asustado mientras contesta:

—Acaban de detener a mi padre por asesinar a un exnovio de juventud de mi madre.

Y se echa a llorar como no lloró durante los últimos días de la mujer pequeña y dulce y tampoco en su entierro.

Llora y no sabe por qué.

«Cuídamelo»

Ha conducido casi tres horas sin pensar y, al llegar a Moraleja, tan cerca ya de su destino, detiene el coche, baja hasta el parque fluvial y, mientras observa las aguas de la piscina natural, se permite fumar un cigarrillo, ya que hace años que ha dejado de fumar.

—No entiendo nada —le dice al agua, que escucha y calla.

Todo le parece anómalo y natural, como si fuera un personaje sujeto a los caprichos de un autor vengativo o simplemente *cabron*, se dice, y no se reprende por el taco, esa antigua costumbre que arrastra desde antes de entrar al seminario, cuando era un niño flaquito pero testarudo y necesitaba diferenciarse de su padre, que vivía cagándose en Dios y en la Virgen cuando llevaba más de cuatro vinos encima.

—Si yo tuviera un autor —le confía al agua—, sería un auténtico cabronazo.

Pero lo suyo no es la autocompasión, al menos de modo consciente.

Mira hacia arriba, a la Sierra de Gata, y aunque no logra identificarlo en los recovecos del verde, adivina el pueblo que es y no es su pueblo.

Prefiere no pensar en lo que le espera allá arriba y piensa en lo que dejó atrás.

¿Por qué se le antojó atolondrado el comportamiento de Lorna cuando le habló por teléfono del viaje inmediato y sus motivos?

Solo actuó con su rapidez mental de periodista, le dijo que no hacía falta que pasara por casa y que, mientras él terminaba de preparar sus asuntos, ella le llevaría una bolsa de viaje a Jefatura y que lo esperaría en la salida de atrás para que no perdiera tiempo.

Absolutamente normal, se repite, y no se convence.

Como normal fue que no se ofreciera para acompañarlo, porque Lorna lo conoce: él tendría que haberle dicho que prefería ir solo y se sentiría más culpable todavía.

Lo que Severo Justo no acaba de comprender es por qué, tras el beso urgente, mientras ella lo alentaba a partir de inmediato, le dijo: «No te preocupes, mi amor, que yo me ocupo de todo».

Y Justo no sabe qué es ese «todo».

En realidad, no sabe nada.

Ni siquiera cómo debería sentirse ahora mismo.

Si su padre es un asesino, quedarían ratificadas sus tesis de la infancia sobre la maldad absoluta de ese hombre, y la más reciente desconfianza cuando la madre agonizante le aseguraba que él había dejado de beber.

Pero no siente ninguna satisfacción y además están los ojos, los ojos de Dios y de su madre, más pequeñitos y hundidos pocos días antes de morir, cuando le dijo, con un hilo de voz:

—Cuídamelo, Severo.

Y él fingió no escuchar, pero la madre apretó su mano con la suya, tan pequeña y frágil pero de repente tan firme, hasta obligarlo a mirarla, y repitió, inapelable:

—Cuídamelo, hijo. Que ese viejo tonto se va a quedar muy solo y no aprendió a vivir sin mí.

Cuídamelo.

Y él asintió para contentarla, porque no le parecía que el viejo gigante necesitara cuidados de nadie.

Así que ahora, repartido y confuso, le toca subir la montaña de sus ancestros y decidir si cumple o no lo prometido.

Aunque el pueblo queda a poco más de media hora por una carretera sinuosa y allí tiene casa, no deja de ser la casa de su padre y prefiere alquilar habitación en Moraleja.

Quizás porque sea lo más parecido a una ciudad que recuerda durante las visitas de verano en su infancia al pueblo de sus padres. Bajar a Moraleja era como volver a lo que conocía en Madrid las pocas veces que salía con su madre e iban de compras al centro y el hombre-montaña malhumorado parecía algo remoto, exactamente como una montaña que, aunque amenace con su tamaño, no puede moverse de donde está.

Ya es noche cerrada y decide dormir aquí.

Por el camino habló con el teniente Darío Esquivel, a cargo del cuartel de la Guardia Civil donde está detenido su padre, y le informó que aún no está imputado, pero todo indica que lo estará, y que, con el fin de semana de por medio, no pasará a disposición judicial hasta el lunes o martes.

Así que hoy es viernes, se dice un tanto sorprendido.

Debería subir al pueblo, intentar ver a su padre, o al menos que le informen que su hijo ha llegado.

Pero no lo hace.

Necesita prepararse para lo que viene.

Necesita dormir y necesita comer.

En el hotel La Encomienda consigue una habitación moderna, cómoda y con aire acondicionado, *que nunca viene mal porque, aunque estemos en mayo, el clima por aquí a veces se desata y dicen que al sol le gustan tanto estos parajes que se detiene sobre ellos*, o al menos eso decía siempre su madre.

Se siente culpable por demorar la confrontación, por alargar la incertidumbre de su padre, y también por degustar el succulento menú improvisado que le ofrecen en el bar llamado con acierto La Degustación, *y es que tiene razón el profesor Gansés, hay nombres que te condicionan*.

Antes de irse a dormir, llama a Dalia y a Paco, que lo informan de las tareas en marcha y la falta de novedad relacionada con el profesor: nadie ha intentado matarlo de momento, pero todavía sigue inconsciente.

La siguiente llamada es para Lorna, que habla demasiado y demasiado rápido, como si quisiera evitar los silencios y las preguntas, pero él no tiene ganas de preguntar nada esta noche, solo escuchar su voz, quitarse la ropa y dormir desnudo, pegado a ella.

Se lo dice y Lorna se emociona.

No es que él sea seco con ella, pero las muestras de afecto suelen ser físicas y no verbales.

—Si necesitas lo que sea, no dejes de llamarme, Severo. ¿Cómo está tu padre?

—No lo sé, creo que podré verlo mañana por la mañana.

—¿Duermes en la casa del pueblo?

—Claro —contesta él, sin saber por qué le ha contado la primera mentira en toda su relación—. Descansa tú también. Volveré en cuanto pueda. —Titubea, pero dice lo que siente—: Te quiero, Lorna Durán, ni más ni menos que a Alicia; te quiero como solo podría quererte a ti.

Cuelga y se siente aliviado por haber dicho con todas las letras lo que lleva tantos meses

sintiendo y se limitaba a insinuar con caricias.

Piensa que debería darse una ducha, se desnuda y al entrar al baño ve en el espejo el corazón dibujado con carmín en su pecho que todavía resiste.

Cambia la idea y vuelve a la cama.

Se acuesta de costado y desnudo, como si la abrazara.

En su piso, en Madrid, Lorna Durán llora mientras abre la puerta del armario y contempla la maleta casi vacía.

II

Los Dioses tienen tendencia a hacer exactamente el mismo tipo de cosas que harían los hombres si pudieran, sobre todo en los asuntos relativos a las ninfas acuáticas, las lluvias de oro y la exterminación de los enemigos.

TERRY PRATCHETT

Informe BDA: Dalia y Mingo

Informe BDA (Este informe amplía y completa el anterior sobre el mismo sujeto).

Dolores Forte, viuda de Frontela. 82 años.

Formación: No posee formación académica más allá de la educación básica. Sin embargo, tiene una inusual habilidad para la informática, hasta el punto de que detrás de la fachada de una anciana fervientemente republicana y de carácter fuerte, se esconde uno de los *hackers* más legendarios de las últimas décadas: @grafuwolf, reducción de la frase en inglés *granny fucks wolves*. Su actividad ilegal o alegal es vasta (ver anexo), **aunque se recomienda no iniciar acción alguna en su contra hasta que llegue el momento.**

Sus inicios en esa actividad tienen un origen doméstico.

Hace diez años, su nieto, el inspector Jorge Frontela, también miembro destacado de la BDA (ver informe), le regaló un ordenador para que la anciana se entretuviera y le dio las primeras clases, durante las que se sorprendió de la aptitud de su abuela, quien siguió aprendiendo por su cuenta y llegó a dominar en pocos meses tanto el manejo de equipos informáticos como la programación y la creación de métodos para burlar la seguridad cibernética de sistemas complicados. **Repito: No iniciar todavía ninguna acción en su contra.**

Finanzas: Pese a que muchas de sus actividades han rozado el límite de la legalidad (o directamente lo han traspasado), no consta que haya utilizado sus habilidades para su propio enriquecimiento. No obstante, ha acumulado un respetable capital mediante inversiones en criptomonedas y acciones. No recurre, hasta donde se sabe, a paraísos financieros y declara al Fisco todas sus ganancias.

Vive en la misma casa desde hace más de cuarenta años (ver ficha y mapa anexos) y su actividad es ignorada por sus familiares (una hija y dos sobrinas) a excepción del nieto antes mencionado. Con ayuda del mismo, ha realizado una reforma encubierta en la casa, transformando lo que fue un cuarto de costura en un pequeño cuartel general dotado con equipos de última generación (ver croquis), desde el que realiza la mayoría de sus funciones para la BDA, porque según sus propias palabras: «Lo de salvar al país varias veces por mes no es una excusa para tener la casa sin recoger».

Salud: Excelente para su edad. Observa una alimentación equilibrada y no

posee hábitos insalubres, aunque ocasionalmente bebe alguna copa de licor casero que ella misma elabora. Realiza bastante actividad física y largas caminatas a buen ritmo por barrios de la ciudad (ver anexo con los recorridos más habituales). **No intentar nada en su contra durante esos paseos.**

Se sigue investigando sobre posibles enfermedades que pueda ocultar a sus compañeros de la BDA, pero en apariencia puede seguir en activo por mucho tiempo.

Cargo nominal en la BDA: Asesora civil.

Cargo real: Responsable de los aspectos de las investigaciones relacionados con redes informáticas, redes sociales, archivos digitales, etc. Ejerce como aglutinante del grupo, en especial del núcleo duro de la BDA, con una autoridad moral que es respetada incluso por el propio Severo Justo. Según se dice, no es propensa a dar consejos, pero sí unos fuertes golpes en la cabeza del necio de turno, tanto en las variedades conocidas con el nombre de «capón» como las llamadas «collejas».

Estado civil: Viuda desde hace treinta años de Luis Frontela Gómez, no suele hablar muy bien de su difunto marido, que fue funcionario municipal hasta su muerte. Tampoco habla mal de él. En sus propias palabras: «Luis no ero bueno por decisión, sino porque no le alcanzaba la voluntad ni para ser malo».

Vida sentimental: Mantiene desde hace décadas una relación intermitente con Domingo Ramos Valverde, amigo de la infancia de su barrio, que ingresó en el seminario y fue el sacerdote que ofició su boda... y con el que se fugó esa misma noche, para retornar, sola, dos semanas después.

Al parecer, Mingo, como se lo conoce en la actualidad, tuvo una crisis de culpabilidad y, aunque dejó los hábitos, no volvió con ella durante años, en los que viajó por todo el mundo, realizando todo tipo de trabajos. Tras la muerte del marido, regresó a la ciudad, pero no oficialmente a la vida de Dolores, aunque son amantes desde entonces. Recientemente se ha mudado a la casa de la anciana y le propone matrimonio con insistencia, aunque ella se resiste.

Nota: tras una meticulosa investigación, se establece que el pasado sacerdotal de Mingo no guarda relación con el de Severo Justo.

Nota de interés: En sus viajes, Mingo adoptó el modo de vida propio de un vagabundo, aunque posea medios económicos para llevar una vida más que holgada. De hecho, el solar en el que vivió durante años, frente a la casa de Dolores, es de su propiedad, así como el edificio vecino. No obstante, sigue ejerciendo como una especie de patriarca de los sin techo de Madrid, que acuden a él para dirimir disputas o combatir a las bandas organizadas que explotan la mendicidad.

Ejerce como punto de contacto de la BDA con el Madrid más profundo, allí donde no puede llegar ni la experiencia del comisario Bermúdez.

Tiene un grupo de leales seguidores que cuidan de Dolores, sin que ella lo sepa, cuando sale a dar sus enérgicas caminatas.

Vida sexual: Envidiable.

Puntos débiles: Su nieto.

Recomendación: No iniciar ninguna investigación oficial.

Aún no es el momento.

Remember Marrakech

El sol entra por la ventana del dormitorio y Lorna apenas ha dormido un par de horas. Hoy es sábado y no toca salir en antena, aunque sí tiene pendiente una reunión con su jefe para planificar los temas de la semana que viene.

Lo llama, improvisa la mentira de una investigación en marcha en la que prefiere centrarse y que ya le contará, y a cambio consigue el día libre.

El jefe sube la apuesta y le dice que se tome también el lunes, total, hasta el miércoles no tienen programa. En realidad, ha descubierto al instante la mentira, pero siente por Lorna el respeto de un buen profesional por otro, y comprende que el acoso de los *paparazzis* la haya superado de momento. *Que descanse un poco*, se dice. *Es mejor eso a que la emprenda a hostias con esos buitres, como temo que haga en cualquier momento.*

En su cuarto, Lorna ratifica la decisión tomada durante la vigilia, besa el corazón dibujado en la almohada del lado de Justo, entra en la ducha y canta un poco desafinando bastante.

Jamás pensó que haría lo que está a punto de hacer, pero no encuentra otra salida. Y, además, esto postergará algunos días la decisión que tiene que ver con la maleta vacía y el sobre que la llena de inquietud.

Desayuna con la avidez habitual, y *Justo siempre me pregunta cómo hago para mantener el tipo si como como tres personas y yo le digo que eso es porque me hace quemar las calorías de más y él ríe con esa timidez que tiene por las mañanas y por eso no le cuento que en realidad me mato dos horas al día en el gimnasio y no lo hago por él, ni por la esclavitud estética televisiva; lo hago por mí, para seguir gustándome aunque el tiempo haga su trabajo.*

Evoca los tiempos de facultad y las bromas con Daniela, su compañera de piso y de vocación en ese tiempo en el que pensaban cambiar el mundo desde el periodismo y a la vez batir el récord de cerrar todas las discotecas de Madrid, sin atarse con nadie o en todo caso poco tiempo, lo necesario para que los romances perdieran el velo del misterio inicial y mostraran detrás la rutina en ciernes o las mentiras por sistema.

Las dos venían de sendos desencantos amorosos y dramáticos entonces, que ahora la hacen sonreír por lo pueriles. Así que compaginaban las clases en la universidad con las prácticas en cuanto medio de comunicación se las permitiera casi gratis (y a veces gratis) para acumular experiencia «y pasar de ser las becarias solicitadas por lo buenas que estamos a las redactoras contratadas por lo buenas que somos», se enfurecía Daniela, a quien la Lorna de entonces envidiaba por su convicción incorruptible y la capacidad para mandar a la mierda de inmediato a cuanto jefe o compañero de esas redacciones en las que trabajaban de paso se pasara de palabra y no digamos ya de acción.

Lorna casi riega de café toda la mesa, porque le ha venido a la memoria el ojo, más negro que morado, como de dibujos animados, que lució durante dos semanas un redactor jefe que le dijo algo insinuante al oído y la pequeña Daniela elevó el codo a toda velocidad, aunque a Lorna le

pareció que todo ocurría a cámara lenta, dejando su sello en la cara del aprendiz de Tenorio y ratificando al mismo tiempo un «carácter complicado» que nunca figuraría en los informes escrito en tinta pero sí en la memoria de los jefes de distintas redacciones por las que fueron pasando.

Y no es que Lorna fuera dócil, ni mucho menos; pero había algo en su físico y en su mirada que, aunque atrajera a los moscones, los ponía en guardia.

Hace mucho que el número de Daniela no figura en la agenda de su teléfono, pero rescata de un cajón de su escritorio una buena cantidad de pequeñas libretas con índice y finalmente lo localiza.

Creyó que nunca haría ninguna de estas dos llamadas y menos el mismo día.

Una ahora y la otra por la tarde, se promete.

No sabe por cuál comenzar y comienza por la más fácil.

Busca un número en su móvil, marca y, cuando la atienden, usa su tono más enérgico, porque esa gente está habituada a responder a ciertos estímulos. Saben quién es ella y solo tiene que pasar por tres filtros de otros tantos funcionarios a los que se niega a explicar el motivo de su llamada, pero aclara que es de «máximo interés» para su superior.

Finalmente le pasan con el ministro, tiránico con sus subalternos pero meloso con las periodistas de *prime time* en televisión:

—¡Mi estimada Lorna Durán! ¿A qué debo el placer de...?

—¿Está solo en su despacho, ministro?

—¡Por supuesto!

—No le conviene que haya testigos de lo que voy a decirle. Y yo, en su lugar, dejaría de grabar la llamada...

—Un momento.

Lorna oye los pasos que se alejan en estampida y un traqueteo de cajones que cierran. Con cierta agitación, Interior vuelve a ponerse al aparato.

—Creo que quería decirme algo, Lorna...

—*Remember Marrakech*, ministro.

—¿Qué?

—Que recuerde Marrakech.

La voz de Interior se vuelve cautelosa:

—Sí, recientemente estuve en esa bella ciudad del país amigo para celebrar una cumbre de seguridad que beneficiará a ambas...

—Eso lo sé, ministro. Me refiero a después de las reuniones y las fotos estrechando manos con las sonrisas forzadas...

—No sé a qué se refiere, Lorna...

—Me refiero a la fiesta de después, por la noche, en un hotel de lujo y en la que corrió el champán del caro, por no hablar de otras cosas. Y no me lo niegue, he visto las pruebas. Además, solo me importaría si esa bacanal se hubiera pagado con dinero público o fondos reservados...

—¡Le aseguro que no, Lorna, ni un céntimo! Fue... un detalle por parte de empresarios marroquíes, que quisieron agasajarnos —recupera el aplomo—. Y si le soy sincero, me extraña esta llamada, no es su estilo inventar escándalos...

—Cartas boca arriba, ministro. Hay un vídeo. Grabado con un móvil. Alguien cercano que no le quiere bien me lo hizo llegar. Ignoro su identidad, pero no sus intenciones.

—¿Qué..., qué clase de vídeo, Lorna?

—Uno en el que usted baila, muy pegado, con una bella y elegante joven... que resultó ser un bello y elegante joven...

—¡Yo no lo sabía! —grita Interior, y tartamudea—. Pe... pe... pero ¿qué hará usted con esa cinta?

—Nada, ministro. Como acaba de decir, no es mi estilo entrar en esa clase de «noticias». De hecho, he pensado en destruirlo...

Interior suspira aliviado.

Lorna disfruta y remata:

—Pero no hay garantía de que quien lo grabó no mande más copias a otros periodistas menos escrupulosos, ministro.

Al otro lado se oye un gemido lastimero.

Lorna enciende un cigarrillo. Ella, como Justo, ha dejado de fumar y por eso fuma alguno de vez en cuando.

—He pensado que, si en lugar de destruir el vídeo se lo hago llegar, usted podría, por el ángulo desde el que fue grabado, hacer memoria y saber quién le tendió la trampa...

—¿Haría eso por mí? —se ilusiona, hasta que comprende—. ¿A cambio de qué?

—Poca cosa, ministro. Poca cosa. Supongo que le habrán informado de lo del padre de Severo Justo. Y, si no, estarán a punto de informarle.

—Acabo de enterarme, y le ruego que trasmita a su novio toda la solidaridad del ministerio en los duros momentos que se avecinan...

—Frene, ministro. No se avecina nada, al menos por unos diez días.

—No comprendo.

—Que si quiere que le haga llegar ese vídeo, usted se ocupará de que, durante diez días no se filtre a la prensa lo de la detención del padre de Justo. Luego haga lo que quiera. Usted nos da diez días y yo le doy el vídeo, para que pueda cazar y depurar a su Judas de Interior. No es un mal trato.

—¡Trato hecho, Lorna! Y permítame decirle que quedo en deuda con usted, de modo que si alguna vez necesita algo de mí...

—Ya que lo menciona, sí. ¿Por qué no nos quita de encima a la prensa del corazón que ha azuzado contra nosotros?

—¿Prensa del corazón? —se asombra Interior—. Le aseguro que yo no..., pero indagaré, por si algún subalterno se ha pasado de listo.

Acuerdan un punto de encuentro discreto para que ella le entregue en mano un USB con el vídeo comprometedor y se despiden.

Lorna permanece pensativa.

Es buena captando mentiras en las inflexiones de la voz.

Muy buena.

Y juraría que el ministro era sincero cuando dijo que no tenía nada que ver con el repentino interés de la prensa rosa por Justo y por ella.

Se acerca a la ventana, descorre apenas la cortina y frente a su casa ve lo habitual últimamente: un pequeño campamento de fotógrafos y redactores al acecho.

Si se hubiera asomado un poco más, quizás habría reconocido el coche utilitario, igual a tantos, que suele ir delante del suyo mientras ella está atenta a los que vienen detrás.

Pero lo más seguro es que no.

Hay miles de coches iguales en la ciudad.

Lomo de Gata

El camino es el mismo que recorrió en sentido inverso hace solo un par de días tras el entierro de su madre, el que transitaba cuando la vigilia a su lado mientras se consumía se le hacía insoportable o cuando ella, intuyendo su dolor, hacía acopio de fuerzas e inventaba cualquier compra necesaria en Moraleja para que Severo bajara de la sierra y pudiera estar triste sin testigos. También el camino que últimamente recorrían una vez por mes, desde que Lorna lo persuadió de venir a conocer a su madre y a su pueblo y se enamoró de ambos.

Y, sin embargo, se le antoja desconocido.

Es el mismo paisaje verde y frondoso, los mismos minerales asomando con su identidad eterna entre la vegetación, pizarra o granito como materiales primordiales de esos pueblos tan parecidos y aun así tan diferentes entre ellos, según el tipo de construcción o quienes fueron los pobladores iniciales.

Tarda un segundo en comprender qué es lo que hace diferente el paisaje: falta un color, un pequeño matiz de verde que se llevó la madre con ella adonde sea que haya ido, porque a Severo Justo hace mucho que le cuesta creer que exista el Cielo más que como una metáfora o una promesa imposible de cumplir.

Un mínimo reflejo verde que ya no está, como no está la pequeña mujer que saltaba de pueblo en pueblo repartiendo iniciativas, alegando sin superioridad, desafiando con su sonrisa cualquier inconveniente municipal o privado que impidiera esa sucesión de grupos con los que salpicó la Sierra de Gata durante años, casi sin hacer ruido y *sin que el idiota de su hijo se diera cuenta*.

Al entrar al pueblo se acentúa la impresión de volver después de muchísimo tiempo. Las semanas pasadas junto a Antonia lo mantuvieron en una suerte de sonambulismo que lo preservaba, *o eso creía, pobre ingenuo*, del dolor que venía de camino.

Como si no lo hubiera leído tantas veces durante sus regresos vacacionales de la niñez, el gastado letrero con el nombre del pueblo se le antoja nuevo: «Lomo de Gata».

Como nuevo es el antiguo trazado de las calles y la propia personalidad de las casas, que le evocan por momentos a una de esas mágicas aldeas de la Toscana que visitó con Alicia primero y luego con la niña como guía para descubrir maravillas.

La pizarra asoma en muchas construcciones, la piedra reivindica su solidez indiferente a los años y todas las calles parecen subir hacia algún sitio.

Si durante su reciente estancia en el pueblo la gente tuvo la delicadeza de no importunar con peticiones de fotos o entrevistas al hijo predilecto y tan famoso, no fue por respeto a él sino a su madre.

En alguna de las ocasiones que acudió a la taberna para beber vino de pitarra y no tener que ver al otro lado de la cama la rocosa figura del padre, más de algún parroquiano se acercó a contarle admiradas anécdotas sobre Antonia que ahora le cuesta recordar, *los sonámbulos pueden caminar en sueños pero no van a ningún lado*, se dice, y le encantaría recuperar esas palabras y

con ellas construir nuevos recuerdos de la madre, de la faceta de la madre que solo alcanzó a intuir cuando ya se estaba yendo.

Pero no está aquí por la madre, sino por el padre.

Aparca frente al cuartel de la Guardia Civil y se identifica con la humildad de siempre, pero lo llevan de inmediato y casi en volandas hasta el despacho del teniente Esquivel, que es en realidad una habitación sucinta con un pequeño ventanuco que enmarca un paisaje inolvidable.

Darío Esquivel es un joven oficial de unos veintisiete años, *veintiocho*, lo corrige en la memoria el informe oral de Dolores, parece eficaz y tiene una mirada franca, que mantiene mientras le estrecha la mano.

—Siento mucho todo esto, señor Justo. Si en algo puedo ayudarlo...

Aturdido, asiente con la cabeza. Esperaba resistencia para lo que va a pedir a continuación, pero el teniente le ahorra el mal trago de hacer lo que nunca hacía.

—Si quiere verlo, lo puedo dejar con él unos minutos, aunque le pediría que no lo comente con nadie. Ya sabe que no es lo habitual, pero entre compañeros...

No hay rastros de obsecuencia en su actitud.

Solidaridad, sí.

—Muchas gracias, teniente. Y espero que no tenga ningún contratiempo por hacerme este favor. ¿Puedo preguntarle cuál es su situación?

—Como le comenté por teléfono, no ha sido formalmente imputado, pero antes de cumplir las setenta y dos horas habrá que hacerlo y será trasladado a Coria para que preste declaración en sede judicial. En cuanto a las acusaciones...

—Ya sé que no debería pedirle información...

—No creo que haga daño que le cuente los detalles. Si quiere que le diga la verdad, la cosa pinta muy fea para su padre. Pero ¿por qué no pasa a verlo y luego lo pongo al día? Yo llevo solo unos meses en el pueblo, pero ya sé que el viejo es un hombre duro, aunque ayer cuando lo llamé por teléfono parecía un niño enorme y asustado...

Justo asiente y agradece en voz baja.

Sigue al oficial, que lo guía en persona por el breve recorrido hasta el mínimo calabozo, que parece insuficiente para contener al gigante, incluso ahora, que está sentado y abatido en un catre, la espalda arqueada como si la cabeza le pesara lo mismo que un planeta.

Cuando se oye el cerrojo, mira hacia la puerta y hay una luz contradictoria en sus ojos al ver al hijo, la suya es una mirada precavida, como si importara más lo que Severo vaya a decirle que lo que le pueda ocurrir en un futuro.

—Los dejo solos —dice el teniente antes de que Justo pueda objetar, automáticamente, que no es el procedimiento adecuado—. Cinco minutos, por favor —parece disculparse el guardia civil.

Dos minutos transcurren en silencio.

El hijo, de pie, inmóvil y mirando al padre.

El padre, sentado y mirándolo ligeramente hacia arriba, perplejo como si no estuviera acostumbrado a tener que ver a nadie desde abajo.

—Perdona si te llamé, pero no sabía a quién más avisar...

—No me pida perdón por eso. Era lógico que me llamara a mí.

—Tú estás más acostumbrado a estas cosas. Te pediría que me busques un abogado. —Y aclara de inmediato—: Tengo dinero para pagarlo, no quiero causarte ningún gasto.

—Olvídese de eso, yo me ocupo. Pero con una condición.

El viejo rocoso mantiene fija su mirada en la mirada del hijo, y pese a la diferencia del color

de los ojos, se asoma en ambas la sombra de una bestia herida, y por eso mismo, quizás mortal.

—¿Qué condición?

—Yo tendré que ocuparme de que lo defiendan, sea cual sea su respuesta. Por eso no se preocupe. Pero necesito saber: ¿usted lo hizo?, ¿mató a ese hombre?

El viejo parece recuperar la energía y se pone de pie, y Justo teme por un instante que no alcance el calabozo para contenerlos.

—¡Yo no lo maté, Justo, te lo juro por...!

—¡Ni se le ocurra jurar por mi madre!

—... la Virgen de la Montaña! Es cierto que lo odiaba, pero jamás lo hubiera matado. Necesito que me creas.

Hay desesperación en la voz del viejo.

—Le creo —dice el hijo—. Contará usted con los mejores abogados y no se preocupe por el dinero. Y algo más, padre. Me ocuparé personalmente de averiguar quién lo hizo...

Eso lo sorprende y no sabe cómo reaccionar.

Lo cual da tiempo a Justo de terminar la frase.

—Pero si descubro que me ha mentado, me ocuparé personalmente de aportar las pruebas para que lo encierren por lo que le queda de vida.

Se sostienen los ojos y por una vez no hay desafío.

—Me parece justo, hijo.

Se abre un silencio incómodo y es obvio que han pasado mucho más que los cinco minutos ofrecidos por el guardia civil.

—¿Necesita que le traiga algo?

El orgullo del viejo empieza a decir que no con la cabeza, pero la necesidad puede más y es casi humilde su voz al pedirle:

—Sí, por favor: ¡libros, que aquí el tiempo se hace muy lento! Y las gafas.

—¿Libros? —se extraña Severo, que jamás lo vio leyendo.

—Sí. Mira en mi despacho. En la estantería roja están los que todavía no he leído. Elige dos o tres al azar. Me fío de tu gusto.

Es lo más parecido a un cumplido que le ha dedicado en su vida.

—Cuenta con ello.

Por un momento parece que van a darse la mano, pero las dejan quietas mientras las miradas parecidas se miden otra vez.

—Gracias, hijo —murmura el viejo.

—No me las dé a mí, sino a ella —dice Justo, y señala con la cabeza hacia arriba.

Al salir, ve al teniente al final del pasillo, se alejó lo suficiente como para no escuchar lo que hablaban. Le indica con un gesto que lo siga, mientras un guardia se acerca para cerrar la puerta del calabozo.

Nuevamente en el pequeño despacho, Esquivel le cuenta:

—Los hechos son los siguientes: el jueves por la noche, delante de varios testigos, su padre le pegó una paliza brutal a un tal Florencio Morales, ¿le suena?

Lo mira de un modo indescifrable cuando Justo contesta que no.

—El caso es que, antes de dejarlo hecho un guiñapo, los testigos aseguran haber escuchado con claridad que su padre le advertía: «La próxima vez date por muerto, Florencio». Por la mañana lo encontraron en su propia cama, con el cuello roto...

—Pero por lo que entiendo, aunque maltrecho, mi padre lo dejó vivo...

El teniente lo mira fijamente, duda, y por fin se decide. Toma una carpeta de color celeste, sin ninguna identificación, que tiene a su izquierda y se la tiende a Justo.

—Como comprenderá, yo no puedo hacerle entrega de una copia del atestado, ni de las fotos de la escena del crimen, ni del informe preliminar del forense. —Lo dice con torpeza, se advierte que no tiene la costumbre de saltarse las reglas.

Justo tampoco y se siente culpable mientras toma la carpeta como si le quemara en las manos y la esconde debajo de su cazadora.

—¿Seguro que no conoció a Florencio Morales, señor Justo?

—Le doy mi palabra, teniente. Pero me parece que no hay pruebas contundentes que incriminen a mi padre.

—Como le comenté, llevo solo unos meses en Lomo de Gata, pero es tiempo suficiente para conocer las historias más notables del pueblo, incluso «tradiciones» que no figuran en ningún folleto turístico... Y una de ellas, desde hace más de veinte años, consiste en que su padre, el primer fin de semana de mayo, día de la romería de la Virgen de la Montaña, buscaba a Florencio Morales y le pegaba una paliza que lo dejaba de cama. El resto del año no tenían trato y, si se cruzaban por la calle, fingían no verse. Solo hubo una excepción a esa costumbre: este año. La romería tuvo lugar hace unos diez días y no ocurrió nada. Pero el jueves por la noche... Está todo en el informe —agrega, bajando la voz.

Justo parece un boxeador noqueado. Se pone de pie para despedirse y le tiende la mano a Esquivel.

Había olvidado la carpeta, que cae al suelo.

El contenido se desparrama y Justo se apresura a recogerlo todo.

Pero se detiene en mitad de un movimiento.

De entre los folios impresos sobresale la ampliación de una foto de carné que no puede dejar de mirar.

Una cara delgada, de facciones regulares, agradables.

El largo cabello completamente cano.

Y los ojos de un color entre celeste y gris.

Es como verse en un espejo que adelantara veinte años o más.

—Es Florencio Morales —dice el teniente Esquivel—. El hombre que, presuntamente, su padre asesinó.

Ya lo dijo Yoda

Lorna vuelve del gimnasio algo más relajada y ya solo golpearía en la cara a dos o tres de los doce «periodistas» que la persiguen enarbolando micrófonos y teléfonos móviles. Instala en su cara la sonrisa profesional que le conocen millones de espectadores: un gesto que inspira confianza y credibilidad, y que cuando se desvanece anuncia que ofrecerá malas noticias, pero nadie la culparía por ello.

Justo dice que prefiere su sonrisa *amateur*, como él la llama, la que usa en la vida diaria, porque está llena de matices, picardías o desafíos, y él enumera y cataloga todas las variedades, como si las coleccionara.

—¡Lorna, Lorna, Lorna! —repite una joven reportera mientras coloca la colorida gomaespuma de un micro delante de su boca. Tiene la respiración agitada pese a que su presa camina a velocidad normal, *pobre chiquilla, demasiado tabaco para aguantar demasiadas noches de guardia frente a mi casa o la de otra víctima de la curiosidad artificial creada en las redacciones e implantada en los cerebros como una necesidad innecesaria, y todo por un sueldo de becaria o casi*, casi siente compasión por la chica y ella lo interpreta como predisposición a responder a sus preguntas—. ¿Por qué has roto con Severo Justo, es cierto que te fue infiel con su compañera Dalia Fierro?

—¿Es cierto que estás viviendo una nueva ilusión con otro hombre, Lorna? —aprovecha para intervenir desde su izquierda otra chica igual de joven, que agita un móvil ante su cara—. Ya son varios los fines de semana que desapareces sin dejar pistas y eso huele a escapadas románticas...

Lorna sigue andando, la sonrisa profesional como escudo y *no las mires a la cara, ni a ellas ni a los demás, no cedas a la furia que se te acumula en los puños, abre los puños, y menos mal que me pillaron a la salida del gimnasio, cuando de tanto darle al saco de arena me he quedado casi zen*.

La mayor parte del séquito ha quedado atrás o ya se dirigen a sus coches y motos para seguirla adonde vaya.

Solo la primera chica, tan joven e inexperta, persiste. *Apenas habrá acabado la carrera si es que no sigue todavía en la facultad*.

—Dime algo, por favor, lo que sea —murmura, desesperada—, si no consigo una declaración me echan a la puta calle... Ya sabes lo difícil que es comenzar en esto...

Y Lorna Durán duda, *quizás pueda decirle cualquier banalidad que no altere mis planes y le sirva para no perder el puesto, yo también pasé por la doble inseguridad de ser joven y mujer en un oficio que priorizaba la antigüedad y la testosterona*.

Abre la boca para regalarle una frase que la salve del paro y no signifique demasiado, a sus jefes de redacción les dará igual el contenido, lo que buscan es algo que les sirva para usar en el titular escrito de antemano y provocar el *clickbait* de turno: «Exclusiva: Lorna Durán rompe el silencio sobre la infidelidad de Severo Justo».

La chica le recuerda a Daniela y a ella misma, hace más de quince años, *casi veinte, no te quites edad, zorra*, se dice: el pelo recogido en cola de caballo para que no moleste ni se enrede, zapatillas para salir disparada detrás de la noticia, una piel tan joven que casi desconoce el maquillaje y los vaqueros cómodos, holgados, «porque quiero ser tenida en cuenta por mi cerebro y no por mi culo», como rezaba el mantra de Daniela.

Está a punto de hablar y se detiene.

Sus ojos.

Claro que le recuerdan a los de Daniela, pero la Daniela de después de pasarse al bando enemigo, esa misma mirada de ofidio que todavía le reconoce cuando ve en la tele, sintiéndose culpable, *De tripas, corazón*, el programa estrella que dirige la que fue su amiga y ejemplo. Solo que Daniela pasó por muchos desengaños y despidos antes de mirar así.

Esta chica trae la mirada de serpiente de fábrica, se dice.

Y dice en voz alta:

—No tengo nada que contarte, bonita.

Y se sube a su coche y se divierte dando muchos rodeos antes de volver a casa, para dar más trabajo a su comitiva.

Un conocido paparazzi veterano que intenta disimular los años con un trasplante de pelo *Made In Turkey* se calza el casco y se pone en paralelo con su moto mientras le grita preguntas que sabe que ella no podrá escuchar con los cristales subidos, pero que quedarán bien cuando monte el vídeo. Lleva una cámara en el casco y otra en el manillar, apuntando hacia el coche.

Intenta interceptar la trayectoria de Lorna, de modo que parezca que ella se le tiró encima, y con suerte roce la moto o la haga caer, para tener el escándalo asegurado.

Lorna acelera a tiempo y el tipo embiste el aire detrás de ella.

Lo intenta de nuevo y Lorna frena segundos antes, por lo que la moto se pone delante sin riesgo alguno. Intenta cortar el paso, pero ella sigue su curso, anticipando cada maniobra. De algo le están sirviendo los cursos de conducción evasiva y defensiva que ha tomado estos años.

El paparazzi hará un último intento antes de abandonar, para no quedar mal ante sus compañeros, que los siguen a cierta distancia.

Es bueno, admite Lorna calibrando sus movimientos.

Pero yo soy mejor.

Un segundo antes de que él clave el freno para provocar la colisión, ella lo adelanta por la izquierda y cruza el semáforo en verde.

Por el retrovisor ve como la moto se ha atravesado en la calle.

Para cuando el paparazzi logra enderezarla, el semáforo está en rojo y el coche de la periodista se aleja hacia la Castellana.

Por el camino llama al móvil de Dolores y le pide un favor.

Aunque durante las últimas semanas debería haberse acostumbrado, el piso se le hace enorme sin Severo. Y eso que él ocupa siempre el menor espacio posible, como si no quisiera invadir el lugar en el que ella llevaba años viviendo sola, *o no quisiera dejar huella por si un día se va*, se dice.

Se ha duchado dos veces para enjuagar la sensación de suciedad que le dejó el episodio a la salida del gimnasio y sabe que, más que la maliciosa trepa del fotógrafo, lo que le ha dolido de verdad fue la mirada de la chica del cabello en cola de caballo, *tan joven, tan nueva y ya del*

Lado Oscuro, piensa Lorna, que nunca fue fan de la saga *Star Wars*, pero sorprendentemente Justo sí, aunque solo de la trilogía original, pasión inesperada que contagió a Lucía, su pequeña hija que con siete años ya había visto junto al padre por lo menos cinco veces cada película y coincidía con él en afirmar que *La amenaza fantasma* no estaba a la altura y no pudo confirmar esa opinión con *El ataque de los clones*, porque un Mercedes de alta gama a ciento ochenta por hora por las calles de Chamberí las segó a ella y a su madre para siempre.

Justo rara vez habla de eso, pero, cuando lo hace, desgrana sus recuerdos durante horas sin darse cuenta y Lorna deja que se vacíe la herida, que volverá a llenarse, mientras su mente de periodista registra cada dato sobre la vida del hombre que tanto le importa y tanto tiene que ver con su decisión pendiente y con una maleta todavía vacía en el armario.

Tras la segunda ducha, permanece desnuda *como me gusta, como nos gusta*, y pone en el reproductor el Blu-ray de *El Imperio contraataca* que le regaló a Justo junto con el resto de las películas de la saga, incluso las más recientes, y que han visto ya tantas veces juntos, en ese mismo sofá y sin ropa, y se acaricia levemente, como él lo hace, no para distraerla del visionado, *es como si me aprendiera de memoria mientras me enciende de a poco, una tortura dulce porque siempre vemos la película hasta el final y luego salto sobre él o él sobre mí y no llegamos a la cama, nos tenemos aquí mismo, somos nuestra propia película y siempre estamos de estreno*.

En la pantalla, la acción avanza y ella sigue atenta, aunque sabe lo que ocurrirá a continuación. Sus caricias toman la cadencia lenta que tanto le gusta, aunque más le gusta cuando lo hace él, y en esa indefinición sigue hasta que Yoda, en la pantalla, le dice a Luke aquello de: «No. No lo intentes. Hazlo, o no lo hagas, pero no lo intentes», y ella decide en voz alta:

—Tienes toda la razón, maestro Yoda.

Y lo hace.

Se da el placer postergado, como si una de sus manos fuera de Justo y la otra suya, y cuando llega al final, sonrío, se tumba en el sofá y se abraza durante un rato.

Luego repite en su mente la icónica frase del pequeño Jedi, se estira con pereza felina y recupera la libreta con índice.

Marca el número en su móvil.

Al parecer, ella no borró su contacto, porque pregunta, nada más descolgar:

—¿Lorna?

—La misma, Daniela.

Al otro lado de la línea, la que fuera su amiga duda.

Pero vuelve al papel que le ha dado fama y poder sobre la farándula nacional:

—Menuda la has liado hoy, guapa. Casi atropellas a uno de mis chicos con tu coche, y si me llamas para pedirme que no saque el vídeo en antena en nombre de nuestra vieja amistad, no esperes que...

—Corta el rollo, Daniela. No llamo para pedirte nada. Y con respecto a lo que dices —consulta la hora—, creo que hay varios vídeos en internet que demuestran que tu lacayo estuvo a punto de causar un accidente.

La otra deja el teléfono y la escucha ladrar órdenes.

Minutos más tarde vuelve.

Su voz es insegura pero intenta ser feroz.

—Muy astutos al hacer el montaje con las cámaras de vigilancia de la zona, Lorna. No imaginé que usaras los recursos de la Brigada de tu novio para librarte. ¿O debo decir exnovio?

—Yo no he usado nada, Daniela —miente Lorna mientras envía un beso telepático a Dolores

y su equipo—. Solo te informo de la realidad, que es lo que hacíamos, ¿recuerdas? Al menos yo lo sigo haciendo. Pero no te llamo para discutir sobre ética profesional. Quiero proponerte algo.

—¿Proponerme, tú? Pero... ¿Qué?

—Una entrevista en exclusiva para tu programa. Para responder a todo lo que quieras saber sobre mi relación con Justo. ¿Aceptas?

—¡Claro que acepto! —se emociona Daniela, que pronto vuelve a la desconfianza—. ¿Sin condiciones?

—Con tres condiciones. Si incumples alguna, no hay entrevista y me voy a la competencia...

—De acuerdo.

—Como estoy segura de que estarás grabando la llamada, lo repito para que quede bien registrado: yo, Lorna Durán, me comprometo a ofrecer a Daniela Vélez, directora del programa *De tripas, corazón*, una entrevista en riguroso directo para responder a todas sus preguntas...

En el teléfono se oye un gemido casi sexual. Lorna se recuerda hace unos minutos y se dice que *cada cual goza con lo que más le gusta*.

—La entrevista tendrá lugar —prosigue— dentro de diez días, el lunes 27 de mayo. Y depende del cumplimiento de las siguientes condiciones: primero, no habrá anuncios previos de la entrevista por ningún medio. Segundo: no lo comentarás con nadie de tu equipo ni con la dirección de cadena. Si lo haces, acabaré por enterarme y adiós exclusiva.

—Acepto. ¿Y la tercera condición?

—Que durante ese lapso nos dejéis en paz, a Justo y a mí. No más cámaras, ni motos siguiéndonos, ni buitres acampando delante de casa. Y tampoco refritos de las mentiras que venís contando. Nada. Diez días sin hablar de nosotros ni directa ni indirectamente. ¿Crees que sobrevivirás?

—Pe... pe... pero... Solo puedo garantizar lo que hagan los míos.

—Sois los líderes en ese sector de mierda y los demás van chupando rueda y republicando lo vuestro. Así que si quieres la exclusiva, invéntate algo más interesante, pon a toda tu gente a seguir esa noticia falsa, y los demás te imitarán.

—Joder, Lorna. Si te vinieras a trabajar conmigo, arrasábamos con la audiencia... —Parece recordar algo y pregunta—: ¿Cuánto? La economía de la cadena no va tan bien como parece y...

Lorna demora un segundo en comprender:

—Ah, te refieres a mis honorarios por perder el honor periodístico para siempre: cero euros.

—Pero no es posible, todo el mundo, incluso tú, tiene un precio.

—Como dice la frase célebre: «Su carencia de fe resulta molesta».

—¿Pulitzer?

—No. Darth Vader en *Star Wars: Episodio IV. Una nueva esperanza*. Si cumples tu parte del trato, yo cumpliré la mía. —Cuelga sin despedirse.

Imagina cómo estará Daniela, mordiéndose las ganas de contarle a su equipo que ha conseguido la exclusiva del año pero sin atreverse por miedo a perderla.

Pero ni siquiera ese mínimo triunfo la salva de la tristeza.

Le ha mentado a Daniela, pero ella nunca lo sabrá.

Claro que Lorna Durán tiene un precio.

Diez días sin moscones detrás de ellos.

Diez días para que Severo demuestre que su padre es inocente o ratifique las sospechas de toda una vida.

Diez días para que ella tome su decisión y llene esa maleta o la devuelva al exilio del altillo.

Diez días para que Justo se acostumbre a no volver a estar con ella.

Llámame Lola

Al salir a la calle, Justo toma conciencia de que es un forastero en el pueblo en el que nació, según figura en su DNI, pero que solo vivió ocasionalmente en vacaciones. Poco después de su nacimiento, sus padres se marcharon a Madrid para lanzarse a uno de esos negocios fabulosos de Eusebio que siempre fracasaban antes de comenzar. No recuerda haber pasado hambre, pero tampoco que sobrara nada, más bien al contrario, en la pequeña casa de Villa de Vallecas, cuyo alquiler pagaban casi siempre tarde y mal. Pero el orgullo de Eusebio obligaba a que, llegado el verano, echaran mano de las últimas reservas para pasar las vacaciones en el pueblo, donde no contaba grandezas, pero con su sola presencia soberbia desmentía los rumores más que ciertos de la precaria situación económica en que tenía a su familia en la capital.

Severo se pregunta cómo sabe todo esto, si su madre nunca se quejaba delante de él, que ya entonces era un niño retraído y estudioso, como si sintiera el deber de aprovechar cada minuto de su tiempo para pagar una deuda con su padre.

No sé cómo lo sé, pero sabía que durante esas semanas de calor, mucho más tolerable en el verde de la sierra, todo el mundo evitaba discusiones con Eusebio, al mismo tiempo que celebraban la vuelta de Antonia, quien con su sonrisa contagiosa desataba ese color que ahora falta en el pueblo, *que ya le va a faltar siempre*.

Después llegaron los años del seminario y prácticamente no apareció por aquí, coincidiendo más o menos con la época en que Eusebio se dio por vencido, *siempre sin reconocerlo, por supuesto*, y dejaron Madrid y volvieron al pueblo, donde al menos tenían casa y algún trocito de tierra heredado de los abuelos.

Y luego llegó Alicia a la vida de Justo y fue cuando más cerca estuvo de reconciliarse con sus orígenes, es decir, con su padre y su pueblo, aunque con el pueblo nunca se había peleado del todo porque para pelear con alguien tiene que importarte y él se pasaba los veranos estudiando pese a que Antonia lo empujara a la calle y al río para hacer cosas de críos, «que eres tan adulto ya que asustas, hijo», le decía a Justo niño.

Alicia y esa manera salvaje de quererlo todo de él, recorriendo las cortinas de su vida para iluminarle los rincones oscuros, Alicia y esos casi diez años de felicidad en los que no pasaba un mes sin que se escaparan el fin de semana al pueblo, donde ella compartía con Antonia confidencias que nunca traicionaba en el viaje de vuelta, y ya con Lucía todo se llenó de cantos y, aunque el viejo seguía siendo una presencia lejana, la agarraba de la mano y paseaban por el pueblo, una extraña figura, la minúscula fierecilla y el gigante de piedra.

Sí, por entonces decidió que un día hablaría con su padre y aclararía las cosas, aunque solo fuera para hacer felices a las tres mujeres de su vida.

Pero lo fue dejando para el próximo viaje, y entretanto ocurrió el último domingo y ya no tuvo fuerzas para reconciliarse con nadie.

Ha estado vagando sin rumbo por las calles del pueblo, recuperando recuerdos desdibujados,

todo el mundo le parece familiar pero no reconoce a nadie, en los últimos veinte años solo ha venido por insistencia o enfermedad de la madre (no consta en ningún sitio que Eusebio se enfermara jamás), y desde que se marchó a Bruselas, la distancia fue la excusa perfecta. Y en los retornos recientes con Lorna, prácticamente no salía de la casa para quedarse hablando de lo que fuera con la madre, como si sospechara que pronto no la tendría.

Así que aquí está, extranjero en su patria chica, sin saber a quién acudir para pedirle detalles de una historia que necesita conocer.

Pero está visto que los pies tienen memoria y los suyos lo han traído hasta la puerta de doña Lola, *menudo investigador estás hecho, Severo Justo, mira que no pensar en ella desde el primer momento*, amiga de la madre desde que ambas tenían cuatro o cinco años, su propia madrina de bautizo y confidente durante toda la larga ausencia de Antonia en Madrid.

Incluso en este tiempo final, en el que ni Eusebio ni él compartían a Antonia más que con los médicos, Lola se colaba en la casa, siempre llena de canciones, y hacía reír a la enferma con viejas anécdotas de infancia y adolescencia que dejaban inconclusas porque ambas las conocían de memoria.

—¿Vas a entrar o te quedarás en la puerta montando guardia, muchacho? —La voz de Lola es ronca y ruda, hay algo en su timbre que le recuerda a la de Dolores, quizás en la costumbre de decir lo que piensa, como siempre hizo, *como ojalá mi madre hubiera hecho*.

Sin palabras, cruza la puerta y ella lo guía hasta la cocina.

Le señala una silla con un gesto y se pone a cortar rebanadas de un pan tosco y pleno y embutidos olorosos.

Llena la cafetera y la pone al fuego.

Luego se pone de puntillas, *es bajita como mi madre, pero siempre me pareció más alta por lo decidida*, y coge de un estante un bote de cerámica que agita delante de los ojos de Justo.

—Me apuesto las cenizas de mi finado Adolfo a que ni siquiera desayunaste.

Severo ya desayunó antes de salir de Moraleja, pero necesita una excusa para recuperar la confianza e interrogar a la anciana.

—Yo...

—Da igual: desayunas por segunda vez —resuelve ella, mientras desenrosca la tapa del bote—. Y no pongas esa cara de susto, que lo que hay aquí dentro es azúcar, las cenizas del cabronazo de Adolfo las tiré hace años por el váter, así que llevará un buen tiempo dándole por saco a los pulpos y tiburones...

De pronto, Severo recuerda las bromas pícaras con las que ella hacía reír a carcajadas en los veranos a ese niño tan serio que siempre parecía ir o venir de un velatorio.

Se le dibuja una sonrisa impropia en la cara, que la mujer celebra, y le da un abrazo de tía prestada del que él no quiere salirse.

Luego, ella se queda mirándolo a los ojos, lo suelta, apaga el fuego bajo la cafetera y de una alacena saca dos vasos y una botella.

—Me parece que la visita va para largo, así que mejor la remoja con un buen vino de pitarra.

Llena los pequeños vasos y va desgranando recuerdos veraniegos con un Severo niño cerca de ella y su humor infatigable.

A él ya no lo sorprenden las sonrisas aunque ocurran, porque están ancladas a un tiempo lejano, y poco a poco la conversación se va deteniendo, hasta que Lola decide que él está preparado para hablar.

—Venga, niño, dispara, que vienes lleno de preguntas y algunas te puedo contestar.

—¿Quién era Florencio Morales y qué tenía que ver con..., con mis padres?

Lola suspira y llena su vaso. Lo vacía de un trago y comienza.

—Los cuatro nos conocíamos desde que no levantábamos ni medio metro del suelo. Tu madre y yo éramos vecinas y nos llevábamos solo un mes de diferencia, así que era de lo más natural que nos volviéramos inseparables. Eusebio, un par de años mayor que nosotras, vivía al otro lado del pueblo. Siempre fue mucho más alto y un poco bruto, pero tenía buen corazón. Ya desde entonces calculo que a nuestros siete y a sus nueve años estaba enamorado de Antonia.

—¿Y ella de él? —pregunta Justo sin saber si habla de la infancia o del resto de la vida de sus padres.

Lola se pone de pie, rodea la mesa y le suelta un sonoro capón en la nuca.

—No interrumpas, niño, coño. Y no sé de qué te ríes.

—Es que cuanto más tiempo paso con usted, más me recuerda a otra Dolores, que trabaja conmigo en Madrid.

—Pero ¿tu novia nueva no se llamaba Lorna?

—Y se llama —afirma Justo, y siente una repentina punzada de nostalgia en el pecho, ganas de correr hacia el coche y dejar atrás cualquier responsabilidad, buscar a Lorna y escapar juntos al lugar más recóndito del mundo, donde no tenga que matar a nadie por venganza ni suicidarse después—. Dolores es una señora mayor, mayor que usted, que trabaja conmigo. Pega unos capones parecidos a los suyos y no soporta que la llamen Lola.

—Pues más tonta es si trabaja siendo tan vieja. Y yo no aguanto que me llamen Dolores, así que estamos a la par. —Ha vuelto a su sitio y levanta el vaso para un brindis con el pasado—. Pero voy a responder a tu pregunta, creo que sí, que también entonces Antonia ya sentía debilidad por Eusebio, se comportaba como si su misión en la vida fuera cuidar de él. Y antes de que me interrumpas de nuevo y tenga que pegarte otro capón, te diré que más o menos por ese tiempo fue cuando llegó a nuestra vida Florencio: tenía un año más que Eusebio y era casi tan alto como él, pero delgado y con esos ojos...

¿Es la imaginación de Justo o Lola evita fugazmente su mirada?

—Si llegó, entonces es que era de fuera del pueblo.

—Algo así. Al parecer, era el hijo de un amigo de tu abuelo que murió de unas fiebres, o eso nos contaron. El caso es que lo acogieron en la casa de los Justo y se crio con Eusebio como si fueran hermanos.

Severo reprime el impulso de pedirle que apresure la historia y se salte etapas. Intuye que en esa infancia compartida comenzó la enemistad que acabó en crimen.

—Supongo que a mi padre no le hizo ninguna gracia la llegada del nuevo muchacho...

—¿Qué dices? ¡Al contrario, iban juntos a todas partes y juntos se cuidaban! Cuando Eusebio, que siempre tuvo la cabeza llena de pájaros, se metía en algún lío por esos planes extravagantes suyos para hacer fortuna, la labia de Florencio era la que los sacaba de apuros. Y cuando a Florencio, al que desde pequeño le encantaba cortejar a las chicas, algún hermano o más tarde algún novio celoso venía a partirle la cara, ahí estaba Eusebio para quitarle las ganas.

Justo adelanta el vaso y la vieja se lo llena.

—Y si tan amigos eran, ¿por qué mi padre le pegaba una paliza el Día de la Virgen desde hace más de veinte años?

Por primera vez, Lola parece haberse quedado sin palabras.

—Creo que eso tendría que contártelo él, Severo...

—Él está en un calabozo y pronto lo acusarán formalmente de haber matado a Florencio, Lola...

Ella suspira.

—No nací ayer, Severito. Sé lo importante que te has vuelto y que nadie te pondrá pegos para hablar con él. Es su historia y debes conocer su versión.

—Ya sabe cómo es él de testarudo, Lola. Deme al menos una pista, algo con lo que pueda hacerlo hablar...

La anciana bebe sin advertir que su vaso está vacío.

—Y tú eres tan terco como Eusebio, te guste no. —Sus ojos miran hacia dentro, hacia atrás en el tiempo—. Lo que les ocurrió a esos dos casi hermanos fue lo peor y lo mejor que les podía ocurrir a unos adolescentes. Les ocurrió Antonia. Tu madre.

Una carpeta marrón

El inspector Jorge Frontela nunca ha sido lo que se suele definir como un hombre de acción, aunque cuando ha tenido que jugarse el tipo en alguna misión lo hizo sin vacilar y su promedio en las prácticas de tiro es de los más altos. Sin embargo, no es un secreto que se siente más a gusto trabajando con la mente y aplicando a la investigación alguna de las docenas de eso que su abuela llama «áreas de conocimientos absurdos de mi nieto».

Definirlo como un friki sería reducirlo a un estereotipo, pero desde siempre ha tenido tantos y tan diversos intereses por temas que a la mayoría de la gente no le importan, que si le preguntaran, aceptaría la denominación de buen grado. En especial desde que forma parte de la Brigada de los Apóstoles, porque esos saberes dispersos que posee han servido en más de una ocasión para desatascar un caso.

Y le cuesta disimular su orgullo cuando exhibe un dato inesperado que deja pasmados a sus compañeros y muy especialmente a su superior, el comisario Bermúdez.

«Tienes una cabeza jodidamente rara, Frontela. Pero vale su peso en oro, y mira que eres cabezón», suele decirle con afecto paternal.

En resumen, que el inspector Jorge Frontela ha cosechado sus mayores éxitos como policía siendo un investigador de escritorio.

Pero hoy, más que nunca, daría lo que fuera por sentirse un hombre de acción y eso no es fácil cuando estás haciéndote pasar por un anciano paciente de hospital, vestido con uno de esos ridículos camiones que te dejan con el culo al aire, mientras junto a tu cama la subinspectora Beatriz Gutiérrez ejerce de esposa preocupada que cuida a su enfermito.

El tacto de la reglamentaria debajo de la almohada le devuelve cierta dignidad, hasta que recuerda la idea de su abuela Dolores de maquillarlos a ambos como si fueran personas mayores «porque nadie le tiene miedo a los viejos».

Lo peor es que él se ha visto hace un rato en el espejo y parece un anciano blandengue y decrepito.

Gutiérrez, en cambio, es una viejita muy sexi pese a los postizos que le han puesto para engrosar su figura que él va conociendo también en cada encuentro, *cuando éramos jóvenes*, se dice en broma.

—¿Nada? —pregunta.

—Nada —responde Gutiérrez, que está sentada en una posición estratégica pero de apariencia casual, para ver parte de la puerta de la habitación del profesor, aunque cualquier visitante indeseado solo vería en ella a una viejecilla dormida e inofensiva.

—Esto es una estupidez —rezonga Frontela—. Si intentan algo, sería más de utilidad disfrazado de enfermero, como el resto de los agentes.

—Pues el papel de viejo cascarrabias te está saliendo de lujo —se burla ella en voz baja. Luego lo mira con picardía—: ¿Estás pensando en lo mismo que yo?

Y Frontela piensa que ya que aquí sirve de poco, el comisario Bermúdez debería haberle permitido acompañar a Severo Justo, pero le dijo que no, que el jefe dejó claro que tiene que resolver solo ese asunto.

Aunque, por supuesto, no es eso en lo que piensa Gutiérrez, y Frontela responde:

—Me parece que sí...

Ella se levanta trabajosamente hasta quedar fuera de la vista desde el pasillo y entonces recupera su postura erguida y le acomoda las mantas y le da un largo y muy prometedor beso.

—Ya es bastante tarde y tienes razón en algo: hay mucha gente vigilando al profesor. —Le habla al oído y él nota cómo cada rasgo de vejez adquirida por disfraces desaparece de su sangre—. Ha ordenado Bermúdez que tratemos de dormir un rato, pero no especificó que tuviéramos que hacerlo por separado...

Su mano reptaba bajo la sábana y Frontela siente que su cuerpo responde, pero también su sentido del deber.

—Vale, pero primero asegúrate de que no vendrá nadie y el resto de los compañeros están en sus puestos.

La falsa anciana sonríe con inocencia mientras su mano acaricia.

—¿Me está ordenando que deje de hacer lo que estoy haciendo, inspector?

—Te estoy rogando que te asegures de que podemos hacer muchas más cosas —dice él con la respiración entrecortada.

Gutiérrez sonríe y marcha hacia el pasillo con su paso de mujer vencida por los años. Frontela piensa en la suerte que ha tenido de conocerla y compartir la misma profesión. Su vida de friki atípico no ha estado exenta de romances y encuentros sexuales, pero casi todas sus compañeras de juego o sus intentos amorosos pertenecían al mismo círculo, fuera cual fuera el círculo al que en ese momento él se integraba.

—Lo que quiero decirte es que Gutiérrez es, a la vez, extraordinaria y normal y eso la hace más irresistible —murmura.

Debería quitarse todos los afeites que le colocó su abuela, porque, si no, corre riesgo de que a Gutiérrez le entre la risa floja cuando se ponga sobre ella, *que está tardando más de lo normal*, así que se levanta de la cama de un salto, se encorva al pasar por la puerta entreabierta y se dirige al baño.

Es entonces cuando escucha un ruido sordo, un grito ahogado al otro extremo del pasillo, y también unos pasos que corren y se alejan.

Han descubierto a alguien que intentaba llegar hasta el profesor, ojalá lo atrapen, piensa al tiempo que se alarma por Gutiérrez, porque los ruidos y las voces vienen de la dirección en la que ella se marchó.

Unos pasos leves se acercan con cautela, Frontela se asoma apenas a la puerta de la habitación y ve cómo un rubio alto de espaldas anchas intenta abrir la puerta.

Sin pensarlo, salta hacia la almohada, recoge la pistola y se lanza al pasillo.

—Manos arriba, Policía —dice sin elevar la voz.

El rubio se queda inmóvil y Frontela repite:

—He dicho que manos arriba y gire lentamente.

El otro comienza a obedecer y el policía retrocede unos pasos por el pasillo.

—Gira muy despacio y con las manos en alto.

El otro lo hace: está claro que no va a desobedecer.

Plantado en mitad del pasillo, con las piernas separadas y el peso del cuerpo equitativamente

repartido, la reglamentaria sostenida con las dos manos con pulso firme, Frontela se siente por fin un hombre de acción.

Antes de que pueda preguntarle nada al intruso, resuena la voz de Bermúdez.

—Estás hecho todo un Charles Bronson, Jorgito. Bien por ti, el compañero de este había creado una distracción para que él pudiera colarse en la habitación y tú has estado muy atento. ¡Pero haz el favor de cubrirte, hombre!

Sin dejar de apuntar al rubio, gira la cabeza y ve a Bermúdez, Dalia y varios agentes que tienen inmovilizado a un muchacho que parece la versión en pelo castaño del que tiene delante.

También con ellos está Gutiérrez, que se acerca y le dice al oído:

—Vaya culito para un señor tan mayor.

Y le da una palmada.

A Bermúdez casi le dan pena los dos muchachos, cada uno de más de metro ochenta de estatura, atléticos y con esa buena salud que solo da la alimentación de primera. Ahora parecen dos niños perdidos en un parque de atracciones al que alguien los llevó obligados.

Los ha interrogado por separado y juntos y su versión, aunque increíble, parece cierta.

Ahora, sentados a ambos lados de la mesa de la sala de interrogatorios, parecen a punto de echarse a llorar.

El comisario los observa desde el falso espejo, y cuando ve a Dalia le pide que se acerque con un gesto.

Ella también estudia a los jóvenes, que no los ven.

—¿Qué opinas, Paco?

—Que todo este asunto es muy, muy raro, doctora...

—¿Y con respecto a estos dos?

—Mi experiencia me dice que no mienten, pero si quieres probar tú...

—Mejor vuelve a interrogarlos tú, que das más miedo, y yo estudio sus reacciones desde aquí.

—Vale, pero en un rato tendremos que soltarlos. No han hecho más que jugar al escondite en los pasillos del hospital.

—Mejor nos aseguramos. Recuerda que quien haya envenenado a Gansés debía ser alguien próximo y que conociera sus costumbres...

Bermúdez adopta el gesto fiero que tanto hace reír a su mujer pero quita el sueño a cualquiera que esté detenido, y más a este par de querubines pasados de esteroides.

—A ver, chicos, que por lo menos yo esta noche voy a dormir en casa...

—¿Qué quiere decir? —se preocupa el rubio.

—Quiero decir que si vosotros también queréis dormir en vuestras casitas, será mejor que me contéis la verdad...

—¡Pero si se la hemos contado diez veces! Solo hicimos lo que nos ordenó la voz...

—Otra vez estamos con lo mismo. Venga, tú, rubio, que pareces más locuaz: cuéntamelo todo otra vez y veremos qué hacemos...

—Bueno, como ya le dije antes, somos alumnos del profesor Gansés y estamos en su grupo de investigación. Para ser más preciso, somos su grupo de investigación, porque en nuestra facultad no hay mucha gente interesada en la historia, pero el profesor es un sabio y ha confiado en nosotros como nadie antes...

—Vale, espérate, que mando que me traigan el violín y hacemos esto más romántico. Lo que

quiero es que me cuentes por qué os colasteis esta noche en el hospital... Por orden cronológico, por favor.

El rubio respira profundo y comienza a contar:

—Cuando el profesor fue evacuado en ambulancia, nos preocupamos por él. Y más cuando empezó a circular el rumor de que lo habían envenenado. Más o menos tres horas después, recibí una llamada telefónica desde un número oculto. No la atendí pensando que era *spam*. Pero minutos más tarde entró un mensaje de WhatsApp que decía: «Si queréis volver a ver con vida a Gansés, atiende la próxima llamada». Y enseguida sonó otra vez y atendí. Alguien me llamó por mi nombre y dijo que el profesor estaba en peligro. Era una voz extraña, como la de un robot...

—Sí: distorsionada con algún aparato. Sigue.

—Me dijo que si quería salvar al profesor, tenía que buscar una carpeta en su despacho y cuando la tuviera ya me diría dónde debía dejarla. Pero por más que revisé el despacho del profesor la carpeta no aparecía por ninguna parte, así que cuando la voz volvió a llamar, se lo dije y me cortó la llamada.

—Una hora después me llamó a mí —interviene el de pelo castaño— y me dijo que me reuniera con él —señala al rubio—, y me indicó en qué hospital estaba el profesor y en qué habitación. Me advirtió que estaría vigilado y me dijo lo que teníamos que hacer para distraer a los guardianes.

—Mientras lo perseguían a él, yo tenía que colarme en la habitación y buscar la carpeta. Dijo que si no seguíamos sus instrucciones, mataría al profesor.

—Y te describió la carpeta que debíais robar...

—Sí. Como ya le dije antes, era una carpeta ordinaria, de color marrón, con dos palabras escritas con tinta azul en la carátula.

—Y esas palabras eran...

—«El Olimpo».

Bermúdez se marcha sin decir nada y, ya fuera, mira a la doctora Fierro, que niega con la cabeza.

—Nada que hacer, Paco. Están diciendo la verdad. Solo son dos niños que manifiestan una exagerada lealtad hacia su profesor.

—Tienes razón. Le diré a Frontela que haga todo el papeleo y...

—Eh..., Frontela se ha marchado hace un rato. Creo que él y Gutiérrez tenían una misión pendiente.

Dalia acentúa el doble sentido de su frase, pero el comisario no lo capta y se encoge de hombros:

—Será algo que les habrá encargado Dolores. Me parece que voy a soltar a este par sin más. Ya tenemos sus datos, sabemos cómo localizarlos y en realidad no han cometido más delito que ser un poco tontos. Además, revisamos la habitación del profesor en el hospital y no había nada. A él no le pudimos preguntar, porque está sedado. Pero ¿sabes lo que es más raro?

—¿Qué?

—Que estoy seguro de haber visto esa carpeta, pero no sé dónde puede estar...

La biblioteca inesperada

Severo Justo despierta con el cuello entumecido y una calidez en todo el cuerpo que se parece a la felicidad aunque no lo sea. Ha pasado la noche en esta silla, rodeado de libros y descubriendo que quizás su padre no era como él pensaba, *si es que es mi padre*, se pregunta mirando otra vez la foto de carné ampliada.

Pero por ahora, mientras termina de despertar, no quiere pensar en eso, sino en las horas mágicas que ha pasado en la casa de su infancia cuando menos lo esperaba.

Ayer se le escapó casi todo el sábado en la casa de la vieja Lola, bebiendo juntos mientras ella le recordaba anécdotas graciosas del pasado y se negaba una y otra vez a retomar la historia de Florencio, Antonia y Eusebio.

Severo Justo sospecha incluso que la vieja lo emborrachó con el robusto tinto de pitarra para que dejara de hacerle preguntas, o quizás también para que volviera a ser por un rato el niño que tanto se reía de las frases irreverentes de la mujer cuando ponían apodos malintencionados pero muy graciosos a los vecinos. Porque, como ella le hizo recordar, el propio Severito había realizado numerosos aportes chuscos.

Después de un rato y con cara de conspiradora de película, Lola había rebuscado dentro de un arcón, hasta que le alargó otro objeto olvidado de su infancia.

Un cuaderno grueso, de tapa dura y anillas de alambre ya un poco oxidadas.

—El Bestiario de Lomo de Gata —recordó Severo.

—Tú sabrás, tú le pusiste ese nombre —dice Lola.

Antes de abrirlo ya sabía lo que contenía: los nombres de todos los habitantes del pueblo, por orden alfabético, y al lado, los apodos que les iban inventando.

—Yo le puse nombre al libro, pero usted ya lo tenía empezado cuando me lo mostró. —Otro trozo de memoria que sale a flote.

—Es cierto, pero debes reconocer que tus motes eran más elaborados que los míos, cabroncete. Busca en la «I» de Inostroza...

Y Severo el hombre vuelve a ser Severo el niño y, a medida que se aproxima a la página, vuelven también muchos apodos secretos, porque Lola y él se conjuraron para no contarle a nadie que habían vuelto a bautizar a todo el pueblo.

—Te acuerdas de Inostroza, ¿verdad? Aquel maestro tan delgaducho y apocado que duró solo un año porque no tenía carácter y todos los diablillos se le subían a la chepa...

Encuentra el apellido y luego el nombre: «David».

Y al lado, el apodo malicioso escrito con una letra infantil que se parece mucho a la prehistoria de su caligrafía actual: «Árbol de Navidad».

Y al lado, la explicación: «Porque tiene las bolas de adorno».

Volvieron a reír hasta el llanto.

Cuando cayó la tarde, Lola se disculpó:

—Vaya anfitriona soy. Te diría que te quedes a cenar, pero con la borrachera que llevo yo y la que tú llevas, acabaríamos prendiéndole fuego a la casa. —Y con falsa coquetería, agrega—: Además, una tiene un buen nombre que proteger y no me voy a quedar aquí a solas con un hombre tan apuesto y famoso, que aparece en la tele...

Buscó una bolsa de la compra y la llenó con pan de pueblo, chorizos, queso, y en un arranque de euforia, sacó el jamón del soporte y se lo dio.

—Toma, que seguro que esa periodista tan guapa tuya no te alimenta como es debido.

Al despedirse, Severo pensó en hacer otro intento, pero la mirada de ella le rogó que no lo hiciera.

—No sabes cuántas cosas he recuperado este día, Severito. No me las quites tan pronto. Habla con Eusebio, y cuando él te cuente, vuelve y yo te contaré lo que falta.

A medida que se alejaba, Severo trataba de organizar su mente, pero le costaba centrarse.

Volver conduciendo hasta Moraleja y en ese estado era imposible.

Así fue como, con el jamón al hombro y un paso un tanto errático, llegó hasta el coche, rescató la bolsa de viaje y fue hasta la casa familiar, que en ese momento le resultó más familiar que nunca.

Tanto, que en un acto reflejo intentó abrir la puerta y se sorprendió al comprender que estaba cerrada con llave.

Antonia siempre la dejaba abierta, por si alguien tenía hambre o sed.

Pero Antonia había muerto, Eusebio estaba acusado de matar a otro hombre que quizás fuera su verdadero padre, y *Severo Justo, del que tantos elogios se publican, es solo un niño estúpido que creció demasiado rápido, y que vino demasiado rápido desde Madrid, tanto que no recordó traer las llaves de la casa.*

Entonces tuvo una intuición dichosa y buscó en los bolsillos exteriores del bolso de viaje que Lorna le preparó.

Allí encontró las llaves de la casa, una servilleta de papel atestada de besos de carmín y dos paquetes de tabaco. Dentro de uno de ellos, la pequeña nota: «Dosifícalos, ya sabes que has dejado de fumar. TQ. L.».

El vino de todo el día, la imagen y el tacto de Lorna en la yema de los dedos, en la punta de su lengua, en todo el cuerpo, se sumaron para que un Severo Justo nada ceremonioso entrara a la casa familiar tarareando un bolero y con una erección.

Pero debía aclarar su cabeza y estudiar el expediente que le dio el teniente Esquivel. *La risa y el deseo están bien, pero le prometí a mi madre que cuidaría de Eusebio*, se dice, y se pregunta también por qué ha comenzado a pensar en él con su nombre de pila, no sabe si es porque Lola se lo presentó de pequeño, de niño y de joven, o porque probablemente llamarlo «padre» sería un error.

Optó por una ducha fría muy fría, *lo siento Lorna, mi amor, otra vez será y mejor en persona*, preparar una cafetera bien cargada y recuperar la doble dimensión de todo lo que veía en la casa de la que se había marchado solo dos días antes. Por una parte, las imágenes lánguidas y cautelosas de Eusebio y suyas, como si no quisieran hacer ningún ruido que quebrara la poca salud que le quedaba a Antonia. Por otra parte y en los mismos escenarios, volvieron escenas de su niñez y de la primera adolescencia, las lecciones de sabiduría que le daba a su madre apelando a refranes y al sentido común, esa comunión encantada que se rompía cuando resonaban los pasos pesados de Eusebio.

No quiero pensar en eso, se dijo Justo, abriendo la carpeta del expediente y mientras ponía

boca abajo la foto de carné de ese rostro que se parecía tanto al suyo.

Hice una promesa y la tengo que cumplir.

De pronto, sintió el hambre como una punzada.

Retiró la cafetera del fuego. Y buscó en la alacena hasta dar con una botella de vino y uno de esos vasos pequeños, casi diminutos, los únicos que su madre tenía en casa, quizás para que el marido bebiera menos, *pero ahora que lo pienso, nunca lo vi beber en casa.*

Sacó los víveres que le dio Lola y con una afilada navaja intentó cortar el jamón, que minutos más tarde yacía mutilado sobre la mesa. Cortó también gruesas rodajas de chorizo y desmesurados trozos de queso. Partió el pan en porciones enormes pero geométricas y lo dispuso todo como un bodegón.

—Hoy tengo los apetitos desatados —dijo en voz alta, justificándose ante el Severo de siempre, el que volvería por la mañana con sus reproches.

Lo desafió brindando por su ausencia y comió con ambas manos hasta quedar saciado. Luego se lavó las manos y la cara con agua del grifo de la cocina para despejarse un poco.

Entonces recordó otra promesa apenas esbozada, pero que le permitiría retrasar unos minutos el estudio del atestado y el reencuentro con la realidad.

Eusebio le había pedido dos o tres libros, como si con uno no le alcanzara, y fue así como, por primera vez en su vida, Severo Justo abrió la puerta del cuarto prohibido que el hombre-montaña llamaba pomposamente su «estudio» y en el que siempre estaba ideando negocios fabulosos o inventos fallidos.

Más de una vez, con once o doce años, estuvo tentado de asomarse cuando no había nadie en casa, pero estaba tan enfadado con Eusebio que no quería conocer nada que tuviera que ver con él.

Y me encontré con esto, piensa ahora que la luz de la mañana entra por la ventana y los pájaros cantan como si fuera alguna grabación japonesa y nítida, pero son pájaros de su infancia, y el cuarto, que él imaginaba mucho más pequeño y desordenado, tiene las paredes cubiertas, del techo al suelo, por estantes rústicos llenos de libros limpios y ordenados. Algunos tienen décadas de edad y han pasado por muchas manos, otros están prácticamente nuevos, todos con una pequeña ficha dentro, en la que se resume el contenido y se indican las páginas con citas destacables.

Cerca de la ventana, un sencillo escritorio sobre el que solo hay un grueso cuaderno que le evocó al Bestiario de Lomo de Gata, pero es más grande y de mejor calidad. En él, con fecha quizás de lectura y un número de orden, el título de cada uno de los libros que llenan la habitación.

Se sorprendió al reconocer, en lo alto de una de las estanterías, sus propios libros, los de la primera infancia y los que siguieron, inclusive algunos de los tiempos del seminario. Estaban forrados con un plástico transparente y, dentro de cada uno, su ficha correspondiente.

¿Cómo puede ser que nunca lo viera leer en toda mi infancia, que creciera convencido de que en casa solo leíamos mamá y yo?

Es una más de muchas preguntas que tendrá que ir respondiendo a medida que encuentre los extremos de esta madeja.

Pero anoche, con los restos del vino de pitarra en las venas y todas las emociones liberadas, se propuso leer cada ficha de cada libro con la letra de Eusebio, trabajosa y nítida. Ha pasado horas abriendo un libro tras otro, leyendo el rectángulo de cartulina y volviendo a dejarlo en su sitio con extremo cuidado y sin saber por qué.

Cuando comprendió que no alcanzaría toda la noche, recordó la promesa y giró hacia la estantería roja que él le había mencionado. Ancha y con tres hileras de libros puestos una delante de otra.

Severo dudó sobre cuáles llevarle. La variedad de géneros era muy amplia, pero le parecía que ya conocía más sobre sus gustos, así que se dejó llevar por el instinto.

Algunos de los libros por leer eran evidentemente recientes, como el ejemplar de la novela *Catedrales*, de la argentina Claudia Piñeiro, que Justo había leído dos meses antes en la casa de Lorna. Se le antojó coherente que fuera uno de los libros elegidos, y se sorprendió pensando que le gustaría que Eusebio le diera su opinión sobre esa formidable historia de crímenes con viejas raíces y amor paternal inmune al tiempo.

Debe de ser el vino de pitarra, que todavía me tiene la cabeza embotada, se dijo.

Eligió un grueso volumen de poesía con las obras completas de Idea Vilariño, *me cuesta creer que el viejo lea poesía*, y un libro titulado *El crimen de Malladas*, escrito por un tal Luis Roso, natural de Moraleja.

En el último momento, lo tentó la travesura y pilló un libro al azar, *no sé si lo tomo prestado o se lo estoy robando*, se dijo.

Encontró un viejo macuto de lona gastada, idéntico al que Eusebio solía usar cuando él era un niño, *pero es imposible que sea el mismo*.

Estaba vacío y lo consideró una señal, así que metió dentro los tres libros para Eusebio y el que le había robado. No faltaba mucho para el amanecer, así que se iría a la cama, dormiría un par de horas, estudiaría los expedientes y luego volvería al cuartel de la Guardia Civil para que el padre le contara la historia que Lola no quiso.

Sí, eso es lo que haré, se dijo con gran convicción mientras se quedaba dormido en la silla entre los libros desconocidos de un hombre que quizás fuera su padre o quizás no, pero que comenzaba a sorprenderlo.

Y ahora despierta casi en paz, aunque luego le dolerá todo el cuerpo.

No hay tiempo para más duchas ni para desayunar, ya tomará un café en algún bar que habrá abierto.

Al llegar a la cocina, se escandaliza con el desastre de jamón despedazado, queso en trozos intragables y rodajas simétricas de pan que dejó sobre la mesa, *luego vengo a recoger todo sin falta, antes de que vuelva...*, se dice antes de recordar que Antonia ya no volverá y Eusebio no se sabe.

Encuentra su teléfono móvil apagado y sin batería ya.

Busca el cargador en la bolsa de viaje, *porque Lorna piensa en todo*, acomoda el contenido y, al guardar dentro la carpeta con el atestado, se queda mirando otra similar, de color marrón, que tiene en el frente escrita la frase «El Olimpo». Sacude la cabeza y la pone junto con la anterior.

Abre la puerta para encontrarse la mirada espantada del teniente Esquivel. Tarda en reconocerlo porque va de paisano.

—¡Menos mal que lo encuentro, llevo dos horas llamándolo a su teléfono móvil, pero está apagado!

—¿Qué pasa? —pregunta Justo, porque sabe que ha ocurrido algo terrible.

—Su padre. Al amanecer se cortó las venas y nos dimos cuenta por pura casualidad. Una ambulancia se lo ha llevado a Cáceres...

—¿Cómo está?

—Parece que grave, Justo. Se hizo dos cortes profundos y precisos, no como los de las

películas. Los paramédicos no parecían confiar en que se salve... Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Dejó una nota en la que se declaraba culpable de la muerte de Morales.

Un tótem sioux tallado a mano

Avanzan por la tortuosa carretera sin superar el límite de velocidad. El coche es el de Justo, que ha insistido en conducir, quizás para que una tarea tan llena de procedimientos encadenados lo ayude a mantener la confianza en una lógica que se deshace.

A su lado va el teniente Esquivel, que parece más joven sin uniforme, *para que luego digan que el hábito no hace al monje*, piensa Justo que hubiera dicho su madre, siempre presta a soltar refranes o trastocarlos.

El guardia civil parece inquieto y, por fin, se decide:

—Le pido mil perdones, Justo —dice compungido—. ¡Todo ha sido culpa mía!

—¿Y qué culpa puede tener usted de que mi padre haya intentado...?

El teniente lo mira extrañado y el policía comprende y asiente, *para cortarse las venas tiene que haber tenido con qué y es el tipo de elementos que se le requisa a alguien antes de entrar a un calabozo*.

Como si hubiera pensado en voz alta, Esquivel asegura:

—¡Sé que entré allí sin nada que pudiera poner en peligro su vida! Cuando me hice cargo del cuartel, comprobé que se habían relajado muchos procedimientos, y aunque me he ganado más de un enemigo, conseguí que todo se haga como es debido... Yo estaba presente cuando lo revisaron antes de ingresarlo en el calabozo.

—Le creo. Pero eso solo nos deja una opción: que alguien le haya proporcionado... ¿Qué usó mi padre para cortarse?

—Una vieja navaja. Vieja pero muy afilada. Eso y la nota de suicidio son evidencias que debo entregar en la sede judicial...

Sonríe de un modo cómplice.

—¿Quiere decir que las trae con usted ahora?

—Sí, claro. Me pareció lo más práctico, aunque sigo sin explicarme cómo...

—Muéstreme la navaja, por favor.

Lo dice con cortesía y con tanta firmeza que el guardia civil mete la mano en la cartera que lleva al costado, saca la bolsa de evidencias y se la muestra.

Dentro, una navaja plegable, muy, muy vieja, con mango de madera antigua.

Severo Justo clava el freno, el coche se atraviesa en la carretera y el vehículo que venía detrás apenas tiene tiempo para esquivarlos, mientras el conductor se apoya con fuerza sobre el claxon y se pierde por la siguiente curva, todavía reclamando por la imprudencia.

Justo tiene la mirada fija en la navaja.

No puede apartar los ojos.

Otro coche pasa casi rozándolos.

Esquivel dice en voz muy baja:

—Si saca el coche al arcén, le dejo mirar las pruebas, Justo.

El otro obedece y, en cuanto están fuera del asfalto, apaga el motor.

Vuelve a mirar, casi al trasluz, la navaja inconfundible. De pequeño no le causaba miedo, las pocas veces en que el padre insistía en internarse en el monte con el niño y lejos de todos, el hombre-montaña hacía maravillas con aquella pequeña navaja, otro recuerdo borrado que vuelve, no sabe si fueron muchas esas excursiones o solo una que el tiempo multiplica, *pero sí que cortó una rama, la estuvo estudiando un buen rato y talló con ella un tótem de los indios sioux de las películas que tanto nos gustaban de la tele, ¿dónde lo habré perdido?*, se pregunta ahora Severo.

Pero en voz alta pide:

—Déjeme ver la nota, por favor.

Una hoja de cuaderno escrita con bolígrafo azul vulgar está extendida dentro del sobre de plástico y dentro de la bolsa de pruebas, pero aun así reconoce la letra. Antes de la noche que ha pasado leyendo las fichas de sus libros, no hubiera sido capaz de distinguir la caligrafía del padre de cualquier otra. Ahora jamás podría confundirla.

El texto es seco, como el viejo:

Yo, Eusebio Justo Pizarro, confieso que el día 17 de mayo del año en curso le quité la vida a Florencio Morales Martín por asuntos que solo a él y a mí nos interesaban y en pleno uso de mis facultades mentales.

Al pie, la firma y la fecha.

Parece que el bolígrafo estuvo varias veces a punto de perforar la hoja, así que Justo la devuelve blandamente a las manos del teniente.

Y vuelve a estudiar la navaja.

—Es como si le resultara familiar —dice Esquivel.

Severo Justo lo mira directamente a los ojos y responde:

—No. Es la primera vez que la veo en mi vida.

Reemprenden la marcha hacia Cáceres.

El policía recuerda que una vez, no hace mucho, tras la celebración por un caso resuelto en la que habían bebido demasiado, Dalia le dijo algo sobre varias voces que hablaban en su cabeza y él pensó que era una forma de hablar. Ahora no sabe qué pensar, porque piensa con varias mentes a la vez, y una le dice que *no imaginaba que mentir fuera tan fácil*, mientras que la otra mente de Severo Justo se centra en una sola certeza: *ahora sé que Eusebio no mató a Florencio*.

Pero va a ser muy difícil demostrarlo.

Aunque siempre que puede evita el protagonismo, la televisión y el resto de medios han hecho de él una figura pública de primer orden, así que en el hospital todo el mundo lo saluda como si se conocieran y Justo se siente, como siempre, un poco culpable de no saber quién es esa gente.

Esquivel ha tomado la iniciativa y él se queda en segundo plano, en una sala de espera desde la que divisa el pasillo y, ante una de las puertas, al policía uniformado que la vigila.

Que un detenido bajo custodia ingrese en el hospital no ocurre todos los días y es tema seguro de conversación entre el personal sanitario. Una enfermera pasa varias veces ante la habitación como si intentara ver algo.

Se detiene ante el agente e intenta sonsacarlo, pero el otro responde con pocas y secas palabras.

La mujer sigue hasta la sala de espera y su rostro se ilumina al reconocer a Severo Justo.

Se acerca con aire de complicidad:

—Me quedo mucho más tranquila si está usted aquí —susurra—. A saber qué clase de asesino tenemos en la 214...

A saber, piensa Justo.

Y piensa en la navaja gastada y en una idea demencial que lo ronda.

Nada tiene sentido, pero lo tendrá en cuanto hable con él.

Hay algo de *déjà vu* en esta espera hospitalaria, y cuando mira hacia el pasillo y el policía ante la habitación 214, imagina que dentro no está su padre, sino el profesor Homero Gansés.

Siente una ola de culpabilidad por no haber llamado a la Brigada para saber cómo se encuentra el testigo, pero es una ola pequeña.

Además, si hubiera novedad habrían llamado.

Entonces recuerda que su teléfono se apagó por falta de batería, y aunque lo cargó durante el viaje desde Lomo de Gata, olvidó encenderlo.

Se dispone a hacerlo cuando ve que, desde el fondo del pasillo, se acerca el teniente Esquivel.

—¿Cómo está?

—Está consciente. Su estado es grave, porque perdió mucha sangre. Pero está fuera de peligro. Según el médico, tiene una constitución sorprendente para su edad. Pero tendrá que quedar ingresado por lo menos una semana, antes de...

—... de pasar a disposición judicial. Lo entiendo, Esquivel. —Justo baja la voz, todavía lo incomoda pedir favores que impliquen saltarse los procedimientos—. No quiero comprometerlo más, pero si sigo los pasos legales pueden pasar días antes de que pueda hablar con él, y necesito...

El teniente levanta la mano para frenarlo y baja la cabeza apenado:

—Lo siento, Justo. Había pensado en eso y estaba allanándole el camino. Pero su padre ha sido claro al respecto: se niega a hablar con usted.

—Pero... ¿le dijo que estoy aquí?

—Desde luego. También que es probable que lo incomuniquen en cualquier momento, y que le convenía aprovechar ahora. Pero ya sabe lo testarudo que es. Aunque... pasó algo raro...

—¿Qué?

—Cuando yo estaba por salir de la habitación, me llamó, y cuando me volví para ver qué quería, más que un gigante enojado me encontré con un viejo perdido, no sé si me entiende. Menos grande y duro. Y los ojos, Justo. Usted ha visto más mundo que yo y sabe que los ojos no mienten. Los de su padre expresaban algo inesperado en él: miedo.

—¿De qué?

—Lo ignoro. Pero me miró casi a punto de llorar y me dijo: «Dígale a Severo que se cuide mucho, por favor. Y que no se fíe de nadie». ¿Usted tiene idea de qué quería decir?

Pero el final de la frase lo ha lanzado a la espalda de Severo Justo, que ya corre hacia la puerta y busca la calle.

Lo que falta sobre la mesa

Mientras el coche remonta la Sierra de Gata duplicando la velocidad máxima, por primera vez en su vida Justo piensa que Dalia Fierro estaría orgullosa de él, *siempre dice que conduzco como una abuelita y quizás tiene razón, me he pasado la vida obedeciendo cada regla, respetando cada límite como si eso garantizara un orden y una recompensa final, y al final te quedas sin nada, sin mujer, sin hija, sin madre y sin saber si mi padre se cortó las venas o fue apuñalado hace unos días.*

Al llegar a Lomo de Gata, reduce la velocidad, aparca donde puede y comienza a correr cuesta arriba por las callejuelas hasta la casa de Lola.

Entra sin llamar, la puerta está abierta como todas las del pueblo.

Sobre la cocina, una olla contiene un contundente guiso de cordero que todavía humea. Toca el recipiente y está caliente.

Llama a la anciana a voces, ya no está para juegos, le exigirá que le cuente todo lo que sabe.

Pero, por más que busca, Lola no está.

Calcula que habrá salido abruptamente hace cinco o diez minutos, *quizás me vio desde lo alto o acaba de enterarse de lo de Eusebio y dedujo que yo vendría en busca de la verdad.*

Severo Justo suele tener ideas y recursos para resolver casi cualquier situación, pero ahora no es el jefe de la brigada de investigación más importante de Europa, dentro de esta casa ayer volvió a sentirse niño y hoy se siente huérfano y medio por lo menos.

¿Qué hacer?

Podría ir buscándola casa por casa, pero ella le ganaría de mano. Hace un par de meses llegó a su despacho una carta oficial en la que anunciaban que lo iban a nombrar Hijo Predilecto de Lomo de Gata, pero sabe que sigue siendo un forastero, hijo de un hombre que nunca fue querido del todo en el pueblo, y *ahora menos que nunca*, se dice, porque del caudal de información sobre el pueblo que no recordaba poseer, aflora algo que habrá escuchado en su niñez, una de esas normas no escritas en localidades pequeñas, en las que más de una ocasión el hambre llevaría a cometer un delito, o un orgullo malentendido a tirar de navaja: «No se derrama sangre del mismo pueblo», y es tarde para saber si se trata de un refrán proverbial o de una de esas sentencias que se inventaba Antonia.

El caso es que si Eusebio era mirado con recelo, ahora que dicen que ha matado a otro del pueblo, ha pasado a ser un paria y su supuesto hijo también.

Este nuevo y desaparejo Severo Justo, que ha mentido sin que se le note, ignora los carteles de velocidad y oscila entre las ganas de golpear a alguien y las de echarse a llorar en un rincón, se adivina imprevisible y se deja llevar, de modo que serpentea por las calles hasta una de las tabernas que recuerda de su estancia reciente, a esta hora llena de gente y de voces que se silencian cuando entra.

Muchas de esas caras, hace unas semanas lo reconocían de la tele y lo miraban con pena

empática por la inminente pérdida de Antonia.

Ahora evitan mirarlo.

Alguien arranca una discusión sobre fútbol y otro le sigue el juego sin ganas.

Por primera vez, Justo desearía manejar a voluntad esa mirada suya que le han dicho que pone a veces y que hace confesar incluso a los delincuentes más encallecidos. Hace poco le pidió a Paco Bermúdez que le explicara cómo es esa mirada que ignoraba poseer, y el comisario la resumió en tres palabras («rara de cojones, jefe»), para luego explicar que «al mismo tiempo uno siente que puedes comprender y quizás perdonar cualquier cagada que haya hecho y que puedes fulminar a quien te mienta».

Él no sabe cómo funciona, pero sí que en todo grupo hay alguien que está dispuesto a hablar aunque la consigna sea el silencio.

Sigue siendo el hijo de Antonia aunque no sepa de quién más, y Antonia era querida en estas tierras. Además, algún amigo le quedará a Eusebio, aunque no recuerde a ninguno.

Bebe el vino despacio y estudia a los parroquianos como si fueran transparentes y en realidad estuviera mirando las paredes detrás de ellos, los viejos carteles de bebidas que quizás ni se siguen fabricando, la página central de un diario local evocando el campeonato de Segunda B del Polideportivo Cacereño en la temporada 97-98, o los azulejos con refranes que es imposible leer sin escuchar la voz de su madre, desde los que se elogia la amistad y el vino, se pone en duda la bondad de las mujeres y las suegras, y se advierte que «Hoy no se fía, mañana sí».

Ya está, se dice, pero su mirada sigue resbalando y va hacia el techo, a cualquiera le parecerá un hombre pensativo o perdido.

Pero ya localizó los ojos con ganas de hablar y los conoce.

Le falta el nombre, pero en un rato lo tendrá, un tipo bajito y nervioso, lo veía a menudo con el padre cuando Justo era niño y los oyó llamarse mutuamente «compadre» y que el hombre pequeño e inquieto se quejaba siempre de penas de amor y que por eso bebía.

Tendrá la edad de Eusebio, pero parece diez años mayor. *Y a juzgar por la velocidad con que bebe, imagino que el desamor ha seguido todos estos años.*

Vuelve a cruzar la mirada con el viejo, lo saluda con un mínimo movimiento de cabeza, y antes de que se inquiete se vuelve hacia la barra, como si siguiera pensando en sus cosas.

Las conversaciones suben poco a poco de volumen y cada pequeño grupo encuentra algún tema no comprometido sobre el que polemizar.

Bucea en su mente, pero el nombre del borrachín se escurre como un pez pequeño.

¡Eso es! El apodo que le puso Lola, aunque la letra que visualiza era la suya, infantil, en el cuaderno de rebautizar a los vecinos: «Pez de villancico, porque bebe y bebe y vuelve a beber».

Claro que ese mote no le sirve para entablar conversación, porque era un secreto entre él y Lola, pero el nombre apuntado en la columna izquierda del cuaderno no acude por más que lo convoque.

¡No era un nombre, era el mote con el que lo conocía todo el pueblo: el Chirivique, por lo pequeño y nervioso!

Antes de abordarlo, Justo tiene que hacer una última comprobación, así que llama al camarero y, en voz baja, deja pagados todos los vinos que pida el Chirivique.

Así se asegura de que estará cuando vuelva.

El tiempo ahora discurre lento dentro de él y así camina, como si al pisar cada adoquín del empedrado apretara un botón que le proyecta otro dato de la infancia que olvidaba o quiso olvidar, por identificarla con Eusebio.

Cuando llega a la casa familiar, el pueblo es otra vez su pueblo, el mismo que defendía en discusiones acaloradas en el recreo, en Madrid, cuando otro niño lo trataba de paleta, llegando incluso a las manos en un puñado de peleas que lo asustaron por la cólera que podía dominarlo. *Quizás también fue por eso, por miedo a mí mismo, que me metí en el seminario, y no solo por Eusebio*, se dice mientras abre la puerta y se detiene en la amplia cocina.

Sobre la mesa, el estropicio de jamón mal cortado durante la borrachera de anoche, rodajas de chorizo y migas de pan por todas partes, *Lorna estaría encantada, siempre se queja de que soy demasiado pulcro fuera de la cama*, piensa, porque la extraña y también para demorar la comprobación evidente.

Falta algo sobre la mesa.

La navaja de su padre.

La que el teniente Esquivel ya habrá entregado para que se incorpore a las pruebas del caso.

La que Eusebio usó para cortarse las venas como corresponde y no como en las películas.

La que el peritaje demostrará que fue la misma que cortó la vida de Florencio Morales.

La que anoche, ebrio de recuerdos y de vino fuerte, él utilizó para masacrar el jamón antes de descubrir el mundo de libros de su padre.

Es decir que mientras yo dormía sentado en el cuarto de al lado, alguien entró en la casa y se la llevó para que Eusebio cumpliera su ritual.

Recorre la vivienda y deja para el final el estudio-biblioteca de su padre. Se despoja de todo sentimiento para estudiar cada detalle y cada libro, no posee una memoria fotográfica pero sí un entrenamiento exhaustivo, así que tarda unos segundos en advertir que el cuaderno en el que Eusebio lleva el inventario de sus libros está ligeramente torcido y falta el bolígrafo que estaba alineado en paralelo.

Al abrir el cuaderno, quedan los restos de una hoja mal arrancada, la misma que se habrá usado para la carta de suicidio.

Se sienta en la silla en que durmió, en la que dormía mientras el asesino de Florencio recolectaba tranquilamente lo necesario para fraguar el suicidio obligado de Eusebio Justo.

Esa imagen debería darle miedo, pero lo llena de indignación asesina.

Si tuviera delante de él al intruso, lo mataría sin dudar, por haber profanado el único lugar y momento en que se había sentido cerca de su padre.

Pero el asesino, de momento, no está y él tiene mucho que averiguar.

Controla la hora y calcula que tiene tiempo para preparar una cafetera y beber un par de tazas antes de volver a la taberna cuando el Chirivique ya esté más sociable gracias al vino.

Sale del estudio casi de puntillas, como si no quisiera pisar un sueño muerto.

Un bocadillo de patatera

En la taberna se repite la interrupción de las conversaciones, pero es menos ostensible porque la mitad de los parroquianos se han marchado, que es domingo y mañana se trabaja.

Se sobresalta al ver vacía la silla en la que dejó bebiendo al Chirivique, pero el tabernero le señala con la barbilla una mesa casi escondida en un recodo al fondo del local, al tiempo que con un gesto le indica que su «invitado» le ha dado duro al vino tinto.

Con un gesto más enérgico de lo que pretendía, Justo le indica que no se preocupe por la cuenta y que les lleve otra botella.

El Chirivique parece un tanto rejuvenecido y hasta contento de verlo.

—Gracias por el convite, muchacho —dice con voz pastosa mientras Justo se sienta frente a él y se pregunta si no habrá sido demasiado vino.

—¿Qué menos que convidar al único amigo de mi padre? —Prueba un tono campechano, *que no suene a que estoy jugando al poli bueno, por favor.*

El camarero ha traído la nueva botella y vasos limpios.

Justo los llena y levanta el suyo en propuesta de brindis que el otro acepta y formula:

—¡Por Eusebio Justo! —La voz del borracho suena clara y poderosa a medida que habla—. El único hombre de verdad que ha habido en este puñetero pueblo de cobardes.

No mira a nadie y mira a todos los presentes, que fingen no haberlo escuchado.

Justo choca su vaso con el del Chirivique y advierte que, con cierto disimulo, el tabernero los imita desde la barra.

—No exagero, chaval. Tu viejo era demasiado bueno para Lomo de Gata, por eso le tenían manía. Siempre andaba leyendo y pensando en formas de mejorar la vida del pueblo. ¿Crees que se lo agradecían? ¡Una mierda! Y como en lugar de buscar la riqueza solo para él pensaba en los demás, los poderosos lo tenían entre ceja y ceja. —Vuelve a señalar a los presentes y sube el volumen—. Por eso y porque la mayoría de las novias de estos mierdas de nuestra quinta perdían las bragas por el Eusebio.

Justo asiente y lo deja seguir hablando. Ya tendrá tiempo de reconducirlo hacia el tema que le interesa. Además, le sorprende el retrato de su padre que le está ofreciendo alguien que lo conoció tan bien.

—¿Cómo era ese refrán que siempre repetía tu madre? ¡Ah, sí!: «Pueblo chico, infierno grande». Se lo habrás oído mil veces, que menuda era la Antonia para los proverbios. —Eleva el vaso al cielo que hay más allá del techo y el hijo lo imita.

—No le conocía yo esa faceta reivindicativa...

Deja la frase inconclusa y el otro la retoma:

—¡Y tanto! Siempre estaba al tanto de las leyes y los derechos, para que los caciques dejaran de tomarnos el pelo. Pero los de aquí estaban más pendientes de quedar bien con los jerarcas del Movimiento que de hacer valer lo nuestro. Un año antes de que tú nacieras, más o menos,

organizó algo así como una cooperativa para vender directamente los productos locales en Madrid: los quesos, el aceite, la miel, las conservas de verdura... Al eliminar los intermediarios, el margen de ganancia era mucho mayor. ¡No veas la que se lio! Quisieron ponerle trabas, pero el Eusebio les sacó las leyes, las propias leyes franquistas, y les cerró la boca.

Baja un poco la voz, como si aún estuviera en 1970, cuando Franco empezaba a morirse pero muchos todavía lo creían inmortal.

—Y como con la ley no pudieron pararlo, lo hicieron fuera de la ley. Los primeros siete camiones cargados de mercancía con destino a las tiendas caras de Madrid no llegaron ni a Moraleja. ¿Te puedes creer que unos bandoleros lo robaron todo y nunca más se supo?

—¿También los camiones?

—También los camiones.

—¿Y los chóferes qué dijeron?

—Nada. O casi nada. Cuatro, que eran solteros, ni siquiera volvieron por el pueblo. Y los otros tres repetían la misma historia, palabra por palabra...

—Como quien recita una lección aprendida de memoria.

—¡Exacto! No faltaron los que intentaron culpar a Eusebio, pero en cuanto rompió un par de narices con esas manazas suyas, se lo pensaron mejor. Además, él fue el único que perdió en la empresa: a todos los demás les pagó hasta la última peseta, aunque tuvo que malvender la mitad de las tierras de su familia.

—¿Por eso nos fuimos a Madrid después de que yo naciera?

El viejo lo mira, duda y asiente:

—Por eso. Porque a Eusebio le quedaba pequeño este pueblo de...

—¿Y por qué volvíamos en verano?

—¡Porque era su pueblo, el de Antonia y el de sus antepasados! Además, soplaban vientos de cambio y él volvía a tener ganas de mejorar las cosas. Pero aquí lo seguían mirando como si les hubiera robado algo, así que se volvía a Madrid un poco más triste. Fue por entonces cuando empezó a beber y el vino es muy malo, ¿sabes? —dice mientras le tiende el vaso para que se lo llene—. Pero ni siquiera el vino pudo con él. No dejó de hacer cosas por la comarca, solo de decir que eran idea suya...

Justo piensa en la biblioteca desconocida de Eusebio.

—¿Los clubes de lectura por toda la sierra y los grupos de autogestión eran cosa suya? —pregunta en voz baja e incrédula.

—Totalmente. En esta misma mesa me contó la idea, hace como quince años o más: «Si lo hago yo, no se apuntará nadie, Chiri. A ella la seguirían hasta el fin del mundo». Y así lo hicieron. Ojo, que no le quito ni esto de mérito a tu madre, que eran tal para cual y esa mujer era capaz de movilizar a media sierra sin levantar la voz. Pero en la sombra, todos estos años, estaba Eusebio, sin que nadie más que yo lo supiera, asesorando a las asociaciones para lograr subvenciones, consiguiendo los libros casi al costo para los clubes de lectura... ¡No sabes el jugo que le puede sacar un viejo a un ordenador si le das tiempo, muchacho!

—Lo sé. —Justo piensa en Dolores y eso lo devuelve a lo que quiere saber—. Ahora que lo pienso, usted los conoció desde jovencitos...

—¡Y tanto! Yo acababa de cumplir los quince y había nacido en Moraleja, aunque mi padre era de aquí, pero cuando nos vinimos, todo el mundo me hacía el vacío por ser de fuera, salvo Eusebio, que me «adoptó» de inmediato y me incorporó al grupo de los inseparables: Dolores, Antonia, Florencio y él. La gente ya no me miró como si fuera sapo de otro pozo y los matones

del pueblo dejaron de intentar pegarme, sobre todo después de que Eusebio descalabrara a un par de ellos.

El camarero llega con otra botella, de mejor marca, y murmura que es cortesía de la casa.

Justo aprovecha para orientar la charla antes de que el Chirivique se vaya por las ramas.

—Se ve que le encantaba pelear...

—¡Qué va, para nada! Pero ya sabes cómo son estos pueblos: cada cual tiene a su tío grandullón y no paran hasta que lo hacen pelear con el grandullón del pueblo de al lado. A Eusebio lo provocaban y hasta lo insultaban, pero él ni caso. —La cara del viejo se ilumina—. Entonces se metían con alguno de nosotros y empezaba a repartir mamporros hasta que se quedaba solo. Pero gustarle pelear no le gustaba. ¿Sabes lo que me dijo una noche, en esta misma mesa, cuando teníamos unos dieciséis años?

—¿Qué le dijo?

—«Chiri», me dijo, porque él me llamaba Chiri. «Cada vez que peleo tengo miedo, Chiri.» Yo puse la misma cara que tú ahora y entonces me explicó: «No es que tenga miedo de perder o de que otro más fuerte me gane. Lo que me da miedo es no saber parar a tiempo. Cuando me enfado, siento como si estuviera en llamas por dentro, Chiri. Podría matar a alguien sin querer, y yo no quiero matar a nadie, Chiri».

Justo piensa en su propia ira enterrada tan profundamente desde niño y siempre a punto de llegar a la superficie. Pero tiene que reconducir la conversación: el viejo borrachín no va a aguantar mucho más.

—¿Y cómo era Florencio?

El Chirivique lo mira mientras habla:

—Un tipo cojonudo, también...

Se frena y Justo comprende que se le ha puesto la mirada de la que habla tanto Bermúdez, porque el otro sacude la cabeza y deja de mentir:

—A mí nunca me cayó bien del todo Florencio. Ya sabrás que llegó a casa de tus abuelos siendo un niño y lo criaron como si fuera propio... Pero yo siempre sentí que estaba celoso de Eusebio y trataba de imitarlo en todo. Pero él lo adoraba y lo trababa como un hermano. Las veces que se habrá peleado para sacarle las castañas del fuego. Llegué a pensar que Florencio lo hacía a propósito, que provocaba a los más fuertes con la intención de que tumbaran a Eusebio. Pero él no se daba cuenta, así de bueno era y es...

Justo le llena el vaso otra vez, la botella nueva ya está por la mitad:

—Hay algo que no entiendo, Chirivique. ¿Si lo quería tanto, por qué se pasó los últimos años dándole una paliza cada 6 de septiembre y por qué, según dicen, acaba de matarlo?

No aparta los ojos del vaso, el viejo.

Quizás ya está muy borracho o acaso lo haga para no mirar a Justo a los ojos.

—Eso no lo sé con exactitud y nunca repito los chismes de las viejas del pueblo. Lo que sí sé, porque fui testigo, es por qué y cuándo dejaron de ser amigos y se volvieron enemigos. Fue cuando teníamos diecisiete años, creo que Florencio tenía uno más. —Levanta el vaso con una mano temblorosa, se ayuda de la otra para sujetarlo, y lo vacía de un trago—. Lo que los separó fue lo que separa siempre a los hombres y más a esa edad, muchacho: una mujer. Tuvimos que verlo venir, pero no lo vimos. Tenía que pasar y pasó: se enamoraron los dos de la misma muchacha.

—Antonia —dice Justo.

El Chirivique lo mira con los ojos turbios y escandalizados.

—Pero ¿qué dices, insensato? ¡De la que se enamoraron los dos fue de Lola!

Y deja caer la cabeza hacia delante, hasta que rebota contra la mesa. Justo echa mano de tantos cursos de primeros auxilios que ha realizado y comprueba con alivio que Chirivique no ha entrado en coma etílico. Solo tiene una cogorza que lo incapacitará, al menos por un par de días, para contarle cómo sigue esa historia que lo deja lleno de interrogantes.

El bar ya está vacío y el camarero, que también es el dueño, se acerca para tranquilizarlo:

—La ha pillado buena, pero ha tenido peores. Además, hacía tiempo que no lo veía tan animado al Chirivique...

—Si sabe dónde vive, yo puedo...

—No se preocupe, Justo. Lo llevo yo, que no será la primera ni la última vez. A este lo heredé de mi padre, junto con el bar...

Justo paga la cuenta, que le parece demasiado escueta para tanto vino como lleva en el cuerpo el único amigo de su padre que quizás no sea su padre, pero por primera vez desde que tiene uso de razón le gustaría que lo fuera.

Da las gracias y, cuando está por salir, el tabernero lo detiene y le ofrece un paquete alargado envuelto en papel de aluminio.

—Siempre que el Chiri bebe hasta tarde le preparo un bocadillo, pero me da que hoy no está para eso y usted no ha cenado nada. Es de patatera de la buena, de aquí de la tierra.

Justo saborea de antemano el sabor de la niñez de ese embutido humilde que parece chorizo pero sabe mejor que el mejor chorizo.

—Gracias —dice, conteniendo las lágrimas que empujan por salir.

Un bocadillo lo emociona, ahora que ha dejado de tener sentido todo aquello en lo que ha creído en más de medio siglo de vida, y casi se alegra de no tener a qué aferrarse, porque eso lo obligará a llegar hasta el final.

Se gira para salir y la voz lo detiene en mitad de un paso al cruzar el umbral.

—Y cuando vea a su padre, dígame que mi padre, el chato Gutiérrez, siempre decía que a este pueblo le hacían falta más hombres como Eusebio Justo.

Cabecea y sale a la calle, y es coherente y absurdo que desembale un extremo del bocadillo y lo vaya comiendo de camino al coche mientras llora en silencio y de alivio, como un niño que había perdido al padre y acaba de encontrarlo.

Los domingos salen los tristes

Dalia Fierro está harta de dormir en su despacho y tampoco quiere pasar la noche en un hotel, *que para algo tengo casa y, además, ya va siendo hora de arreglar las cosas con Olga de una vez.*

Conduce lentamente en dirección al chalé, atenta al consejo de las voces habituales en su cabeza, pero siguen siendo apenas murmullos o el eco de murmullos, ninguna opinión sobre lo que debería o no debería hacer cuando hable con su mujer.

Desde hace un tiempo, lo que era una asamblea en su mente es solo ruido blanco y un silencio que la preocupa, porque la voz que más teme, la única que no se había retirado a algún cuartito en el fondo de su cerebro, lleva varias horas ausente.

Y ahora la necesita más que nunca.

Sin la voz de Ráfaga se siente más frágil, aunque odia a Ráfaga y lo que representa y lo que le ha hecho hacer durante años.

Ráfaga es el nombre que le pusieron los periodistas a un misterioso justiciero encapuchado y bajito, que durante casi un lustro se dedicó a pegar palizas tremendas a maltratadores impunes.

Por suerte, en ese tiempo las redes sociales no estaban tan extendidas y la prensa tradicional se cansó pronto de hablar de un vigilante que muchos calificaron de leyenda urbana. Y es que las víctimas de Ráfaga no denunciaban la agresión o se inventaban robos con violencia o ataques de pandillas, para no hablar del verdadero motivo de las golpizas.

Además, muchos de esos hombretones tan violentos en casa jamás reconocerían que quien les había dado la paliza de su vida fue una mujer bajita.

Algunos alcanzaban a preguntar por qué, cuando querían decir por quién, por cuál de las personas indefensas de las que habían abusado estaban recibiendo tantos golpes.

Y nunca entendían la respuesta de la sombra que les estaba rompiendo brazos y costillas:

—Por Olga.

Olga, que con dieciocho años llegó a la consulta de Dalia, quien de inmediato sintió la necesidad de protegerla, y más cuando la hizo confesar y comprender que Yago, su novio pijo y atlético, le pegaba y la sometía física y mentalmente.

Olga, que se refugió en la joven doctora mayor que ella, que experimentó la tan mencionada transferencia hacia la terapeuta y que no fue rechazada cuando le confesó lo que sentía.

La misma Olga que por consejo de Dalia, doctora y amante, enfrentó a su agresor y fue castigada con tanta brutalidad que estuvo a punto de morir y permaneció en coma durante años.

Fue por esa Olga, bella durmiente de la que se hizo cargo Dalia más por culpa que por amor, que la voz de Ráfaga, que entonces todavía no se llamaba así y llevaba dentro de ella desde pequeña, tomó el control y organizó un entrenamiento intensivo para cumplir una misión de venganza diferida. Porque Yago había huido del país y, ya que no podían devolverle golpe por golpe, buscaban a otros como él.

Olga, que despertó hace más de un año, cuando resolvieron el primer caso de la Brigada de los Apóstoles, y aunque ya era una mujer de cuarenta, seguía creyéndose una chiquilla y como tal se comportaba.

Y lo supiste desde el primer día, pero tuviste que casarnos con ella para cumplir tu penitencia, dice la voz despiadada en su cabeza.

—Veo que solo apareces para criticarme —dice Dalia en voz alta.

Para el caso que me haces... Porque las dos sabemos que cuando te enfrentes con Olga no harás nada.

—Claro que lo haré. Tenemos que hablar y ella sabe que esta relación está llegando a su fin.

Pero de ahí no vas a pasar, que te conozco. No le toleras nada a nadie, pero a Olga le permites hasta que te ponga los cuernos con un niño de la facultad..., por no hablar de lo otro.

Dalia no contesta, porque «lo otro» la tiene inmovilizada por dentro desde hace un mes, una de esas noches en que ella acechaba a Yago, que había vuelto al país con nombre portugués, y decidió no matarlo, alguien lo mató, sacó una foto del coche de Dalia en las inmediaciones y se la reenvió desde el teléfono de Olga.

Desde entonces, apenas si se han visto dos veces y en ambas ocasiones no supo cómo abordar el tema.

A hostias lo abordaría yo, que una cosa es que se folle a un compañerito de clase y otra que mate al cabrón de Yago y encima nos quiera culpar a nosotros.

—No sabemos si es así. En realidad, no sabemos nada. Corrijo: algo sí sabemos, y es que nadie va a golpearla y menos ahora...

¡Es cierto! Enhorabuena..., mamá.

—Vete a la mierda.

Porque por esas mismas fechas, Olga la llamó por teléfono como si no pasara nada y le dijo que el tratamiento con inseminación artificial que llevaban meses poniendo en práctica había resultado y estaban embarazadas.

A mí me parece que más de artificial, nada. A Olga la inseminaron por el método de toda la vida. Y varias veces, machaca Ráfaga sin compasión.

—¡Que te calles, joder!

Pero Dalia sabe que la otra tiene razón y no entiende por qué Olga le miente sin necesidad, si se ha enamorado del chico ese y quiere tener un niño suyo que lo tenga, y *no necesita cargarnos con un asesinato para librarse de nosotras*, agrega Ráfaga.

Dalia llega al chalé, aparca el coche y entra con paso inseguro.

Pese a todo, todavía se siente culpable de lo que le ocurrió a Olga y por los años que tuvo que perder postrada en una cama, viviendo una vida vegetal.

En la casa solo está Camila, la madre de Olga, que durante años se ocupó de supervisar los cuidados de la hija pagados por Dalia, y nunca sabe si se lo agradece o la odia por ello.

Nunca sabe lo que pasa por la cabeza de esa mujer.

Cuando pregunta por Olga, Camila empieza a enhebrar una mentira torpe y Dalia la interrumpe casi con ternura:

—No se preocupe, lo importante es que ella esté bien.

Entra en su dormitorio como si llevara años ausente, se desnuda y se ducha durante un largo rato.

Considera la posibilidad de arreglarse y salir a encontrar algún amor de ocasión, al menos para sentir que está empatando con Olga.

Pero no lo hará.

Los domingos por la noche solo sale la gente triste, a ligar con gente más triste todavía, piensa.

Por una vez te doy la razón, bonita, dice la voz áspera en su mente.

—Además, tenemos demasiado en qué pensar.

Y se meten en la cama y abren un libro y lo leen sin leer en realidad.

Si hubieran salido, quizás les habría llamado la atención ver, en la acera de enfrente, el coche que las siguió desde el centro de Madrid.

Pero cuando tienes problemas como los de Dalia y Ráfaga, no te paras a pensar en un coche igual a tantos.

Es noche de domingo en Madrid y Lorna Durán está tumbada en la cama, ocupando solo la mitad habitual, aunque sabe que Justo no vendrá a ocupar la suya esta noche. Como si su pensamiento lo convocara, suena su móvil y es él. Suena al mismo tiempo emocionado y sombrío, impaciente por contarle todo lo que le ha ocurrido estos días.

—Iba a esperar a llegar a Madrid, pero estoy aquí, en el hotel en Moraleja, y no hago más que pensar en ti...

—Qué romántico te pone volver a tu tierra —bromea ella.

Justo duda un momento y se lanza:

—Es que he descubierto cosas que solo a ti te puedo contar, porque son asuntos de familia y eres la única familia que tengo.

A Lorna se le hace un nudo en la garganta y la maleta casi vacía que espera en el armario con un sobre dentro se le antoja microscópica, como si estuviera en otro planeta y no a pocos metros de distancia.

Pero no debe permitir que Justo revele nada que pueda ser usado en su contra, está segura de que su teléfono está intervenido. Con el de Severo no se atreverían, porque Dolores lo detectaría al instante.

—Espera un segundo, no me cuentes todavía, que no es tan tarde y puedo estar en Moraleja en tres horas...

Él está tentado de aceptar, pero se siente repentinamente egoísta.

—No, no, que mañana trabajas y además anoche apenas dormí un rato en una silla. Por eso me quedé aquí, para poner las ideas en orden, descansar y volver mañana a Madrid en forma... Para el trabajo y para ti.

A ella no le cuesta imaginar el gesto tímido que habrá acompañado la picardía final y recoge el guante para que no le cuente lo que no debe y porque lo extraña.

—Vale. Entonces esta noche recuperas fuerzas y no madrugues mañana, ni te cargues de trabajo. Prepararé una rica cena en casa y me cuentas todo lo que quieras... Pero a partir de medianoche serás mío. ¿Y a que no sabes lo que te haré?

El Justo de antes de este viaje al pasado se hubiera sentido incómodo, este Justo es casi el mismo, pero se deja llevar.

—No se me ocurre, ya sabes que no soy muy imaginativo para esas cosas...

—Yo no diría eso, sino todo lo contrario. Pero ¿quieres o no saber lo que te haré...?

Tumbado en su cama, Justo dice:

—Claro que quiero.

Y ella le cuenta e inventa sobre la marcha, y él interactúa en el mismo sentido y se le da sorprendentemente bien, porque pronto Lorna se ha olvidado del motivo de este juego y sube la apuesta, y Justo también muestra sus cartas y la partida de póquer del deseo mutuo avanza de mano en mano, hasta que ambos hacen un *all-in* simultáneo.

Y ganan los dos.

Mientras recupera el aliento en Moraleja, Justo piensa que en este año de relación habían practicado el sexo de casi todas las maneras imaginables, salvo esta variante telefónica semiadolescente, viciosa y tierna que acaban de compartir.

El policía de su cabeza argumenta que al principio de la charla tuvo la sensación de que Lorna quería impedir que le contara por teléfono lo que averiguó en Lomo de Gata, pero el amante enamorado lo manda a la mierda, *mañana me preocuparé de lo que sea, ahora déjame ser feliz*.

En Madrid, Lorna todavía está agitada y sorprendida de cuánto puede querer a este hombre austero del que solo ella conoce las desmesuras.

Comienzan a despedirse entre murmullos y ninguno de los dos se avergüenza de poner en escena, sin premeditación ni vergüenza, el consabido «Cuelga tú», «No, tú» que han repetido todos los amantes del planeta desde que Antonio Meucci inventó el teléfono y Alexander Graham Bell le robó el invento.

Lorna espera a escuchar el clic de Justo y habla con voz clara y alta a su teléfono:

—A quien esté grabando esta conversación: voy a hacerte un favor. Bórrala de inmediato, si no quieres acabar en la calle. Y si no me crees, consulta con el jefe máximo de Interior y dile solo esta palabra de mi parte: «*remember*». Verás que te hace borrar la grabación y puede que te borre a ti de la nómina del ministerio, o te mande a espiar los mugidos de las vacas en Galicia y bajo la lluvia. Y si te ha puesto cachondo lo que escuchaste, que te aproveche. Buenas noches.

Y cuelga y se estira en la cama y se cubre apenas con una ligera colcha, mientras piensa en la noche que viene con Justo, en cuánto la ha emocionado que él la piense como su familia, y en que necesita dormirse pronto para estar descansada mañana y antes de que empiece a acercarse, poco a poco, la imagen de una maleta casi vacía.

III

¿Dioses? Tal vez los haya. Ni lo afirmo ni lo niego, porque no lo sé ni tengo medios para saberlo.

Pero sé, porque esto me lo enseña diariamente la vida, que si existen ni se ocupan ni se preocupan de nosotros.

EPICURO DE SAMOS

Informe BDA: Pablo Acuña, alias *el Súper*

Informe BDA (Este informe amplía y completa el anterior sobre el mismo sujeto).

Pablo Acuña Hernández. 47 años.

Estado civil: Divorciado. Dos veces. Sin hijos (ver anexo).

Cargo en la BDA: Responsable de Relaciones Públicas y contactos con los medios de comunicación. Su estatus es similar al del comisario Bermúdez, en la segunda línea de mando, por debajo de Justo y la doctora Fierro.

Formación: Comisario de la Policía Nacional, con varios másteres y cursos en Relaciones Internacionales e Institucionales. Habla inglés, francés e italiano. Se defiende en alemán y desde su último divorcio toma clases de chino por internet.

Salud: Aceptable en el aspecto físico, delicada en lo psicológico. En los últimos años se ha acentuado su tendencia a la depresión, probablemente a causa de los fracasos sentimentales y la propia contradicción en el desempeño de sus funciones, aunque en este último campo ha mejorado tras su incorporación a la BDA (ver apartado: «Carácter»).

Toma regularmente antidepresivos y ansiolíticos (ver anexo), y durante un tiempo, tras su segundo divorcio, coqueteó con el consumo de cocaína, que dejó debido a su estricto sentido de la ley (ver apartado: «Carácter») y lo caro que resultaba el vicio para su economía (ver «Finanzas»).

Su alimentación es deficiente debido a una inapetencia que, si no ha alcanzado el estado crónico, parece a punto de hacerlo.

Nota: Cuando le toca compartir mesa con sus compañeros de la BDA, logra disimular el posible trastorno alimenticio y finge comer poco pero con agrado, ante la insistencia de Bermúdez, que siempre afirma verlo muy delgado (ver «Relaciones»).

Nota: Posible ludopatía desarrollada recientemente. Como buen solitario, ejerce este probable vicio a través de partidas de póquer *online*, en las que suele perder, agravando la tendencia a la depresión.

Finanzas: Su situación económica nunca ha sido boyante, en buena medida porque en sus dos divorcios cedió prácticamente a todos los requerimientos de sus exmujeres, sin intentar negociación alguna.

Conserva la casa de su segundo matrimonio en el barrio de Tetuán (ver anexo y plano), solo porque a su ex nunca le gustó la zona y se quedó con el chalé de la sierra, el único lujo alcanzado por Acuña en tantos años de servicio. Recientemente contrató una segunda hipoteca sobre primera vivienda y se deduce que lo hizo para sufragar nuevas y calamitosas partidas de póquer por internet.

Carácter: Especialmente dotado para la vida institucional, con marcado respeto por el escalafón y las formas, casi toda su carrera ha estado cerca de los círculos de privilegio dentro del Cuerpo Nacional de Policía, sirviendo a esos intereses, pero sin medrar con ellos a su favor.

Tampoco ha estado vinculado a ningún caso de enriquecimiento ilícito o tráfico de influencias. Esa contradicción entre la necesidad de estar cerca del poder y la negativa a disfrutar de sus beneficios es la probable causa de su tendencia a la depresión, ya que durante años ha sido temido y despreciado por sus pares y subalternos (de ahí el apodo del Súper, en alusión al personaje del cómic *Mortadelo y Filemón*), y marginado sutilmente por sus superiores, al no participar de las prebendas a su disposición.

Cuando se creó la BDA, fue impuesto por el Ministerio del Interior como enlace con la prensa, aunque su verdadera función era informar sobre los pasos de Severo Justo y sus ayudantes. Pero cuando la nueva agrupación entró en conflicto con los intereses ministeriales, tomó partido por sus nuevos compañeros, ganándose su afecto.

Relaciones: En el aspecto sexual, solo mantiene encuentros casuales mediante aplicaciones de internet y no suele repetir compañía.

Desde el punto de vista de amistades, ha desarrollado un sólido vínculo con el comisario Francisco Bermúdez, que le ha abierto las puertas de su hogar y el cariño de su familia.

Resulta llamativo, ya que ambos, durante años, fueron adversarios dentro del aparato policial. Hoy se llaman mutuamente «hermano» y Acuña es invitado frecuente al hogar de Bermúdez, cuyas hijas lo llaman «tío», y junto con la mujer del comisario le ofrecen una sensación de hogar que es, probablemente, lo que impide o demora su caída definitiva.

Nota: Bermúdez ignora la creciente ludopatía de su amigo, así como su delicado estado psicológico y económico. Pero el instinto del policía, formado en las calles, le indica que algo no va bien en su vida.

Puntos débiles: Bermúdez y su familia.

Recomendación: No iniciar ninguna investigación oficial.

Aún no es el momento.

Nada más cruel que un dios

El profesor Gansés parece todavía más pequeño en el centro de la gran cama de hospital y es inevitable que Justo fusione esa breve estampa con la que imagina de Eusebio en otra cama similar, en Cáceres. Solo que al padre que quizás no lo sea la cama le quedará corta y estrecha.

Ha vuelto a Madrid impulsado por su veterano dictador, el sentido del deber, cuando tras hablar con Bermúdez y enterarse del intento de llegar hasta Gansés, el comisario mencionó que los intrusos buscaban una carpeta marrón con las palabras «El Olimpo» escritas en la carátula y recordó que la tenía él.

Y la tiene en la mano ahora, frente al pequeño y demacrado historiador, mientras Dalia y Bermúdez se preparan para escuchar la continuación de la historia que el envenenamiento dejó inconclusa.

—Necesito que sea absolutamente sincero conmigo, profesor. Esto es más grave que el hallazgo de un brazo congelado de hace cuarenta años. Alguien intentó matarlo para que no hablara con nosotros y coaccionó a esos dos alumnos suyos para conseguir esta carpeta. ¿Qué contiene?, ¿qué la hace tan importante?

Gansés lo mira desde sus ojos alargados de convaleciente.

—Le aseguro que no lo sé, señor Justo. Todo esto es una locura que no alcanzo a comprender. —Señala con su barbilla de pájaro hacia la carpeta marrón—. ¿Ha leído el contenido?

—Por supuesto —dice Justo, y piensa que *si llego a saber que mentir era tan fácil, igual comienzo a hacerlo mucho antes*.

—Ejem —interrumpe Bermúdez—. No olvidemos que el profesor está débil y nos han dicho que solo podemos hablar con él unos minutos. Quizás una versión resumida nos alcance para obtener un marco general del...

—Lamento no estar de acuerdo contigo, Paco. Cada detalle es importante, así que lo escuchamos, profesor. Y lamento mi falta de consideración. Cuanto antes comprendamos lo que ocurre, antes estará usted fuera de peligro.

—Agradezco sinceramente su interés —dice con voz quebradiza el viejo—, pero sigo sin comprender nada. Por suerte, aunque mi cuerpo no sea el de antes, mi memoria permanece intacta. ¿Por dónde íbamos?

—Juan Olabides cometía el segundo gran error de su vida —apunta Dalia—: enamorarse.

—Juan estaba ya cerca de los cuarenta años, aunque oficialmente tenía cuatro más —resume Justo—. Seguía sin recuperar un hipotético título nobiliario para limpiar la memoria de su padre y desquitaba sus penas ejerciendo de *playboy* español internacional por toda Europa.

Gansés cierra los ojos, como si detrás de sus párpados visualizara en imágenes lo que narra:

—En una de esas reuniones de alta sociedad, conoció en Atenas a la joven Rea Tsartsaris, de quien se decía que era la mujer más bella de Grecia y la reencarnación de Helena de Troya. Una afirmación que, como usted habrá constatado en la foto que contiene la carpeta, no era nada

exagerada.

Justo asiente, abre la carpeta, y cuenta tres fotos.

Sin mirar, escoge una cualquiera y la muestra a los demás, que la estudian con admiración.

Cuando la gira para verla, comprende la exactitud del apodo de Rea.

Una muchacha imposiblemente bella, de cabellos renegridos, ojos profundos, rostro afilado y perfecto y, por lo que alcanzaba a observarse en la fotografía de medio cuerpo, este competía con la cara en armonía y belleza.

—Es lógico que Juanito se volviera loquito por esa griega —dice Bermúdez, que ha optado por sentarse en una de las cómodas butacas para acompañantes de los enfermos, *porque la cosa va para largo y me temo que esta vez también tendré que cancelar el plan con Ana...*

Gansés asiente con cuidado, como si temiera que el cuello no fuera capaz de soportar su cabeza.

—Acierta y se equivoca a la vez, comisario. Es cierto que Juan quedó deslumbrado por la belleza de Rea Tsartsaris, pero no olvide que él coleccionaba mujeres hermosas por todas las capitales europeas. Hubo algo más que le hizo perder la cabeza. Aunque no muy adinerada, la familia de la muchacha provenía de una antigua estirpe no vinculada con la reciente realeza griega, si no con raíces más antiguas. Nunca pudo comprobarse, desde luego, pero se decía que descendía directamente de Eneas, me imagino que ya sabéis quién es.

—Por supuesto: el príncipe de Troya, hijo de Afrodita, que terminó propiciando la fundación de Roma —contesta automáticamente Paco, y se ruboriza al ver que todos lo miran—. ¡Lo vi la semana pasada en un documental de la tele! —miente.

—Lo felicito por su gusto para elegir el material de su esparcimiento hogareño, comisario. Obviamente, este origen nunca pudo ser demostrado, pero siempre sospeché que fue lo que enamoró a Juan Olabides de Rea Tsartsaris, hasta el extremo de cubrirla de obsequios, convertirse primero en un amigo inseparable, luego en un admirador rendido y, finalmente, en un pretendiente casi impuesto por la familia, que tenía un apellido notable pero una situación económica bastante frágil. Y según las pocas cartas que se conservan de la correspondencia entre ellos, lo que Juan sentía por la muchacha era una obsesión diferente al amor, un fervor religioso, diría yo.

Permanece expectante y los mira con complicidad.

—Está claro. —La voz de Dalia es más áspera de lo habitual, porque no es la suya—. Ya que no conseguiría ser el padre de un futuro príncipe, quería engendrar un dios.

El profesor celebra la frase, pero un ataque de tos lo detiene.

Cuando logra recuperarse, parece más cansado, pero dichoso:

—¡Exacto, doctora Fierro. Y estoy seguro de que hasta interpretó el nombre de la muchacha como una señal.

Todos miran a Paco Bermúdez, que se muerde los labios.

El profesor sigue:

—En la mitología griega, Rea fue esposa de Crono y madre de numerosos dioses, entre ellos...

—¡Zeus! —no se contiene el comisario.

—¡Exacto! Ese es el quid de la cuestión y de la infelicidad de Juan Olabides. Tras sobornar a su familia, consiguió casarse con la muchacha y se mudaron a España. Hizo ampliar el cortijo de Huelva para que fuera el más lujoso de toda la región y el palacete del barrio de Salamanca brilló como nunca. Podríamos decir que Juan olvidó para siempre su estrategia de no llamar la

atención.

Un nuevo acceso de tos lo sacude.

—Imaginen su felicidad cuando la muchacha quedó embarazada de inmediato y también su desesperación cuando dio a luz al primer y único hijo que tuvieron...

Los otros lo miran sin comprender.

—Por favor, muestre las fotos, señor Justo.

Severo, como si supiera exactamente de lo que estaba hablando, abre la carpeta, busca las dos fotos y saca la primera.

Muestra a un hombre de mirada penetrante, nariz aguileña, cejas pobladas y una calvicie incipiente apenas disimulada por unos pocos cabellos distribuidos en exacta simetría.

—Este es Juan Olabides con treinta y pocos años —dice el profesor Gansés—. Tenía gran éxito con las mujeres de todos los estratos sociales, pero no por su aspecto, desde luego, sino por su determinación, su inteligencia natural y su considerable fortuna. Ahora la otra fotografía, por favor.

Saca la foto restante, la muestra y luego la mira con atención.

En la imagen se ve a un hombre muy joven y con una belleza similar a la de la madre, pero el cabello completamente rubio y los ojos de un verde claro casi sobrenatural. Su mirada limpia contrasta con la crueldad del gesto de la boca, que también es perfecta.

—Ese es Zeus Olabides con veinte años —explica sin necesidad Gansés—. Estaba claro que no era hijo de Juan, pero nadie se atrevía a mencionarlo, después de que dos o tres graciosos que hicieran comentarios de ese tipo cuando el niño era pequeño desaparecieran en extrañas circunstancias. Juan odiaba y amaba a ese niño, aunque se dice que no volvió a tocar jamás a su mujer, que tras el parto demostró tener una constitución mucho más frágil de lo aparente y, cuando el pequeño Zeus contaba con un año de edad, falleció de un catarro que se complicó en exceso. Algunas malas lenguas dijeron, en voz muy baja por si acaso, que Juan la había dejado morir para castigarla por su infidelidad. También se comentó fuera de España, porque aquí nadie se atrevía, que había pagado a varios sicarios para rastrear entre los jóvenes de la aristocracia ateniense en busca de quien le había robado el sueño de ser padre de un dios, pero que no encontraron a ninguno que encajara en la descripción. Y otra versión, que era la que más detestaba Zeus, daba crédito a la hipótesis de que su verdadero padre fue un mozo de cuadra de belleza legendaria, que cuidaba a los caballos de sus abuelos y que se fue del país semanas después de la boda de Rea.

La tos, más fuerte, sacude al pequeño profesor.

—El caso es que Juan se convirtió en padre y madre, amando y odiando a la vez a ese hijo al que educó para ser lo que siempre soñó, como bien ha dicho la doctora Fierro: un dios. Para mantenerlo alejado, lo crio hasta avanzada la adolescencia en el cortijo de Huelva. Y ese fue el Zeus Olabides que yo conocí años más tarde, cuando vino a estudiar a Madrid y comenzó a reclutar entre sus amigos de buena familia a aquellos con los que formaría El Olimpo.

La voz del profesor pierde fuerza y se ahoga.

Dalia le acerca un vaso de agua y mira a Justo con cierto enojo por someter al anciano a tanto esfuerzo.

El policía asiente, pero insiste:

—Si puede seguir un poco más, se lo agradecería...

—Creo que sí. Además, necesito explicarle la historia completa para que comprenda por qué es imposible que ese brazo que hallaron sea de Zeus, aunque el anillo sea idéntico.

—¿Y qué era, exactamente, El Olimpo?

—Buena pregunta, comisario. Nunca fue un grupo oficial, ni una agrupación política con ninguna clase de personería jurídica. Las pocas crónicas que hablan de ellos de una manera marginal los comparan con otros grupos de jóvenes de los que luego fueron llamados «cachorros del régimen», los futuros tecnócratas que terminaron gobernándonos bajo las siglas de distintos partidos. Estamos hablando del comienzo de los años ochenta, cuando todavía se decía que Franco había dejado todo atado y bien atado antes de morir, pero los hijos de los funcionarios y jefes del Movimiento que se habían enriquecido durante el Franquismo no tenían el miedo a los cambios que paralizaba a sus padres.

—Es decir que no eran conspiradores...

—Ni siquiera pretendían apoyar una toma del poder, solo utilizar sus contactos y formación para gestionarlo y llevarlo por un rumbo adecuado a sus ideales que, por otra parte, eran de lo más variados. Porque, como bien recordaréis, muchos de esos jóvenes, hijos de dignatarios de la Dictadura, adoptaron distintas ideologías políticas, así que en grupos similares (en apariencia) a lo que fue El Olimpo podías encontrar desde liberales hasta comunistas, pasando por demócrata-cristianos y hasta socialistas. Eran casi promociones de una misma generación, que, al conocerse desde niños en los mismos colegios de pago, habían forjado una amistad que impedía que los separasen sus creencias políticas. Hubo varias camarillas así durante la Transición, y aunque ninguno logró su cometido como tal, muchos de sus miembros terminaron ocupando puestos claves en diferentes gobiernos, partidos y otras instituciones estratégicas...

—Pero El Olimpo era diferente, ¿verdad? —pregunta Justo.

Gansés, fatigado, baja la cabeza pero sigue hablando.

—Solo cuando era muy tarde comprendí cuán diferente era. Para empezar, los otros grupos se formaban de manera natural. Si te crías con otros hijos de poder y creces con ellos, resulta lógico el intento de perpetuar esa camaradería al acercarse la edad adulta. Por usar una expresión en boga en estos días, el proceso era más «orgánico» que lo que hizo Zeus Olabides. Para formar El Olimpo, él llevó a cabo una cuidadosa selección y una seducción individual, diría, de cada uno de los miembros. Llegaron a formar una verdadera logia de privilegiados, una sociedad secreta en la que cada miembro era identificado con el nombre de un dios y su anillo a juego.

—Pues para mí eso tiene pinta de secta —comenta Dalia.

—Y lo era. Aunque tardé en darme cuenta.

Al historiador le cuesta respirar.

—¿Qué papel jugó usted en todo esto? —quiere saber Justo.

—Si debo ser honesto, el papel de idiota. Me fascinó la fuerza de voluntad y el empeño de Zeus por aprovechar esos contactos para generar una España mejor y más moderna, capaz de incorporarse a Europa con pleno derecho. Yo era un joven profesor, solo unos años mayor que ellos, y caí en la trampa de creer que podía ser su mentor, orientar ese potencial hacia el destino que parecía esperarles. Mucho después comprendí que el nombre de El Olimpo era más que un símbolo grandilocuente para definir a la logia. Zeus Olabides quería ser un dios en la vida real. Y no hay nada más cruel que un dios. Creo que comencé a sospechar cuando ocurrió lo de...

Un nuevo ataque de tos lo sacude como a una marioneta y no se detiene, así que Dalia presiona el botón que trae a la enfermera, que se materializa como si estuviera detrás de la puerta y logra calmarlo poco a poco.

Los mira con ojos acorados y no hay discusión posible.

—El paciente tiene que descansar. Vuelvan mañana y, si está mejor, podrán hablar con él.

Ahora es imposible.

Sin dejar de toser, el profesor se excusa con un gesto débil y Justo quisiera sentirse culpable, pero no puede. Ha decidido zambullirse en esta investigación hasta que sepa qué hacer para desentrañar la historia de su padre y demostrar que no mató al que quizás fuera su padre.

Se despiden de Gansés y salen de la habitación poco menos que empujados por la enfermera.

Pero alcanzan a escuchar lo que el pequeño profesor dice con un hilo de voz teñido de horror:

—¡El principio del fin ocurrió en Toulouse!

El valor de los refranes

Como tantos otros hombres descontentos con su estatura, Interior camina por sus dominios con pasos largos y sonoros. El eco advierte a sus subalternos con tiempo suficiente para desaparecer de su vista, porque es evidente que está inquieto, y cuando él está inquieto, alguien acaba por pagar la factura del malestar ministerial.

Ya es casi la hora de marcharse a comer, pero prefiere quedarse un rato más en las dependencias, disfrutando del miedo que provoca y que le ayuda a olvidar el suyo propio.

Porque esta mañana se alegró al llegar a su mesa y ver solamente la correspondencia habitual, ni rastro de los informes o notas perentorias de su misterioso aliado.

Durante las primeras horas del día, eso le devolvió la sensación de ser quien manda en el ministerio y en el asunto de Severo Justo, y no un simple instrumento en manos de un desconocido.

Pero a medida que avanzaba la mañana, se fue sintiendo más desvalido, quizás fueron exageradas las medidas que tomó para tratar de sorprender a quien le deja los sobres misteriosos, *si pudiera me disculparía, pero cómo disculparme con alguien que no sé quién es ni por qué me está ayudando*, se pregunta, y sabe que no existe una respuesta satisfactoria.

Es una actitud infantil y lo admite.

Lleva más de hora y media caminando por los pasillos con cualquier excusa, para ofrecer al aliado de su informante la ocasión de dejar el sobre de rigor en una esquina bien visible de la mesa.

Cada veinte minutos retorna y la mesa sigue igual, con unos pocos papeles a revisar, ya que la mayoría del trabajo lo hacen los atemorizados ocupantes del laberinto que lo rodea.

Espero no haberlo ofendido. Si deja de enviarme sus informes, ¿cómo podré justificarme ante el presidente? Le prometí acabar con Severo Justo y su brigada y, aunque la información que el desconocido me ha aportado hasta ahora es interesante, no alcanza para atacarlos con toda la artillería.

Tras fulminar a dos o tres funcionarios con la mirada, regresa casi a paso de oca a su despacho, donde es recibido por la expresión aterrada de su secretario más cercano.

—¡Señor, señor, menos mal que ha regresado!

—¿Qué ha pasado?

—Pasar, no ha pasado nada, pero... —Señala con la cabeza hacia el despacho.

—¿Has visto entrar a alguien?

—¡Nadie se atrevería a entrar en su ausencia, señor!

—¿Entonces?

El secretario se debate entre seguir fingiendo ignorancia, como lleva haciendo durante años, o advertir a su jefe para evitar males mayores.

Finalmente opta por la segunda vía.

—El sonido especial, señor ministro. Se ha oído insistentemente detrás de su puerta, al menos en tres ocasiones...

—¿Sonido especial?

—Sí. —Desvía la mirada—: Ya sabe, como de un teléfono antiguo.

Interior suelta un insulto mientras aparta al hombre y entra en tromba en su lujoso despacho.

Solo puede referirse al Teléfono Rojo, la línea directa con Presidencia, y *si ha llamado tres veces, quizás se enfada y no vuelva a llamar*.

Intenta calmarse confiando en que se trate en una más de las tonterías del hombre de la sonrisa eterna, pero el sexto sentido político que le ha permitido salvarse de todas las purgas a lo largo de su carrera le indica que no.

Busca el llavero, abre los cerrojos del cajón especial y saca el teléfono de un color rojo absurdo, imitación de los de disco, aunque solo comunica con un número y, según le han asegurado mil veces, es imposible de pinchar.

¿Para qué lo llamaría con tanta insistencia?

¿Habrá faltado Lorna Durán a su palabra y tiene en su poder el vídeo de Marrakech? No cree que ella caiga tan bajo. *Y además el cabrón del presidente se reiría de buena gana si eso se llega a saber*.

Mira fijamente el aparato, como si pudiera provocar la llamada, y toma nota mental de la necesidad de recompensar al secretario, pero de inmediato la borronea, porque está claro que sabe de la existencia de ese teléfono y por lo tanto es un peligro.

—Aunque cualquiera que venga a trabajar aquí, terminará por escuchar el sonido ridículo —piensa en voz alta—. Este gilipollas sonriente cada vez llama más seguido.

En ese momento resuena la campanilla arcaica e Interior mira hacia los lados como si se sintiera descubierto en falta.

Cuando atiende, no hay sonrisas en la voz del otro lado.

—¿Dónde coño estabas, Interior?

—En el servicio, presidente —responde lo primero que se le ocurre.

—¡Pues haberte llevado el teléfono contigo al baño, joder!

—Es que... el cable no llega. ¡Pero hoy mismo coloco una prolongación!

—De eso nada, que puedes llamar la atención. Te aguantas y punto, joder. Al ministerio se viene meado.

Algo grave ocurre.

El presidente no suele soltar tacos, porque en alguna revista leyó que eso provoca arrugas y necesita preservar su imagen juvenil.

Interior se prepara para lo peor, pero no sabe qué puede ser.

—En fin —dice el presidente—. ¿Cómo va la operación Billie Holiday?

El ministro tarda un instante en recordar.

—¡Ah! Usted dice la operación Ella Fitzgerald...

—¡Tanto monta, hombre! Al fin y al cabo, las dos cantaban de puta madre y eran neg... afrodescendientes.

—Marcha muy bien, presidente. Pero, como le dije, necesito tiempo para conseguir los resultados esperados.

—Resultados necesitamos cuanto antes, Interior. ¡Después de más de cuarenta años, el cabrón de Severo Justo está detrás del asunto de El Olimpo!

—¿El qué?

—¿Me vas a decir que manejas la seguridad de uno de los países más importantes de Europa y no habías oído hablar de El Olimpo?

Es la primera vez que Interior escucha ese nombre en clave y está seguro de que, por la forma en que lo dice el otro, tampoco lo había escuchado hasta hace un momento.

Perdido por perdido, se dice, y prueba suerte:

—Por supuesto que lo sé, pero si no me equivoco, es material clasificado...

—En eso tienes razón. En fin, intenta acelerar todo lo que puedas la operación Ella Fitzgerald, a ver si conseguimos parar a Justo antes de que sea demasiado tarde. En este asunto contamos con el apoyo de todos los partidos de la oposición, un apoyo extraoficial, se entiende. Pero menos da una puta piedra.

Corta sin miramientos y está claro que la preocupación presidencial esta vez tiene motivos, a juzgar por la cantidad de tacos.

¿Qué será eso de El Olimpo?

Si es material clasificado, no vale la pena buscar en la base de datos habitual.

Después de pensarlo un rato, manda llamar a Chávez, uno de los más veteranos del ministerio y también de los primeros que él relegó a un puesto decorativo y alejado de las decisiones cuando se hizo cargo de la cartera.

Seguramente me odia, se dice Interior.

Pero se alegrará de que hable con él en persona por primera vez en años. A los burócratas les pone cachondos hablar con el jefe y a lo mejor no sería mala idea cambiarlo por este secretario que sabe demasiado.

Chávez tarda, porque su despacho está en uno de los cubículos más recónditos del enrevesado edificio. Llega casi sin aliento y se sorprende de que Interior le haya sonreído, le ofrezca asiento y un vaso de agua o un refresco y, sin esperar respuesta, él en persona le sirva un vaso de whisky de veinte años con dos hielos.

—Gracias, señor ministro. Usted dirá en qué puedo servirle...

—En mucho, Chávez, en mucho. Para empezar, cuento con su discreción, como uno de los más veteranos miembros de este ministerio...

—¡Por supuesto, señor ministro! Además, prácticamente nadie habla conmigo...

—¡Eso es bueno, amigo Chávez! Porque quiere decir que nadie intentará sonsacarle la información.

—Visto así... Tiene usted razón.

—Si no me equivoco, además de ser un funcionario ejemplar, usted conoce prácticamente de memoria todos los expedientes importantes.

—Bueno, eso es relativo, porque desde hace unos años, cuando usted tuvo a bien designarme en mi actual puesto, dejé de tener acceso...

—El expediente sobre el que necesito que me informe es anterior a ese erróneo cambio de destino que no hace justicia a su capacidad, Chávez.

—¡Ah, los de antes los conozco casi todos!

—Incluso los clasificados, imagino.

—Los clasificados también, aunque algunos son tan antiguos que...

—¿También los de hace cuarenta años?

—Yo creo que sí, ministro. Pero si me dice usted el nombre en clave o alguna referencia...

Interior adopta pose de estadista a punto de tomar una decisión que puede cambiar el rumbo de la historia:

—Me refiero al expediente de El Olimpo...

—¡Mier...! Perdón, señor ministro. Sí, claro que lo conozco, aunque de modo superficial.

—¿Podría localizarlo y traérmelo?

—Sé dónde encontrarlo, pero no tengo la autorización necesaria.

Interior levanta el teléfono y, cuando atiende el secretario condenado, le ordena, tajante, que informe de forma inmediata al departamento correspondiente que el señor Chávez tiene acceso libre a todo el material que le parezca conveniente y que irá a buscar unos expedientes en cinco minutos.

Espera no haber colgado el teléfono con demasiada energía.

Chávez está arrobado y lo mira como si fuera un gigante.

—Yo le agradezco el honor, señor ministro. Espero estar a la altura.

—Lo estará, Chávez, lo estará. Ahora, por favor, vaya y tráigame todo lo que haya sobre El Olimpo y otros cinco o seis expedientes clasificados que se le ocurran, así nadie más que usted y yo sabremos cuál es el asunto que nos interesa.

El pobre y viejo Chávez se pone de pie y poco le falta para hacer el saludo franquista.

—¡Confíe en mí, señor ministro, en diez minutos tendrá todo!

Interior lo despide como si estuviera considerando concederle una medalla, le pide nuevamente la máxima discreción sobre el asunto y promete que sus servicios serán recompensados.

Chávez dice que la mayor recompensa era servir a España y esta vez sí que se pone firme.

Ha pasado media hora e Interior cierra el expediente. Ahora comprende la alarma del presidente: varios de los apellidos más importantes de España están implicados en el pasado de eso que a comienzos de los ochenta no llegó a existir nunca de manera oficial, pero se llamó El Olimpo.

El ministro se siente débil y poderoso al mismo tiempo.

Hasta que cae en la cuenta de que era completamente imposible que el presidente tuviera conocimiento directo de todo esto, *si apenas es capaz de hacerse el nudo de la corbata.*

Está claro de que tiene a alguien que lo asesora, *porque no se fía de mí, un posible sucesor para quitarme de en medio porque ya sé demasiado.*

Es entonces cuando decide hacer suya una de las más viejas sentencias políticas desde que el hombre salió de las cavernas:

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Aunque sea por el momento.

Y decide no hacer nada contra Severo Justo y su brigada.

Por ahora.

El Cielo en Sierra de Gata

Al volver a Jefatura y antes de que su tendencia a la culpabilidad lo obligue a confesar la mentira, Justo en persona hace copias del expediente de El Olimpo y las entrega a Dalia, Bermúdez, Dolores, Frontela y Caronte, con sugerencias de búsqueda, y los cita para una reunión al día siguiente por la mañana.

También dispone que se duplique la protección al profesor Gansés en el hospital y trata de no pensar en Eusebio, pero es imposible.

Después de buscar diferentes opciones, comprende que solo le queda una y marca el número.

Al otro lado atiende el teniente Esquivel, de la Guardia Civil.

—Estaba a punto de llamarlo, Justo. La capacidad de recuperación de su padre es envidiable, pero los médicos insisten en mantenerlo ingresado para...

—¿Está esposado a la cama?

Severo nunca pensó que preguntaría eso, solo ahora es consciente de que la duda le ronda desde hace horas.

La voz de Esquivel suena apenada:

—Me temo que sí. Tenga en cuenta que además de la acusación en su contra, que se formalizará cuando esté en condiciones de ser trasladado, ha protagonizado un serio intento de suicidio...

—Lo comprendo.

—Por cierto, hoy vuelvo a Lomo de Gata, y aunque tenga que machacar uno por uno a mis hombres, averiguaré quién le proporcionó la navaja.

—Yo le pediría que no lo haga, al menos no todavía, Darío...

Justo no ha utilizado el nombre de pila del teniente para congraciarse con el interlocutor, como le enseñaron en los cursos del FBI en Quántico, sino como una forma de gratitud hacia el joven oficial.

—Es inevitable que abra una investigación. Pero si cree que es mejor para..., para lo que tenga pensado, postergaré el asunto todo lo que pueda.

—Se lo agradezco.

Justo mantiene una dura pugna consigo mismo. No se siente con derecho a pedirle a Esquivel lo que está a punto de pedirle.

Pero necesita hacerlo.

—Verá usted, Darío, yo...

El joven lo interrumpe, respetuoso:

—¿Me permite que hable con franqueza, señor Justo?

—No tiene por qué pedirme permiso, no soy su superior.

—¡Usted es mucho más que eso! —dice con entusiasmo—. Es mi héroe. Y no solo desde que se hizo cargo de la Brigada de los Apóstoles. Verá: yo me hice guardia civil porque es una

tradición familiar, pero tuve un tío policía que sirvió con usted, hace años, y hablaba maravillas de su forma de trabajar y su respeto por la Justicia, y yo decidí que, de mayor, quería ser como Severo Justo. Así que, sea lo que sea lo que está intentando pedirme pero duda para no comprometerme, le digo desde ya que sí.

—Gracias, Darío. De verdad. No sé si usted podrá... Verá, aunque suene extraño, temo por la vida de mi padre y no porque vuelva a intentar suicidarse. ¿Comprende?

—Comprendo que usted está convencido de que no mató a Florencio, a pesar de que él mismo lo reconoce...

—Supongo que suena ridículo.

—No tanto. A mí tampoco terminan de cuadrarme las cosas. Le diré lo que puedo hacer: tengo buenos amigos en la Policía, aquí en Cáceres, y puedo pedirles que lo cuiden de manera extraoficial.

—Se lo agradezco mucho, Darío. En un par de días intentaré volver por allí, a ver si consigo que el viejo tozudo se digne a hablar conmigo.

—Ojalá lo consiga, señor Justo.

—Llámeme Severo, por favor. Y gracias otra vez.

Tras colgar, el policía permanece pensativo. Ya no puede hacer mucho más por Eusebio y siente urgencia porque la tarde pase y después venga la noche y venga Lorna.

La llamó un par de veces, pero estaba en plena grabación de su programa, aunque ella aprovechó cada mínima pausa para enviarle mensajes de WhatsApp con emoticonos de besos o corazones y algunos otros que no sabe si son los ingredientes de la cena que ella ofreció preparar o insinuaciones sexuales para después.

Sonríe antes de volver a revisar las anotaciones en su libreta, en la que mezcla dudas e indicios de ambos casos, porque, aunque oficialmente solo está llevando lo de El Olimpo, también resolverá el asesinato de Florencio Morales.

Llama a Dolores y la anciana no responde, pero suele ocurrir porque silencia el aparato cuando se lanza en alguna búsqueda abisal por lo más profundo de las redes. Justo vacila, pero luego le deja un mensaje de voz y le encarga una cuantas gestiones prácticamente imposibles para otra persona que no sea ella.

No estoy seguro de lo que hago, por eso hago y mando hacer tantas cosas, se dice.

Pero no puedo arriesgarme a fallar. No esta vez.

Regresa al expediente de Gansés y llena los márgenes de las hojas de pequeñas anotaciones, realiza algunas consultas por internet, relee todo y escribe mensajes para el núcleo de la Brigada, con nuevas tareas e interrogantes para mañana.

Y vuelve a zambullirse en la historia de Zeus Olabides y sus sueños de grandeza.

Atardece y Severo Justo tiene ganas de fumar un cigarrillo.

Pero en lugar de bajar al patio, como suele hacer, abre la ventana del despacho y se siente casi un delincuente mientras fuma con medio cuerpo fuera. Si Dalia o Paco llegan a sorprenderlo, habrá broma para rato.

Cada tres caladas vuelve la mirada hacia el escritorio y el expediente de El Olimpo.

Mañana, cuando se reúna con el resto y comparen datos, la imagen de conjunto será más completa, pero difícilmente más inquietante.

El profesor no exageró.

Los jóvenes que Zeus Olabides eligió para crear su logia eran hijos e hijas de las familias más importantes del país y sus orígenes e influencias estaban distribuidos geográficamente. En su tiempo, cada uno representaba el futuro de la clase dominante de su región de España, y prácticamente todos esos apellidos siguen siendo decisivos en la vida económica y política del país en la actualidad.

Todas esas fortunas siguen moviendo los hilos del poder desde distintos sectores ideológicos.

Todas menos la de Olabides, se dice Justo, y hace otra anotación en su libreta.

Apaga el cigarrillo cuidadosamente en el alféizar y deja que su mirada vague por un horizonte de edificios cuyas azoteas parecen en llamas a la luz del crepúsculo. Luego recoge la colilla, cierra la ventana y comienza a ordenar sus pertenencias.

Mira con nostalgia los tres libros que apartó para Eusebio y no llegó a dárselos. Hay un cuarto libro y demora unos segundos en recordar que es el que robó de la biblioteca ignorada. Se titula *Simón Bolívar: Libertador de América* y la autora es Marie Arana. Se dice que lo leerá una de estas noches, *pero esta no*, y piensa en Lorna.

Apaga la luz del despacho y se marcha.

Si en lugar de mirar el crepúsculo hubiera mirado hacia abajo, quizás le hubiera llamado la atención un coche igual a tantos, que ha pasado varias veces por la calle y delante de su ventana.

Pero ¿a quién le puede llamar la atención un coche igual a tantos?

—Es la pata de cordero carbonizada de aspecto más sabroso que he visto en mi vida —bromea Severo Justo, y él casi nunca lo hace.

—La culpa es tuya, por impaciente —dice Lorna. Se alza por encima de la fuente renegrida y le da un beso—. Que conste que calculé todo para que estuviera en su punto cuando llegaras. Pero, al parecer, no entendí bien a qué te referías cuando me dijiste que venías con mucho apetito...

Brindan y se ríen y es bello y bueno hacerlo juntos, se sienten como la intersección de dos esferas que al fusionarse se vuelven más brillantes y eso les permite, al menos de momento, olvidar sus zonas sombrías.

Hace una hora, cuando él llegó del trabajo y Lorna había preparado una primorosa mesa de cena romántica con velas incluidas, no pudieron soltarse después del abrazo de bienvenida, como si llevaran varias reencarnaciones separados, y ni siquiera se soltaron para desvestirse —o esa es la impresión que tienen— y sin soltarse fueron a la cama y estuvieron abrazados en un utópico pero eficaz intento de convertirse en uno solo durante un rato.

Ahora, semivestidos, tratan en vano de salvar lo que queda de la cena.

Ella tiene una idea y ordena que le sirva más vino pero que luego se marche de la cocina y no vuelva hasta que le avise.

Justo obedece y se dedica a grabarse en la mente cada rincón de esa casa que siente su casa, aunque solo viva aquí oficialmente desde hace unos meses. Y después de más de veinte años, le encantaría poder pensar la palabra «siempre» y creérsela y obligarse a cumplirla y postergar cualquier pacto anterior con la venganza o la soledad.

Pero sabe que no podrá y no quiere pensar en eso, no ahora, cuando desde la cocina llega un aroma que es imposible o en todo caso no coincide con esta casa, esta ciudad y esta cocinera desnuda debajo de una camiseta suya; deliciosamente incongruentes aquí y ahora, esas migas extremeñas que la periodista define como «canónicas» y que acaban de dorarse en la sartén.

Sin pensarlo, estira la mano para tocar el espejismo y recibe un cariñoso golpe con la cuchara de madera. La misma con la que Lorna recoge un poco de la mezcla de miga de pan, pimienta roja, pimienta verde, panceta, ajo y pimentón de la Vera, enaltecidos por un fragante aceite de oliva, sopla para entibiar el contenido y lo acerca a la boca de Justo:

—Cierra los ojos —ordena, y él obedece.

Y el sabor es el mismo de su infancia y algo se afloja en su coraza y afloran las emociones acumuladas estos días en la sierra.

—Lloras —dice ella, y no es una pregunta.

—Sí —contesta él—. Pero por una vez, de felicidad. O algo parecido.

Ella quisiera abandonar la sartén, la cocina, la casa, la ciudad y escaparse con él a otro país, o si fuera posible, a otro planeta.

Pero no pueden.

Pero podemos seguir siendo nosotros esta noche.

Así que se pone en puntas de pie, le da un beso y advierte:

—Como se me quemen las migas, cenamos pizza congelada.

—¡Eso es pecado! —dice Justo con voz de clérigo escandalizado.

Organizan rápidamente el transporte de platos e inmolan sin prisa otra botella de vino tinto.

Lorna sonríe al ver cuánto disfruta él con cada bocado.

—Son iguales a las de mi casa.

—Son las de tu casa, aunque ahora tu casa sea esta.

—Pero la receta...

—Me la traje una de las veces que estuvimos en Lomo de Gata.

Una melancolía dulce se instala en él al imaginar a Antonia dejándole a Lorna en herencia las recetas favoritas de su hijo.

Comen, beben y, de forma natural, desembocan en lo que Justo no quiso contarle anoche por teléfono.

Le habla de la situación de Eusebio, de su intento de suicidio, de las confidencias de Lola y del Chirivique. Y le habla también de Florencio.

—Pero ¿tú estás seguro...? —comienza a dudar ella.

—Yo no sé qué pensar —dice él, y va hasta su cartera y vuelve con la foto de carné ampliada y con la cara de un hombre al que es prácticamente idéntico, solo que con veintitantos años menos.

—Joder, sí que se parece. ¿Y crees que tu padre mató a... tu padre?

—No. De lo único que estoy seguro, es de que él no lo mató.

Y le cuenta lo de la navaja desaparecida mientras dormía en una biblioteca inesperada y aparecida como por arte de magia en manos de Eusebio en el calabozo para que se cortara las venas dejando una nota que lo inculpara.

—Lo que no comprendo —dice— es cómo pudieron obligarlo. Es la persona más terca y dura que he conocido. ¿Cómo lo convencieron para cargar las culpas y suicidarse?

Lorna lo mira con una sonrisa triste.

—Puede que seas el mejor policía del país, pero no ves lo evidente.

—¿Qué?

—¿Qué hubiera hecho Eusebio si lo amenazaban con hacerle daño?

—Mandarlos a la porra, antes de romper un par de cabezas.

—Por eso le dijeron que si no obedecía, matarían al único ser querido que le queda: tú.

Ni siquiera intenta cuestionar la impecable deducción. Recuerda el mensaje que el hombre-montaña le dio al teniente Esquivel: «Dígale a Severo que se cuide mucho, por favor. Y que no se fíe de nadie».

No sabe cuándo se ha servido más vino y cuánto tiempo lleva hablando mientras le cuenta los matices desconocidos de su padre, a los que se asomó en estos días en la sierra.

—No me sorprende —dice Lorna con suavidad—. Puede que seas hijo biológico de Florencio, pero te pareces a Eusebio más de lo que crees. ¿Recuerdas cuando conseguí que me llevaras a conocer a tus padres?

—Sí, hará unos seis meses.

—Casi ocho. ¿Sabes por qué insistí? Porque uno debe conocer lo que odia tanto como lo que ama. Y para conocerte a ti, debía comprenderlos a ellos. Por eso, hasta que Antonia anunció su enfermedad, íbamos una vez al mes a Loma de Gata.

—Y enseguida conectaste con mi madre y con el pueblo, menudos paseos te dabas sola por la sierra. —Justo arruga el ceño—. Pero él, como siempre, se largaba al bar...

—De eso nada. Me acompañaba en las excursiones. La primera vez apenas si habló, pero a partir de la segunda, comenzó a contarme historias de la sierra. Parecía conocer cada árbol y cada sendero. Amaba esos parajes. ¿Sabes lo que me dijo una vez? —Imita la voz cavernosa del viejo —: «La vida me hizo ateo, pero si el Cielo existiera, sería como Sierra de Gata».

Severo la mira con la boca abierta.

Lorna sigue:

—Estaba orgulloso de su tierra, pero mucho más orgulloso de ti. No, no pongas esa cara. Mientras caminábamos, me hablaba de lo buen hombre que eras, del valor que le dabas a la palabra empeñada y de tu sentido del deber. A veces se le empañaba la voz, incluso.

—Nunca me dijiste nada...

—Porque él no me lo decía para que yo te lo contara.

Otra vez se impone la lógica implacable y Severo le quita el cigarrillo de los labios y lo lleva a los suyos.

Ella permanece pensativa:

—Pero volviendo al problema actual, creo que la clave está en Lola. El borrachín conoce solo una parte de la historia, pero la vieja tiene la versión completa. Y mucho que ocultar, si te ha mentado.

—Puedo pedirle a Esquivel que la busque de modo extraoficial.

—Y para cuando llegaras, se habría esfumado otra vez. Es bueno que tengas un nuevo amigo capaz de arriesgar su carrera pidiendo favores para proteger a Eusebio, pero lo podrías haber logrado por tus propios medios: todo el mundo te conoce en el cuerpo y la mayoría te aprecia...

—Tienes razón, pero me hubiera sentido mal...

—... ¿Pidiéndole a gente que conoces de toda la vida algo que acabaste por pedirle a un chaval al que acabas de conocer?

Justo se siente imbécil y Lorna le acaricia la cara.

—Por más que ese teniente te admire, no puede detener a Lola en un calabozo hasta que llegues. Tengo una idea, pero no creo que te guste.

Se la cuenta y Severo empieza a buscar objeciones, pero ella le pone un dedo sobre los labios y con la otra mano señala el reloj de la pared.

—Ya es más de medianoche y a partir de ahora usted me pertenece, comisario general. Tengo que poner en práctica todo lo que hablamos anoche por teléfono.

Y él se rinde o se dispone a presentar otro tipo de batalla.

Ahora que casi nada tiene sentido, Lorna lo tiene y me tiene, se dice.

Y se van a la cama.

Más tarde, mientras duerman abrazados, él soñará con un futuro en el que no tenga que matar ni suicidarse y ella con un mundo en el que no existan los armarios ni las maletas para emprender viajes sin retorno.

Dodekatheon

En la sala de reuniones de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales se respira el ambiente expectante de los grandes casos. En su corta vida, la agrupación ha vivido ya esa sensación las veces suficientes como para que los miembros «veteranos» la identifiquen y los más nuevos la disfruten con cierta euforia.

Justo optó por una reunión amplia, aunque el fuerte dispositivo para proteger a Gansés haya retenido a varios policías y oficiales en el hospital, pero Frontela se encargará de informarles y distribuir las tareas.

Según se acordó, Bermúdez informará sobre El Olimpo a partir del archivo del profesor y los datos que se han podido contrastar hasta el momento. Al comisario le cuesta disimular el placer que le produce tener una excusa para hablar sobre temas sobre los que tanto ha leído en secreto.

—En las carpetas tienen los datos de los miembros del *Dodekatheon* de El Olimpo de Zeus Olabides —comienza, pero varias manos levantadas lo interrumpen y señala a uno de los oficiales.

—¿*Dodekatheon* viene de doce, comisario?

—Exacto. En la Grecia antigua, los dioses venían por docenas. Y como Zeus se sentía predestinado por el nombre con el que lo bautizaron —tiene un fugaz recuerdo para el infortunado Fortunato Sortes—, eligió para su secta ese número, que era el de los moradores del Olimpo, es decir: once además de él. Para abreviar, los identificaremos por los nombres de guerra.

Pulsa un mando y en la pantalla se proyecta la lista:

Zeus	Hera
Poseidón	Afroditá
Ares	Artemisa
Hermes	Atenea
Apolo	Deméter
Hefesto	
Dionisios	

—Como habrán notado, hay casi tantas «diosas» como «dioses», aunque si nos atenemos a la mitología, eso no suponía la formación de parejas como hoy las entendemos, ya que muchos se casaban con sus hermanas y casi todos y todas tenían amantes, tanto entre divinidades como con mortales.

Dalia y Justo asisten arrobados a la muestra de erudición de Bermúdez. Frontela también, pero menos sorprendido, porque su abuela le ha hablado hace meses sobre los nuevos hábitos de

lectura del comisario, revelados por sus compras por internet. No es que Dolores los espíe, es que, como ella misma le explicó: «Solo cuido a los miembros de la Brigada y a veces me dejo llevar por la curiosidad».

—La secta o logia formada y dirigida por Olabides tenía por objetivo influir en el rumbo político y social del país después de la Transición —sigue Paco—. Por eso, cada miembro fue escogido por la importancia de su familia en diferentes regiones y sectores de influencia de la España de entonces, que no ha cambiado tanto en la actualidad. El expediente del profesor no tenía fotografías de los «dioses», a excepción de Zeus, pero con la ayuda de Dolores podremos ponerles cara en breve. Todos tenían más o menos la misma edad, entre los veinte y los veintitrés, en el año que nos interesa, 1983. Un detalle más: las notas sobre el carácter de cada miembro corresponden al informe de Gansés. Hasta ahora, solo hemos podido comprobarlas en un par de casos y resultan creíbles.

Presiona el mando y va pasando la información resumida:

Hera (Isabel Olabides). Hermanastra de Zeus, tres años menor e hija de las segundas nupcias de Juan con una rica heredera sevillana. Fue una de las últimas incorporaciones a El Olimpo. Pese a ser más pequeña, era extremadamente protectora con su medio hermano y celosa de quien pasara tiempo con él. De carácter reservado, era extremadamente vengativa. En su anillo lucía un pavo real.

Poseidón (Paulo Mariño Quiroga). Hijo de la poderosa alianza matrimonial entre dos familias que dominaban el sector pesquero y el de la industria conservera. Alto y fuerte, de carácter voluble y tendencia al mal genio, no se enfrentaba a Zeus ni cuestionaba su liderazgo. Se llevaba mal con Ares, con quien varias veces llegó a las manos. El símbolo de su anillo era el tridente.

Afrodita (Carmen Arberola Falcó). Hija de una poderosa familia valenciana con intereses comerciales en todo el país y gran peso en la industria cosmética, Carmen hacía honor a la diosa con que se la identificaba, tanto por su belleza como por su capacidad para desatar el deseo. Tuvo amoríos con todos los miembros del grupo, aunque más regularmente con Ares. En su anillo se representaba una rosa y una abeja.

Ares (Alfonso Barreda Cisneros). De origen castellano y con una familia de larga tradición militar, era el más beligerante, aunque practicaba la violencia casi siempre fuera del grupo, salvo por las disputas habituales con Poseidón. Tenía debilidad por Afrodita, que lo apoyaba en cualquier discusión. En su anillo lucía una lanza y un escudo.

Artemisa (Aida Álvarez Vigil). Joven heredera de un emporio asturiano que abarcaba desde la minería hasta los astilleros, Gansés destaca de ella el carácter reservado, que la mantenía alejada de los escarceos amorosos del grupo. Era virgen y creía realmente en el cometido de El Olimpo para mejorar la vida de las personas. Mantenía una amistad evidentemente platónica con Apolo. El relieve de su anillo mostraba un ciervo y la luna.

Hermes (Joan Trias Ferré). Primogénito de un emporio catalán que abarcaba

desde transporte de mercancías a medios de comunicación, era el más juerguista del grupo, después de Dionisios. También el más cotilla y presuntamente responsable de enfrentamientos en los que Zeus tuvo que poner orden. Bastante mujeriego y obsecuente con el líder, en su anillo lucía un casco alado.

Atenea (Ana Maldonado Ramírez). Hija predilecta de una familia salmantina con catedráticos ilustres en su árbol genealógico, hacía honor a su estirpe. Hábil estratega, era uno de los apoyos más sólidos de Zeus, lo que le valía la desconfianza de Hera. En su anillo aparecían una lechuza y un olivo.

Apolo (Aimar Goyeneche Uribe). Hijo menor de una familia vasca con intereses en el comercio, la banca y la industria, desde niño demostró una sensibilidad artística que lo llevó a incursionar en todas las disciplinas, desde la música hasta la pintura, pasando por la literatura, sin destacar en ninguna. Su belleza física era notable, llegando a opacar, según Gansés, a la del propio Zeus. Aunque Apolo no parecía ser consciente de ello, ya que solo se interesaba por la virginal Artemisa. En su anillo, la lira.

Deméter (Luisa Medina Pagán). Quizás la más sosegada de El Olimpo y también una de la más convencidas de su misión. Su familia procedía de Murcia, donde poseían grandes extensiones de tierra cultivada. Mantuvo una breve relación con Dionisios, que no prosperó porque ella aspiraba a constituir una familia y él era más dado a lo efímero. Los símbolos de su anillo eran el trigo y la antorcha.

Hefesto (Oriol Corominas Planes). Con fuertes intereses en el sector metalúrgico, su familia lo envió a estudiar a Madrid con la intención de que desarrollara el carácter, ya que carecía de iniciativa, algo que se agudizó en El Olimpo. Pese a su físico imponente, no era propenso a los galanteos, quizás por timidez o por su propio talante. El fuego y el yunque adornaban su anillo.

Dionisios (Joaquín Iraustra Ortiz). Quizás la excepción a la regla de El Olimpo, ya que solo su familia materna cántabra tenía poder en la banca y el comercio exterior. Su padre era un noble empobrecido, pero con prestigio suficiente como para abrirle las puertas de las casas más importantes del país. Juerguista empedernido, Gansés sospecha que proveía también las sustancias alucinógenas que eran usadas en ceremonias grupales destinadas a unificar la confianza en la misión de El Olimpo. Su anillo se distinguía por una copa en relieve.

—Bien, ya tendréis tiempo de estudiar a estas joyitas con más detalle. Por supuesto, hubo diferentes formaciones previas del grupo, pero esta fue la definitiva y nunca mejor dicho. Cuando ya tuvo a los doce componentes permanentes, Zeus aceleró la formación durante 1982, organizando retiros de varios días en diferentes puntos de Europa. El último fue en abril de 1983, en los Alpes franceses, más concretamente en el Mont Blanc. El día 12, mientras intentaba escalar el Mont Maudit (traducido, el Monte Maldito), el grupo fue sepultado por una avalancha y sus cuerpos jamás se recuperaron. Ahora, cuarenta años más tarde, por motivos que

desconocemos, el caso vuelve a cobrar actualidad y alguien ha intentado matar al autor de este informe. —Sacude la carpeta mientras ve que un oficial entra con expresión alarmada y le dice algo al oído a Frontela—. Como ya sabréis, todo empezó con el hallazgo en las praderas de San Isidro del brazo congelado del jefe de El Olimpo y no descartamos que aparezcan más miembros...

Frontela se ha acercado en dos zancadas y le dice en voz baja:

—Y tanto, comisario. Acaban de avisar que hallaron un brazo izquierdo congelado en Toulouse.

—¿El otro de...?

—No, salvo que Olabides tuviera dos brazos izquierdos. Este también tenía un anillo, con el dibujo de un casco alado...

—Mierda, ahora le ha tocado a Hermes —se lamenta Bermúdez—. Y para colmo, era catalán. Verás la que se lía...

La force de l'habitude

Cuando la Brigada de los Apóstoles comenzó su inesperada sucesión de éxitos, no tardó en ser reclamada desde otros países europeos para participar en investigaciones importantes. Fue entonces cuando Pablo Acuña, alias *el Súper*, tuvo la idea de organizar una doble red de colaboradores con las Policías de esos países. Debido al rápido ascenso mediático de la BDA, los gobiernos accedían de buen grado a la cooperación mutua, pero imponían, con suma cortesía, que su enlace fuera algún funcionario de carrera, dado a salir en las fotos y no mancharse las manos trabajando. Como no era posible rechazar esas propuestas sin ofender a los socios europeos, el Súper propuso aceptarlos a la vez que se buscaba, en cada país, un contacto más afín a la filosofía de trabajo de la Brigada.

Y resultó más fácil de lo que parecía, gracias a la experiencia europea de Severo Justo y a su participación en incontables simposios durante su exilio dorado en Bruselas.

Como bien resumió Acuña, «a esas reuniones de capacitación asisten dos clases de policías: los que solo quieren el diploma para colgarlo en su despacho y que salga en la foto cuando les hacen una entrevista, y los que quieren conocer a otros policías, intercambiar experiencias y tener el número de teléfono de alguien que piense como uno para poder consultarle cuando algún caso cambia de jurisdicción».

En Francia, el enlace oficial con la Brigada es el comisario David Le Normand, bautizado como *Le Anormal* por Bermúdez. Un tipo anodino y estirado, con un fino olfato para evitar cualquier clase de problema y por lo tanto muy fácil de tener controlado.

Ahora, por ejemplo, mientras Justo y compañía desembarcan en el aeropuerto de Toulouse-Blagnac, Pablo, que ha venido desde Bruselas, logró retrasar hasta mañana la llegada de Le Normand consiguiendo que lo inviten esta noche a una cena de importantes funcionarios en París.

Quien sí los espera es un viejo amigo de Severo Justo, claro ejemplo de la red paralela de colaboradores valiosos y activos: el comisario Jules Rutés.

Pequeño y con aspecto de típico funcionario anticuado, es en realidad un investigador formidable, con una mente capaz de competir con cualquier ordenador a la hora de comparar datos y evaluar hipótesis y una humanidad que ningún chip puede proporcionar.

Antes de decidirse por la carrera policial, cursó estudios de Filología Hispánica y desde entonces es un enamorado de todo lo español, en especial los insultos y palabras malsonantes, tanto en su versión original como en las diferentes variantes de los países de Hispanoamérica. Es decir, que habla el idioma como un académico pero con un vocabulario repleto de tacos, cuyo significado suele confundir.

—¡Me duele un huevo de alegría al verte, Justo! —exclama con una enorme y sincera sonrisa, y se pone en puntas de pie para darle un beso en cada mejilla—. Menos mal que tu gente nos tenía sobre aviso de la posible aparición de algún trozo de muerto antiguo, porque hemos podido

congelarlo otra vez, aunque... ¡el brazo pendejo ha quedado más arrugado que la polla de un burro...!

Justo desistió hace tiempo de tratar de corregir el habla de su amigo, quien además no lo hace como alarde de vulgaridad, sino porque le encanta la sonoridad de las palabras en español, aunque a menudo no sepa usarlas.

—Muchas gracias, Jules. ¿Y la prensa?

—De momento, no se han enterado de la mierda ni la mitad en misa.

Bermúdez está a punto de sacarlo del error lingüístico, pero calla. Le cae bien el francés, es un policía excelente y muy eficaz.

Los conduce al sitio en el que se halló el brazo, nada menos que la Place du Capitole, que al comisario le recuerda a la Plaza Mayor de Madrid, incluso por las dimensiones y los soportales de las caras internas. En uno de ellos, en el extremo sur, se advierte un cerco de cinta policial y dos agentes de uniforme que se cuadran al ver a Rutés.

—Aquí fue donde encontraron el brazo puto —explica el comisario galo a su colega español—. En un ángulo desde el que ninguna cámara pudo captar al cabronudo que dejó el regalito... En un rato, si quieres, podemos ir a verlo a la morgue.

Se acerca Pablo Acuña, que los esperaba en una terraza cercana, y aunque saluda a todos los presentes, se funde en un largo abrazo con Bermúdez.

—Te extrañé, jodido Súper.

—Yo también, hermano, yo también.

Aunque debería estar habituado, a Justo lo sigue conmoviendo la amistad que ha surgido entre estos dos hombres que durante casi veinte años fueron, si no enemigos, al menos representantes de distintas maneras de ser policía en España.

Pablo, *el Súper*, siempre cercano al poder y un excelente relaciones públicas. Y Bermúdez, el policía de calle y un tanto anacrónico, que a pesar de sus ascensos seguía volviendo al ambiente donde más cómodo se sentía.

Un denominador común los asemejaba sin saberlo: ambos son incorruptibles, o al menos hasta ahora no se han dejado corromper, pese a las numerosas tentaciones surgidas en sus largas carreras.

Cuando el Súper se incorporó, poco menos que a la fuerza, a la Brigada, el primero en protestar fue Bermúdez. Y también el primero en recibirlo con los brazos abiertos cuando se cambió al bando de este grupo especial creado para fracasar.

Las habilidades casi diplomáticas de Pablo han resultado de gran utilidad, en especial para dulcificar la imagen de la Brigada, o para consolidar esa red europea de buenos amigos como Rutés.

—Yo también me alegro de verte, Súper jodido —exclama el anfitrión.

Acuña sonríe y le estrecha la mano.

—Y yo de verte a ti, Jules.

Tras una visita a la morgue que solo sirvió para constatar que las condiciones y antigüedad del brazo hallado coinciden con las del de Madrid y que el anillo es idéntico, salvo por el motivo del diseño en relieve, el policía francés anuncia que ha reservado mesa para todos a las 12:30 en un restaurante «donde se come de tu reputísima madre».

Los españoles, habitantes de Madrid, donde comer antes de las 14:30 es cosa de turistas, son también conocedores de los horarios franceses, así que no expresan objeción alguna y disfrutan de un recorrido por Toulouse con Rutés ejerciendo de excelente guía, aunque su descripción en

español de la ciudad difícilmente pudiera figurar en ninguna guía oficial.

El día es primaveral y se presta a pasear por la calles llenas de turistas, que se distinguen con facilidad por la manera de mirarlo todo.

Nunca falta alguno que redunde en la explicación sobre el apelativo de la ciudad como La Ville Rose, debido al uso de ladrillo de este tono en la mayoría de las edificaciones emblemáticas.

Mientras caminan por una calle un tanto angosta, en sentido contrario se acerca una pequeña comitiva formada por una decena de evidentes visitantes extranjeros, que siguen a su guía como los patitos a mamá pato.

La muchacha lleva un paraguas abierto con las siglas de la empresa de turismo, pero nadie mira hacia arriba. Es alta y viste, *por decirlo de alguna manera*, piensa Bermúdez, una falda tableada demasiado corta para unas piernas tan largas y muy bien torneadas, resaltadas por los zapatos de tacón que la hacen caminar como si estuviera en una pasarela de moda.

Jules no interrumpe el discurso, apenas intercambia una volátil mirada con Paco, que también buscaba sus ojos, y sigue mencionando el nombre de las calles con refranes equivocados.

—Y esta es la rue Saint-Rome, que no sé quién fue el político nieto de puta que tuvo la idea de hacerla peatonal siendo tan estrecha...

La guía de las piernas hipnóticas sigue hablando en inglés con su micrófono portátil y, cuando los grupos están a un par de metros de cruzarse, ella tropieza y sale proyectada hacia delante, rumbo a una caída espectacular que todos siguen con la mirada..., y acaba en los brazos del pequeño pero sólido Rutés, que se ha movido a una velocidad inesperada.

—*Merci, monsieur* —balbucea confusa la muchacha, que se inquieta porque el pequeño hombre no la suelta.

—*De rien, mademoiselle* —responde él con voz seca.

Ella busca sus ojos, reconoce la mirada y murmura dulcemente:

—*Merde, un flic.*

Aunque toda la acción lo tomó por sorpresa, los reflejos policiales de Justo lo llevaron a mirar más allá, al final del grupo, y no se sorprende al ver cómo el comisario Bermúdez viene charlando amigablemente con un hombre bajito y pelirrojo, al que está presionando el cuello con su gran mano, aunque el rostro sea afable.

Al llegar al contingente de turistas, y sin que Bermúdez lo suelte, el pelirrojo llama la atención de dos hombres y les devuelve sendas carteras que se les habían caído. Agradecidos, intentan darle una recompensa, pero Bermúdez mueve el cuello del otro para negarse y, cuando pasan de largo, la pareja de carteristas comprende que está perdida y rodeada por cuatro policías de paisano.

Se abrazan y forman una tierna y pintoresca estampa. Él es mucho más bajo y su rostro se hunde en los pechos de ella.

—¿Qué hacemos con estos artistas, Justo?

—Es tu jurisdicción, Jules.

—Yo creo que si se marchan ya mismo de la ciudad, nos ahorramos el papeleo que nos haría perder la mesa que tengo reservada en el restaurante —dice el pequeño comisario con ironía.

Severo, creyente fiel en los procedimientos que garantizan el orden, está a punto de protestar, pero últimamente le han ocurrido tantas cosas que duda de casi todo.

—A mí me parece bien.

—¿Y a vosotros? —pregunta Jules a la pareja, que evidentemente no comprende una palabra

de español, pero intuye lo que está ocurriendo.

Asienten con fuerza y comienzan a hilvanar promesas.

Bermúdez toma del cabello al pelirrojo, da un tirón seco y le devuelve la peluca.

—Jules, dile a este novato que para la próxima vez busque un color menos llamativo para disfrazarse. Todo el mundo mira a un pelirrojo.

El comisario lo hace y la pareja se aleja a toda velocidad.

—*Vous n'oubliez pas quelque chose, mademoiselle?* —pregunta Rutés en voz muy baja.

La muchacha de las piernas interminables se detiene, parece recordar algo y vuelve hacia ellos.

Con gesto elegante, le devuelve al comisario francés su cartera.

—*Désolé, c'est la force de l'habitude* —dice con coquetería, realiza una imitación de reverencia y corre hacia su pequeño novio.

Se alejan abrazados.

—¡Démonos prisa, *mes amis!* —exclama Rutés—. Ya es la hora y el restaurante está cerca. ¡Vamos a comer por culo! —propone alegremente.

El campo está sin barrer

Dalia conduce sin prisa por la sinuosa carretera que lleva a Lomo de Gata. Y aunque no pierde de vista el asfalto, cada vez que tiene ocasión inspecciona el paisaje.

—Parece que nunca hubieras visto una puñetera montaña, niña —se burla Dolores, para quien la naturaleza ha sido siempre «eso que sale bonito en las fotos pero que luego vas y el campo está sin barrer».

—He visto, pero no esta. ¿Sabes que me cuesta imaginar a Severo de niño, corriendo por estos bosques?

—A mí me cuesta imaginar a Severo de niño en cualquier parte, Dalia. A veces creo que lo parieron adulto.

Dalia tiene ganas de fumar, pero se contiene, *porque si tú lo haces, Dolores lo hará también y estamos en tu semana de buena samaritana*, dice Ráfaga con tono irónico.

Para pensar en otra cosa, pregunta:

—¿Crees que esto funcionará?

—¿Tú no lo crees?

—¿La verdad?: no. Me parece una tontería el plan de Lorna...

—¿Has visto lo guapa que estaba y con la cara lavada, la cabrona? Yo, a su edad, si no me pintaba como una puerta, no daba el pego...

—No mientas, Dolores, que he visto fotos tuyas con muchos más años y estabas para darte...

La vieja suelta una risa que despeja el aire.

—Gracias, doctora. Viniendo de ti, que eres una experta, es todo un piropo. Pero digas lo que digas, Lorna es el tipo de mujer que va a ser apetecible toda la vida, mientras le apetezca. ¿Has visto el cuerpazo que tiene?

—Hoy te ha dado por Lorna. Pues sí, Dolores: es guapa a rabiar y tiene un físico envidiable... ¿Y con eso, qué?

—Pues que vaya machista estás hecha, Dalia. ¿Como la novia de Justo es guapa y está buena, su plan tiene que ser una tontería?

—Mira que retuerces las cosas, cuando quieres... No sé, igual me equivoco y el plan funciona. Y Lorna no me cae nada mal. Al contrario, me encanta ver a Justo casi feliz con ella...

—¿Solo casi?

—Hablamos de Severo Justo, Dolores... Creo que voy a fumar, ¿te molesta?

—Para nada, chica. Pero baja la ventanilla, que yo lo he dejado, ahora que todavía estoy a tiempo. Además, dicen que es malo para la vida sexual.

Ahora es Dalia la que ríe, relajada la tensión como solo sabe hacerlo Dolores. Además, sabe que habla en serio.

—Solo había visto a Justo así de bien con Alicia —admite.

—Sabía que lo conocías desde hace tiempo, pero no tanto. Cuenta, cuenta: ¿cómo era ella?

—Menuda y movediza, parecía llena de energía. Tenía un cabello frondoso e ingobernable que le quedaba de fábula, se peinara o no se peinara. Y la niña, Lucía, era idéntica, pero a escala. —Dalia fuma y se deja llevar por las curvas de la memoria—. Daba gusto verlos juntos, a los tres. Justo era el mismo, pero más vivo, no sé cómo explicarlo. Yo, en ese tiempo, era asesora psicológica de la Policía, ya nos habían presentado y, cuando nos cruzábamos por los pasillos, él me saludaba con esa amabilidad discreta tan suya y...

Y tú estabas coladita por él, se mofa Ráfaga.

—Y tú estabas coladita por él —dice Dolores al mismo tiempo.

—¿Os queréis callar? —grita Dalia—. Además, eso ya es pasado. Tenías que haber visto lo devastado que estaba el pobre, poco después, cuando el cabrón de Avellaneda las mató a las dos y se dio a la fuga... Me tocó tratarlo durante meses, para evaluar cómo llevaba el duelo y si era apto para volver al servicio...

—Y tú mentiste e informaste que sí.

—¿Qué otra cosa podía hacer, Dolores? Sabía que Justo no iba a ir a apalea a los testigos comprados hasta que dijeran la verdad. Y creo que si no lo devuelvo al servicio, se hubiera vuelto loco o se hubiera suicidado.

—Pues parece que es cosa de familia...

—Si lo dices por su padre, no creo que ese hombre se suicidara.

—Pues mejor me lo pones. Porque si alguien lo ha inculpado, es urgente localizar a la vieja esa, Lola, que parece saber tanto.

—¿Y crees que solo por instalarnos en el pueblo la vas a encontrar, Dolores? Lo más probable es que se esconda mejor en cuanto sepa que preguntamos por ella... Sé que eres un genio con los ordenadores, pero esto es la vida real y no funciona así...

El capón que recibe en la nuca es firme y preciso.

—Y no te doy más fuerte porque vas conduciendo, maja —aclara Dolores sin necesidad—. El plan de Lorna es más sibilino. Claro que me instalaré en el hotel del pueblo, acompañada por mi hermana...

—¡De hermana, nada, que ya tuve que disfrazarme de vieja para el asunto de Lavapiés y desde entonces siento achaques. Mejor di que soy tu nieta, Dolores.

La anciana le acaricia el pelo con cariño:

—Guapa, ya sé que representas menos años de los que tienes, pero para que fueras mi nieta yo tendría que haber empezado a darle al asunto a los trece...

—¿Y a qué edad empezaste? ¡No, no, prefiero no saberlo! ¿Hija menor? —negocia.

—Hija y punto, que quien tiene que hacerse notar soy yo.

—Sigo sin saber cómo...

—¿No escuchaste la historia que nos contó Lorna? Ahí están todos los elementos. En cuanto lleguemos, Lola mandará a alguien a sondearnos, por si acaso, y entonces le tenderé la trampa que la hará venir hasta mí por su propia voluntad.

—¿Y qué trampa es esa?

—Le diré, a quien quiera escucharme, que soy la amante que Eusebio Justo tuvo en Madrid durante años y que he venido a demostrar su inocencia para casarme con él, ahora que es viudo.

Dalia lo piensa durante un momento.

—Es un buen plan, pero no sé en qué momento Lorna te sugirió...

—Lo hizo por la forma en que nos fue contando la historia. —Le da un golpecillo con el codo—. Para que aprendas a subestimarnos a las guapas, doctora.

Dalia no dice nada porque intenta acallar las risas burlonas de Ráfaga dentro de su cabeza. Además, le pareció que el coche que viene detrás de ellas desde Moraleja le resulta familiar. Mira por el retrovisor, pero ya no está detrás.

Disminuye la velocidad y espera verlo aparecer, sin resultados.

Se encoge de hombros y acelera rumbo a Lomo de Gata.

Habrá entrado a una finca en algún desvío. No seas paranoica, chica, le dice Ráfaga. Solo era un coche cualquiera, igual a tantos.

Tembleque Bermúdez

Evidente, Rutés es querido en la ciudad, por la forma en que los reciben en el restaurante y los conducen hasta la mesa amplia y bien situada, lejos de las demás, para propiciar conversaciones discretas.

Bermúdez lo agradece.

En una reciente escapada romántica a París con Ana, su aparatosa anatomía sufrió en exceso cuando almorzaron en la diminuta mesa de un bistró en la Place du Tertre de Montmartre, rodeados de otras mesas igual de minúsculas y ocupadas por voluminosos turistas alemanes. *Todavía me duelen la cervicales, pero valió la pena*, piensa, recordando la siesta posterior con su mujer en un hotel del Quartier Latin.

Intenta volver a la conversación de los demás, que lo incluye.

—No sé si es que estoy perdiendo facultades con la edad, o vosotros tenéis demasiada calle para mí —reflexiona Justo.

—No es para tanto, jefe —dice Paco.

—Sí lo es. Viste la situación con tanta antelación que tuviste tiempo de rodear al grupo y agarrar al carterista por detrás, mientras que tú, Jules, adivinaste lo que iba a hacer la chica.

—Ten en cuenta que pasé mi emputecida juventud como agente cagado novato cuidando de los turistas putos en Notre Dame, Justo.

—En mi caso, viene de familia, porque mi padre, entre otros muchos oficios, era carterista —revela Bermúdez, y matiza—: En realidad, era mago, que viene a ser casi lo mismo.

—¿Porque ambos hacen «desaparecer» las cosas? —pregunta el Súper.

Rutés y Bermúdez cambian una mirada y niegan a medias.

—Puede ser, Pablo. Pero, además, hay una regla de oro en la magia y en el arte de birlar carteras: distraer la atención del público. ¿No te has dado cuenta de que los magos gesticulan todo el tiempo, con los brazos separados del cuerpo? En apariencia es para demostrar que el naipe, paloma, pañuelo o lo que sea que harán aparecer «de la nada» no lo han sacado de un bolsillo secreto. La mirada del espectador sigue constantemente las manos, esperando que se acerquen al bolsillo, pero nunca las ves, porque un llamativo gesto lleva la atención hacia una mano, mientras la otra realiza el truco.

Bermúdez mira al francés, que asiente.

Prosigue.

—En el caso de la chica, la falda tan corta me llamó la atención y ocurriría lo mismo con quienes venían detrás de ella. Los hombres se dividirían en dos grupos: los que intentarían verle el culo y los que mirarían forzosamente hacia otro lado, para no quedar o sentirse como unos guarros. En cuanto a las mujeres, son más peligrosas, porque unas pocas la mirarían para después criticarla, muchas más valorarían estéticamente las piernas de la chica, que, por cierto, son muy bonitas, y un tercer grupo la ignoraría deliberadamente para prestar atención a sus instrucciones.

En todo caso, de una u otra forma, el contingente estaría atento a la distracción y la caída que la dejaría con el culo al aire era la más previsible.

—Y en ese momento —tercia Rutés—, su socia o socio se haría con un par de carteras de los más rezagados.

—El pelirrojo me pareció llamativo —explica Paco— y solo tuve que escabullirme para sorprenderlo por detrás. No tiene mérito.

—¿Así que tu padre fue mago? —pregunta el Súper, intentando despejar la melancolía que se instala en el rostro de su amigo—. ¿En qué teatros actuó?, ¿tenía algún nombre artístico?

—Actuaba más bien al aire libre, a la salida de los cines en la Gran Vía, o en la Puerta del Sol cuando se amontonaban los turistas, pero la mayoría de las veces, en la cárcel durante varias temporadas. En cuanto a su nombre artístico, creo que fue el responsable de que fracasara como mago y como carterista. Le llamaban Tembleque Bermúdez, porque desde los cuarenta y tantos años desarrolló el mal de Parkinson y eso era incompatible con su oficio. Pero él se negaba a aceptarlo.

Rutés quiere sacarlo de esa pena y ofrece un resumen con tono de refrán:

—Aunque tengamos dos ojos, solo podemos seguir una mano a la vez, mientras la otra realiza el truco.

Luego pide un aplauso para la celeridad de Bermúdez, llegan los platos y Justo casi logra frenar al comisario francés antes de que manifieste que el *cassoulet*, en este sitio, «está para cagar y no echar gota».

Mientras disfrutan de un rato de paz, no logra apartar de su mente la frase, aunque ignora por qué: «Solo podemos seguir una mano a la vez».

Tras la sobremesa, corresponde volver al trabajo y Rutés propone que, para evitar la curiosidad de sus colegas tolosanos, lo hagan en una sala de reuniones que reservó en el mismo hotel en el que se alojarán, cerca de la Place du Capitole.

Así que aquí están, repasando datos y sumando la información que Dolores les ha hecho llegar.

—Por cierto, Justo, que ha dicho Dolores que si necesitamos algo más se lo pidamos directamente a Frontela, porque ella sale con Dalia en misión especial y que tú sabes de qué va.

Tarda un segundo en recordar el absurdo plan de Lorna y cruza los dedos para desear que funcione.

—Ah, sí. Perfecto. Gracias, Paco.

Bermúdez se queda con la intriga, pero tiene asuntos más urgentes que tratar:

—De lo poco que contiene el informe de Gansés sobre los retiros de El Olimpo antes del final, se puede deducir el recorrido de las próximas apariciones. Aunque se refiere a esas escapadas de un modo vago, como si no estuviera muy al tanto. Solo habla con cierto detalle del primer retiro, en Toulouse, que al parecer tuvo lugar en abril de 1982, meses antes de las elecciones que dieron el primer triunfo al PSOE de Felipe González.

—¿Sabemos dónde se celebró ese retiro iniciático?

—Sabemos. —Consulta sus notas—: Château de Bonrepos-Riquet, muy cerca de donde estuvo el castillo de Lavaur, donde en 1181 fueron quemadas en la hoguera cuatrocientos cátaros por no ser católicos.

—Qué tétrico —comenta el Súper—. ¿Y alguien recuerda algo relacionado con Olabides y los

suyos en el castillo ese de...?

—Bonrepos-Riquet —completa Rutés—. Por desgracia, el castillo, en la actualidad, está más cerrado que el culo de una estatua, y no hemos podido contactar con el chocho de nadie.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Jules?

—Claro, Paco. ¡Tú pregunta los cojones que te salgan, que yo te contestaré con más cariño que mi puta madre!

—Tú estudiaste Filología Hispánica en Salamanca, si no me equivoco...

—Eso es más verdad que una catedral como una mierda.

—¿Te alojabas en un colegio mayor?, ¿en alguna residencia?

—Qué va. Yo tenía menos pasta que el sombrero de un jodido picador. Menos mal que conocí a Lulú, una señora más amable que el carajo, que me dio alojamiento gratis en su casa, a cambio de cuidar a las chicas...

—¿Qué chicas? —Justo sale por un momento de su abstracción.

—¡Las putas, Justo, la putas! Que eran las personas más honestas que he conocido, *mes amis*. Me cuidaban, me daban de comer, me... Y cuando el lugar se llenaba de clientes, yo cuidaba el orden, ¡si no, aquello habría sido el coño de la Francisca!

—O sea que no ibas mucho a clase.

—¿Para qué, si ellas me enseñaban más que cualquier catedrático? ¡Recuerdo a una de las chicas, la llamaban la Culo de Oro, que conocía unos refranes que...!

—Ejem —corta Justo—. Si os parece, nos centramos en el trabajo...

—Perdona, jefe. —Bermúdez regresa a sus notas—. Además del encuentro aquí, en abril de 1982, tuvieron otro en junio, en una mansión de Brindisi, y un tercero en agosto, en Larisa, Grecia...

—Muy cerca del Monte Olimpo.

—Unos ochenta y cinco kilómetros, exactamente. No hemos podido averiguar aún dónde se alojaron, pero como era verano quizás intentaron acampar en el propio monte. Creo que eso le pega mucho al loco de Zeus. Confiamos en que el profesor nos saque de dudas...

—Gracias, Paco. Y, a propósito de Gansés, ¿cuándo podríamos hablar con él?

—Esta tarde, si todo sale bien. Solo esperamos el aviso de Frontela. Antes de partir en su misteriosa misión, Dolores convenció a la enfermera jefa (no me preguntes cómo) para que nos permitiera hacer una videoconferencia con el viejo, que ya está bastante repuesto.

¿Y cómo estará el mío?, se pregunta Justo, con una ternura que lo desconcierta.

—Muy bien pensado, Paco. Mientras tanto, hagamos un repaso de la situación. Tú, Pablo, debes quedarte hoy aquí para recibir a... ¿cómo se llamaba?

—¡Le Anormal! —gritan a coro Pablo, Paco y Jules.

—No seáis críos, joder —dice Justo, conteniendo la risa—. Hay que entretener a Le Normand para que no interfiera en nuestras pesquisas. Confío en ti, Pablo. Y si comparamos el orden de retiros con el de trozos de «dioses» que nos dejan, el siguiente será en Brindisi. ¿A quién tenemos en Italia?

—A Pierpaolo Marchetti —informa el Súper.

—Ponlo al tanto de todo. Y prepárate para viajar allí cuando te liberes. En cuanto al previsible miembro que nos dejarán en Larisa, ¿en Grecia seguimos teniendo a Markaris?

—Fijo —asegura Bermúdez, que siente debilidad por el veterano policía ateniense—. Llevan no sé cuántos años intentando jubilarlo, pero no lo consiguen. Cuenta con el viejo zorro, yo lo llamo y le explico el caso.

—Perfecto. Y mientras Pablo distrae a Le Anormal, digo... Le Normand, indaga por la zona de Lavaur, a ver si alguien recuerda el paso del grupo de Zeus por allí. No olvidemos lo que dijo Gansés: «El principio del fin ocurrió en Toulouse».

—¿Tú vuelves a España? —indaga Pablo, afligido, porque Bermúdez le ha hablado de la situación de su padre—. No te preocupes, que nos encargamos de todo lo que...

—No vuelvo a España, Pablo. No todavía, al menos. Hubo un cuarto retiro, ¿recuerdas? El definitivo. Iré al valle de Chamonix, a ver si encuentro rastro de ellos después de tanto tiempo.

—Pero... Por lo que sabemos, siguen sepultados bajo el hielo en el Monte Maldito.

—No del todo, si sus brazos van apareciendo por toda Europa, Paco. Sabéis que no me fío de corazonadas y esa clase de supercherías. Pero algo me dice que la clave de todo esto está en el Monte Maldito.

Informe BDA: Paco Bermúdez

Informe BDA (Este informe amplía y completa el anterior sobre el mismo sujeto).

Francisco José Bermúdez Lara. 48 años.

Estado civil: Casado. Dos hijas (ver anexo).

Cargo nominal en la BDA: Segundo al mando, por debajo de Severo Justo.

Cargo real: Encabeza el tercer nivel, junto con su amigo Pablo Acuña, aunque con mayor incidencia directa en las investigaciones. En apariencia, no le molesta estar debajo de la doctora Dalia Fierro en la particular cadena de mando de la BDA, pero es un aspecto a estudiar.

Formación: Comisario de la Policía Nacional, con más de veinte años de servicio y un expediente impecable. Ha realizado numerosos cursos de especialización, intentando no destacar en ninguno para evitar ser ascendido y alejado de la calle, que considera su territorio natural.

Nota: desde su incorporación a la BDA, ha comenzado a leer a un ritmo insólito para sus hábitos. Sus preferencias son amplias, con especial interés en las materias relacionadas con la investigación criminal y la cultura en general. Cada vez acude a libros de mayor complejidad.

Curiosamente, intenta ocultar esta nueva afición ante sus compañeros.

Salud: El cambio en sus hábitos alimenticios desde el ingreso a la BDA ha mejorado su estado físico en general, normalizando los elevados índices de colesterol y ácido úrico característicos en sus analíticas de años anteriores.

Prácticamente ha dejado el tabaco, aunque no lo anuncia ni reconoce: sencillamente, no fuma.

En cuanto al consumo de alcohol, que no era excesivo pero sí cotidiano, lo ha reducido a la mitad y solo acude a los que él llama sus «cafés perfumados» cuando alguna investigación lo pone en guardia.

Vida sexual: Óptima. Tras la marcha de las hijas de la casa familiar, vive un segundo noviazgo con su mujer, Ana María Arregui, trabajadora social. Frecuentes escapadas románticas, salidas al cine y al teatro y una larga serie de actividades en pareja indican que el matrimonio está en su mejor momento (se investiga una posible infidelidad y el remordimiento como impulsor de esta conducta por parte de Bermúdez).

Finanzas: Saneadas, debido a la buena administración de los dos sueldos de la pareja. Cuentan con una discreta reserva para posibles imprevistos y ni ellos ni las hijas tienen gustos caros o vicios nocivos para la salud y la economía. Hace seis años terminaron de pagar la hipoteca del piso familiar en el barrio de Prosperidad (ver anexo y croquis) y los dos coches utilitarios que utilizan él y su mujer. Planean comprar a plazos un pequeño automóvil para la hija mayor. La menor, además de estudiar, trabaja y se ha comprado una moto de tercera mano (ver anexo de ambas hijas). Hasta donde se ha podido profundizar en sus finanzas, no hay nada irregular, ni rastro de ingresos irregulares.

Carácter: Tiene fama de hacer gala de un temperamento explosivo, que no es más que una fachada forjada durante su etapa de formación en la vigilancia de las calles, que luego trasladó a su carrera como oficial.

Se siente cómodo en el papel de policía a la antigua, y lo es, pero no tanto como aparenta. Una frase que corre desde hace tiempo entre sus compañeros de promoción, afirma que, «en una Policía plagada de tecnócratas, Paco Bermúdez es el último de los ostiócratas».

Respeto en lo esencial el reglamento, aunque tiene uno propio, que lo lleva a utilizar mano blanda con los pequeños delincuentes que considera recuperables, que se vuelve durísima con los abusadores y corruptos.

Una leyenda no confirmada, pero bastante creíble, indica que en una ocasión, antes de formar parte de la BDA, sorprendió a uno de sus subalternos aceptando un pequeño soborno. Siempre según esas versiones, que coinciden en este punto, le dijo al citado oficial que no se preocupara, se fue de copas con él, y al amanecer le propinó una paliza que lo obligó a estar una semana de baja. Siempre según esta historia no escrita ni registrada en ningún informe oficial, antes de dejar al aporreado en la puerta del hospital, le dijo que no iba a denunciarlo, pero que la próxima vez que lo pillara, la paliza sería peor.

Se dice que desde entonces, el oficial observó una conducta impecable.

Dentro de la Brigada y pese a no ejercer su función nominal, tiene una mucho más importante, porque funciona como aglutinante entre unos individuos brillantes pero inestables, al tiempo que funciona como cable a tierra del grupo con el submundo del delito cuando una investigación lo necesita.

Puntos débiles: Pese a tener una vida normal y feliz, es quien más puntos débiles presenta de toda la BDA. No le importó tirar por la borda su carrera revelándose contra el ministerio durante el primer caso del grupo, ni le importaría volver a hacerlo por cualquiera de sus compañeros.

Posee una especial predilección por el inspector Jorge Frontela (nieto de Dolores, ver informe), a quien considera como su heredero, pese a las radicales diferencias de carácter y formación entre ambos. Ese aprecio es absolutamente correspondido por parte de Frontela.

En el último año, ha desarrollado una amistad sólida y duradera con Pablo Acuña, alias *el Súper* (ver informe), a quien prácticamente ha adoptado como un miembro más de su familia. En más de una ocasión, juegan con la idea de

dejar la BDA y de montar entre ambos una agencia de investigaciones. También cuida, a su manera, de Severo Justo, a quien admira de forma incondicional, y de Dalia Fierro, por quien siente un respeto contradictorio pero firme.

Pero el verdadero punto débil del comisario Bermúdez es su familia: **sería capaz de hacer cualquier cosa por su mujer y sus hijas.**

Nota: todo esto se consigna a nivel meramente informativo.

No iniciar ninguna acción contra Bermúdez.

Aún no es el momento.

Retiro en Bonrepos-Riquet

Cae la tarde en Toulouse y en la sala de reuniones todos están pendientes de la pantalla plana, esperando la conexión que por fin se establece y muestra al profesor Homero Gansés en su cama de hospital.

—Buenas tardes, profesor. ¿Me escucha bien? —pregunta Justo.

—Alto y claro, señor Justo. Alto y claro. —Suelta una risita traviesa y se excusa—. Perdone la frivolidad, pero siempre quise decir esa frase.

—Veo que se encuentra bastante repuesto.

—Sí, sí. Aquí me han cuidado con esmero y al parecer mañana me darán de alta. —La preocupación forma un pliegue en su ceño—. Y la verdad es que eso me atemoriza un poco, porque aquí me siento protegido...

—No se preocupe por eso, profesor Gansés. Ya hemos tomado las medidas necesarias para que goce de la misma protección en su domicilio. Y ahora voy a abusar nuevamente de su amabilidad, pero necesitamos que nos cuente lo que ocurrió en el retiro de Toulouse.

—Claro, claro. —De pronto se alarma—. ¿Está usted en Toulouse?

—Sí, profesor. Esta mañana hallaron aquí otro brazo congelado, con su correspondiente anillo. Un casco alado. El de Hermes.

—¡Esto es una locura, pobre muchacho! —se lamenta Gansés, y parece a punto de sufrir otro ataque.

—Necesito que se calme, si quiere ayudarnos.

—Tiene razón. Disculpe, pero es que sigo sin comprender nada...

—Quizás si nos cuenta la historia, entre todos podamos darle sentido a lo que está ocurriendo. En esta ocasión le pido que sea breve, porque no queremos que se resienta su salud.

No sea cosa que nos dejes tirado otra vez, piensa Paco.

Gansés toma un trago de agua, agradece a alguien que está fuera de cuadro y comienza a hablar.

—En más de una ocasión me sentí responsable de lo que había ocurrido, pero luego comprendí que mi papel no era tan importante, sino más bien accesorio. Cuando conocí a Zeus Olabides, él estaba a punto de cumplir los diecinueve años y ya había decidido lo que quería ser en la vida y hacer de este país. Había venido a Madrid a estudiar Derecho, porque no se decidía por ninguna carrera, y de ese modo su padre, que lo prefería lejos, lo dejaba en paz y con dinero suficiente. Era un muchacho brillante y sus calificaciones rozaban la perfección en todas las asignaturas, pero no cabe duda de que la preferida era la mía. Pensaba Zeus, y con razón, que en la Historia están todas las claves, no solo de lo que nos ha ocurrido, sino de lo que nos puede ocurrir en un futuro.

Menos mal que iba a ser la versión resumida, piensa Bermúdez, que ha pactado para más tarde una conversación por zoom con su Ana.

—El caso es que despertó mi interés: su sed de conocimiento era insaciable. Una tarde, me abordó al salir de clase y me pidió que le diera bibliografía de mayor nivel que el que abarcaba mi asignatura, porque no tenía tiempo que perder. Como le conté, yo era solo unos años mayor, pero envidié ese fuego juvenil que emanaba de Zeus. Así que le presté una buena cantidad de libros muy complejos, esperando, lo confieso, que se diera por vencido. Pero una semana más tarde me devolvió los libros y me pidió más. Yo pensé que se trataba de una apuesta o de algún juego de estudiantes y lo desafié con una serie de preguntas complejas relacionadas en esos textos. No solo las respondió con precisión, además planteó una serie de interrogantes de gran interés. Le seguí dando libros durante un par de meses, hasta que una tarde me hizo la propuesta: me pagaría una cantidad mayor que mi sueldo en la universidad si yo accedía a darle clases particulares en mi tiempo libre. Aunque no me sobraba el dinero, acepté porque me intrigaba aquel muchacho y su inagotable intelecto.

—¿Cuándo comenzó a formar El Olimpo? —Justo, intentando acelerar la lenta narración del profesor.

—Yo diría que un año y medio después. Para entonces, poco o nada tenía que enseñarle a Zeus y, en realidad, yo mismo debía estudiar para preparar las clases particulares. Lo que más le interesaba eran los sistemas políticos, las formas de gobierno en las diferentes épocas de la historia, y el papel de las élites en el progreso de la sociedad. Todavía no hablaba de El Olimpo, pero luego supe que lo tenía en mente desde el día que lo conocí. Y un día desapareció de la universidad.

—¿Así, sin más, sin avisarle a usted siquiera?

—Como le dije, Zeus era brillante pero también arrogante. Me informé y supe que seguía pagando la matrícula, pero ya no venía por la universidad y a mí me giraba puntualmente el importe de mis clases particulares, aunque ya no las tomaba ni me pedía ningún libro. Durante esos meses, jamás se puso en contacto conmigo. Por otros estudiantes supe que se había concedido un período sabático para aprender lo que no estaba en los libros, saltando de fiesta en fiesta con otros ricos herederos por las capitales de Europa. Como ya conocía su historia familiar, di por hecho que retomaba los hábitos paternos y se convertiría en un *playboy*.

—Pero no lo hizo.

—Durante ese tiempo, sí. Creo que solo aparentaba y estaba buscando a los miembros de El Olimpo. Se presentó a los exámenes finales por libre y los aprobó con las máximas calificaciones. Luego me invitó a cenar en el Ritz. Dijo que me debía una explicación y que esa noche me la daría. También me dio un grueso sobre lleno de dinero como forma de disculparse por su deserción de las aulas y dijo que me comprara un traje de buena calidad para esa noche.

—Y usted lo hizo.

—La curiosidad pudo más que mi dignidad. Alquilé un traje de etiqueta y me planté en el Ritz. Cuando di mi nombre, me condujeron a un comedor privado, en el que había una larga mesa y trece sillas. Esa noche conocí a los miembros definitivos de El Olimpo. En un discurso breve pero convincente, Zeus me explicó los fines que perseguían y los proyectos que tenían para el futuro de España. Por supuesto, me convenció.

—Y pasó a ser el mentor de todo el grupo...

—Eso es lo que creí, que iba a ser yo quien dirigiera el destino de ese estupendo grupo de jóvenes talentosos y con recursos. Pedí excedencia en la universidad y durante unos meses viajé de una capital europea a otra, en las que celebrábamos seminarios privados de cuatro o cinco días, siempre con un enfoque multidisciplinar pero con el mismo objetivo.

—Suenan un poco mesiánico, y bastante ingenuo, si me lo permite.

—Eso mismo pensaba yo, hasta que Zeus dijo que había llegado la hora de consolidar la unidad de El Olimpo con un retiro espiritual.

—Aquí, en Toulouse. En el Château de Bonrepos-Riquet.

Se nubla la expresión de Gansés al escuchar el nombre.

—En efecto, Justo. Ese fue el principio del fin, al menos para mí.

—Le ruego que se explique mejor, porque no lo comprendo.

—Durante los seminarios previos, fui conociendo la personalidad de cada uno de aquellos jóvenes privilegiados. O eso creía. Y, como usted apunta, todo parecía un poco infantil. No podía dejarlo y no solo porque me pagaba espléndidamente; Zeus hizo que me sintiera el inspirador de los nuevos dirigentes de España. No podía arriesgarme a que lo hicieran sin mí.

—¿Qué fue lo que ocurrió en Toulouse, profesor?

—Una verdadera locura. Llegamos por la tarde al castillo, cada uno localizó su habitación y compartimos una merienda ligera. Al finalizar, Zeus despidió a la servidumbre contratada y solo quedamos nosotros trece en el castillo. Como si obedecieran a un guion establecido de antemano, cada uno fue a su habitación y yo hice lo mismo. Sobre mi cama encontré una túnica, unas sandalias y una nota de Zeus que decía: «Cámbiate, que ya lo comprenderás todo». Lo hice y me sentí un poco ridículo, hasta que sonó algo parecido a un cuerno, era una llamada inapelable y, siguiéndola, llegué hasta el gran salón, en el que estaban los demás, vestidos como yo, de griegos de película. Donde antes estaban la mesa y las sillas, había dos hileras enfrentadas de cojines y, al final de ellas, un alto trono majestuoso pero recargado de piedras preciosas incrustadas por todas partes.

—Y sentado en el trono, Zeus Olabides.

—Acierta. Yo creí que era una especie de representación o una broma colectiva, porque cada uno se refería a los demás por sus nombres de dioses y bebían de copas doradas de aspecto muy antiguo. A mí me alcanzaron una y no sé qué tenía la bebida, pero todo ante mis ojos se distorsionó al segundo trago. La voz de Zeus sonaba como un trueno y todos esos chicos y chicas me parecían verdaderos dioses. Zeus me señaló con el pesado cetro de oro y joyas que tenía en la mano, y su voz, que retumbó por toda la sala, dijo que yo era el más afortunado de los mortales, porque compartiría esa noche con los dioses. No recuerdo si volvió a sonar ese cuerno extraño o solo lo imaginé, pero todo enloqueció y lo que parecía una charada se convirtió en una orgía salvaje. Afrodita se desnudó y se tumbó entre la hilera de cojines para que Ares y Poseidón la poseyeran. Hermes y Hefesto se pelearon ferozmente por Atenea. Dionisios metió la cabeza entre las piernas de Deméter, que decía que no pero al mismo tiempo lo empujaba hacia ella, y solo Apolo y Artemisa se mantenían al margen, tomados de la mano y aún vestidos, aunque les costaba mantener la compostura porque habrían bebido la misma droga que los demás...

—Y que usted...

—Así es. Para mi vergüenza, no pude resistirme y acudí cuando Atenea me llamó para que me ocupara de ella mientras Hermes y Hefesto luchaban cuerpo a cuerpo y ya no parecía un combate, si me comprende. Me ofreció otra copa colmada de vino oloroso y creo que si hubiera llegado a beberla, no podría haberme apartado de aquella locura, pero cuando estaba a punto de hacerlo, miré hacia el trono y vi la mirada demente y satisfecha de Zeus, mientras Hera, totalmente desnuda, le practicaba una felación.

—¿Su propia hermana? —estalla Bermúdez.

—Hermanastra, en realidad. Pero yo reaccioné igual que usted, creo que eso me impactó tanto

que mitigó el efecto de la droga y corrí hacia la salida. Antes de salir, giré la cabeza para asegurarme de que no lo había imaginado todo y vi cómo Apolo y Artemisa salían por una puerta lateral, mientras Zeus los seguía con la mirada mientras Hera proseguía su ritual. Los otros, en pleno frenesí, no se dieron cuenta de nuestra deserción. Reconozco que me quedé un rato espiando desde la puerta entornada. Quiero aquí hacer un matiz, si me lo permiten. Lo que me escandalizó no fue la práctica sexual colectiva, sino la ferocidad con que la realizaban, la forma en que iban cambiando de pareja o de práctica según Zeus, desde su trono, lo decidía con un gesto o señalándolos con el pesado cetro. Recuerdo que pensé que si él lo hubiera ordenado, cualquiera de ellos hubiera matado al otro sin dudarlo, y eso me apartó de la puerta. Pasé el resto de la noche encerrado con llave en mi dormitorio y por la mañana, cuando salí pensando en la forma de marcharme y llegar hasta el pueblo más cercano, me crucé con la servidumbre que nos había atendido la noche anterior y me condujeron a un salón donde todos desayunaban muy compuestos y como si nada hubiera ocurrido. Solo Apolo y Artemisa parecían un tanto incómodos. Sin saber qué hacer, desayuné y en cuanto tuve una ocasión le dije a Zeus que estaba enfermo y necesitaba volver a Madrid. Él me miró como si no comprendiera, y dijo que haría que me llevaran en coche hasta Toulouse y de allí en avión a Madrid y que era una pena que me perdiera lo que faltaba del retiro. Y que la semana siguiente quería tener una clase particular conmigo, si le hacía el favor.

—¿Solo eso?

—Como le cuento. Yo dije a todo que sí, lo que quería era marcharme de allí. Y a la semana siguiente, en Madrid, vino a buscarme y me invitó nuevamente al Ritz, pero esta vez los dos solos. Reuní valor y le pedí explicaciones por lo ocurrido, y él se disculpó diciendo que todo había sido culpa de Dionisios, que había echado no sé qué droga en las copas y las cosas se habían descontrolado un poco. Pero que todos éramos jóvenes, incluido yo, y que ya no se llevaba ser timoratos como nuestros padres.

—Digamos que lo convenció.

—Alcanzamos un acuerdo: yo seguiría dirigiendo los seminarios, pero no participaría en más retiros. Aceptó y seguimos durante casi un año o más.

—Hasta que acabaron sepultados bajo la nieve del Mont Maudit.

—En efecto. Como imaginará, todos estos años me he mantenido informado por si aparecían los cuerpos, pero nunca fueron hallados.

—Al parecer, alguien los encontró y nos los está devolviendo a trozos, profesor. Alguien que quería impedir que usted nos contara todo esto.

En cuanto lo dice, se arrepiente, porque el gesto de Gansés se descompone de terror.

—¡Protéjame, por favor, señor Justo! Yo no profeso ninguna creencia religiosa, pero esto se parece mucho a una venganza divina.

Antes de que el policía pueda prometer algo que quizás no sea capaz de cumplir, la conexión se corta y la pantalla queda en blanco.

La cena ha sido ligera y silenciosa. Solo Justo y Rutés quedan en la mesa.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe, *mon ami*? Puedo resultarte de utilidad, ya sabes que soy de Annecy, en Alta Saboya, a cien kilómetros del Mont Blanc. Chamonix, como la palma de mi mano...

La sonrisa de Justo es breve, pero le alcanza.

—Necesito hacerlo solo, Jules. Tengo en mi cabeza tantas preguntas cruzadas que no sé en qué dirección ir. Debo centrarme en algo, en un solo problema a resolver, si quiero resolverlos todos.

—Admito que hoy me asombró verte tan disperso, Justo. Estás desubicado como un elefante en una casa de putas.

—Algo así, amigo mío. Algo así.

—Sé que no soy la persona más cercana a ti y quizás por eso soy la indicada para que descargues el peso que te agobia.

Severo Justo le pide al camarero otro pastís, y piensa que se lo puede permitir porque ha dejado de beber. La broma lo lleva a Lorna, y Lorna a la alegría de estar aún y la pena del día en que no esté. Quizás eso lo decide y le cuenta a su amigo Rutés todo, desde el desconcierto de su origen y el descubrimiento de que su padre no era como pensaba ahora que quizás tampoco sea su padre, hasta las promesas y venganzas por cumplir. Incluso le habla del suicidio final, porque Justo se sabe incapaz de matar premeditadamente sin pagar por ello a su manera.

Rutés llena una pipa como la de Maigret y la enciende, ignorando la prohibición. El restaurante está vacío y nadie les llama la atención. El perfume del tabaco es reconfortante.

—Lo que me cuentas no me sorprende. Cuando te conocí, supe que llevabas la muerte propia como una decisión postergada por el sentido del deber y algún resto de instinto de supervivencia que te quedará. Pero tu mirada estaba más de aquel lado, con tu mujer y tu hija, que de este, aunque cumplieras el trabajo de modo impecable y sagaz. Pero te diré una cosa: tus ojos ahora están más de este lado, del lado de la vida y sus problemas, del lado de Lorna, Justo.

Levanta su vaso de líquido amarillento y lo tienta con el brindis.

—No tienes por qué morir o matar. La Justicia casi nunca funciona y para eso estamos nosotros, para hacer que a veces, muy de vez en cuando, la balanza cumpla con su cometido. Mientras tanto, nos alcanza con conocer la verdad. Resuelve este caso, averigua tus orígenes y salva a Eusebio, sea o no tu padre, si estás convencido de que no es culpable. Y luego sigue buscando implacablemente a ese Avellaneda que te robó la familia y las ganas de vivir. Pero no lo mates, ni te mates después. Eso sería un empate y tú le tienes que ganar. Si escapa, lo vuelves a atrapar una y mil veces. Eso sí que se lo debes a tu mujer, a tu hija y a todos los que creemos en ti.

Justo brinda con él.

—Prometo que lo pensaré, Jules. Me has emocionado: es la primera vez, desde que te conozco, que no dices ni un solo taco en una frase tan larga.

Brindan también por eso y se despiden.

Ya en su habitación, Justo se tumba y lee unos cuantos capítulos de la biografía de Bolívar que robó de la biblioteca de su padre, hasta que calcula que Lorna habrá vuelto a casa.

La llama y hablan en voz baja y ella le promete que pronto se aclarará lo de su padre y él ni pregunta ni piensa *cuál de los dos* y se muerde los labios para no contarle aún todo lo que ha cambiado dentro de él, porque quiere decírselo en persona.

Cuelgan después de una despedida interminable y él se duerme con los dedos cruzados, para que esta novedosa ligereza del ánimo le siga ocurriendo al despertar.

Sueña un futuro sin muertes ni venganzas.

Le Mont Maudit

Contra todo pronóstico, decidió cubrir en coche los casi setecientos kilómetros que separan Toulouse de Chamonix. Ni siquiera recuerda en qué momento comentó esa decisión, ni si fue Acuña o Rutés quien se ocupó de alquilar a su nombre un vehículo cómodo, con el GPS programado para optar por diferentes rutas, según el tipo de viaje que eligiera. En el asiento de atrás, *sea quien fuera, bendito sea*, incluyó un chaquetón que no parece que vaya a ser necesario en esta primavera desatada, otras prendas de abrigo por si decide subir a los glaciares y una provisión abundante de agua, refrescos y chucherías para el viaje.

Si estuviera en Madrid, sabría que fue cosa de Frontela, piensa Justo, pero supongo que es a Rutés a quien debo tanta provisión. Anoche, cuando hablamos, lo último que me dijo al despedirnos fue que yo tenía la expresión de alguien a punto de iniciar el viaje más importante de su vida, y quizás tenía razón.

Salió de Toulouse antes del alba, tratando de evitar el endiablado tráfico de entrada y salida a la ciudad, pero solo lo consiguió a medias. Y, sin embargo, soportó el atasco con un buen humor que ha mantenido durante más de siete horas de viaje.

Anoche durmió poco, pero profundamente y disfrutando de cada minuto. Ahora, que está casi por llegar a destino, vuelve a mirarse en el retrovisor y piensa que Rutés tenía razón: sus ojos miran desde este lado de la vida, sin olvidar a sus queridísimas muertas, pero comenzando a aceptarlas.

Aún no logra prometerse a sí mismo que renunciará a la venganza y su castigo, pero cada kilómetro recorrido entre el verde que flanquea las carreteras francesas lo acerca más a esa decisión.

Y en las dos ocasiones en que paró en un área de servicio para tomar un café y comer algo, tuvo que contenerse para no llamar a Lorna y darle una buena noticia que todavía no sabe si será capaz de hacer realidad.

Pero me encantaría. Me encantará, se corrige, y sonrío.

No se ha vuelto optimista de pronto, pero en solo unos días ha aprendido que nada está escrito y que si la historia de su pasado no es como la recuerda, es posible también construirse un futuro menos trágico.

Con la radio a volumen bajo y entonando canciones francesas de siempre, Severo Justo ha pensado también en los dos casos que debe resolver. Tomó nota mental de varios puntos que lo intrigan, e incluso se detuvo en el arcén para llamar a Frontela y encargarle unas cuantas búsquedas que probablemente no conduzcan a ninguna parte, pero al menos le dará al equipo la sensación de estar avanzando, como la mano del mago que distrae al público mientras la otra realiza lo importante.

Y ahora que arriba a Chamonix, la magnificencia del Mont Blanc, que ha divisado desde hace casi cien kilómetros, se hace evidente y desoladora.

El kit de viaje preparado por su amigo incluía un dossier sobre el monte y sus glaciares, que leyó cuando faltaba poco más de una hora para llegar. Así que está al tanto de la lenta muerte del gigante de hielo y del retroceso que afecta a su centenar de glaciares por culpa, en parte, del cambio climático. Desde 1975 han perdido el 40 % de su volumen. Por eso lo ve todo como un negativo fotográfico y, más que la impresionante cantidad de hielo y nieve en las alturas, lo impactan las zonas de roca al descubierto que vaticina el final de los glaciares coincidiendo con el final de este siglo.

Conoce también los datos de la historia humana de la montaña, que estaba aquí millones de años antes de que los humanos existiéramos, y la ridícula disputa por poseer lo que no es de nadie o de todos, incluido el polémico Tratado de Turín de 1860, para dividir la cima del Mont Blanc entre Francia e Italia y burlado por cada país, ya que, según donde compres el mapa, la cumbre queda de un lado o del otro, delimitada por una de esas líneas que trazamos en el papel para enseñarle a la naturaleza cómo debe funcionar.

Pero entre tanto dato científico o histórico, Justo se queda con la leyenda que está impaciente por compartir con Lorna al volver a Madrid o, *¿por qué no?, cuando vengamos juntos por aquí, para rehacer con ella el camino en el que decidí vivir.*

En todo caso, le contará la vieja leyenda según la cual en la cumbre del monte existía un reino encantado gobernado por la reina de las hadas, también llamada «la diosa blanca», que regía el destino de los habitantes del valle *y que por amor, por miedo, o por si acaso, como impone toda religión, era venerada desde la ignorancia*, se dice.

También en eso está cambiando.

Aunque dejó los hábitos hace más de media vida y tras la muerte de Alicia y Lucía se distanció de Dios, no solía poner en duda su existencia. Se limitaba a no pensar en él.

Ahora, en cambio, mira con escepticismo toda creencia sobrenatural.

Verás lo contenta que se pone Dolores, se dice, y sonríe mientras entra lentamente en Chamonix, que más que el pueblo alpino de menos de diez mil habitantes que esperaba, es una ciudad alpina de las que se inflan para recibir a millones de turistas y se desinflan fuera de temporada.

Son casi las 14:00 horas y no acusa el cansancio después de tantos kilómetros al volante.

Pero tiene un hambre atroz.

Se registra en el Grand Hôtel des Alpes, donde ya tenía reserva, y agradece el buen gusto de Rutés. Y su buen humor mejora cuando consigue el milagro de que le den de comer pese a estar fuera del horario francés.

De milagro, nada, matiza al identificar la variedad de nacionalidades del resto de comensales que llenan el comedor, *simple adecuación al turismo*, y por una vez, *gracias por ello*, piensa mientras brinda consigo mismo con una copa de tinto Hermitage.

No tenía tanto apetito desde..., *desde hacía demasiado tiempo.*

Disfruta de la selección de quesos de Saboya, y paladea hasta sus nombres: Bleu de Gex, Picodon de la Drôme, Rigotte de Condrieu, Cantal, Beaufort, Reblochon... Cada uno tiene su propio sabor, más exquisito que el anterior. Toma nota: antes de irse, debe comprar un buen surtido para llevarle a Lorna.

Así que esto era estar vivo, se dice, y vuelve a brindar con su figura en el espejo, para darse la bienvenida.

Remata el banquete con un desmesurado trozo de carne de vaca cuyo «apellido» no retuvo, ya que confió la elección al maître y acertó de pleno.

Ayuda la digestión con una generosa copa de Chartreuse, que lo obligará a beber por lo menos dos cafés cargados para despejar la mente y enfrentar el trabajo.

Pero eso será dentro de un rato.

Ahora quiere prolongar el bienestar de la buena mesa y se siente un Carvalho y un Montalbano, un investigador de buen comer, porque la mente también se alimenta de placeres.

Con cierto pesar, pide su café bien cargado y lo bebe a sorbos cortos, despidiendo sabores en cada uno, pero con la certeza de que pronto volverá a experimentar este goce recuperado.

Una hora y media más tarde, cambiado y con la mente alerta, entra en la sede del Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne y pide hablar con el comandante Marc Balmont, que lo atiende de inmediato y lo recibe con franca cordialidad:

—¡Es un honor conocerlo, *monsieur* Justo! Cuando el bueno de Rutés me informó que vendría usted a Chamonix y me pidió que lo ayudara en un caso, creí que era una broma del pequeño bribón.

Es un hombre alto y robusto, rubicundo y simpático. Habla un español cargado de acento, pero descifrable y *sin los tacos de Jules*, piensa.

—No era una broma, comandante. Trato de cerrar un caso muy viejo, pero creo que su ayuda será inestimable...

El otro le ofrece un café que Justo acepta y le sabe delicioso, *¿qué me pasa hoy con los sabores?*, se pregunta.

Y enseguida se desea: *que no me deje de pasar*.

Le ofrece al comandante proseguir la conversación en su idioma y el gendarme acepta aliviado, para confesar, ya en francés, que llevaba toda la mañana ensayando las frases de bienvenida.

Justo le pregunta por el grupo de españoles desaparecidos en 1983 y Balmont le explica que, desde el primer accidente mortal en el Mont Blanc en 1820 —que seguramente solo fue el primero conocido—, los muertos suman más de doscientos. Y tratándose de un accidente tan antiguo habría que acudir a los archivos.

Da las órdenes por teléfono y, antes de que acaben un segundo café, entra un gendarme con una delgada carpeta que le entrega al comandante.

Cuando quedan solos, se la tiende a Justo, que estudia el contenido.

No tarda mucho.

Solo son tres hojas de un atestado en el que se da cuenta de que el 16 de mayo se recibió el aviso de la posible desaparición de un grupo de españoles que habían cometido la imprudencia de intentar la ascensión al Mont Maudit, a pesar de las fuertes tormentas y el riesgo de avalanchas. Solo se pudo emprender la búsqueda días después, porque el mal tiempo afectó a toda la zona de las cumbres, provocando derrumbes y aludes. No fue posible rescatar ningún cuerpo.

El resto eran recortes del diario local, con el seguimiento de la noticia y las identidades de los fallecidos. Antes de que lo pidiera, el comandante le había preparado una copia.

Al ver la decepción del visitante por la escasa información, le dice que conoce a un veterano periodista que ya en los años ochenta estaba en activo y que quizás él recuerde algo sobre el grupo que le interesa. Si se daban prisa, podrían encontrarlo en su oficina.

Justo calcula que el periodista estará ya jubilado o a punto de hacerlo.

—*Aujourd'hui c'est jeudi?* —pregunta Balmont.

—*Toute la journée* —responde el español.

—*Alors, on devrait aller au Majestic.*

Es más práctico moverse por el centro de la ciudad andando, y diez minutos más tarde entran en un bar oscuro en cuyo frente se lee «Le Majestic».

Sigue al comandante hasta una mesa del fondo y se plantan ante un hombrecillo de nariz roja y ojos de borrachín, que sonríe con zalamería cuando reconoce a Balmont. Imposible no pensar en el Chirivique cuando estudia al viejo periodista.

El eterno aspirante a alcohólico capaz de inventar lo que sea para que le inviten a otra copa, cataloga Justo.

Y quizás acierte, pero algo cambia cuando el gendarme le explica el motivo de la visita de quien define como «*mon ami*».

El hombrecillo aparta la copa instintivamente, se pone de pie y se presenta:

—*Jean Vernant, doyen des journalistes de Chamonix.*

Vuelven a sentarse y, cuando llenan las copas, Vernant mantiene la suya lejos de la mano. Justo le pregunta si recuerda al grupo desaparecido en 1983.

—*Bien sûr, je me souviens des Espagnols fous!* —evoca con nostalgia—: *Zeus, Aphrodite, Athéna, Dionisios...*

Con el pulso acelerado pero sin que su expresión lo delate, le ruega que le cuente todo lo que sepa de ellos. Y el decano de los periodistas de Chamonix le explica cómo conoció a Zeus Olabides y algunos de los suyos cuando visitaron la ciudad en septiembre de 1982...

—*Vous en êtes sûr?* —interrumpe Justo—. *J'aurais dit qu'ils étaient arrivés en avril 83...*

—*Un bon journaliste ne se trompe jamais dans les dates!* —se indigna Vernant, y bebe de un trago su copa.

Hacen falta otras dos para que se le pase el enfado.

Entonces les cuenta que Zeus y cuatro de los suyos llegaron por primera vez a Chamonix a comienzos de septiembre de 1982.

Ellos lo contactaron, lo invitaron a cenar y le sonsacaron toda la información posible sobre el Mont Maudit, con especial interés en las vías de acceso y los refugios.

Vernant repite con cuatro décadas de retraso la cara de asombro que puso cuando Zeus indagó sobre la posibilidad de alquilar uno de los refugios y cerrarlo al público y cómo él le explicó que eso era imposible.

Entonces fue cuando le prometió una estupenda recompensa para que lo pusiera en contacto con un guía experto en ese monte y un constructor dispuesto a cobrar mucho sin hacer preguntas.

Balmont, incrédulo, quiere saber qué pretendían hacer.

Justo y Vernant se miran y es el policía quien responde:

—*Construire un refuge de montagne secret.*

—*Mais c'est interdit!*

Y el decano de los periodistas enuncia, con solemnidad, una verdad tan incuestionable como triste:

—*Mon ami, l'argent ne connaît pas d'interdits.*

Según él, le presentó a varios individuos que encajaban en el perfil, cobró su pequeña recompensa y se desentendió del asunto. Cuando, en abril de 1983, Zeus vino con el grupo al completo, lo invitó a una fiesta privada y le ofreció otra recompensa más succulenta para que perdiera la memoria. Y él lo hizo tan bien que, cuando días más tarde se enteró de que los

españoles habían desaparecido en una avalancha mientras trataban de llegar a la cima del Mont Maudit, escribió la noticia y acabó por creérsela.

Balmont no puede ocultar su decepción y le pregunta si arriesgó su carrera y las vidas de tantas personas por un poco de dinero.

—*Qui a parlé d'argent?*

—*Vous avez parlé de deux récompenses...*

El viejo suspira:

—*Vous savez ce qu'on dit...*

Justo asiente y murmura:

—*Cherchez la femme.*

Pero ya el borrachín está perdido en un recuerdo irrepetible y habla para sí mismo:

—*Aphrodite, Athena... C'étaient de vraies déesses!*

Y sigue bebiendo.

Justo tuvo que aceptar la invitación a cenar del comandante Balmont a cambio de que no le preguntara demasiado sobre su investigación. Atendió con amabilidad a cada historia que el otro le contó sobre el trabajo en la alta montaña y su propia familia, de la que Vernant es algo así como un tío político que no perdió su condición tras el divorcio.

Por dentro, Justo contiene a duras penas la impaciencia por volver a su hotel, llamar a Lorna y contarle que pronto volverá a España, que quizás tenga una de las claves de este caso y que solucionará también lo de su padre y que ya no quiere matar a nadie ni tampoco suicidarse, solo quiere vivir, de ser posible, con ella.

Pero cuando por fin logra quedarse a solas y llama, Lorna le gana de mano y en su voz hay una pena incrustada y le habla como a un niño al que no quieres contarle que su perrito, en realidad, no está en el campo.

—No sabes cuánto quisiera estar contigo allí, mañana, Justo. Pero no puedo. Debo seguir aquí, por si nuestro plan con Dolores funciona. Pero haz de cuenta de que estoy contigo, y si te sientes mal o muy triste, llámame a la hora que sea y no olvides que sigo aquí y te quiero mucho. Vuelve pronto.

Cuelga y él no sabe dónde encajar esas palabras y la aflicción por cómo se sentirá mañana.

¿Le habrá ocurrido algo a Eusebio?

Revisa los mensajes y no hay novedad.

Tampoco llamadas perdidas.

Había algo de funeral en su voz y no tiene sentido.

Entonces lo recuerda.

La fecha que se cumple mañana y que en su intento por ser feliz había olvidado.

Es la primera vez que la olvida en más de veinte años.

Mañana se cumple un nuevo aniversario de la muerte de Alicia y Lucía, su mujer y su hija asesinadas por Avellaneda.

Y, de pronto, Severo Justo comprende que no podrá perdonarlo, ni tampoco evitar el final que había decidido para ambos.

Réquiem por el permafrost

Desayunó por el mismo motivo por el que le echó gasolina al coche: para que la máquina siga funcionando. Sin pensar ni sentir, si eso fuera posible.

Y ahora se deja llevar por las carreteras de Saboya, con el Mont Blanc y sus múltiples picos burlándose en blanco de las pretensiones de un pequeño hombre que por un rato creyó que merecía ser feliz.

La sensación bienhechora de ligereza de la que disfrutó ayer ha dejado lugar a este vacío interminable y no es lo mismo. La ingenua creencia en que uno puede vivir sin tener que matar ni matarse era más ligera que el aire y lo hacía sentir capaz de volar por encima de tanta tristeza acumulada. Ahora que le falta, solo tiene un hueco pesado que ha sacado a pasear en el coche durante estas horas que permitirá de asueto.

Sabe que volverá a Madrid y parecerá el de siempre, no renunciará a Lorna *porque soy un maldito cobarde* y buscará hasta encontrar a Javier Avellaneda, para darle muerte, matarse luego y cerrar el círculo.

Y, entretanto, puede que desentrañe el misterio de hielo que esconde el Monte Maldito y quizás, si sus deducciones incompletas son acertadas, pueda también conseguir la libertad de Eusebio y averiguar quién intentó inculparlo. *Y habrá nuevas medallas, nuevos méritos para alguien que no merece ni siquiera la vida*, así que hoy se permite este último desliz por las carreteras vigiladas por el blanco solemne, antes de volver a casa e iniciar el tramo final de su vida.

Pero está visto que hay por lo menos un tercio de verdad en ese refrán que repetía Bermúdez, antes de volverse tan políticamente correcto: «Periodista, puta y policía se es para toda la vida».

Porque aquí está, en el lugar desde el que mejor se divisa el Monte Maldito, su cumbre nevada y el hielo que tapiza sus laderas.

Celebra la ausencia de turistas e inspecciona con la mirada los alrededores.

Nada.

Casi nada.

A unos cien metros, una cabaña rústica que quizás ni esté habitada.

Entonces, en la soledad y de cara a la montaña, Severo Justo grita.

Grita por la furia destructora que reprime desde que era un niño.

Grita contra la cobardía que le hace hallar siempre una excusa reglamentaria para retrasar el suicidio.

Grita al borde del llanto porque sabe que se ha quedado sin excusas.

Y cuando se cansa de gritar, ya en paz, mira fijamente hacia la montaña cercana e inalcanzable, grandiosa pero surcada de profundas grietas invisibles que la vuelven frágil.

Ayer, durante la cena, el comandante Balmont le habló del nuevo peligro que se ha sumado al desprendimiento de los glaciares; la caída de monumentales porciones de roca, por el

derretimiento progresivo del permafrost, la capa de hielo inmemorial que los mantenía unidos como si fuera el cemento entre esos ladrillos colosales.

La montaña se muere, se descongela en *slow motion*, sus faldas de hielo que todo lo cubrían se recogen casi a ojos vista y dejan al descubierto desperdicios, trozos de aviones siniestrados, cuerpos de alpinistas perdidos, y en cualquier momento, los restos helados de lo que fue El Olimpo de Zeus Olabides.

Severo Justo fuma y no sabe si le da pena o le alegra la muerte de la montaña. Le parece egoísta odiar la belleza solo porque dentro de poco no podrá disfrutarla, cuando ha desperdiciado casi la mitad de su vida sin permitirse hacerlo.

El tiempo pasa blanco y sin ruido.

Fuma otro cigarrillo y, cuando busca una piedra para apagarlo sin peligro, descubre al hombre inmóvil, tres o cuatro metros atrás y a su derecha.

Será el habitante de la cabaña, piensa.

El hombre parece moldeado por la montaña, tan parecido y tan diferente a Eusebio, igual de alto y fuerte, la cara quemada por el sol y esas proporciones de coloso adormecido.

Pero lo que en su padre es tosco, en este hombre, que tendrá más o menos la edad de Eusebio, es armónico. Bajo las burdas ropas, los músculos se mantienen tensos y el celeste casi blanco de sus ojos completaría el cuadro de belleza si no fuera por ese brillo alucinado que muestran todos los dementes.

Sin saber por qué, Justo le ofrece tabaco y el hombre lo mira como si acabara de descubrirlo, franquea en un par de pasos la distancia que los separaba y recibe el cigarrillo. Tras encenderlo, agradece con un gesto que no es una sonrisa pero alcanza para devolver a su cara una juventud ancestral y un poco de la lucidez perdida.

Uno junto al otro, miran hacia la montaña.

—Es muy bella —dice Justo—, aunque puede matar.

—Yo la odio —dice el hombre—, porque mata.

Siguen fumando, los ojos atrapados por el horizonte blanco.

—Dicen que se está muriendo.

—Y yo espero vivir para verlo —dice el hombre que habla con voz de ermitaño genuino, de los que no suelen hablar ni siquiera consigo mismos.

El paréntesis de silencio dura otro par de cigarrillos y esta vez es el hombre quien lo rompe.

—Usted busca.

—Y usted espera.

—A saber qué será peor.

—Supongo que es cuestión de suerte: si el que busca tiene la fortuna de elegir, entre los millones posibles, el camino que lo lleva a lo que anhela, será feliz: y si el que espera, un día ve acercarse su objeto de deseo, podrá celebrarlo de antemano.

—Lo que yo espero va a ocurrir tarde o temprano.

—Si quiere un consejo, espérelo tarde —aconseja el policía—. Si le toca un guionista como el mío, lo va a demorar hasta el último minuto.

—Lo que usted busca, tal vez no quiera ser encontrado —dice la voz de caverna.

Justo lo piensa un segundo.

—Puede ser. Pero hace tiempo comprendí que la verdad existe y la justicia... quién sabe. — Señala con la barbilla hacia la montaña—. En alguna parte de ese bien llamado Monte Maldito, hay una cabaña enterrada bajo el hielo y dentro debería haber una docena de cuerpos, los de unos

jóvenes tan insensatos que se creyeron dioses. No sé para qué sirve comprobarlo, pero sirve.

En cuanto acaba la frase, Justo es alcanzado por un rayo.

Pero antes de perder el sentido, comprende que en realidad ha sido el golpe de un dios.

Recupera la conciencia un rato después, lo sabe por la luz que entra por la ventana. Su mente policial no deja de contrastar datos, *qué fatiga esta, la de no poder dejar de investigarme ni un minuto*. Sabe que está atado a un camastro de grandes proporciones y que le duele un chichón en la cabeza, que no ha ido a más porque le han aplicado hielo para reducir la hinchazón.

El gigante alucinado está de espaldas a él, pero, como si tuviera ojos en la nuca, le dice:

—Ha despertado.

Justo se alegra de que no lo mire a la cara, de todos los rostros que le imaginó a la muerte que le tocaría, nunca esperó que fuera el de un bello idiota. Y qué solas se van a quedar Lorna, Dalia y sus amigos, qué solo Eusebio si no va su hijo a salvarlo, qué solo Severo Justo, que ya no cree que nada ni nadie lo espere al otro lado.

El gigante montañés se levanta sin peso del taburete y va hacia los fogones. Baja la intensidad del fuego, prueba el contenido y mira a su prisionero, *ahora es cuando me explicará el simbolismo de mi sacrificio o quizás solo sea una frase sin sentido y mi esqueleto uno más de los que estarán enterrados detrás de la cabaña, acaso me revele una verdad que no servirá para nada porque será lo último que escuche*.

Los ojos celestes, casi blancos, demenciales y hermosos se posan en él mientras la voz profunda pregunta:

—No será usted vegetariano, ¿verdad?

Le ha soltado las manos, pero una pierna sigue amarrada al pesado camastro. Comen en silencio porque Justo se ha quedado sin palabras y *además este guiso está de muerte, parece que ahora me da por el humor negro, si no me ha soltado es que sigo siendo su prisionero*.

El otro parece recordar algo y saca una gruesa frasca llena de un vino denso y llena los vasos.

El prisionero está a punto de brindar, pero no sabe si procede en estas circunstancias, y piensa también que igual el golpe en la cabeza le ha afectado demasiado.

El otro señala con la quijada hacia la ventana, hacia el Monte Maldito que se enmarca perfecto en ella.

—¿De verdad quiere saber lo que pasó allí?

—Creo que lo sé, pero solo en parte. Y es posible que esa parte de la verdad que yo conozco sea la única que usted ignora.

El otro lo mira con los ojos neutros y asiente con la cabeza.

—Puede ser.

Se levanta y camina hasta un armario igual de rústico que el resto de la casa.

Saca un hacha de gran tamaño, que en sus manos parece pequeña.

Está muy, muy afilada, y casi lo prefiero, piensa Justo.

Con el hacha en una mano, mira fijamente por la ventana hacia la cumbre y le cuenta su historia.

Por momentos habla en español, por momentos en francés, y por momentos Severo detecta frases de lo que le suena a griego antiguo. Se alegra cuando comprueba el acierto de alguna de sus deducciones y se conmueve con detalles que el dios caído le cuenta por primera vez a alguien en voz alta, aunque lleve cuarenta años narrándose el horror a sí mismo.

Cuando llega al final del relato, cierra las ventanas con los gruesos postigos, *precaución inútil contra curiosos poco probables*, piensa Justo. En un valle saturado de turistas, esta es la única zona donde no habrá nadie en kilómetros a la redonda. *Nadie me oirá gritar*.

El gigante sopesa el hacha, abre la puerta y sale.

Justo espera en tensión durante unos minutos, hasta que comprende que no serviría para nada, se relaja con el estómago caliente por el succulento guiso y el vino denso y se duerme, cambiando su premonición de sueño eterno por una merecida siesta.

Cuando despierta, han pasado un par de horas y está desatado del camastro. El gigante no está a la vista, pero junto a la chimenea hay una gran pila de leña recién cortada.

Se levanta y solo siente un ligero dolor de cabeza, provocado por un mínimo chichón, *no hay nada como el hielo de la montaña para estas cosas*, piensa.

Abre la puerta y sale.

Unos cien metros más adelante, el hombre está en el mismo punto en el que lo descubrió hace unas horas, mirando hacia la montaña con amor y con odio y un fuego blanco en los ojos que intenta en vano que se derrita antes de tiempo.

—Puede irse. Ya no tiene que seguir buscando, porque encontró —le dice sin volverse.

—¿Es que usted tiene un ojo en la nuca? —se impacienta Severo.

—Algo parecido —dice el otro, y se levanta una larga melena de fino pelo blanco que comienza a ralear y deja a la vista una fea y profunda cicatriz en la nuca.

Justo busca en su bolsillo y descubre que le quedan solo dos cigarrillos, pero considera que en su condición de antiguo sacerdote lo más lógico es compartirlo con un dios.

Fuman.

—Yo encontré, pero usted seguirá esperando.

—No sé hacer otra cosa.

—Antes de irme, falta que le cuente la parte de la historia que usted ignora. Y que solo tiene sentido a partir de lo que me contó.

Y le cuenta y el gigante mantiene la misma postura atlética, pero de pronto se sacude como una montaña en terremoto, comienza a llorar y los ojos blancos, de tan celestes, parecen el cauce de un río subterráneo que no se agota.

Justo lo agarra por el hombro, lleva la gigantesca cabeza hasta apoyarla en el suyo y lo consuela mientras llora como lo que es: un casi niño de poco más de veinte años que lleva cuarenta congelado, alguien que quiso ser un dios cuando todavía no había aprendido a ser un hombre.

Pasa un buen rato hasta que deja de llorar y Severo Justo le explica lo que van a hacer:

—¿Te acuerdas de lo que te dije sobre la justicia y la verdad?

—Sí.

—La verdad ya la conocemos. Ahora nos toca hacer justicia. Ah, y no olvides traerte el hacha.

Informe BDA: Javier Avellaneda

Informe BDA (Este informe cierra el listado de individuos a investigar en relación con la BDA, aunque en el futuro puede haber actualizaciones sobre los mismos. El resto de integrantes tiene una importancia menor y no representan puntos débiles en la estructura de la organización).

Francisco Javier Avellaneda Larra y Cisneros. 43 años.

Estado civil: Soltero.

Hijo único del industrial Manuel Avellaneda y Pons.

Cargo en la BDA: Ninguno (a medida que se avance en la lectura del informe, se comprenderá su importancia para el objetivo fijado).

Formación: Comenzó diferentes carreras en universidades privadas de varios países (ver anexo), pero su negativa a respetar las normas de funcionamiento interno de esas instituciones hizo que no acabara ninguna.

Habla inglés, francés y alemán con fluidez.

Posee una notable habilidad en la conducción de vehículos y ha participado tanto en carreras legales como en competiciones clandestinas, en las que alcanzó cierto prestigio (ver anexo).

También destacó, durante su primera juventud, en la práctica del tenis y las artes marciales mixtas.

Salud: De constitución atlética, su estado físico suele ser excelente, aunque el consumo excesivo de cocaína y otras sustancias le ha causado problemas menores.

Lesiones en las costillas y en la pierna izquierda (ver anexo informes médicos) a consecuencia de sendos accidentes en carreras de coches.

Vida sexual: Activa y variada. No se le conoce pareja fija desde hace años, pero se lo vinculó como amante de numerosas modelos y actrices (ver anexo).

Finanzas: Excelentes, ya que tomó el control del patrimonio familiar tras la muerte de su padre, y aunque se vio privado de buena parte de ese capital tras los hechos que se narran a continuación, actuó con la suficiente rapidez y logró hacerse con los cuantiosos fondos invertidos en paraísos fiscales.

Sus propiedades en España, Francia e Italia han sido confiscadas, pero según nuestras fuentes posee otras tantas de similares características, adquiridas por testaferros.

Situación judicial: Prófugo tras escapar de la institución psiquiátrica (ver anexo) en la que estaba ingresado a la espera de juicio. Se le acusa de provocar varias muertes por conducción temeraria. En total, se le imputan ocho muertes provocadas al volante de automóviles y ocurridas, según los escritos de acusación, a lo largo de más de veinte años. Fuentes extraoficiales, sin embargo, lo consideran responsable de más de una veintena de muertes, entre atropellos con fuga en la vía pública y accidentes provocados durante competiciones clandestinas.

Entre estas víctimas se cuentan la mujer y la hija de Severo Justo, consideradas las primeras víctimas de Avellaneda (ver anexo).

Hace un año, durante la primera investigación de la BDA, el llamado Caso Nadie (ver anexo), Avellaneda fue identificado y capturado. Realizó una completa confesión coaccionado por Dalia Fierro, en la que reconocía los hechos antes citados. Tras su fuga del psiquiátrico, salió del país, aunque es probable que haya regresado utilizando una identidad falsa.

Apodos: En su juventud, sus compañeros de correrías lo llamaban *monsieur* Le Blanc, probablemente a causa de su afición a la cocaína. En la actualidad, en el ambiente de las carreras de coche clandestinas, se lo apoda As de Oro, ya que su firma es una gran letra «A» trazada con pintura dorada.

Carácter: Según el informe sobre su persona realizado por la doctora Dalia Fierro, se lo describe como «un psicópata sin consideración alguna por la seguridad ajena ni respeto por la vida humana, impulsivo y propenso a la lucha y la competitividad desmedida» (ver anexo).

Además, es persistente y vengativo. Cree haber hallado en Severo Justo un contrincante a su altura, por lo que es previsible que pase al ataque en breve.

Nota de interés: Desde que lo identificó como responsable de la muerte de su mujer y su hija, Avellaneda se ha convertido en una verdadera obsesión para Severo Justo, quien por medio de Dolores, viuda de Frontela (ver informe), realiza búsquedas ilegales a nivel planetario para tratar de localizarlo. **Y según fuentes más que fiables, cuando atrape a Avellaneda no planea ponerlo a disposición judicial, sino matarlo.**

Teniendo en cuenta que Justo es el único eje de la BDA, y que todo gira en torno a él, esa obstinación por cazar a Avellaneda **lo convierte en el punto débil por excelencia de la BDA.**

Nota: Todo esto se consigna a nivel meramente informativo y ya se trazará una línea de actuación para hallar a Avellaneda y usarlo contra Justo.

No iniciar ninguna acción.

Aún no es el momento.

A interior le lloran los ojos, porque lleva todo el día mirando con vocación de taladro a cada uno de sus colaboradores, para detectar al Judas que aspira a quedarse con su puesto.

Si algo tiene claro es que el presidente, que durante años ha estado en la inopia con respecto a

los asuntos de su ministerio, repentinamente sabe de su negociado más que él mismo, incluso sobre cuestiones tan remotas y olvidadas como el caso de El Olimpo.

Está claro que alguien lo asesora a mis espaldas, alguien que aspira a la sucesión ministerial.

Al principio pensó en los candidatos que se disputaron el puesto tras el triunfo electoral, y a los que logró desbancar con su pericia para hablar mal de alguien sin que parezca que lo hace.

Pero hoy llegó a la conclusión de que uno de esos enemigos apilados a un costado de su carrera está demasiado al tanto del día a día del ministerio. Tanto como para provocar la llamada que acaba de finalizar.

El presidente, olvidando cualquier esbozo de sonrisa, le reclamó su lentitud para frenar a Severo Justo en la investigación de El Olimpo.

—Sé que pasó hace cuarenta años —gritó—, pero parece que tú fueras nuevo en política, Interior. Aquí siguen mandando las mismas familias y lo último que queremos, con las elecciones tan cerca, es un escándalo que salpique a los mejores apellidos de España. ¿Sabes por qué?

—Porque todos creerán que ha sido una maniobra nuestra...

—¡Exacto! Y nos van a joder bien jodidos. Me estás decepcionando, Interior: ni siquiera conocías el expediente de El Olimpo y tuviste que echar mano de viejos funcionarios para enterarte. Pero estás a tiempo de enmendar tu error si...

Afortunadamente, el presidente siguió con su discurso cargado de amenazas veladas y explícitas, sin percatarse del error cometido: quien lo estaba traicionando lo hacía desde dentro, mediante alguno de sus ayudantes más cercanos, ansiosos por vengarse de sus acciones despóticas o escalar aún más en el gallinero del poder ministerial.

Pero por más que provocó sucesivos encuentros a corta distancia con cada uno de ellos, su mirada de diamante demostró ser vidrio barato, porque solo provocaba el temor habitual, cercano al terror en sus colaboradores pero en ningún caso la zozobra de saberse pillados en una traición flagrante.

Interior duda sobre el camino a seguir.

Podría demostrarle al presidente su efectividad y hacerle meditar sobre la escasa conveniencia de reemplazar al único ministro superviviente de su gobierno inicial por alguien que comienza traicionando para escalar posiciones.

No seas gilipollas, Interior, si ese es el único método y todos lo sabemos, se recrimina.

Es cierto que los informes de su corresponsal secreto le proporcionan sobre Severo Justo y la BDA una ventaja que hasta ahora no tenía.

Pero no en vano Interior ha llegado hasta donde está y se ha mantenido mientras otros caían.

El instinto le dice que Justo todavía es intocable para la opinión pública y *más ahora que la prensa del corazón, que había cobrado un repentino interés por su vida privada, parece haberlo dejado en paz.*

Interior enfrenta un dilema.

Si cargo contra él y fracaso, habré sellado mi suerte.

Si triunfo, ya no será tan necesario para el presidente, que podría cambiarme sin traumas una vez resuelto el problema que lo desvela.

Se enjuaga los ojos con colirio, se acomoda el traje impecable y sale a caminar por los pasillos del ministerio, sembrando miedo, o por lo menos inquietud. No ignora que a sus espaldas, en los bares cercanos, cuando creen que nadie los escucha, lo apodan *el Pequeño Napoleón*.

Pero el apodo, más que ofenderlo, lo halaga.

Siempre se ha sentido tan buen estratega como el corso.

Encuentra la solución y vuelve a su despacho con pasos más adecuados a la extensión de sus piernas, envía a sus subalternos próximos a diferentes misiones y, cuando se asegura de estar solo en el antedespacho, apaga la cámara oculta con la que vigila las actividades y cierra la puerta para que nadie pueda entrar de improviso.

Luego, tarareando una canción de su juventud, comienza a fotocopiar todos los informes de su corresponsal misterioso sobre la Brigada de los Apóstoles.

Cuando termina, quita la llave, vuelve a su despacho, se encierra y busca un sobre lo suficientemente espacioso como para transportar el considerable montón de folios.

Sonríe de forma maquiavélica, mientras escribe un nombre y un apellido en el frente del sobre.

Lo cierra, coge el teléfono y ordena que vayan a por Chávez.

IV

... el del monte Olimpo, el de no me toques los cojones o te meto un rayo por el culo!

ZEUS CARVER (SAMUEL L. JACKSON),
Jungla de Cristal. La Venganza

El discreto encanto del capuchino

En los hospitales, los fines de semana no existen, se dice la jefa de enfermeras de la segunda planta del Hospital Universitario de Cáceres, aunque sabe que esa afirmación es inexacta. *Claro que existen, urgencias se llena de fiesteros habituales o inexpertos —que son los peores—, borrachos que intentan recuperar en una noche lo que han perdido en todas las demás, conductores imprudentes o víctimas de conductores imprudentes, heridos de arma blanca —siempre me he preguntado por qué la llaman blanca si está roja de sangre— y gente que se ha tragado o introducido por cuanto orificio tiene a mano la más insólita variedad de objetos y acude esperando que alguien haga el milagro de sacárselos del cuerpo.*

En el área de hospitalización sí que hay un cambio en la marea de visitantes que exigen ver a sus seres queridos como si los quisieran, y se duplica el número de los que intentan aprovechar el día libre sin respetar los horarios de visita, pero la cosa se equilibra con los que prefieren aprovechar el fin de semana para no molestar y porque, al fin y al cabo, papá, mamá o la abuela están en buenas manos.

Para ella sí habrá fin de semana, porque esta vez no le toca guardia y eso siempre es algo a celebrar.

Sus compañeras se extrañaron de que se duchara antes del final del turno, en lugar de hacerlo después, como es habitual, para vestir «de civil» y salir a la calle *sin que todo el mundo te mire pensando que tienes que salvarle la vida o serás culpable de que la pierda.*

Pero como es la jefa y ha sabido labrarse fama de borde para ganarse el respeto pese a ser todavía muy joven, sus compañeras no hicieron comentarios cuando hace un rato se duchó, se arregló el pelo y, en lugar de ponerse ropa de calle, se enfundó en el otro uniforme, fragante y recién planchado.

Una de las nuevas no pudo contener la curiosidad y le preguntó:

—¿Para qué te maquillas, si todavía falta casi una hora para irnos?

Otra de las compañeras estuvo a punto de contestar, pero la fulminó con la mirada y cada una fue a lo suyo. Lo de ella fue revisarse en el espejo y asegurarse de que no quedaban rastros en su cara de la noche sin dormir, el maquillaje exacto pero no excesivo y en la mirada una determinación a prueba de balas *porque de hoy no pasa.*

Baja hasta la máquina de café y ordena un capuchino sin azúcar.

Sube por el ascensor vigilando que no se derrame ni una gota, y se le acelera un poco el pulso cuando desemboca en la planta y camina insinuante, *solo un poco, no te pases*, en busca del pasillo.

Sabe que el policía bajito y tan mono que cuida la 214 estuvo anoche de guardia, por lo que también tendrá el fin de semana libre y esta vez no se le escapa. De los monosílabos de los primeros intentos de conversación, ha pasado a las sonrisas y la gratitud cuando hace dos días ella le preguntó si quería un café porque tenía que bajar a la máquina y él quiso decir que no pero

dijo «capuchino» y a ella esa palabra le sonó tan sexi, sin embargo tuvo cuidado y solo se dejó ver lo necesario para que él la extrañe y anoche comentó al pasar que por fin iba a tener un fin de semana libre, aunque no tenía ningún plan y él, entre tímido y audaz, le confesó que tampoco, y *no lleva anillo y juraría que no tiene novia, aunque por si acaso preguntaré después, que ya habrá tiempo para decepcionarme*, se dice.

A las dos de la mañana, cuando le llevó otro capuchino, se rozaron las manos y ella juraría que las luces del pasillo parpadearon de tanta electricidad. Así que ahora, de punta en blanco y con el nuevo café, le dará ocasión de que pase al ataque y *si no pasaré yo*.

El pasillo es diáfano, un espacio sin fin, sin la línea azul y vertical en la distancia que representaba invariablemente el policía bajito y guapo, *creo que lo llamó Manu su compañero*, con el que se han ido alternando en estos días para cuidar la puerta del misterioso prisionero que ya no lo es tanto, desde que ayer ella consiguió colarse con la visita del médico que cuida a ese viejo enorme que apenas cabe en la cama, tendrá unos setenta y tantos, pero incluso abatido y con una de esas batas que te roban la dignidad, seguía emanando un poder dormido, aunque poder al fin. Le parecieron ridículas las esposas que unían su muñeca derecha a la estructura de la cama, *si ese jodido viejo hubiera querido se va con la cama auestas*. Sus heridas, un corte longitudinal en cada muñeca, cicatrizan rápido, no había nombre en la ficha ni tampoco cuando intentó buscar su identidad en el ordenador del hospital, y en los vestuarios las chicas han dicho que está allí porque mató a un tipo por una antigua venganza, aunque no sabe si lo habrán inventado, porque en los ojos del viejo no había paz de revancha consumada, solo miedo y no a la cárcel, era un miedo ajeno, miedo por otros, miedo de animal herido y capaz de cualquier cosa.

Acelera el paso hacia la 214, sabe que durante la noche el policía se encierra por dentro con el prisionero y da una cabezada, aunque ya son más de las seis y lo habitual es verlo recto ante la puerta, desdeñando la silla que suele utilizar su compañero, recto y estirado para alargar su breve estatura, *y a mí me gustan así, pequeños pero matones, seguro que estará durmiendo o habrá entrado al servicio*, se dice y se convence, pero la puerta está entreabierta y la empuja y su joven policía no está en el baño, sino tumbado en la cama que ya no alberga la desmesura del viejo, que ha desaparecido, se siente estúpida al buscarlo en el baño porque sabe que no estará, el extremo de las esposas cuelga ridículo y vacío en el aire, deja el vaso de capuchino sobre la mesilla y se abalanza sobre el policía para constatar sus signos vitales, mientras ve en el suelo, con la mitad del contenido derramado, un vaso igual al que acaba de soltar. Y solo piensa *no es un capuchino, pero el pobre tendría tanto sueño que se lo ha bebido igual*.

Dalia Fierro despierta con una banda sonora diferente a la habitual, coral de pájaros en lugar del concierto de cláxones, respira el aire limpio de Lomo de Gata y se dice que, más allá de los dudosos resultados del plan de Lorna, estos tres días en la sierra le han venido de maravilla.

Sí, para seguir postergando lo inevitable, dice dentro de ella una voz áspera que nunca duerme.

—No me jodas, Ráfaga —responde somnolienta—. Haré lo que tenga que hacer y cuanto antes, pero si esperé más de dieciocho años para resolver una historia de amor que a lo mejor nunca lo fue, no importa una semana más.

A ti no te importará, bonita, pero al bebé que está creciendo en la tripa de Olga y que te quiere enchufar como si fuera vuestro, vaya si le importa. Sabes que para esas cosas hay plazos, ¿verdad?

—¿Y quién te dijo que yo voy a proponerle que...?

No me lo dijo nadie, pero sinceramente no te veo, a punto de cumplir los cincuenta y haciendo de madre de un niño que sabes que no es tuyo. Está claro que ya no soportabas a Olga incluso antes de que te pusiera los cuernos con ese niñato, a mí no puedes engañarme porque estoy dentro de tu cabeza y sé lo que piensas: que estaba mejor en coma, linda y calladita, mientras tú la proveías de lo necesario para su subsistencia. Un pensamiento bastante machista, doctora Fierro...

—¡Vete a la mierda! —Dalia se levanta de la cama de un salto—. Ya me has arruinado la mañana, joder.

Perdona, si quieres te dejo que pases el día cantándole a los pájaros del bosque, como una princesa de Disney...

—Lo que pasa es que te pone de mala hostia estar en un lugar tan tranquilo. Pero lo cierto es que estos tres días nos han venido bien y tienes que admitirlo; el sitio es una maravilla y la compañía de Dolores nos hace bien, no sé si está más loca que nosotras, pero es mucho más sabia.

Se desnuda y va hacia el baño.

Como siempre, se mira de reojo en el espejo y le gusta gustarse todavía y gustar a los y las demás, así como la desconcierta la firmeza que mantiene su cuerpo, *quizás al ser tantas personas en mi cabeza, los años se dividen entre todas*, se dice.

Ráfaga ríe y su risa es desagradable.

Ya te gustaría, guapa. Sabes que tarde o temprano nos va a dar el «viejazo», nos lo advirtió Dolores la otra noche, con las copas de después de la cena. Y coincido contigo: me gusta la vieja. No solo es sabia y una diabla con los ordenadores: sabe defenderse y gozar. ¿Has visto el puño americano que lleva siempre en el bolso? Ojalá pudiéramos llegar a su edad y ser como ella. Con respecto a la tranquilidad de estos días, es un engaño de esos tuyos para aplazar decisiones y lo sabes. ¿El lugar? Pienso del campo lo mismo que Dolores, que se ve bonito en los documentales, pero siempre está sin barrer y lleno de bichos.

—Eres una amargada —dice Dalia, y abre el agua fría a tope.

Ey, cabrona, abre la caliente, que aunque el clima sea benigno, aquí arriba en la sierra siempre hace fresco y lo último que nos falta ahora es pillarnos un catarro. ¿Has pensado en aprovechar estas vacaciones forzadas para buscar compañía? La cama es muy ancha y la recepcionista de este hotel con encanto te mira más encantada todavía, casi tanto como su novio, ese mocetón que anda arreglando de todo por el hotel. Igual podemos ponerle un poco de pimienta al aburrimiento nocturno de Lomo de Gata...

Dalia modera la temperatura y se enjabona.

—No seas guarra, tía. Hemos venido a investigar, no a montar tríos.

¡De tríos nada, guapa: cuartetos, que yo ando por aquí dentro y tomo unas cuantas decisiones...!

Dalia no puede evitar la carcajada.

Prefiere a Ráfaga en modo cachonda, porque puede controlarla mejor que cuando se pone en modo asesina.

—Mira que te conozco desde niña y ya sé lo que quieres...

La culpa es tuya, por habernos mirado en el espejo, y ya que no vas a poner en práctica lo de la recepcionista y su novio...

Las manos enjabonan y acarician y se dejan llevar y por una vez Dalia y Ráfaga se ponen de

acuerdo.

La voz dentro de su cabeza raspa menos cuando gime más.

Pero mientras se viste, casi con pesar, vuelve al monólogo habitual.

En serio, tía, tenemos que solucionar lo de Olga definitivamente. Ya no es solo que quiera cargarte el crío ajeno; tú sabes que se cargó, o hizo que alguien, quizás ese mismo niño, se cargue al cabrón de Yago, y que conste que no tenemos nada que objetar al respecto, al fin y al cabo fue él quien la dejó en coma durante tanto tiempo, pero que saque fotos de tu coche e intente incriminarnos suena a resentimiento y venganza.

—Todavía no sabemos exactamente qué ha ocurrido...

Pero sí que ella está implicada. ¿Por qué no le cuentas el asunto a Dolores? Ella siempre sabe qué hacer... Bueno, casi siempre, porque este plan que se montó con Lorna es una pérdida de tiempo. Llevamos tres días en este pueblo de postal y, por más que ella ha hablado con todos los viejos y viejas del lugar y vaya disfrazada de diva del cine mudo (hay que ver lo que le gusta disfrazarse, a la vieja), nadie ha mostrado el menor interés. La tal Lola, si es lista, estará en cualquier otra parte del país.

Dalia sale al pasillo y no responde porque no sabe qué contestar.

En la recepción se cruza con la dueña, puede que esté a punto de cumplir los cuarenta y es muy guapa, y *nos mira con simpatía y hambre, mucha hambre atrasada*; según le contó Dolores, que se entera de todo, era abogada en un importante bufete de Barcelona hasta que un día se hartó de su matrimonio burgués y se vino con su joven amante a la Sierra de Gata, donde restauraron un viejo caserón y lo convirtieron en un hotel de esos que coleccionan buenos comentarios en el TripAdvisor.

Le pregunta si ha dormido bien y por culpa de Ráfaga cada frase parece ocultar una promesa o una segunda intención.

Intenta ser amable y responder de modo neutro, pero cada palabra también suena equívoca y Ráfaga se carcajea dentro de ella.

Sube por la escalera hacia la terraza con su promesa de desayuno y, cómo no, en el camino se cruzan con el novio de la dueña, un chico alto, de mirada silvestre y poco más de treinta años *que nos desnuda con la mirada, será que le gusta la arqueología, al cabrón*, dice Ráfaga, y la sonrisa de Dalia provoca otra sonrisa de él.

—Maldita seas —murmura Dalia mientras remontan los peldaños que faltan—. Lo peor es que igual vas a tener razón y quieren tema, pero nosotros no estamos para temas, he dicho. Y punto.

En la terraza, que presume de unas vistas envidiables, solo hay tres mesas ocupadas: la de la familia sueca con niños también aburridos (Dolores asegura que son robots y por las noches les cambian las pilas); más allá, una parejita joven que ha cometido el anacronismo de casarse y se prepara para una excursión por los pueblos cercanos, aunque se les nota la impaciencia por volver al cuarto y seguir explorándose; y más allá, un matrimonio que pone en práctica esa recíproca indiferencia en la que a veces acaba convirtiéndose lo que alguna vez fue el amor.

Otras dos mesas exhiben los restos mortales de otros tantos desayunos. Una será la de Dolores, le habrá dado por madrugar, así que estará en su cuarto, vistiéndose de vieja mujer fatal para seguir con su representación. La tentará para que vuelva a subir y la acompañe mientras desayuna. Cuando habla con ella, Ráfaga suele callar.

Cruzando los dedos para no volver a encontrarse con ninguno de los dos objetos de deseo a los que ya no puede separar de su imaginación, Dalia va hasta la habitación de Dolores y golpea a la puerta.

No hay respuesta.

Golpea otra vez y *quizás esté en la ducha*, pero no se oye el sonido del agua caer.

Golpea más fuerte y tampoco hay respuesta.

Verifica que la puerta está sin llave, pero duda antes de entrar. Dolores es capaz de haber hecho que Mingo se viniera desde Madrid para tener una de esas sesiones amatorias de octogenarios que todavía la sorprenden. No hace mucho, cuando investigaban el caso del asesino de viejas de Lavapiés y compartían un piso como infiltradas en el barrio, una noche que Dalia salió de fiesta por los bares cercanos, al volver encontró el salón revuelto y pensó que Dolores había sido una víctima más y escuchó ruidos en el dormitorio y entró dispuesta a matar al asesino... para encontrar a la *hacker* y a Mingo en una pose sexual que no recuerda haber practicado nunca y que prefiere no recordar.

Así que golpea otra vez, hasta que se convence de que es imposible de que no la escuchen.

Gira el picaporte y entra.

La habitación está impoluta y la cama completamente tendida, porque no ha sido usada. *Es demasiado temprano para que comiencen a hacer las habitaciones*. Recorre la estancia y, antes de salir, cerca de la puerta, destacando en la alfombra, ve la mancha de sangre.

No es muy grande, pero alcanza y sobra para disparar todas las alarmas de su mente.

Con la ayuda de Ráfaga, recorre el hotel tratando de no entrar en pánico, hasta que se convence, busca la terraza y en un rincón apartado marca el número de Frontela.

—Jorge, por favor, tienes que ponerte en contacto con Justo. Cuanto antes.

—Estará por llegar a Barajas en cualquier momento. Me llamó hace unas horas desde Ginebra. ¿Qué ha ocurrido?

—No te pongas nervioso, pero me temo que han secuestrado a tu abuela.

La cuenta atrás

Lorna Durán disfruta de cada curva que los acerca a Lomo de Gata. La primera vez que vinieron juntos a su pueblo natal, Justo insistió en que fuera ella quien llevara el volante, quizás para negar su parte en la decisión del retorno. Y siguió conduciendo en cada visita.

Cuando hace unas horas él la llamó por teléfono desde el aeropuerto para pedirle que lo acompañara y le contó lo que estaba ocurriendo, ella se preparó en tiempo récord, al salir del edificio miró por reflejo a ambos lados de la acera, pero no había ni sombra de periodistas y se subió al coche por el lado del conductor, desplazando a Justo.

Al ver sus ojos después del beso, comprendió que estaba cansado pero instalado en una determinación lenta, inexorable, sobre la que prefería no hablar de momento. Al salir de Madrid le pidió que apagara el móvil y durmiera un poco, porque necesitaría estar fresco al llegar al pueblo.

Y él lo hizo, con una confianza que a ella todavía la conmueve, ahora que despierta con los ojos como siempre un poco tristes, pero sonríe al verla conducir y le acaricia el pelo con una delicadeza que la estremece más que cualquier caricia íntima.

—¿Cómo estás?

—Estoy donde tengo que estar y con quien quiero estar.

Le da un beso en la mejilla para no distraerla y enciende su teléfono.

Durante cinco o seis kilómetros, cada uno se atrincheró en su propio silencio y se anima a revelar los secretos pendientes, porque qué mejor momento que ahora, cuando están juntos ante la adversidad y dos personas queridas pueden estar en peligro; *y no es justo que no le hable de la maleta y el sobre*, piensa Lorna; *y no es justo que no le diga que antes o después tendré que matar y morir y dejarla sola*, se dice él.

Y cuando ambos se deciden a hablar, suena el teléfono, como en las malas películas y en las peores novelas.

La pantalla del salpicadero indica que es Bermúdez.

Severo activa el manos libres y se escucha la voz del comisario:

—Malas noticias, jefe. O buenas, eso lo decides tú. Te llamo desde Brindisi. Anoche encontraron un brazo de mujer en la Piazza della Vittoria, junto a la fuente.

—¿Qué anillo llevaba?

—Un pavo real. Hera. Isabel Olabides, la hermanastra juguetona. Por suerte, Marchetti estaba sobre aviso y se movió con rapidez.

—Perfecto, Paco: y si hace falta, que te eche una mano Pablo desde Francia...

—Como anoche no te localizaba, decidimos que lo mejor sería que él fuera a Grecia, porque Le Anormal se dio un garbeo, se tomó un par de copas y se fue a París.

—Una excelente decisión. Así Pablo estará ya en Larisa cuando aparezca el brazo que corresponda. Es imprescindible que utilicemos todos nuestros contactos e influencias para que no

se hagan públicos los hallazgos, Paco. Si hace falta, argumenta razones de estado, que yo luego te cubriré con apoyo oficial.

—Lo que digas, Justo. ¿Por allí, todo bien?

—Todo en orden, Paco. Y felicitaciones por la iniciativa.

Cuelga y Lorna se distrae de la carretera por un segundo para mirarlo con sorpresa.

Pero antes de que pueda decir nada, el policía ha marcado un número y al otro lado atiende la voz de un inspector Frontela impaciente y angustiado.

—¿Tiene alguna novedad de mi abuela, Justo?

—Todavía no, Jorge. Pero estamos a punto de llegar y te prometo que la recuperaremos sana y salva. Y para que estés más tranquilo, vente para Lomo de Gata y tráete a Gutiérrez contigo.

—Muchas gracias, pero... Si están todos ustedes fuera, alguien tiene que hacerse cargo de permanecer en la Brigada...

—No te preocupes, que Bermúdez está regresando y en unas horas estará allí. ¿A quién puedes dejar a cargo mientras tanto?

—Está el subinspector Cortina...

—Perfecto. Dile que no se separe del teléfono hasta que llegue Bermúdez. Pilla el coche y veníos para aquí, es mejor que conduzca Gutiérrez, que te escucho muy nervioso. Pero te doy mi palabra de que a Dolores no le va a ocurrir nada malo.

Con la voz compungida, Frontela se despide y Lorna vuelve a mirarlo como si no lo conociera. Pero Justo parece lleno de energía después del breve sueño y ya está marcando otro número.

—¿Darío? Soy Severo. ¿Se sabe algo?

La voz del teniente brota de los altavoces:

—No, Justo. Y casi me alegro de que sea así. —Suenan afligidos—. Lo están buscando por toda Extremadura y me temo que no van a parar hasta encontrarlo. Lo peor es que el policía al que narcotizó resultó ser alérgico a la sustancia que contenía el café y, según me dicen, se debate entre la vida y la muerte.

Lorna presiona el brazo de Justo para confortarlo, aunque sabe que no servirá de mucho.

—Lo que no entiendo es cómo pudo escapar... —sigue Darío.

—Es evidente que tuvo un cómplice, que fue quien drogó al policía y, con toda probabilidad, la misma persona que le hizo llegar la navaja para suicidarse y el papel para dejar la nota... Son demasiadas coincidencias, Darío.

—¿A qué coincidencias se refiere? ¡Claro, Lola! ¿Usted cree que fue ella? Ha desaparecido del pueblo desde que detuvieron a su padre. Y por aquí hay una anciana muy rara que la está buscando...

—Se llama Dolores, trabaja para mí y parece ser que en algún momento de la madrugada desapareció del hotel Sueños de Gata.

—¿Cómo? Nadie me ha informado de...

—La culpa es mía, Darío, intentaba dar con Lola por mis medios, para saber más sobre mi padre. Y me temo que he provocado todo esto.

—Yo creo que usted ha hecho lo que creía mejor, Severo.

—Y resultó para peor. Ya casi estoy llegando.

—¿Por qué no investiga usted lo de su amiga, que conoce más el pueblo, y yo me acerco a Cáceres para contactar con mis policías amigos, a ver si podemos encontrar a Eusebio antes que los demás, porque están muy enfadados...?

—Te agradezco, pero me serás de más utilidad en Lomo de Gata. O mucho me equivoco, o

Eusebio volverá a la sierra. La conoce como la palma de su mano y solo aquí se sentirá seguro.

—Tiene lógica. Haremos como usted dice.

—De tú, Darío, por favor. Y muchas gracias por todo. De corazón.

Cuando cuelgan, Lorna no puede contenerse.

—No lo tomes a mal, pero lo que acabas de decir es una chorrada grande como una casa. Sabes perfectamente que si tu padre vuelve por aquí, lo cazarán como a un animal salvaje.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué le has mentido a tu amigo?

—Porque si él cree que Eusebio volverá por aquí, terminará por decírselo a sus colegas, aunque solo sea por ayudar, y más gente lo creerá...

Lorna resiste la tentación de detener el coche y aprieta el acelerador.

—Te felicito, veo que has aprendido a mentir. No sé si alegrarme por ti o preocuparme por mí.

—Preocúpate por mí, Lorna. Preocúpate por mí.

Vuelve a sonar el teléfono, Severo acepta y en la cabina del coche resuena otra voz desconocida para Lorna.

—¿Comisario general Justo? Soy el subinspector Cortina. Perdona que lo moleste, pero Frontela se acaba de ir y me dijo que...

—Ha hecho usted muy bien, Cortina. Dígame: ¿hay alguna novedad?

—Sí. O quizás no, no lo sé, señor...

—Si se explica usted mejor, quizás lo entienda.

—Es que acaba de llegar un sobre a su nombre. No sabemos quién lo dejó, porque no entró por el acceso al público y por eso no sabía si...

—Hizo bien en avisarme. ¿Cómo es el sobre?

—Grueso, más o menos de unos cinco centímetros de alto y de tamaño folio. No tiene ningún signo de identificación, salvo su nombre escrito de puño y letra en el frente y, desde luego, lo hemos sometido a las comprobaciones de rigor para prevenir que contuviera explosivos o sustancias tóxicas... Pero está limpio. ¿Se lo dejo en su despacho para cuando vuelva?

—Sí, Cortina. ¡Mejor no! —Severo Justo adopta una voz marcial que a ella le suena forzada pero que impresiona al subinspector—. Sé que lo que voy a pedirle excede sus obligaciones, pero, eh..., perdóneme, no recuerdo su nombre de pila.

—Pablo, señor.

—Lo que decía, Pablo, es que está usted en todo su derecho de negarse y lo comprenderé. Pero el contenido de ese sobre es de vital importancia para una investigación en curso y llevo esperándolo varios días. Si pudiera traérmelo usted hasta Lomo de Gata en la provincia de Cáceres..., son unas tres horas y media en coche y otras tantas de vuelta, pero lo mínimo que puedo es ofrecerle mi agradecimiento y una semana libre a partir de mañana.

—¡No tiene nada que agradecer ni que recompensar, señor! Parto de inmediato hacia allí.

—Muchísimas gracias, Pablo, búsqume en el hotel Sueños de Gata, por favor.

Ya están muy cerca del pueblo y Lorna cede a la curiosidad.

—Ya sé que nuestro pacto es no hablar de trabajo para que no se mezclen nuestras profesiones, pero estamos juntos en esto y, si se trata de tu padre o de Dolores, no quiero quedarme fuera. ¿Qué es lo que contiene ese sobre que tanto esperabas?

El lúgubre y a veces demasiado ceremonioso Severo Justo sonríe como un niño travieso que le pone moteles ocultos a los vecinos cuando admite:

—Ni idea, Lorna. O, como diría mi amigo Jules Rutés, ¿lo recuerdas?: «No tengo ni la idea

más puta».

Y ya no hay tiempo para preguntar más, porque ha entrado a Lomo de Gata en el momento en que resuenan las campanas de la iglesia y Lorna presiente que marcan el comienzo de una cuenta atrás, no sabe si para Eusebio, para Dolores, o para ambos.

Lo que une los pedazos

—Creo que alguien en la Jefatura Superior de Badajoz tuvo la misma idea que usted —se excusa Esquivel.

Alrededor de ellos, todo es movimiento, gente que viene y va.

Se respira una excitación peligrosa en el aire.

—Era lógico, Darío. Me imagino que estarán enviando un buen contingente de agentes para rastrear la sierra, pero eso no me preocupa tanto como esta gente.

—Lo siento, pero tuve que informar a la población. Fue una orden directa de mi general de brigada.

—También resulta lógico. Solo espero que los vecinos no se pongan histéricos y salgan a cazar a mi padre con escopetas.

Se espanta Esquivel.

—¿Usted lo cree?

—No lo creo, Darío, lo sé. Aunque lleve muchos años fuera, este es mi pueblo y no ha cambiado. Así que me temo que, más que coordinar la búsqueda de Eusebio y Lola, tendrás que controlar a una turba enardecida...

Palidece el teniente y se disculpa porque tiene tareas que organizar y promete que lo tendrá al tanto de cualquier novedad que se produzca.

Se van a dar la mano para despedirse, pero inesperadamente Justo lo abraza.

—Nunca olvidaré todo lo que estás haciendo por mí, Darío.

El guardia civil se marcha emocionado.

Dalia y Lorna observan al policía.

Me temo que lo de su padre ha sido demasiado para él, piensa Dalia.

Juraría que está a punto de desmoronarse, pero por algún motivo sigo confiando en él, se dice Lorna, quizás para tranquilizarse.

—¿En el hotel habrá alguna sala que nos puedan prestar, Dalia?

—Me imagino que la terraza de los desayunos, porque no se usará hasta mañana...

—Creo que servirá.

Lorna nunca lo ha visto trabajar y la fascina esa concentración distraída, parece que estuviera en cualquier lugar lejano, pero sospecha que dentro de su mente corre para alcanzar un pensamiento que va demasiado rápido.

La dueña del hotel les cede de mil amores la terraza y Justo despliega sobre una mesa el gran mapa de la región que le ha pedido.

Lo estudia dejando vagar los ojos por cada rincón de la sierra.

La dueña pregunta si desean beber algo y responden que no, gracias.

—Lo que necesites, me lo pides —dice ella mirando a Dalia, que se sonroja como si alguna voz rasposa se burlara dentro de su cabeza.

Cuando se quedan solos, Justo aparta el mapa y mira a Fierro.

—¿Has intentado llamarla al móvil?

—No seré una policía entrenada, pero tampoco soy tonta —se defiende—. Claro que la llamé, una docena de veces, cuando descubrí que no había pasado la noche aquí. El teléfono estaba encendido, pero nadie respondió.

—¿No podéis rastrear la señal por el GPS y localizar dónde la tienen retenida? —propone Lorna.

—Nosotros, no. Pero sé quién podría hacerlo en minutos: Dolores.

—Seguro que Frontela o Gutiérrez pueden. Son sus discípulos más aventajados y...

—Y ya estarán casi a mitad de camino de aquí, Dalia. No me siento capaz de hacer que Jorge vuelva a Madrid. Está muy asustado por su abuela y aquí al menos se sentirá más cerca de ella. Tampoco le quitaré a Gutiérrez, necesita su apoyo en estos momentos.

—¿Y si le pides a tus compañeros de la Brigada de Investigación Tecnológica que localicen el móvil? —propone Lorna.

—Lo harían, aunque tardando más que Dolores. Pero sería lo mismo que entregar a Eusebio atado de pies y manos, si está con ella.

—¿Entonces no podemos hacer nada?

—Quisiera ver la habitación —pide Justo.

Cuando llegan, permanece durante cinco minutos observándolo todo desde el umbral. Luego parece flotar sin peso por la estancia, escaneando cada rincón. Con la misma agilidad, mira abajo de la cama y sin decir palabra vuelven hacia la terraza.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Dalia.

—Hay algo que no encontré y eso es bueno. ¿Le puedes pedir a tu amiga una copa de vino de pitarra? Mejor una frasca. Os lo recomiendo para entonar el cuerpo. Y tenemos todavía para un rato.

Ambas se miran extrañadas.

Comparten el temor de que él se haya vuelto loco y se lo dicen con miradas.

Ya está, se rompió, dice Ráfaga en la mente de Dalia. *En realidad, lleva roto más de veinte años, así que no debería sorprendernos.*

Me niego a admitir eso, dice Dalia. *La fragilidad de Justo es la que lo hace fuerte. Lleva tanto tiempo roto en pedazos pero entero por fuera que ese dolor congelado es el que mantiene unidos los fragmentos.*

¿Ahora te vas a poner poética, doctora?, se burla Ráfaga sin ganas.

No, no. Es como un fenómeno de la naturaleza, lo vi no hace mucho en un documental de la tele, no recuerdo cómo se llama...

El nombre viene a su memoria y lo dice en voz alta:

—Permafrost.

Justo parece salir del ensimismamiento y la mira con cierto interés.

El sonido de su teléfono móvil los sobresalta.

Lo acerca a su oído y escucha durante unos segundos.

—Me parece bien —responde, y cuelga.

Se asoma a la terraza y observa sin prisa cómo se despliegan los uniformados y, por otra parte, los batallones de búsqueda.

Las calles se vacían lentamente y, cuando no queda nadie, Justo dice:

—Vamos.

Ellas lo siguen por calles que a Dalia le parecen iguales entre sí, pero que Lorna reconoce de las visitas en que trataba de memorizar el mapa de la infancia del hombre al que quiere.

Llegan a una casa de piedra no muy grande.

Sin vacilar, el policía abre la puerta y entra con las dos mujeres detrás.

Antes de ver nada, se escucha la voz de Justo:

—Buenos días, Dolores. Buenos días, Lola. Espero que se hayan sentido cómodas en mi casa.

El día de la Virgen

Dolores sí parece cómoda y además pequeña, sentada en la silla que siempre fue de Eusebio y que el Severo niño imaginaba tallada directamente de un árbol monumental. Sobre la mesa, una frasca de vino oscuro y dos vasos a medio llenar acompañan un despliegue de embutidos y quesos, y el jamón que hace unos días parecía víctima de Jack The Ripper, ahora más delgado pero restablecido, resulta tentador.

Menos cómoda parece Lola, atada a otra silla, de tamaño normal pero igual de robusta. Un esparadrapo y unas tiritas cubren un golpe reciente en su mejilla, y todos los ojos se dirigen al puño americano de Dolores, que en lugar de estar en su bolso, «porque una nunca sabe lo que pretende un desconocido y una chica tiene que saber cuidarse», brilla sobre la mesa y cerca de las manos de la *hacker*.

Lola no responde, porque tiene una mordaza en la boca.

Dolores no, así que suelta con su tono habitual:

—Menos mal que has espabilado, Justo. Creí que tendría que pasar otra noche aquí con tu amiga, que, la verdad, tiene poca conversación.

Justo se acerca y presiona con infinita suavidad el hombro de Dolores.

—Gracias —dice en voz baja, y no hace falta que diga nada más.

—Al final, el plan funcionó —admite con cierta incredulidad Dalia.

Lorna no dice nada, porque la última vez que estuvo en esta casa todavía la llenaba la breve presencia de Antonia, iluminándolo todo como si no le costara el menor esfuerzo, y le costaba, porque en esa misma mesa en torno a la que se sientan ahora las ancianas fue donde le contó lo del cáncer que venía callando, «porque, total, el morir es cierto, el cuándo, el cómo y el dónde, inciertos», y también le hizo jurar que no le contaría nada a Justo ni a Eusebio.

Dolores advierte las lágrimas en los ojos de la periodista y dice:

—Joder, Lorna, chica, no sabía que me quisieras tanto. Ya te dije que no corría peligro...

—Pero no entiendo... —dice Dalia—: la mancha de sangre en...

—Aquí, la amiga —señala con la cabeza—, que tuvo la mala idea de venir a amenazarme con una navajita. Pero no le hice mucho daño. ¿A que no, Lola?

Lola sacude la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Pero yo creí que te habían secuestrado! —se queja Dalia.

—¿A mí? Todo pasó como planeé. Por lo que Lorna nos contó, estaba claro que Lola siempre estuvo loquita por Eusebio, así que no se quedaría de brazos cruzados en su escondite, mientras en el pueblo una mujer guapa y mundana proclamaba que había sido su amante durante años...

—¿Por qué no dejaste una nota? —Recuerda algo y se vuelve hacia Justo—. ¿Y tú cómo te diste cuenta de que se fue por su voluntad?

—El cargador del móvil. No estaba en la habitación y no es frecuente, cuando te secuestran, que te permitan elegir qué llevas contigo.

—Perdón por el susto, me pareció la forma más práctica de hacer que Severo viniera hasta aquí. Porque creo que estos dos tienen una charla pendiente, ¿a que sí, Lola?

Y Lola sube y baja la cabeza y luego la mira.

—¡Qué cabeza la mía, con mordaza poco podrás contar!

La desata, le quita el pañuelo de la boca y Lola respira hondo.

Dolores le da un codazo suave.

—Venga, no exageres, que hemos comido buen jamón y bebido buen vino toda la noche y solo te até para echar una cabezadita...

Lola mastica un insulto, pero asiente al mismo tiempo.

Luego mira al policía:

—Severito, te debo una explicación y te la daré. Pero a solas. Son asuntos de familia.

—Estas tres mujeres son lo más parecido a una familia que tengo, así que prefiero que me lo cuenten todo delante de ellas.

En lugar de sentirse disminuida por compartir el concepto de familia, Lorna lo siente más real, ahora que abarca los dos mundos de Severo Justo.

—Vale —concede Lola—. Pero sentaos, que esto irá para largo.

—De momento, me conformo con que me digas dónde está Eusebio.

Lo mira sin comprender.

—¡En el hospital en Cáceres! ¿Es que le ha pasado algo?

—Hasta donde sé, anoche gozaba de salud suficiente como para dejar a un policía fuera de combate y escapar con la ayuda de su cómplice, que no puedes ser tú, porque has pasado la noche aquí... —Apoya las palmas sobre la mesa y habla con suavidad—: ¿Por qué te escondiste de mí, Lola?

—Porque me asusté, Severito. Podía creer que tu padre mató al cabrón de Florencio. Cada primer fin de semana de mayo, por la fiesta de la Virgen de la Montaña, cuando le daba su paliza anual, yo temía que se le fuera la mano, una de esas manos enormes tuyas, y se cargara al maldito sin querer. Pero cuando en el pueblo dijeron que intentó suicidarse, supe que algo extraño ocurría. ¡Eusebio jamás se quitaría la vida! Tenía que haber alguien más detrás de esto. Temí que viniera por mí y me escondí en casa de una prima, en Robledillo de Gata.

Se hace un silencio hasta que Lola sigue:

—Yo estuve enamorada de Eusebio desde niña. Todas perdíamos la cabeza por ese grandullón que siempre andaba con algún libro en un morral como ese. —Señala el que Severo ha llevado a todas partes desde hace una semana, incluso hasta la base del Monte Maldito—. Todas locas por Eusebio, pero él solo tenía ojos para una...

—Antonia —murmura Lorna.

Justo levanta la mano.

—Tú me contaste que Eusebio y Florencio se enemistaron por culpa de mi madre, Lola. Pero yo sé que fue por ti.

—¿Por mí? —Se golpea la frente—. ¡Comprendo, has hablado con el Chirvique! Yo no sé cómo ese borrachín sigue vivo todavía...

—Pero uno de los dos miente, Lola.

—Ambos decimos la verdad. Anda, lléname el vaso, que tengo seca la garganta.

Lorna trae nuevos vasos y los llena. Todos están pendientes de Lola, que ha vuelto a ser la de siempre y hasta disfruta de la atención:

—El Chiri no te mintió, solo te contó la primera parte de la historia. La realidad es que

Antonia se le metió en la sangre a Eusebio desde que éramos niñas y todo el pueblo se dio cuenta, salvo tu madre, que también estaba colada por él, pero ni siquiera en la adolescencia pasaron de ser amigos, aunque todos podíamos ver las chispas cuando se acercaban. ¿Has escuchado esa cursilada que dicen los *coach* por la tele, cuando hablan de «seres de luz»? Eso eran Eusebio y Antonia. Y bastante anticuados, además. Nuestra época no era tan diferente a la vuestra, se hacían las mismas cosas, pero se presumía menos. A los quince tuve mi primera experiencia sexual, con el Chirivique, qué remedio, pobrecillo, si te acuestas con él comprendes por qué tuvo siempre tan mala suerte con las mujeres.

A Dalia se le escapa una risita de Ráfaga.

—Continúa, Lola. Por favor.

—Todas y todos los de nuestra edad buscamos alguna experiencia, porque las hormonas mandaban. Salvo Eusebio y Antonia. Él le regalaba libros de los que hablaban durante horas. Siempre estaban cerca, pero nunca se tocaban. ¡Y cómo se miraban cuando el otro no estaba atento! He visto mozas quedar preñadas por mucho menos, créeme.

—Y tú tomaste la iniciativa —sentencia Dalia.

—Sí, pequeña. Estaba loca por Eusebio, pero me aguantaba, porque yo también adoraba a Antonia. Pero el gigante estúpido me tomó como confesora de todo lo que nunca se atrevía a decirle a ella y yo lo confortaba y le daba consejos, pero un día que mis padres no estaban en casa porque habían ido a visitar a unos parientes en Villasbuenas de Gata, lo emborraché tanto que llegó un momento en el que él no sabía con quién estaba ni lo que había que hacer. Tuve que tomar la iniciativa. Las ganas reprimidas y este vino puñetero hicieron el resto. Para cuando se dio cuenta, ya era de noche, mi cama estaba rota y yo ni te cuento, pero también lo estaba el pobre Eusebio. Se le vino al mundo encima y, como era un antiguo, me dijo que hablaría con mis padres en cuanto llegaran. Yo lo convencí de que era mejor hacer las cosas de a poco, porque Eusebio era grande, pero no a prueba de balas y menudo era mi padre.

—¿Por qué no aprovechaste, si ya lo tenías? —pregunta Dolores.

—Porque no quería que estuviera conmigo por obligación, sino por amor. O por vicio, que tuvimos bastante, porque lo convencí para seguir haciendo eso tan rico a escondidas, y que cuando fuéramos mayores decidiríamos.

—Le ofreciste una salida para no perder a Antonia.

—Exacto, Severito. Y aunque seguí siendo la mejor amiga de ella, nunca le conté nada. Tampoco fue un sacrificio para Eusebio, ¿sabes? Durante casi dos años hicimos de todo y muy seguido, sin que nadie nos pillara. Hay que ver lo rápido que le pilló el gusto...

—Tú buscabas quedarte embarazada, Lola —dice Dolores.

—Aunque eres más vieja, piensas como las de mi época.

Dolores le da una colleja suave.

—Viejas son las montañas —dice, y una porción de la mente de Justo piensa en el Mont Blanc y en el permafrost, ese hielo secreto e invisible que mantiene unidos sus monstruosos palacios de roca.

—Lo intenté y lo intenté. Le dije que estaba tomando la píldora, como si eso se pudiera conseguir aquí entonces, si estaba prohibida en toda España. Pero me inventé que mi prima, la de Francia, me las mandaba por correo y él se lo creyó. Pero por más que lo hacíamos mucho y a pelo, nada.

Un trozo grande de roca comienza a desprenderse dentro de Severo Justo y cae sin ruido.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Eusebio, que nunca supo ver cuánto lo odiaba Florencio, le contó de lo nuestro y el cabronazo le fue con el cuento a tu madre, le comió la oreja, como dicen los chavales, y se pusieron de novios. Claro que tuvo que tragar con las costumbres santurronas de la Antonia y conformarse con ir de la mano por el pueblo los domingos. Lo de abajo, desde luego que ni catarlo...

Lola adelanta el vaso y Dolores se lo llena.

—Yo lo tenía todo, pero no tenía nada. Él se quedaría conmigo, pero la parte de Eusebio que lo hacía diferente y que era más que su estatura y su fuerza, esa parte que no está en ninguna parte y en todas, una lucecilla como una luciérnaga que llevaba por dentro y a veces se le asomaba a los ojos... Eso solo le ocurría con Antonia, que además era mi amiga y también sufría, estaba con Florencio, pero no estaba. Las dos personas que más quería en el mundo eran infelices por mi egoísmo. Así que rompí con tu padre, aunque, como íbamos en secreto, nadie se enteró. Le expliqué lo que tenía que hacer, y él lo hizo. Buscó a la Antonia, dejó salir todas esas palabras que había aprendido de los libros y también otras que creo que le enseñó la sierra, porque él sabe escucharla, y ella le dijo que sí y rompió con Florencio. Meses más tarde se casaron y, cuando tú naciste, con esos ojos tan raros, la gente, que los quería, prefirió creer que eras sietemesino, porque en los pueblos casi todo se arregla mirando para otro lado.

—Pero si durante dos años lo hiciste con Eusebio sin cuidarte... Eso quiere decir que es estéril y yo soy hijo de Florencio.

La risa de Lola se parece a un llanto.

—Es lo que yo pensaba, Severito, pero el destino es un cabronazo, ¿sabes? Semanas después de romper con tu padre, me di cuenta de que tenía un atraso, y más tarde supe que estaba embarazada. Durante todo ese tiempo nunca estuve con otro hombre y el niño solo podía ser de Eusebio. A veces ocurre así: hay parejas que están buscándolo durante años y nada. Luego echan un polvo, un solo polvo por ahí y ¡zaz!

Dolores le acaricia el pelo.

—Abortaste.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Si le contaba a Eusebio, él se hubiera casado conmigo y nos hubiera arruinado la vida a los tres. Lo que me jodió fue que después de hacerlo tantas veces conmigo, al poco tiempo de comenzar con Antonia, ella se quedó embarazada.

—¿De quién? —pregunta Justo, y se siente indiscreto.

Lola baja la cabeza.

—Ese es el problema: que nunca lo supimos, Severito. Porque Florencio no se tomó nada bien que lo dejaran y desapareció del pueblo una temporada, pero volvió durante unas fiestas de la Virgen de la Montaña, borracho y con una mirada que asustaba. La madre de Eusebio estaba mala y esa noche no salió. Pero sí tu madre y yo, con otras amigas. Antes de que preguntes: nunca le conté a nadie lo de mi embarazo ni mi aborto. Bastante daño les había hecho y, además, daba gusto verlos juntos.

Comienza a llorar y sigue hablando como si le llovieran las palabras.

—Si lo hubiera adivinado, la habría acompañado hasta la puerta de su casa, pero mi familia se había mudado a la otra punta del pueblo y era tarde, ¿y qué peligro podía haber en Lomo de Gata, si todos nos conocíamos? Florencio, que nos había estado espiando, la interceptó por el camino, la arrastró al monte y la violó. Se creyó con derecho de robarle la virginidad porque Eusebio le había robado la novia.

Se acerca el vaso a la boca y el vino se sala de lágrimas.

—Cuando Eusebio se enteró, Antonia le hizo jurar que no lo mataría, porque no quería dejar a su hijo sin padre. Y él nunca pudo negarle nada. Supongo que llegaron al acuerdo de que le podía pegar una paliza al año, para asegurarse de que él cumplía su juramento.

—Pero entonces...

Se limpia las lágrimas y acaricia la mano de Justo.

—Me río yo de los jodidos culebrones de la tele, Severito. Seguía siendo amiga y confidente de Antonia, ¿recuerdas? Y dos días antes de la verbena me confesó, feliz y atemorizada, que se había dejado llevar por el deseo y llevaba semanas haciendo el amor con Eusebio. Así lo dijo, mi niño: «el amor». Y es lo que hacía. Es lo que eran.

Llora despacio y es una liberación y una despedida de la amiga. Dolores la acaricia y Lorna prepara café porque siente que este viaje en el tiempo termina y tendrán que ponerse en marcha con la cabeza despejada.

—Lo siento, Severito —dice Lola.

—No me pidas disculpas a mí, sino a Eusebio, cuando lo encuentre. Y en eso sí me puedes ayudar. Después de mi madre, tú eres la persona que más lo conoció. ¿Hay algún lugar que sea especial o simbólico para él fuera de la sierra?

Lola se seca los ojos y piensa un momento.

—Sí. Claro que sí. Especial para él y para ella.

De abrazos y capones

Hasta Ráfaga se entenece al presenciar la alegría y el alivio de Frontela cuando baja del coche y corre hacia su abuela, porque durante unos minutos Dolores no será la anciana dura y mal hablada, tampoco la *hacker* capaz de burlar todos los cortafuegos del mundo, ni siquiera la eterna amante enamorada de Mingo y de la vida; ahora Dolores es solo una abuela que se deja levantar en el aire por su nieto y le devuelve la misma alegría contagiosa.

—Joder, esta mierda es demasiado bonita —dice Dalia con una voz que no es la suya.

—Sí que lo es —contesta Lorna después de mirarla sobresaltada.

Gutiérrez contempla el encuentro con los ojos encharcados y resistiendo. Hace un rato, cuando Justo los llamó para avisarles que habían encontrado a Dolores y estaba a salvo, tuvo que apelar al rango y la disciplina para ordenarle, de modo tajante, que no superase el límite de velocidad para llegar al pueblo y ha dado resultado.

Lola permanece recluida en la casa de Justo, por propia voluntad y porque se lo han pedido. Al fin y al cabo, nadie la busca de manera oficial, pero, como Severo le explicó, «es mejor que quien ha tendido esta trampa crea que seguimos ocupados en buscarle».

Frontela deposita a Dolores con infinito cuidado en el suelo, corre hacia Justo y olvida cualquier protocolo para darle un abrazo agradecido.

—Por suerte la ha encontrado, señor.

—De encontrado nada, chaval —protesta Dolores—. Iba de incógnito en una misión secreta.

Aprovechando la carcajada, Gutiérrez se acerca a Justo.

—¿Cómo está lo de su padre, señor?

—Mal, Beatriz. Pinta muy mal. Pero no podemos hacer nada al respecto y hay otra misión importante en marcha. El caso El Olimpo. No puedo hacer que Jorge abandone ahora a su abuela, pero necesito a alguien de confianza en la Brigada. ¿Sería mucho pedirle que...?

—¡A sus órdenes, mi comisario general! —dice ella, cuadrándose. Y en voz muy baja agrega —: Le agradezco la confianza y, además, por lo menos un par de días, para él solo va a existir su abuela.

—Usted también le importa.

—Lo sé, pero son amores diferentes.

Frontela apenas se resiste porque no puede dejar de mirar a su abuela y solo lo hace para darle un largo y apasionado beso a Gutiérrez, interrumpido por el vozarrón de Dolores:

—No sigan, que a este paso me vais a hacer bisabuela, cabrones!

El improvisado cuartel general sigue siendo la terraza del hotel Sueños de Gata. Han unido dos mesas y esperan instrucciones, aunque Justo tiene la cabeza un poco ladeada, como si intentara percibir un sonido que no llega.

—Tú dirás qué hacemos, jefe —reclama Dolores—. Si aquí no te soy de utilidad, me vuelvo para Madrid, que es sábado y ya sabes lo que toca los sábados... Y más ahora, que Mingo lleva sin mí desde el miércoles...

Justo aterriza desde la nube que estuviera sobrevolando y la mira con cierta tristeza:

—Os debo pedir a ti y a Jorge que os quedéis. No descarto encontrar a mi padre y os necesito aquí.

—Ni media palabra más. Tú dirás...

—¿Recuerdas las búsquedas que te encargué por teléfono, cuando estaba fuera?

—Claro que sí. Algo de información pude obtener y el resto de procesos siguieron su curso en los ordenadores de mi casa...

—¿Y podrás acceder desde aquí?

Dolores se levanta, camina hacia el comisario general Severo Justo, lo mira con dulzura y le da un sonoro capón en la nuca.

—¿Pueden los peces volar y los pájaros nadar?

—Es al revés, abuela —corrige Frontela, y recibe a cambio su propio capón.

—¿O sea que crees que yo me vengo aquí, durante tantos días, sin traerme un portátil potente que me permita seguir controlando mi centro de operaciones?

Justo permanece en silencio.

—¿Por qué no dices nada? —pregunta Dolores.

—Porque creo que, responda lo que responda, me vas a dar otro capón y prefiero ahorrármelo. La anciana lo abraza desde atrás.

—Perdona, hijo. Estoy haciendo la payasa para que no pienses demasiado en tu padre.

—Lo sé, Dolores. Gracias por eso también.

—Tú solo pide por esa boquita, que aquí, con mi nieto, tiramos de la red y van a caer todos los peces que quieras. —Lo abraza con más intensidad—. Oye, para lo delgado que pareces, estás fuerte. Seguro que te aguanta bastante en la cama, Lorna.

La periodista asiente sin darse cuenta, porque es verdad y porque acaba de acordarse de una maleta semivacía con un sobre dentro, que le espera en casa, y prefiere quedarse con esta imagen y este momento.

Frontela y Dolores están trabajando en el cuarto de ella y Dalia ha ido a dar un paseo para dejarlos solos en la terraza.

—Tengo algo que decirte, empieza ella.

—Yo también a ti —se cruza él.

Y antes de que acuerden quién hablará primero, como en las malas novelas y en las peores películas, alguien llega para interrumpirlos.

Justo tarda un instante en reconocerlo.

Es el subinspector Pablo Cortina y parece que hubiera venido corriendo desde Madrid. Agita un grueso sobre de papel color madera.

Justo se pone de pie y el otro lo interpreta como una invitación al saludo oficial, que ejecuta con dificultad por culpa del sobre.

—Descanse, por favor, subinspector. Beba agua, que parece agotado. Y muchísimas gracias, no sabe cuánto le agradezco todo esto.

Cortina le entrega el sobre y se queda esperando instrucciones.

—Si quiere, puedo volver de inmediato a la sede de la Brigada.

—No será necesario, Pablo. Vuelva a su casa y tómese la semana libre que le prometí. Yo ya avisaré al comisario Acuña.

Sin tomarse un tiempo para descansar, Cortina se marcha feliz de haber sido útil. ¡Además, Severo Justo lo ha llamado por su nombre!

Lorna espera a que se aleje para volver a las confesiones mutuas, pero el policía ya ha abierto el sobre y comienza a estudiar el contenido con tanto interés que ella sabe que el momento ha pasado y habrá que esperar otro, aunque casi no queda tiempo.

Justo se zambulle durante media hora en el estudio de los papeles y luego se queda pensativo.

—Parece que, al final, tu mentira sobre la importancia de ese sobre acabará por ser cierta — dice Lorna.

Y Severo, como impulsado por un resorte, salta hacia ella, la abraza y le da un beso tan profundo que Lorna teme que terminen haciéndolo sobre esa mesa.

Pero él se separa y la mira con dicha de niño que vuelve a creer en la magia.

—En este sobre está la clave para salvar a mi padre.

Y corre hacia la habitación de Dolores, para ver si ha averiguado algo más. Un par de minutos después, acodada en la barandilla de la terraza, Lorna lo ve salir y correr hacia su coche, pero se detiene a mitad de camino, la busca con los ojos y le lanza un puñado de besos que le suavizan un poco la tristeza.

Ya en el coche, Justo llama y no puede contener la excitación:

—¿Darío? Soy Severo. ¡No digas mi nombre, por favor! Aléjate hasta estar seguro de que nadie puede oírte.

Pasan unos segundos.

—Ya estoy solo. ¿Qué ocurre?

—Sé que apenas nos conocemos y te he pedido demasiados favores, pero necesito uno más: el más importante de todos.

—Lo que quieras, Severo.

—Necesito que inventes una excusa para regresar a Lomo de Gata. Ve a tu casa, vístete de civil con ropa cómoda y calzado deportivo y nos vemos en la puerta del hotel.

—Estoy muy cerca. Dame diez minutos. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—Vamos a ir a buscar a mi padre.

El maletero más amplio del mercado

La distancia entre Moraleja, en Extremadura, y Castelo Branco, en Portugal, es de menos de cien kilómetros, pero a Darío Esquivel se le harán eternos, porque aunque a mediodía el tráfico es escaso, Justo conduce lentamente rumbo al paso fronterizo de Monfortinho.

Sus movimientos al volante son bruscos y le tiembla el pulso.

Esquivel intenta calmarlo dándole conversación.

—¿Estás seguro de que se oculta allí?

—Seguro. Me equivocaba con lo de la sierra. Él habrá calculado que lo buscarían allí, pero nadie pensaría en Castelo Branco. Es un sitio especial para él, porque allí pasó la luna de miel con mi madre, y según me contaron hoy, en el mismo hotel tuvieron, meses antes, sus primeras experiencias... Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, claro. Aunque desde Cáceres son más de doscientos kilómetros y no estaba en las mejores condiciones...

—No olvidemos que tiene un cómplice que lo ayudó a escapar y tendría previsto también un medio de transporte para llevarlo.

Esquivel le pide permiso para fumar y le ofrece un cigarrillo que Justo toma y enciende al tercer intento mientras explica:

—Yo, es que he dejado el tabaco.

El paisaje, a los lados de la carretera de dos carriles, es verde y plano, algunos árboles bajos y de cuando en cuando alguna casa a la que se accede por un camino lateral. Esqueletos de viviendas ambiciosas que la crisis dejó a medias completan el panorama.

—Perdona la pregunta, Justo. ¿Has pensado que deberíamos avisar a las autoridades portuguesas?

—¿Para que él se dé cuenta y escape?

—Tienes razón, pero... ¿qué harás con él cuando lo encontremos?

El teniente percibe un tic en el ojo izquierdo del otro mientras grita:

—¡Meterlo en el maletero del coche, traerlo a España y entregarlo!

—Pero estabas convencido de que él no...

—Yo me dejé llevar por una promesa sin sentido que le hice a mi madre. Mírame bien a la cara, Darío: tú y yo sabemos que Eusebio mató a Florencio porque era mi padre. Y tiene que pagar por ello.

—Lo entiendo, pero... ¡Cuidado, la curva!

Justo corrige a tiempo para no salirse de la carretera, pero invade el carril contrario, aunque logra volver al suyo a tiempo para no chocar con un camión.

Detiene el coche en el arcén y le tiembla todo el cuerpo.

Darío espera a que se calme y dice:

—¿Por qué no me dejas conducir a mí?

Justo lo mira, agradecido.

—Sí. Será mejor. Gracias, Darío.

Esquivel baja y, mientras rodea el vehículo, el policía se pasa al asiento del acompañante.

—Es normal estar nervioso en una situación así, Justo... —explica mientras lleva el coche de vuelta a la carretera.

El otro no responde.

Cuando el teniente gira la cabeza, ve a un Severo Justo totalmente calmado. Baja la vista y ve la pistola que lo apunta.

—Tienes razón, Darío. Pero tú no te pongas nervioso y conduce con cuidado, que esto se dispara solo.

—¡Pero ¿qué...?!

—Conduce y calla. Yo te indico.

Un par de kilómetros más adelante, le hace tomar un desvío y seguir casi cien metros hasta una edificación de tres plantas que nunca acabó de construirse.

—Rodea el edificio y no hagas nada raro, ¿vale? Así, muy bien. Nadie nos vería desde la carretera, en el improbable caso de que mirase hacia aquí. Ahora levanta las manos y ponlas detrás de la nuca, Darío.

—No entiendo qué...

—Con que entienda yo alcanza para los dos. Saca las llaves del contacto y dámelas. Por favor, no intentes nada raro. Se exagera mucho sobre mis cualidades como policía, pero lo de la puntería es cierto.

El rostro de Esquivel es la imagen de la inocencia desconcertada.

Obedece.

—Muy bien. Ahora, muy lentamente, saca tu arma de la cartera, sujétala por el cañón y me la das.

—Justo, esto es una locura... —protesta el guardia civil mientras le tiende la pistola, que el policía guarda en el bolsillo de su cazadora sin apartar la vista de él.

—Ya casi estamos. Ahora quiero que saques el arma que llevas en la funda del tobillo...

—¿Cómo sabía que...? —El inconsciente de Darío ahora olvida el tuteo con el que ya se había acostumbrado.

—No lo sabía, pero la vez anterior que me acompañaste vestido de civil noté que la llevabas, así que calculé que hoy también.

El teniente maniobra con lentitud y le entrega la pistola.

—Una Ruger LCP 9 calibre 9 mm de Browning. Nada mal, Darío.

Ahora vamos a bajar del coche, ¿vale?

—Usted no sería capaz de dispararme.

—Tienes razón: yo no era capaz. Pero ahora sí. Así que, antes de bajar, reflexiona, porque viene lo más difícil, cuando tú piensas que voy a matarte hagas lo que hagas y perdido por perdido, intentas algo. No te conviene. Te aseguro que si obedeces vas a salir con vida de aquí.

—Le prometo que no intentaré nada.

—Buena decisión. Baja tú primero.

Él hace lo propio y caminan hasta un muro bajo que rodea la construcción fantasma. Justo se sienta en un lado y le indica que haga lo mismo en la cara opuesta.

—¿Y ahora qué?

—Ahora haremos un trato. Tú me dices dónde tienes secuestrado a mi padre y yo no te mato.

Un trato justo, ¿verdad? Estás dudando, Darío. No lo hagas. Sé que le temes a la persona que te contrató, pero te aseguro que debes temerme mucho más a mí aquí y ahora. Mírame a los ojos y no me mientas, porque lo sabré y todo habrá terminado para ti. ¿Eusebio sigue vivo?

—Sí, sí, le aseguro que sí. Le diré dónde está, si quiere lo llevo —se atropella el muchacho. Y hay tanto temor en su voz que Severo sabe que dice la verdad. Sabe también que ha logrado componer la mirada de la que tanto habla Bermúdez.

—Perfecto entonces. Es una buena noticia para mí y para ti. Y tengo otra que darte: el compañero al que narcotizaste está fuera de peligro.

—No sé de qué me habla. El propio compañero podrá testificar...

Justo suspira.

—Ambos sabemos que no te denunciará porque fue comprado por tu jefe, ¿verdad? Él diría que el café con somnífero se lo dio una enfermera a la que luego no podría identificar o algo similar...

Esquivel asiente sin darse cuenta.

—Menudo susto te habrás llevado al comprender que el somnífero que te proporcionaron era mucho más fuerte y escogido especialmente para que le hiciera reacción alérgica y muriese.

—¡Yo... yo... yo no tuve nada que ver con eso, me dijo que solo estaría dormido una hora!

—Te creo. Me imagino que le habréis pagado un buen dinero. Aunque no tanto como lo que te habrá pagado a ti.

—¡Yo no lo hice solo por dinero!

—Claro que no. Lo hiciste por venganza, muchacho. Y la venganza siempre se equivoca. ¿De verdad pensasteis que no te investigaría? Para empezar, estabas sobrecualificado para el puesto y fue muy fácil averiguar que tú mismo habías solicitado destino en Lomo de Gata, un pueblo con el que no tenías ninguna relación. Eso me indicó que este asunto se venía preparando desde hacía tiempo. Y luego está lo de tu padre, no tu tío, como dijiste. Y no trabajó a mis órdenes, pero sí perdió el trabajo y la libertad cuando yo estaba en Asuntos Internos y descubrimos que amparaba una red de prostitución infantil.

Esquivel salta hacia él sin pensar en la pistola.

—¡Eso es mentira!

Justo apenas se gira, lo esquivo y le pega con la culata en la nuca.

El muchacho cae y se pone a llorar.

—Eso es verdad y tú lo sabes, Darío, porque tienes un expediente brillante y habrás investigado por tu cuenta. Pero tu padre prefirió suicidarse a pagar condena y tú, creer en su inocencia imposible antes que aceptar que eras hijo de un monstruo...

El llanto se vuelve rugido, pero Justo sabe que no hará nada. Esquivel se está enfrentando con una verdad que llevaba años negándose.

—Ojalá mi padre hubiera sido usted.

—No te lo aconsejo. Tuve una hija y me la mataron. Y ahora que estamos de acuerdo, quiero que me contestes: ¿hay trato o no hay trato?

—Haré lo que usted diga y me enfrentaré a lo que me tenga que enfrentar.

—No sea melodramático. Sé que tú no mataste a Florencio Morales.

—¡Claro que no!

—Cumple tu parte del trato y yo cumpliré la mía. Te daré doce horas de ventaja para escapar, a cambio de una confesión grabada en vídeo. No tengo nada en contra de que te entregues, pero me basta con que exculpes a mi padre, y por supuesto, me llesves adonde lo tienes...

—Está en una nave abandonada, cerca de Moraleja. Me escapé varias veces para verlo y, aunque sigue medicado y atado, está fuera de peligro. Yo... Espero que algún día puedas perdonarme, Severo.

—Para ti, señor Justo. Y ahora tengo que ponerte las esposas para conducir tranquilo, seguro que lo comprendes. Aunque nunca lo he comprobado, el vendedor de este coche me dijo que tenía un maletero de los más amplios del mercado.

Las albóndigas del Chato Pérez

Llamar nave a eso es un exceso de optimismo. Poco más que un galpón con diferentes letreros de otros tantos negocios fallidos, superponiéndose en la pintura descascarada de la fachada. Justo piensa que la elección del sitio es coherente con la vida comercial de Eusebio y admite que pretende jugar al cinismo porque está asustado. Esquivel no mentía, pero el viejo venía de estar hospitalizado y de perder mucha sangre, y...

El guardia civil le indica en qué bolsillo tiene la llave y no intenta ninguna jugarreta.

Busca el interruptor donde el muchacho le indica y duda antes de encenderlo. No sabe qué se encontrará.

—¿Papá? —pregunta inseguro.

—Aquí —contesta la voz del hombre-montaña con una serenidad que le devuelve la suya.

Enciende la luz sin dejar de apuntar a Esquivel, aunque solo es un trámite que el muchacho acepta como parte de la derrota.

Sobre un camastro en el que le quedan fuera los pies y sujeto con cuerdas que parecen demasiado delgadas para él, Eusebio Justo lo mira con el gesto serio de siempre. Tiene ojeras y parece cansado, pero sigue siendo una jodida montaña humana.

Se miran sin hablar.

Entonces, inesperadamente, el viejo sonríe.

—Coño, hijo, no serás tan buen policía como dicen en la tele, si has tardado tanto en encontrarme.

—... y reitero todo lo antes mencionado en esta confesión, que envío por teléfono al comisario general Severo Justo.

Del otro lado, Justo le hace un gesto y Esquivel agrega:

—Y lo hago en pleno uso de mi facultades mentales.

Apaga el teléfono y se lo alcanza al policía, que lleva las manos enguantadas. Se envía a sí mismo la grabación por WhatsApp y comprueba que le llegue correctamente.

Sentado en una silla que apenas lo contiene, Eusebio no pierde detalle.

—¿Y ahora? —pregunta Darío.

—Harás la llamada que te dije a la persona que te contrató y le dirás exactamente esto. —Le da un papel—. Luego te llevaré a recoger tu coche y a partir de ese momento tendrás doce horas de ventaja para escapar.

—No. Mi padre escapó. Yo no lo haré.

—Piénsalo bien, muchacho —interviene el viejo con su voz de acantilado—. El experto en leyes es él, pero creo que te puede caer un buen paquete...

—Tiene razón —dice Justo—. Aunque declararé que cooperaste, lo de darle el arma e instarlo

al suicidio será difícil que te lo pasen por alto.

Tanto el muchacho como Eusebio lo miran.

—Yo no le di nada. Solo dejé el camino libre, como me ordenaron, creía que solo lo iba a amenazar...

—Y lo hizo —dice el viejo, mirando al hijo—. Se mostró en su teléfono una foto de ti, dormido en mi estudio, con un libro en la mano. Por la hora, la había sacado hacía solo diez minutos. No tuvo que decir nada más. Solo me dio mi propia navaja, la hoja y el bolígrafo.

Justo se vuelve incómodo hacia el joven guardia civil.

—Todavía estás a tiempo de escapar.

—Por eso elijo entregarme, señor Justo.

El policía asiente.

—Solo falta que hagas la llamada, pero no puedo obligarte. Si te entregas, no tengo nada con qué negociar.

—No hace falta. Deme el teléfono y ese papel.

Tomada y aceptada su decisión, Esquivel parece haber recuperado la dignidad. Marca el número, recita casi sin mirar el texto que Justo le dio y escucha.

Cuelga y anuncia:

—Acepta. Pero yo no me fiaría. Será mejor que vaya con alguno de sus hombres.

Justo le pone la mano en el hombro.

—Irás solo y yo también. Este es un asunto entre los dos. ¿Sigues decidido a entregarte?

—Sí.

—Cuando te procesen, declararé que viniste a buscarme, confesaste todo voluntariamente y me ayudaste a rescatar mi padre.

—Yo también —dice el viejo—. Y no me trataste tan mal, joder. El vino era de mi pueblo y esas albóndigas juraría que salieron de la taberna del Chato Pérez.

Al muchacho se le escapa una sonrisa triste, pero sonrisa al fin.

—Mejor me llevan a comisaría. Así usted puede descansar, Eusebio. Me da la impresión de que tienen mucho de lo que hablar.

Aunque te llames Severo Justo y tengas una influencia que nunca pediste, el proceso de prestar declaraciones y exculpar a Eusebio ha consumido unas horas.

Por fin, padre e hijo están solos en la casa. Lola se ha marchado llorando de alivio al ver a Eusebio sano y salvo. Dolores se la ha llevado al hotel, junto con los demás, porque están preparando una comilona para celebrar y ha dejado bien claro que la dueña del hotel no pondrá ningún problema por la hora si se lo pide Dalia «porque la tiene loquita».

Justo y Eusebio se miran cada uno de su lado de la mesa, como entonces, como siempre, y luego miran al vértice que falta.

—Nunca aprendí a merecerla. Y tampoco a ti —dice Eusebio—. Te debo años de explicaciones, pero siempre fuiste más listo que yo, así que es probable que hayas encontrado todas las respuestas sin mi ayuda.

—Casi todas. Hay respuestas que solo tiene usted.

Entonces ocurre lo imposible.

El hombre-montaña se sacude y llora.

Llora y no puede ni quiere dejar de hacerlo y Severo Justo piensa en otro hombre igual de

corpulento y en la montaña a la que miraba con odio y con amor. Como esa montaña, Eusebio se deshace y no hay forma de consolarlo.

Se acerca, lo abraza y llora también.

—Tú eras un niño y a veces te miraba a los ojos y lo veía a él y quería odiarte pero no podía, porque detrás de esos malditos ojos claros estaba la mirada de tu madre y su sufrimiento y todo su amor por nosotros. Tú, que fuiste cura, quizás sepas si la soberbia es el peor de los pecados, pero para mí lo fue. La ira solo la dejaba escapar una vez al año, que era cuando ella me daba permiso para darle una paliza a Florencio con la promesa de no matarlo, mi envidia era sentirme al otro lado de esa línea invisible que la unía contigo. Y de la lujuria no voy a hablarte, porque al fin y al cabo era tu madre, joder, y... No me sé más pecados, pero seguro que los cometí.

—Bueno, le quedarían la pereza, la avaricia, la gula... Pero de eso hablamos la semana que viene, cuando vuelva por aquí con Lorna, así me dejan acompañarlos a uno de sus paseos por la sierra...

El viejo lo mira con tal gratitud que hace que Justo se sienta culpable.

Siempre se sentirá culpable de algo y eso lo hace pensar en el encuentro que tiene dentro de unas horas, *pero ahora no, ahora solo quiero estar aquí y con él, decir todo lo que nunca nos dijimos, empezar de nuevo si es posible, aunque no me quede demasiado tiempo.*

—Si quieres —propone Eusebio—, podemos hacernos unos análisis de ADN. Lo he pensado muchas veces y me informé sobre el asunto. Incluso cuando venías aquí con Lorna buscaba en el cepillo algunos de tus cabellos, tenía hasta la dirección donde tenía que... Nunca lo hice, porque tenía miedo del resultado.

—¿Sabe lo que le digo? Que tiene razón, y en muchas cosas usted fue un padre de mierda. Pero es mi padre, y ningún análisis me va a demostrar lo contrario.

Eusebio intenta sin éxito que la emoción no se le note.

Levanta el vaso y brindan.

Se miran a punto de abrazarse otra vez y se sienten incómodos, aunque unidos como nunca.

Por hacer algo, Justo busca en el morral de lona y le entrega los libros que había apartado para llevarle al calabozo.

El padre le elogia la elección, y el hijo recuerda algo y saca la biografía de Simón Bolívar y se la alcanza.

—Este se lo pensaba robar, pero ahora que somos amigos...

El viejo se lo devuelve.

—No tengo mucho para dejarte en herencia, pero sí mi biblioteca. Así que empecemos por este. Y digo yo que quizás este momento merezca otro brindis...

Es extraña y maravillosa la sonrisa del viejo.

—Me parece bien —dice el policía—. Puedo permitirme unos cuantos brindis, porque he dejado de beber.

—Yo también —dice Eusebio.

Y brindan.

—Con tantas emociones, me olvidé de preguntarte quién ha montado todo esto y por qué.

—Para fastidiarme a mí. Es una historia larga y las chicas nos esperan, pero si quiere le doy la versión resumida.

—Brindo por eso también.

Y Severo comienza a explicarle a su padre.

Empieza el juego

Aún falta mucho para que amanezca. La noche es negra y, más que ver, adivina las aguas de la piscina natural de Moraleja.

Justo piensa que hubo alguna celebración y que mañana los recolectores de basura tendrán bastante trabajo. Pero ahora sigue siendo noche cerrada y él se encamina hacia su destino.

Cruza el puente y busca la orilla que eligió, cerca de la zona del chiringuito.

Espera.

No tiene prisa, porque sabe que vendrá.

Enciende un cigarrillo para que el humo enrosque el tiempo y se lo lleve.

—Durante la Primera Guerra Mundial, el tiempo que se tardaba en encender un cigarrillo era suficiente para que el enemigo fijara el blanco, apuntara y ¡pum! —dice la voz desde la oscuridad de la otra orilla.

—Creo que eran tres los cigarrillos necesarios —contesta Justo con voz serena—. Además, eso sería en la Primera Guerra Mundial y, según leí ayer en la prensa, en cualquier momento empezará la tercera.

El otro emite un sonido desconcertante.

—Esto es nuevo. La ironía no figuraba entre las virtudes del Severo Justo que yo investigué.

—Será que ha investigado mal, o que yo he cambiado.

—No ha cambiado tanto, si en lugar de tenderme una trampa con docenas de policías me propone este encuentro y viene solo.

—Es que esto es entre usted y yo, Avellaneda.

El otro ríe.

—Es cierto, no ha cambiado tanto. Creo que lo subestimé. ¿Cuándo supo que estaba yo detrás de esto?

—Lo sospeché desde el principio, pero creí que estaba obsesionado con usted. Luego, cuanto más analizaba los hechos, más maquiavélico y propio de usted me parecía todo... Por no hablar del coche común y corriente en el que me seguía, usted, que solo conduce vehículos de alta gama. Eso se llama sobreactuar, Avellaneda. Y, finalmente, tuve la confirmación con esos informes tan detallados sobre la vida privada de mi gente. En particular cuando leí el que escribió sobre usted mismo, adjudicándose un papel protagónico, como no podía ser de otra manera. En ese momento tuve la certeza de que usted había orquestado toda esta locura, Javier Avellaneda.

Durante unos segundos, reina el silencio.

—Me temo que no conté con que tuviera amigos tan inesperados como poderosos.

—Yo tampoco. —Le da la última calada al cigarrillo—. ¿Era necesario matar a Florencio?

La risa es desagradable y ensucia el agua que los separa.

—¡Pobre Severo Justo, que quizás ha perdido a su padre antes de conocerlo!

—Nunca lo va a entender, Avellaneda. Pero gracias a usted he conocido a mi padre.

Siguen en silencio y ninguno de los dos quiere tomar la palabra.

—Fue usted quien propuso la cita, Justo. Usted dirá...

—Es verdad. ¿Recuerda cuando hace poco más de un año, el asesino que se hacía llamar Nadie nos tenía atrapados y me ofreció salvar mi vida a cambio de que lo matara a usted?

—Lo recuerdo. Y fue usted tan noble que se negó. Aunque luego descubrimos que la pistola no estaba cargada, pero cuando hizo la elección no lo sabía.

—A eso me refiero. Hace exactamente una semana, cuando entró a robar la navaja de mi padre y yo estaba dormido e indefenso, usted también eligió no matarme. Y creo que sé por qué.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que yo he venido solo en lugar de tenderle una trampa. Esto es entre usted y yo, y se sentía en deuda porque le perdoné la vida. Ahora estamos en paz, y vengo a proponerle una tregua. Un año de tregua. Por más dinero que tenga, debe de ser cansado estar todo el tiempo cambiando de domicilio y de identidad. Imagínese un año sin sentir que le piso los talones. Y yo sin temer que me siga amargando la vida.

—¿Y después de ese año, qué?

—Cuando acabe esta tregua, voy a buscarlo y lo voy a matar, Javier Avellaneda. Solo quería que lo supiera.

La carcajada lo desorienta un segundo, porque no hay burla en ella.

—¿Entiende ahora por qué me fascina usted, Justo? Este juego, con cualquier otro contrincante, sería aburrido o previsible. Pero usted lo vuelve interesante. Recojo el guante, pero con una salvedad. Esto ya no es solo entre usted y yo. Y lo sabemos. Usted no va a buscarme por los cauces oficiales, porque sabe que los cauces oficiales nunca me buscarán con verdadero empeño. Usted me ha rastreado utilizando las habilidades de ese grupo de inadaptados que lo acompañan y darían la vida por usted, y creo que acabarán dándola.

—¿Entonces por qué no acabamos con esto aquí y ahora?

—¿Y perderme toda la diversión que nos queda todavía? Usted me odia porque piensa que le robé la vida al matar a su mujer y su hija, aunque para mí siguen siendo solo dos bultos más a los que apunté con el emblema del Mercedes. Yo lo detesto porque me ha quitado lo más valioso que puede tener alguien como yo: la impunidad. Acierta en eso: tengo dinero de sobra, escondites en todo el mundo y un montón de identidades, pero ya no puedo ser Javier Avellaneda. Es decir que usted también me ha robado mi vida. El juego no puede terminar aquí. Acaba de empezar. Usted ha aprendido a temer por cada persona que quiere y seguirá haciéndolo dentro de un año, cuando la tregua expire. Aunque tampoco sería mala idea pegarle un tiro ahora y evitarme las molestias. ¿Usted qué opina?

—Haga lo que quiera, Avellaneda.

Desde la otra orilla alcanza a ver el fogonazo, siente el impacto en las costillas y cae.

—Yo siempre hago lo que quiero, Severo Justo —dice la voz antes de alejarse.

El policía permanece boca arriba, *sería tan fácil*, piensa, *pero yo siempre voy por el camino más difícil, me temo que eso lo heredé de mi padre*.

Se incorpora, se quita la camiseta perforada y desabrocha el chaleco antibalas. El disparo de Avellaneda estuvo calculado para no causarle la muerte. Seguro que usó gafas de visión nocturna y hasta puede que adivinara que llevaba chaleco.

Justo se palpa la zona y siente un dolor soportable y adivina el previsible moratón *que Lorna me curará con besos y con mucho, mucho cuidado, por favor*.

Por más que Eusebio y Lola insistieron, el grupo no podía quedarse a comer, pero del aperitivo en la taberna del Chato Pérez no se iban a salvar. Quien se lo pierde es el Chirivique, que desde anoche celebra la rehabilitación de su amigo y ronca en su mesa del fondo.

Justo y Justo se han sentado juntos y conversan y ríen como críos a medida que pasan las páginas del Bestiario de Lomo de Gata e identifican a los vecinos con sus mote.

Lorna sonríe ante esa complicidad entre ambos hombres, que parecía imposible y, sin embargo, es absolutamente natural.

Ojalá Antonia los viera, se dice.

Sobre el final de la comida, el policía lleva a su padre aparte.

—Yo quería decirle que...

—Habla con confianza, hijo.

—No tenemos costumbre, entiéndeme.

—Pues inauguremos ahora esa costumbre.

—Tiene usted razón. Lo que quiero decirle es que veo cómo lo mira Lola y sé que usted se basta solo, pero que cuente con todo mi apoyo si decide...

El viejo se encrespa, parece a punto de recuperar el carácter de volcán. Y luego se calma.

—No lo había pensado. Pero lo pensaré.

—Hágalo. Nadie reemplaza a nuestras muertas. Pero la vida que nos queda también es nuestra y no hay que dejarla ir sin vivirla.

—Un gran consejo, hijo. —Con la cabeza señala a Lorna—. Aplícatelo tú también.

La caravana parte temprano, tienen que aprovechar lo que puedan de domingo, que mañana espera un caso importante por resolver.

Lorna y Justo van en el último coche, porque no tienen prisa y sí ganas de decirse cosas importantes.

Él va al volante y traza cada curva como si pudiera hacerlo con los ojos cerrados.

Ella está un poco enfadada, porque no le contó lo de la cita secreta con Avellaneda, y si el psicópata ese hubiera apuntado más arriba...

Él vuelve a explicarle que era imposible que Avellaneda lo matara así, sin teatralidad ni grandilocuencia.

—Ahora lo conozco mejor y sé cómo piensa. Te prometo que voy a tener mucho cuidado. Pero no pararé hasta atraparlo.

—Pero ¿no le propusiste un año de tregua?

—Mentí.

Sonríe.

Severo Justo sonríe.

No demasiado, porque vestido sonríe menos, pero sonríe.

Y ella lamenta asesinar ese momento de paz, pero tiene que hablarle cuanto antes de la maleta y del sobre que contiene.

Y él sabe que también tiene que decirle algo importante e ilógico, algo tan contradictorio como la propia felicidad, una respuesta que en realidad consiste en una pregunta.

Y esta vez no suena ningún teléfono ni nadie los interrumpe, porque no es ni una película mala, ni una novela pésima. Solo su vida. Y la vida no obedece a las conveniencias de un guion.

Así que ella le cuenta el porqué de la maleta y el contenido del sobre.

Y él le hace la pregunta.

Y los demás los esperarán en vano para comer juntos en Madrid, porque se han desviado en Moraleja y ya aparcan el coche junto al hotel La Encomienda y piden una habitación y no esperan a conocer el menú del bar de al lado, porque tienen que darse otro tipo de banquete.

Y sin corbata

Interior no se reconocería a sí mismo si se viera en un espejo. En lugar de esos trajes que le confeccionan a medida para parecer más alto, lleva un pantalón negro y una camiseta negra de mangas largas. Estuvo a punto de ponerse un gorro negro de lana, pero ya va haciendo demasiado calor y, además, el único que encontró en su armario tiene bordada la leyenda «Recuerdo de Baqueira» y le pareció que desentonaría con la cita clandestina que lo espera.

Ha tenido que echar mano de toda su proverbial mala hostia para quitarse de encima a los escoltas.

Y para evitar que informen de lo que hará, *porque seguro que informan a alguien*, ha dado a entender que tenía una cita galante, y que bastaba con que lo esperaran en la calle Fernando el Católico, para que no puedan identificar el edificio.

Sigue las instrucciones que recibió hace unas horas en la inesperada llamada telefónica.

Llega hasta el portal y presiona tres veces el botón indicado.

La puerta se abre y el pequeño ministro entra, sintiéndose un espía camino de una emboscada.

Es extraño, pero le gusta ese riesgo.

Está acostumbrado a causar temor desde el poder y ahora está aquí, sin siquiera una corbata como escudo, dirigiéndose a un encuentro que quizás no le convenga, *y me siento más vivo que nunca*, admite.

Llega hasta la zona de los buzones y palpa, como le indicaron, en la parte superior, hasta que localiza la llave.

Opta por el ascensor de la izquierda y sube hasta la última planta.

Una puerta de metal sólida le corta el paso, pero para eso era la llave, así que la abre y sale a la amplia azotea.

En los numerosos tendederos de ropa, fuera de la vista desde la calle, ondean sábanas y otras prendas claras que tratan de romper la oscuridad.

—Aquí, ministro —dice la voz calmada.

Interior la sigue y llega hasta un lugar a la sombra de la caseta que quizás albergue motores, o cuadros de luces, *o vaya uno a saber qué*.

El hombre delgado lo espera en la oscuridad.

Interior siente la misma satisfacción que cuando acierta con el color de la corbata a juego con el traje, porque el hombre también está vestido de negro y, mal que le pese, se siente orgulloso de coincidir en algo con Severo Justo.

—Buenas noches, Justo.

—Buenas noches, ministro.

—Como ve, he respetado sus condiciones, aunque el sitio elegido para la cita es un poco extraño, sobre todo teniendo en cuenta que usted tiene casa en este edificio...

—Lo sé, pero tengo visita, ministro.

—Usted dirá.

—Gracias por los informes. No sé por qué lo ha hecho, pero gracias.

—No hay de qué. Usted sabe que es uno de nuestros activos más valiosos y que desde el Gobierno...

—Discursos no, ministro. No estamos vestidos para la ocasión. Usted tendrá sus motivos y yo los míos. No somos enemigos pero nunca seremos amigos y los dos lo sabemos. Pero me sentiría un ingrato si no lo advirtiera de que al enviarme esos informes se ha ganado un nuevo enemigo muy peligroso.

—No me sorprende. Detrás de esos informes hay un trabajo de inteligencia envidiable.

—Pero apuesto a que no sabe quién los hizo o los encargó.

Interior duda entre mentir o decir la verdad y, quizás porque no lleva traje, ni corbata, ni se siente ahora ministro, elige la verdad.

—No tengo la menor idea.

—Yo sí. Javier Avellaneda.

Interior tarda un instante hasta que recuerda quién es el hombre y las peticiones de Justo y de los jueces por acelerar su búsqueda internacional, y las presiones de otros sectores de poder para dejarlo estar.

—Mala cosa —dice.

—Mala cosa. Es un tipo vengativo y lleno de recursos. Solo quería que lo supiera. Pero no convoqué esta reunión por ese motivo, sino por algo más urgente. El Olimpo.

Interior traga saliva y se prepara para tratar en vano de convencer a Severo Justo de que no es bueno para España airear esos asuntos tan antiguos y que afectan a familias sensibles e importantes para la economía y la paz social de...

—¿Me está escuchando, ministro?

—Sí, sí, perdone, Justo. Pero debe comprender que lo de El Olimpo...

—Quiero que lo tapemos. Todo. Aquí, en Francia, en Italia y en Grecia. Usted tiene poder y relaciones y, como seguramente estaba a punto de decirme, es un asunto antiguo que solo puede perjudicar la paz social y económica del país. ¿Era algo así?

—Palabra por palabra. Cuente con ello, pero debo confesar que esperaba de usted todo lo contrario.

—Yo también, ministro. Yo también.

—En todo caso, me alegro de que haya comprendido la importancia de preservar...

—No siga, por favor. Es usted quien no ha entendido nada.

—Pues me gustaría —dice Interior, mientras su cabeza política piensa que celebra haber conseguido lo que quería, que se apuntará un tanto oportuno con el presidente, pero dejando flecos sueltos para que el temor de un escándalo en torno a El Olimpo lo haga mantenerlo en el cargo.

Tarde, se da cuenta de que ha pensado en voz alta.

—Sí que es retorcido usted, ministro —dice Justo con una jovialidad que no le conocía—. Pero me vale. Como acabo de decir: cada uno tiene sus motivos.

—Si le soy sincero, jamás pensé que estaría en una azotea en plena noche, disfrazado de espía y cerrando con usted algo que se parece bastante a un pacto de Estado.

—Lo mismo digo. Y una cosa más. Tiene que ver con la Brigada. Sé que desde el Gobierno trabajan para hacernos caer en desgracia y no quiero perjudicar a mucha buena gente que trabaja conmigo. Así que le voy a proponer un trato.

—Usted dirá.

Y Justo le dice.

Y el ministro, satisfecho, le tiende la mano, sellando el pacto.

Los dioses también mueren

Es lunes por la mañana y, por primera vez en años, Justo llegará tarde, muy tarde al despacho. Es consciente de que puede hacerlo si le da la gana, pero si nadie lo sabe, *entonces no tiene sentido*.

Llama a Frontela al móvil.

—Buenos días, Jorge. ¿Te habías dado cuenta de que ya estamos en primavera?

—Eh..., sí, señor Justo. Concretamente desde el 21 de...

—Ya, pero hoy es más primavera que ayer. Así que iré más tarde al despacho, y si alguien te pregunta por qué, di que porque me da la gana. Muchas gracias, Jorge. Que tengas un buen día.

Lorna salió temprano y los lunes no suele trabajar, pero ha dicho que tocaba ir a la peluquería y a él le ha parecido bien. *Me parece bien todo lo que ella haga*.

Disfruta lentamente el segundo café, esperando una llamada que se produce sobre las once de la mañana.

—¿Balmont? ¿Qué tal está usted? Yo muy bien, gracias. ¿Ha habido novedad sobre las pesquisas de las que hablamos? Estupendo. Sabía que usted lo resolvería. ¿Los nombres, por favor? Espere que apunto. Dele las gracias al amigo Vernant. Y si le parece bien, le haré llegar por su intermedio una caja de buen vino de mi tierra. Y otra para usted, por supuesto. En cuanto a los detenidos... Comprendo. Por favor, que no llegue nada a la prensa. No se preocupe, que mi Gobierno se pondrá de acuerdo con el suyo, puede que hoy mismo. ¿Los anillos? El comisario Bermúdez pasará a recogerlos por Chamonix antes de volver a Madrid. Ah, y también le agradezco las gestiones que hizo para... Sí, sí. Comprendo que no era fácil, pero seguir los caminos legales, después de tantos años, resulta complejo y todo el mundo tiene derecho a volver a casa. Cuente con mi discreción.

Hace otra llamada, mucho más breve, y decide que es hora de ponerse en marcha. No todos los días tiene ocasión de dar buenas noticias.

Conduce sin sobresaltos hasta el barrio de Salamanca y encuentra la dirección.

La casa, envuelta en grandes árboles, es pequeña, pero parece de juguete en comparación con el enorme palacete que tiene a su derecha. Justo especula, *habrá sido en otro tiempo la vivienda de la servidumbre*.

Se descubre tarareando la misma canción que hoy desafinaba maravillosamente Lorna en la ducha, y la recuerda mientras abre la puerta de la cancela, recorre el pequeño y vetusto caminito de piedra flanqueado por un jardín descuidado y, como el timbre de la puerta no funciona, utiliza el llamador.

Después de un rato, se abre la ventanilla enrejada y asoma el rostro de pájaro del profesor Gansés.

—¡Señor Justo, qué alegría verlo! —Se descorren varios cerrojos, abre y lo guía por un estrecho pasillo flanqueado de libros.

Todo huele a libro viejo. Gansés lo lleva hasta el salón convertido en despacho y también

atestado de vetustos manuscritos.

—Tiene buen aspecto, profesor.

—Estaba usted en lo cierto, estoy mucho mejor aquí, en casa. Me he tomado unos días de descanso para recuperarme. Ah, y gracias por los dos hombres que puso a cuidarme, son muy discretos. No creo que los vecinos se hayan percatado de su presencia.

—Son profesionales, profesor. Además, le traigo una buena noticia. Ya no tiene nada que temer.

—¿De verdad?

—Modestamente, hacemos bien nuestro trabajo. Seguimos las pistas hasta Chamonix y localizamos a los responsables en un pueblo cerca del Monte Maldito. Habían llamado la atención, porque, de ser unos tirados, pasaron a comprar una nave industrial pequeña, cambiaron el coche por una furgoneta nueva y seguían cobrando el subsidio de desempleo. Fueron detenidos y quedó resuelto el misterio de los brazos. Un congelador criogénico de ciento cincuenta litros para mantener los miembros congelados y otros dos, portátiles, para trasladarlos a las distintas ciudades...

—Pero si los cuerpos estaban sepultados...

—Ya no. Esta gente conoce palmo a palmo la montaña. De hecho, uno de ellos es hijo del constructor que hace cuarenta años levantó el refugio clandestino en la ladera del Monte Maldito donde se celebró el último retiro de El Olimpo. Aquello se está descongelando poco a poco, ya sabe, y conociendo la ubicación, con las máquinas adecuadas y pagando a rufianes amigos, no les costó localizar las ruinas sepultadas de la cabaña, rescatar los cuerpos congelados y cortar los miembros para montar todo el circo.

—Pero no comprendo cuál era el fin.

Justo se acomoda en el pequeño sillón.

—No han sabido explicarlo. Por eso he venido a verlo.

—¿A mí?

—Sí. Por cierto, como sé que le gustan los libros de historia, le recomiendo este, es de la biblioteca de mi padre. Mi padre es un gran lector, ¿no lo sabía? Yo tampoco. Es una biografía de Simón Bolívar, me imagino que no hará falta explicarle quién era.

—Uno de los libertadores de América.

—Así es. Lo curioso es que Bolívar era hijo de un rico comerciante de lo que hoy es Venezuela, y hacía buenos negocios con los españoles. ¿De dónde sacó entonces Simón las ideas libertarias? De otro Simón, de apellido Rodríguez. Un maestro, profesor. El mentor del pequeño Bolívar. Él inculcó en el niño las ideas que lo llevaron a formar parte de la historia y, paradójicamente, Simón Rodríguez sobrevivió a Simón Bolívar. Usted, que es un experto, ¿había notado la tendencia que tiene la historia a repetirse?

—Bueno, sí. Hay corrientes de estudio que...

—Luego me lo apunta, que si no, se me olvida. Cuando comenzamos este caso, hace diez días, enseguida tuve claro que debíamos cambiar nuestra forma de trabajar. Tengo un formidable equipo de investigación informática, pero los documentos con más de cuarenta años de antigüedad no suelen estar en internet. Eso atrasa mucho el trabajo y hay que localizar y revisar expedientes antiguos y llenos de polvo... Pero esta vez hubo suerte, porque gracias a Dios (o a los subsidios oficiales), los periódicos han comprendido que para poner en valor sus archivos deben pasarlos a soporte digital. ¡Y mire qué foto tan interesante! Fue tomada en Huelva en 1975, con motivo del cumpleaños número quince de Zeus Olabides. Y tenía razón sobre la

relación con su padre: hay amor y hay odio en los ojos de Juan Olabides. En cambio, en los de este joven de bigotito que está a su lado, yo diría que solo hay amor. Y también diría que se le parece mucho, profesor Gansés. Aunque entonces se hacía llamar Juan Castor, creo. Era el preceptor y mentor particular de Zeus. La persona que lo convenció de que su destino era ser un dios en la Tierra y tener su propia corte. Pero usted nos contó que había conocido a Zeus años más tarde y en Madrid, y me dije, «si te ha mentido en eso, puede haberte mentido en todo lo demás».

—Yo...

—Usted, profesor. Mintió cuando dijo que se había apartado de los retiros de El Olimpo. Participó en todos y manipulaba a Zeus para que se creyera un dios y desatara esas orgías mesiánicas.

—¡No tiene pruebas de eso!

—De los viajes, sí. Y también estuvo en el retiro del Mont Blanc. ¿Se acuerda de Jean Vernant, un periodista entonces algo mayor que vosotros y bastante borrachín? Tiene memoria fotográfica y, en cuanto le mostraron una foto suya, lo reconoció como el hombre que le pagó con dinero y sexo de dos jovencitas españolas, las que llamaban Afrodita y Atenea, si no me equivoco, a cambio de los contactos para construir el refugio clandestino en la ladera del Monte Maldito.

—¿Y a usted le basta la palabra de un borracho para...?

—¿Le suenan los nombres de Pierre Vardán y Claude Dubois? Los granujas que contrató hace meses para rescatar los cuerpos, cortar los miembros y repartirlos según les ordenaba. También reconocieron su foto.

—¡Tiene que tratarse de un error! Pero si yo he sido víctima...

—De un autoenvenenamiento convincente, con una dosis que no lo habría puesto en verdadero peligro, pero sí nos convencería de que alguien quería acabar con usted y llamaría nuestra atención para que siguiéramos investigando hasta el final. Lo mismo pasó con esos dos pánfilos estudiantes suyos, a los que llamó con una aplicación de distorsión de voz para que realizaran el intento fallido de robo de una carpeta que no tenía ninguna información relevante. Reconozco que fue una jugada estupenda, pero cuando vi la obsesión de esos dos muchachos por usted, comencé a sospechar. Cada vez que hablaba de Zeus Olabides me parecía que hablaba de usted mismo. Y me desorientaron bastante los errores intencionados, hasta que comprendí lo que perseguía...

—¿Y qué sería eso?

—Antes de decírselo, le contaré una historia. La de la última noche de El Olimpo en el Monte Maldito. El grupo venía resintiéndose de retiro en retiro, porque, manipulado por usted, Zeus se volvía cada vez más despótico. Creo que influía en todos, pero él era su objetivo favorito y supongo que las drogas que le conseguía Dionisios ayudaban bastante. Pero fue usted quien convenció a Olabides de tener relaciones con su hermanastra, como las tuvo el Zeus original con Hera y con todas las chicas de El Olimpo. Con todas no, ¿verdad? La tal Artemisa siempre se le resistió, porque estaba enamorada de Apolo. Supongo que no dejaban el grupo porque, como apunta en su expediente, creían en el objetivo, y como no se drogaban, no los liaban en las orgías de cada retiro.

—Tiene usted una imaginación prodigiosa, para un policía.

—No tanto como la suya. Supongo que la resistencia de Artemisa lo irritó en exceso, era un desafío a la autoridad de Zeus, que en realidad era su propia autoridad. Por eso, aquella noche en

el refugio, la droga fue más potente y consiguieron colarle a Apolo y Artemisa alguna sustancia en la comida, para atontarlos y minar su resistencia. Comenzó la orgía y la pareja no pudo marcharse. Apolo fue sujetado por Hefesto y Ares y tuvo que ver cómo Zeus violaba a Artemisa mientras usted lo alentaba. En un momento dado, pese a las drogas, Apolo hizo un esfuerzo titánico, logró deshacerse de los que lo inmovilizaban y se lanzó contra Zeus. Usted le dio un golpe terrible en la cabeza con el cetro de Zeus y cayó fulminado. Ignoro cuánto tiempo siguió la orgía, supongo que en el transcurso de la misma administró el hipnótico más poderoso al resto del grupo. Y cuando se durmieron, los fue matando uno por uno. La primera fue Artemisa y el segundo, Zeus. Ignoro el orden que siguió después...

—¿Usted no puede saber eso, no estaba allí!

—Tiene razón: yo no estaba. Usted sí. Y sabe lo que hizo. El resto no es difícil de deducir: huyó, pero se quedó cerca, para disfrutar de la impunidad cuando se descubrieran los cuerpos. No contaba con la tormenta, ni con el alud que sepultó la cabaña y a todos sus miembros. Supongo que fue usted quien hizo la llamada anónima, alertando de la expedición perdida formada por doce miembros cuando en realidad eran trece y siempre fueron trece. Tenía una duda sobre sus motivos, pero se despejó muy pronto. El padre de Zeus había muerto dos años antes y él era el titular de su fortuna. Pero había firmado poderes en su favor, profesor. Es decir que, después de tanto cuento mesiánico, solo era un estafador mediocre...

—¿No es cierto, yo pude hacer de ellos dioses, pero eran simples mortales! Y Zeus se encoñó con la perra virginal de Artemisa, una niñata calientapollas que tenía al tonto de Apolo detrás todo el tiempo y nunca le abrió las piernas. Le encantaba ser deseada, pero era tan reprimida que se atrevió a desafiar a los dioses.

—¿A quién deseaba usted, profesor, a Artemisa o a Zeus?

El rostro de Gansés se descompone, parece que se tambalea, pero en realidad avanza hacia un cajón de su escritorio.

Un chasquido sale del bolsillo de Severo Justo y lo frena.

—Yo de usted no lo haría. Llevo unos días raros y no me importaría nada pegarle un tiro a un hijo de la gran puta, y que me perdonen las putas.

Justo abre el cajón, saca el viejo revólver y lo guarda en su bolsillo.

—Lo imagino, volviendo cada año a Chamonix, a esperar a que se descubrieran los restos. Pero por rápido que sea el deterioro del Mont Blanc, la vida corre más y usted no quería morir sin que se sepa que fue el que mató a los dioses. De allí la premeditada torpeza de comprar los congeladores criogénicos en Suiza con una identidad falsa tan fácil de rastrear...

—¿Vale, lo hice! ¿Y qué? —En el rostro de pájaro nace la sonrisa venenosa de un reptil—. Usted, que es tan listo: ¿conoce el período de prescripción en Francia para esos crímenes?

—Treinta años.

—Es decir que si mañana doy una rueda de prensa y lo cuento todo, seré noticia mundial y nadie me podrá hacer nada.

—Eso lo dudo, profesor.

—¿Por qué?

—Porque esto no ha sucedido. Oficialmente, no ha aparecido ningún brazo en las praderas de San Isidro, ni en la Place du Capitol de Toulouse, ni en la fuente de Brindisi, ni a los pies del monumento de Hipócrates en Larisa. Tampoco se han descubierto los cuerpos, ni los congeladores...

—¿Pero... pero eso es imposible!

—No. Eso se llama cuestiones de Estado.

—Pero ¿y Vardán y Dubois, los detenidos en Chamonix?

—Ah, les caerá alguna condena, al parecer robaron la furgoneta y algunas máquinas, en lugar de comprarlas con el dinero que usted les dio.

—Pero entonces... ¿después de todos estos años, qué me queda?

—Su miseria. Creo que es asquerosamente rico y sin embargo ha vivido como un profesor de sueldo bajo, esperando su momento. Apostaría a que el palacete de al lado es el de Juan Olabides, que lleva cerrado cuarenta años. ¿Qué le queda al profesor? También le queda el miedo.

—No comprendo.

—¿Cómo conozco tantos detalles de la última orgía?

—Es cierto, usted no podía saber que...

—¿Cuántos cuerpos recuperaron sus delincuentes?

—Bueno, creo que ocho. Todavía quedaban algunos por...

—Aunque siguieran buscando, hay uno que no iban a encontrar. Aquella noche, usted dio a Apolo por muerto y estaba gravemente herido, pero recuperó el sentido lo suficiente como para ver buena parte de lo que usted hacía, aunque no podía moverse. Perdió mucha sangre y luego se desmayó. Horas después, despertó y, ante el horror de lo que vio, creyó que había sido una ceremonia suicida y huyó como pudo, hasta llegar a un pueblo cercano, donde lo curaron. Cuando volvió, el refugio había desaparecido bajo toneladas de nieve y hielo. No quedó muy bien de la cabeza, ¿sabe? Pero recuerda. Fíjese qué paralelismo: usted volvía cada año para mirar la montaña y vanagloriarse de su crimen. Él lleva el mismo tiempo mirando cada día la montaña, esperando a que el hielo se derrita para recuperar el cuerpo de Artemisa, que según los anillos de los miembros identificados en la nevera no es ninguno de los que desenterraron. Todavía sigue en la montaña. Y él...

—¿Qué pasa con él?

—Ya le he dicho que recuerda. Y ahora, además de recordar, sabe. Sabe que usted está vivo y en Madrid y en esta casa. Me costó un poco traerlo, porque todos estos años ha vivido sin papeles, pero por suerte todavía me quedan buenos amigos.

Gansés ya no es ave ni reptil. Solo un viejo aterrorizado.

—¿Quie... quiere decir que está aquí?

—Claro. Y, a pesar de los años, sigue igual de fuerte que antes. Eso sí, por lo que yo recuerdo de la mitología, Apolo iba por todos lados llevando una lira. Este tiene un hacha y no sabe lo afilada que está. En realidad, todavía no lo sabe. Que tenga un buen día, profesor Gansés.

—Pero... ¿mi escolta?

—¿Qué escolta, profesor? Ya le dije que no hay caso, y si no hay caso, no hay escolta.

El pánico se instala en el rostro de Gansés y no lo abandonará hasta que muera.

Al salir, Justo deja la puerta abierta.

En la acera de enfrente, divisa una figura colosal, con el pelo blanco y los ojos casi transparentes de tan celestes.

Lleva un pesada mochila a la espalda.

Se saludan con una inclinación de cabeza.

El gigante comienza a cruzar la calle.

Justo busca su coche silbando una ranchera que su madre le cantaba a modo de nana para que se durmiera y que hablaba de un perro negro que vengaba a su dueño matando al hombre que lo

hizo matar.

Recuerda la letra y, mientras la canturrea, le parece oír que Antonia canta con él.

*Allí estaba echado un perro,
sin comer y sin dormir.
Quería mirar a su dueño,
no le importaba vivir.
Así murió el perro negro,
aquel enorme guardián,
que quiso mucho a Gilberto
y dio muerte a don Julián.*

EPÍLOGO

Si los toros y los leones supieran pintar,
pintarían a los dioses como toros y leones.

JENÓFANES DE COLOFÓN

Dolores marcha hacia la puerta y mientras se seca las manos en el delantal piensa que hoy al timbre de su casa le ha dado por sonar más lúgubre que de costumbre. Cuando abre, se encuentra con el rostro descompuesto de Caronte García, que intenta hablar pero no lo consigue.

—Pasa, hijo, pasa, que te va a dar algo —dice, y lo conduce al salón.

Hace que deposite su cuerpo tembloroso en un butacón y le sirve aguardiente casero en una copita pequeña. Estudia la expresión de Caronte, sacude la cabeza y se llena para sí misma una copa bastante más grande.

—¿Qué es lo que te pasa, alma de cántaro?

—Perdone que venga a molestarla, pero no sé a quién más contarle... Usted es la más sabia, la más comprensiva y la más...

—La más vieja también, lo sé. Pero dime qué tripa se te ha roto, aunque teniendo en cuenta tu trabajo no sé si es una expresión adecuada.

Caronte estalla en llanto.

—Es que tengo que dejar a Libitina, Dolores. ¡Tengo que dejarla!

—¿Por qué? Hacéis una pareja tan, tan... tan pareja. ¿Es que le has puesto los cuernos, o ella te los puso a ti? No es tan grave. ¿Sabes lo que decía mi abuela? —Señala con un gesto la entrepierna del forense y luego la propia—. Que esto y eso se lava y se estrena...

—¡Jamás engañaría a Libitina, ni ella a mí!

—Entonces, ¿por qué tienes que dejarla?

Contiene las lágrimas para hablar.

—¡Desde que estamos juntos, los muertos ya no me hablan, Dolores! Y sin ese don, ¿qué queda? Solo un tipo bajito, feo y cabezón, que sirve para hacer chistes a su costa... Y, además, está mi responsabilidad para con la Brigada. Antes solo necesitaba plantarme delante del cadáver y escuchar lo que tenía que contarme. Ahora, cuando está cerca Libitina, solo escucho un ruido como de tambores...

—Es tu corazón, que bombea sangre a todos los miembros. Y en tu caso, por lo que nos contó a Dalia y a mí, el otro día en una pausa para el café, tiene que bombear bastante...

—Pero... ¿ella habla de esas cosas cuando toman café?

—¿Y de qué quieres que hablemos, de fútbol? Pero volvamos al asunto: ¿quieres dejar a Libitina para seguir siendo el forense raro que habla con los muertos? ¡Pues vaya egoísta estás hecho!

—¡Quiero dejarla para que su carrera no se hunda con la mía!

—No tienes un don, Caronte. Lo inventaste para soportar las burlas de tanto cabrón como hay suelto. Eres un forense cojonudo y solo tienes que aceptarlo. Ella admira tu trabajo y eso es parte de quien eres. Pero no te quiere por ningún don divino..., a excepción del que nos contó, claro.

Inmune a la ironía, el forense se ilusiona:

—¿Y usted cree que ella me querrá, así como soy?

—Yo creo que sí, pero mejor se lo preguntas. Está en mi cocina, y con los gritos que hemos pegado, creo que se habrá enterado de todo...

—¿Está aquí?

—Vino hace un rato, para contarme que tenía que dejarte porque estaba afectando a tu trabajo...

La pálida muchacha llega corriendo y abraza al hombre bajito y cabezón, y Dolores va hacia la cocina, murmurando que se busquen un hotel, y se seca los ojos con un extremo del delantal, porque la felicidad de la gente que quiere la vuelve blanda, *y alguien tiene que cuidar de esta pandilla de tarados maravillosos.*

Interior ha cerrado las puertas de su despacho después de enviar a los moradores de su laberinto de seguridad a confusas misiones en distintos extremos del edificio. Saca de la cartera su propio ordenador portátil y se cerciora de que esté anulada la conexión a internet, el Bluetooth y cualquier otra comunicación con el exterior.

Busca en el bolsillo pequeño de su pantalón el USB que Lorna Durán le hizo llegar, cumpliendo su palabra.

No quiere revivir aquella noche en Marrakech, pero tiene que hacerlo.

Activa el vídeo y le parece que se ve mucho más bajito de lo que es en realidad, mientras baila con la muchacha, *porque era una muchacha, tú creías que era una muchacha*, tan exótica y mucho más alta que él.

Intenta hacer un croquis mental de quienes estaban sentados en el reservado de aquella fiesta privada, pero no logra concentrarse.

Tiene una inspiración absurda, pero se dice que con probar no pierde nada. Así que se quita la corbata, se desabrocha la camisa y vuelve a poner el vídeo. Ahora recuerda que en ese reservado de la discoteca del hotel había seis personas, pero no el orden en que estaban sentados.

Se quita la americana y se arremanga la camisa, y mientras lo hace, sigue mirándose bailar en la pantalla, *no lo hago tan mal, joder, y estoy seguro de que parecía una chica, fue una putada de los marroquíes*, hasta que identifica en su memoria a uno de los que estaban en la mesa, con un ángulo viable para grabarlo de manera encubierta, pero se le escapa la distribución de los demás rostros, así que se quita la camisa y vuelve a sentirse como anoche en la azotea de Severo Justo, *seguramente es absurdo, pero ¿qué no lo es últimamente?*, se dice, porque ahora sí reconstruye en su mente la imagen de todos los moradores de la mesa.

Puede haber sido cualquiera de cuatro de sus colaboradores más cercanos, así que ante la duda decide que despedirá a los cuatro y ya encontrará motivos, que son cargos de confianza y él ya no se fía de nadie.

Por el intercomunicador localiza a uno de sus secretarios y le ordena que hagan venir a Chávez cuanto antes.

Apaga el móvil, retira el USB y, cuando siente los golpes respetuosos en la puerta, se da cuenta de que está en camiseta, así que comienza a vestirse.

Chávez tendrá que esperar hasta que tenga la corbata perfectamente anudada, pero seguro que le habrá valido la pena cuando se entere de que en solo unos días ha pasado del ostracismo a reunir las funciones de cuatro altos cargos de confianza.

Dalia lleva toda la mañana durmiendo en su consulta. Ayer se dejó llevar por Ráfaga y en mitad del camino a Madrid regresó a Lomo de Gata, donde compartió una agradable cena y el resto de la noche con Lorena, la dueña del hotel y su novio, *¿cómo se llamaba su novio?, da igual, tampoco es que hablara demasiado, pero actuar...*, dice Ráfaga. Todo fue divertido y leve, ese tipo de distracciones que las calma por un rato y que se evaporan nada más finalizar.

Ráfaga intenta hacer una broma sexual, pero se queda a mitad de camino y Dalia se preocupa, porque si su parte feroz ha perdido las ganas de luchar, a ella solo le quedarían las ganas de rendirse.

Nunca atiende la consulta por las mañanas y, además, hoy es lunes y ella solo recibe pacientes los miércoles y jueves, así que no sabe quién puede estar pulsando el timbre con tanta insistencia.

Se pone una camiseta de hombre que para su estatura es casi un vestido y va a abrir descalza. *Como sea un paciente pesado de los tuyos, me lo cargo, me tienen harta con la jodida transferencia*, dice Ráfaga.

Pero es Olga.

Al verla apenas vestida, mira detrás de Dalia, se sonroja y dice:

—Perdona por no avisar. Pero si llego en mal momento...

—No, por favor. Pasa.

Todo es artificial y educado. Olga se deja guiar por el piso como aquella primera vez, hace tantos años, cuando acudió como paciente.

El diván no es el mismo, ni tampoco los sillones, cómodos y mullidos, que invitan a relajarse. No son los mismos, pero sí casi idénticos a los de entonces.

—Tenemos que hablar —dice en voz baja cuando se sientan.

—Tienes razón.

Ninguna se decide durante unos segundos y luego hablan a la vez.

—Ya no te quiero —dice Dalia.

—Ya no te odio —dice Olga.

—¿Me odias?

—No. Te odiaba.

—Lo entiendo.

—No, Dalia. No lo entiendes. Por eso he venido, para explicártelo. Cuando nos conocimos, yo era una cría sin carácter que vino a terapia con una profesional joven y ya famosa. Eras tan brillante que me deslumbré. Y cuando percibí que te gustaba, no lo podía creer. —Señala al diván—. Ahí hicimos el amor por primera vez, y por cierto, me gusta más este modelo, seguro que es más cómodo que aquel, ¿te acuerdas?

—Sí. Todavía me duele la espalda.

Ríen.

Y hacía mucho que no reían.

Ni desde que Olga volvió de la nada del coma, ni antes, hace tanto, cuando todo era intenso y excitante.

—Aquella noche —evoca Olga—, cuando fui a ver a Yago y todo se apagó para mí durante dieciocho años...

—Nunca debí empujarte a enfrentarlo...

—¿Ves? Ya lo estás haciendo otra vez. ¿Por qué tienes que ser tan perfecta? Cuando despierto del coma, me entero de que has cuidado de mi madre y de mí todo este tiempo. Me acompañas

en la rehabilitación, me propones matrimonio... ¿porque me querías? No. Porque te sentías culpable de lo que me hizo Yago.

—Es que era culpable.

Olga, que vuelve a parecer la misma de entonces, delicada y firme a la vez, acaricia con pena la mejilla de Dalia.

—Aquella noche no fui a cortar definitivamente con Yago para volver contigo, Dalia. Fui para pedirle que me aceptara de regreso, que hiciera de mí lo que quisiera, que me castigara y usara a su gusto...

—Pero ¿por qué?

—Porque lo quería. Pero él estaba tan herido en su orgullo de macho porque le hubiera puesto los cuernos con otra tía, que cuando empezó a castigarme, perdió el control y el resto ya lo sabes.

Se quedan en silencio.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Porque yo me sentía culpable, Dalia! Por eso te odié y por eso te presioné para que lo mataras, para cerrar el círculo y poder librarme de los dos. Pero cuando Yago apareció muerto...

—Yo no lo hice, Olga. Lo pensé varias veces, pero no lo hice.

—Ahora lo sé. Por eso ya no te odio. Ah, y estoy enamorada de un chico de la facultad y estoy embarazada de él. Tenía que contártelo.

Lo sabemos, zorra, dice Ráfaga sin verdadero odio.

—Un momento —pide Dalia—. ¿Tú mataste a Yago?

—No.

—Entonces ¿quién?

—No lo sé. Pero tú quizás sí. Anoche me encontré esto bajo la puerta.

Y le alcanza un sobre y dentro hay una fotografía del cuerpo de Yago, muerto en el suelo. Con rotulador dorado, alguien escribió una breve frase:

«De nada.»

Y la firma es una «A».

En su despacho, el presidente cuelga el teléfono rojo y mastica un insulto admirativo.

El jodido enano lo ha hecho otra vez, se dice. Y lo ha hecho muy bien. No solo tapó el asunto de El Olimpo, sino que ha dejado algunos cabos sueltos para seguir siendo necesario y ha informado personalmente a las familias de los desaparecidos, que son las más interesadas en que todo quede olvidado. Y me vende que lo hizo para evitar que me viera vinculado si el asunto aflora alguna vez.

Así que, por ahora, no puede destituirlo.

Aunque insista en manejar el asunto de Severo Justo sin prisas.

De momento, ambos cabrones son intocables.

Además, ha hecho una elegante escabechina en la cúpula del ministerio, en la que ha caído uno de los hombres que el presidente había infiltrado.

Suspira.

Busca un móvil que nadie conoce. Marca un número, escucha unos segundos y habla con tono presidencial:

—Excelente. Mantenme informado.

Cuelga y piensa que Chávez, aunque anticuado, tiene esa lealtad perruna de viejo funcionario,

que lamentablemente se ha perdido. Por no hablar del profundo conocimiento de cada rincón oscuro del ministerio.

Cuando llegue el momento, será un excelente ministro del Interior.

Aunque dure poco.

El presidente ordena que no lo molesten, se planta frente al espejo y ensaya la sonrisa que quiere estrenar durante la próxima cumbre europea.

Y en pocos días ocurrirán muchos cambios para que todo siga igual.

El miércoles, el comisario Rutés recibirá la Medalla de Honor de la Policía Nacional, condecoración que le debían desde hacía años, pero cuya tramitación estaba estancada en un despacho por falta de amistades en las esferas burocráticas. Al día siguiente, la llevará a un joyero, para que grave en la parte trasera la frase en español: «Por ser y estar gilipollas».

El jueves, los comisarios Marchetti, de la Polizia di Stato, y Markaris, de la Astynomia, serán ascendidos y destinados a puestos decorativos alejados de la investigación activa. Ambos dimitirán a la semana siguiente.

En Chamonix, el decano de los periodistas recibirá el viernes dos regalos procedentes de Madrid: doce botellas de Alvear Palacio Quemado Los Acilates, vino de la tierra de Extremadura, y el comprobante de pago de una cura completa de desintoxicación del alcohol en Suiza.

No es necesario explicar el orden en que utilizará ambos obsequios.

Pero antes, el martes por la tarde, un hombre alto y con la mirada celeste casi blanca y extrañamente en paz llegará hasta su cabaña a los pies del Mont Maudit.

Se quitará las ropas nuevas de ciudad, que hicieron volverse a más de una muchacha para verlo pasar por las calles de Madrid, y vestirá sus toscas prendas de siempre.

Cortará leña durante horas, hasta quedar agotado.

Luego encenderá la chimenea, aunque la temperatura no lo exija.

Buscará en la chaqueta nueva, hasta dar con el pasaporte, también flamante.

Se reconocerá en la fotografía que se hizo el lunes por la tarde, pero no en el nombre y los apellidos consignados en el documento: Aimar Goyeneche Uribe.

Le sonará como alguien que conoció hace muchos años y a veces cree ver en los espejos.

Sopesará el documento y luego lo arrojará a las llamas.

Observará cómo arde.

Saldrá de la cabaña e irá hasta su lugar de siempre, a mirar hacia el Mont Maudit, a esperar que la nieve desaparezca y aparezca ella.

A veces la llama Aída, pero casi siempre Artemisa.

El último rayo de sol del atardecer hará brillar en su mano un anillo con una lira labrada en relieve.

Y antes, en la madrugada del martes, un desconsolado Fortunato Sortes acudirá al trabajo todavía asombrado por lo que le ocurrió esta tarde, pero no se lo contará a nadie, porque no le creerían y porque los hombres armados que entraron en su casa y lo revolvieron todo le aconsejaron que no lo hiciera.

Y Fortunato seguirá sin comprender lo que le dijeron cuando se llevaron la mitad inferior de

Jennifer:

—Asunto de Estado.

Resignado a la soledad permanente, hará su trabajo de recolección en las praderas de San Isidro, ya con menos desperdicios y posibles tesoros entre los arbustos.

Además, Fortunato ha dejado de creer en los tesoros.

Pero no ha perdido los reflejos del veterano buscador.

Por eso estará seguro de que, un segundo antes, esa caja circular no estaba al pie de la farola.

Una sombrerera, y *de las caras*.

Se acercará con temor.

Desde que encontró el brazo de un muerto en esa misma zona, puede esperar cualquier cosa. Temblará al recordar que en las noticias, hace un rato, dijeron algo de que habían hallado un cuerpo sin cabeza en el río Manzanares.

¿Y si...?

Pero el hábito será más fuerte.

Levantará la tapa de la sombrerera con los ojos cerrados.

Los abrirá muy lentamente.

Y mirará dentro con asombro.

Ocho gruesos anillos de oro, iguales al que llevaba la mano del brazo que encontró.

Mientras los guarda en el bolsillo, le llamará la atención la nota en el fondo de la sombrerera.

«No intentes venderlos a un joyero, porque te meterías en problemas. Machácalos y vende el oro al peso, que te alcanzará para un par de Jennifer por lo menos. Y jubílate de una puñetera vez.»

Una nota sin firma.

Cuando se aleje, intentado ocultar su regocijo, el comisario Bermúdez saldrá de detrás de un árbol, irá en busca de su coche y pensará en que tiene tiempo para pasar por esa pastelería que tanto les gusta y pillar cruasanes para prepararle el desayuno a Ana.

Pensará también en todo lo que disfrutarán del día libre que ambos se han tomado.

Y en que el jueves tendrá que contarle todo esto a su terapeuta.

A esa misma hora, en las afueras de la ciudad, nadie se fijará en un objeto ahuevado, que por capricho de la corriente flota sobre las aguas del Manzanares, rumbo al embalse.

Una pequeña cabeza, que recuerda a la de un pájaro o un reptil.

Tiene los ojos abiertos y mira al cielo, como si estuviera buscando en él las huellas de los dioses.

Pero todo esto será después, porque todavía es lunes por la noche y Daniela Vélez, directora del programa *De tripas, corazón*, pasea nerviosa por su despacho. Ha pasado todo el día esperando que Lorna cancele a última hora la entrevista en directo, por no hablar del engorro de mantener el secreto incluso cuando el director de la cadena la hizo llamar esta mañana para exigirle que le revelara el contenido misterioso del programa de hoy.

Y ella recuperó la dureza con la que en su juventud enfrentaba a jefes tocones o compañeros que se pasaban de listos y pensó en recordarle al ejecutivo prepotente «que la directora del programa soy yo, y si no te gusta cómo lo llevo, te buscas a otra que ponga cara de tonta y se

invente noticias falsas sobre asuntos que a nadie deberían importarle, que seguro que no te faltan candidatas sin cerebro pero con las tetas bien operadas, como a ti te gustan, baboso de mierda».

Se imaginó dando el digno portazo y saliendo a la vida, libre de tener que soportar tanta banalidad, libre para buscar un puesto de verdadera periodista aunque gane mucho menos, libre para cambiar su ático en la calle Claudio Coello por un piso más pequeño pero digno en Vallecas y con un alquiler asequible, libre...

—Porfa, porfa, porfa, porfa, tienes que confiar en mí, Fabrizzio —se escuchó decir—. Es una sorpresa que te preparé por tu cumple y que nos subirá el *rating* a las nubes. Anda, osito, no me la arruines.

Y Fabrizzio, que no puede negarle nada cuando se pone así, la dejó marchar, pensando que, aunque Daniela ya tiene sus años, el culo sigue igual de firme que cuando la contrató. Y que para su cumpleaños faltan tres meses.

En la sala de maquillaje, Lorna piensa que podía haber dejado tirada a Daniela, *pero un trato es un trato*. Y contra todo pronóstico, su amiga cumplió lo pactado, así que ahora le toca a ella.

—Es que no puedo hacerte casi nada —dice la maquilladora, entre contenta y frustrada—. Has venido perfecta, Lorna. Si acaso, te matizo este brillito... ¡Ya está! Oye, que sepas que no me pierdo tu programa, aunque lo tengo que ver grabado, que aquí me explotan, ya sabes cómo es esto...

Y sigue hablando, pero Lorna no la escucha, porque revive una y otra vez la conversación con Justo, ayer, mientras volvían de Lomo de Gata.

Severo Justo también verá el programa grabado. Ya sabe lo que dirá Lorna y aun así le gustaría verlo en directo. Pero ha quedado con Dalia en el patio de Jefatura y ambos fuman en silencio.

Ella le ha contado lo de la intervención de Avellaneda en la muerte de Yago y de su divorcio inminente y amigable de Olga.

—Si no te hubiera convocado para formar parte de la Brigada, ese monstruo no se hubiera cruzado en tu vida. Lo siento, Dalia.

Si es por monstruos, dice Ráfaga, *no veas lo que hay aquí dentro*.

—Deja de sentirte culpable por todo, Justo. Que luego se te queda cara de gilipollas como la mía. Al menos pactaste una tregua de un año.

—No creo que él la respete más allá de unos meses.

—Entonces ¿por qué la propusiste?

—Porque aprendí a mentir. Yo no la respetaré ni una semana. Desde mañana comenzaré a seguir su pista, con mucha más discreción, pero sin descanso, hasta que lo atrape.

Dalia piensa en el plan mortal y suicida del que le habló Dolores.

—¿Y qué harás con Avellaneda cuando lo atrapes?

—¿Qué harías tú?

Dejádmelo a mí, por favor, suplica Ráfaga.

Lorna Durán lleva años acostumbrada al ambiente electrizado de un estudio de televisión, el calor de los focos y toda esa fauna saltarina y nerviosa que hay detrás de las cámaras. Pero hoy está tensa. Ha pensado por lo menos tres veces en salir corriendo, pero no lo hará.

Daniela está muy guapa, *aunque con menos retoques en la cara y sus tetas de siempre estaría mucho mejor*, piensa.

Y Daniela piensa que *la cabrona está igual. No igual, no: mejor. Si después de esto volvemos a ser amigas, le pediré el nombre de su cirujano, porque algo se tiene que haber hecho.*

Todo está listo para salir en directo y la sonrisa de Daniela es más ancha y natural que nunca, porque Lorna sabrá mucho de periodismo serio, pero no conoce este mundo. *Cuando cruzas la línea, no hay vuelta atrás*, se dice.

—¡Atención! —grita el regidor.

Y se encienden las luces rojas.

Están en el aire.

—No lo sé —admite Justo—. Hasta hace unos días, había decidido matarlo con mis propias manos y suicidarme luego.

Dalia finge que no lo sabía.

—Tiene lógica. Aunque es una lógica de mierda. ¿Qué ha cambiado?

—Yo. Ya no podría matarlo y no quiero suicidarme.

—Olvidas una posibilidad. Que te mate él.

Aunque suene exagerado, Severo Justo no conocía el miedo.

Dalia acaba de presentárselo.

Tras un amplio repaso por su trayectoria profesional y recalcar que Lorna siempre se ha mantenido al margen de la farándula, Daniela se dispone a comenzar la entrevista.

Lorna está lejos del plató, a más de trescientos kilómetros de Madrid, bajando desde Sierra de Gata en el coche de Justo. Recuerda su breve confesión y la pregunta de él.

—Hay otro asunto del que quería hablarte, Dalia. Dos asuntos, en realidad.

—Empieza por el más leve, que hoy estoy sensible.

—Todos sabemos que la Brigada no puede durar eternamente. Somos la excepción de una regla defectuosa e injusta, pero es la que rige.

—Bueno, pero podemos seguir dando por saco un buen tiempo...

—Un año, como máximo. Lo he pactado con el ministro del Interior. Si insistimos en seguir mucho más, acabaremos por caer en alguna de las trampas que nos pongan y no quiero perjudicaros.

—Algo tendremos que opinar al respecto.

—Me temo que no, Dalia. Yo os subí a este barco y dentro de un año voy a hundirlo. Mañana se lo contaré a Paco, Pablo, Caronte y Frontela. Y si alguien quiere marcharse antes, lo entenderé.

—Decisión tomada, entonces. Vienen tiempos de cambio.

—Sí. Especialmente para mí.

Y le cuenta la conversación de ayer con Lorna.

Daniela está decidida a ir a fondo y quiere dejar constancia de que la gran Lorna Durán, la

periodista rigurosa y seria, es quien ha pedido esta entrevista en exclusiva.

—¿Y cuál es la primicia que quieres comunicar a nuestros espectadores, Lorna? ¡Un momento, por favor, me avisan que tenemos que ir a publicidad y volvemos enseguida con esta gran exclusiva en *De tripas, corazón!*

Durante la pausa, evita mirar a Lorna.

No quiere que el mínimo vestigio de la antigua amistad debilite los golpes que tiene preparados, *porque en este territorio yo soy la campeona y no voy a parar hasta noquearte.*

Lorna sigue lejos, en el coche de Justo, cuando no se decidían a hablar y hablaron a la vez.

—Estoy embarazada —dijo ella.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó él.

Y ella le habló de la visita de Dolores para contarle su plan de matar y morir, el mismo día en que recibió los resultados de un chequeo médico de rutina que revelaban que su salud era óptima. Y que estaba embarazada. Por eso pensaba abortar, para que nada lo obligara a vivir contra su voluntad.

Y él le dijo:

—Ya no quiero morir. Quiero vivir contigo.

Y ella le dijo que sí, que quería casarse con él.

—¿Lorna? Te estamos esperando.

—Perdona, Daniela. Lo que quería comunicar es que en las últimas semanas, mi vida personal y la de mi pareja han sido objeto de falsas noticias, rumores y mentiras, además de un acoso en las puertas de mi casa y persecuciones en vehículos que en más de una ocasión han puesto en peligro mi vida y la de otras personas.

—Pero tú, en tu condición de personaje público, debes entender...

—Entiendo que con esa excusa decenas de parásitos del periodismo lavan el cerebro de millones de personas y convierten en público lo privado. Te lo demostraré con un ejemplo. Hazme alguna de las preguntas que tienes preparadas.

—Tienes razón, no hemos venido a debatir. ¿Es cierto que tu relación con Severo Justo ha terminado y tú tienes una nueva ilusión?

—¿En qué te basas para afirmar eso?

—Hace tiempo que no se os ve juntos y todos los fines de semana desapareces de Madrid...

—No se nos veía juntos porque él estaba en su pueblo de Extremadura, acompañando a su madre, una mujer excepcional que falleció de cáncer hace diez días. Y los fines de semana yo me escapaba para estar a su lado en ese trance. —Lorna mira directamente a cámara y sabe hacerlo, el operador la capta en primer plano—. Hubiera sido muy fácil averiguarlo, pero en lugar de eso se inventaron historias truculentas y que, en realidad, a nadie le importan. Eso, espectadores, es lo que os venden, porque dicen que es lo que queréis comprar. Así que supongo que depende de vosotros...

—Todo un discurso —dice Daniela—. Pero prometiste una primicia...

—Prefiero creer que es una información profesional. Asqueada por este acoso, he reflexionado mucho y voy a tomarme un par de años sabáticos. Para disfrutar de mí misma y de mi pareja, como cualquiera de vosotras y vosotros —dice mirando a cámara.

El resto serán intentos de Daniela para llevarla al terreno de los cotilleos, que Lorna esquivará con una sonrisa.

Esta noche ha ganado.

No es ilusa y sabe que no cambiará nada.

Pero se ha quedado a gusto.

Además, imagina la cara que se le pondrá a Daniela cuando, dentro de unas semanas, trascienda que está embarazada y se casará con Justo y pudo haberlo anunciado en su programa.

—Hablaste de dos asuntos, Justo. ¿Cuál es el otro?

—Los informes que Avellaneda le pasó al ministro. Eran meticulosos, y con detalles de todos nosotros imposibles de conocer para alguien de fuera.

—Eso quiere decir...

—Que tenemos un topo en la Brigada. Uno de los nuestros, del círculo más cercano, es un traidor que seguirá buscando nuestros puntos débiles hasta destruirnos.

Si no lo descubro antes y me lo cargo, dice una voz dentro de Dalia, y no sabe si es la de Ráfaga o la suya propia.

Pero, en voz alta, intenta bromear.

—De momento, hemos vuelto a ganar y tú tienes mucho que planear, porque exijo un bodorrio por todo lo alto...

—¿Incluso sabiendo que uno de los invitados busca nuestra ruina?

Imitando a la perfección la técnica de Dolores, le propina un cariñoso capón.

—Parece mentira que hayas sido cura, Severo Justo. Si somos la Brigada de los Apóstoles, tarde o temprano tenía que aparecer un Judas.

Madrid, 2021-2023